

FRANCES STONE

Casi
como
hermanos

BILOGÍA LGBT

Nº2 "DESDE AYER Y PARA SIEMPRE"

Casi como hermanos
“Desde ayer y para siempre”

Frances Stone

[@fstonewriter](https://www.instagram.com/fstonewriter)
stonewriter.wordpress.com

1º edición Noviembre 2018

© 2018, Frances Stone

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Las canciones son propiedad de sus respectivos autores (ver página siguiente).

Canciones



Estas son algunas cintas que me han inspirado, puedes escucharlas si quieres. Unas tienen marcado un capítulo concreto y todas tienen letras acorde con la historia.

¡Gracias por leerme!

- ♥ “How to be a Heartbreaker” – Marina and the diamonds. Nightcore version. Cap 1.
- ♥ “I Saw the Sign” – Ace of Base. Cap 3.
- ♥ “Call me master” – Blood on the dance floor. Cap 3.
- ♥ “I'm not a Saint” – Billy Raffoul. Cap 20.
- ♥ “Babyblue” – Bad Finger. Cap 22.
- ♥ “Million little reasons” – Oscar Lang. Cap 24.
- ♥ “You Are All I Want” – Duck Fizz. Cap 26.
- ♥ “Blue Baby” – Duck Fizz. Cap 26.
- ♥ “Stay” – Rihanna ft. Mikki Ekko (Eli Lieb cover). Cap 26.
- ♥ “Loco” – Malvado. Cap 29.
- ♥ “Young and Beautiful” – Lana del Rey (Eli Lieb cover).
- ♥ “Sinners” – Barns Courtney
- ♥ “Staring” – Tipling Rock
- ♥ “Best friend” – Rex Orange County
- ♥ “Brother” – Gerard Way
- ♥ “Young Love” – Eli Lieb
- ♥ “You're Somebody Else” – Flora Cash
- ♥ “Let Me Down Slowly” – Alec Benjamin

Índice



- [1 Padre rico, niño rico](#)
- [2 Radiopatio, todo noticias](#)
- [3 Lo último que perdemos](#)
- [4 Conociendo a Wally](#)
- [5 ¡Achús!](#)
- [6 Marc Summer](#)
- [7 Sexo x3](#)
- [8 Sushimon roll](#)
- [9 Naranja chillón en mitad del mar](#)
- [10 Fresas con nata](#)
- [11 Deus ex un hijo de puta](#)
- [12 El Podio](#)
- [13 Tic, Tac. Vamos, Marc](#)
- [14 Sin pensar](#)
- [15 El color azul no existe](#)
- [16 Chocapic](#)
- [17 Son sus favoritas](#)
- [18 Tú + yo ≠ nosotros](#)
- [19 See you never, alligator](#)
- [20 No soy un Santo](#)
- [21 Anthoey 101](#)
- [22 Del latín «comprar de nuevo»](#)
- [23 “Babyblue”](#)

[24 Chocolate amargo](#)

[25 Que se caigan las estrellas](#)

[26 L' illusion des sosies](#)

[27 Ahora que somos mayores](#)

[404 Sorry! \(We can't find what you're looking for!\)](#)

[29 “Loco”](#)

[30 ¡Sobredosis de azúcar!](#)

[Epílogo](#)

Padre rico, niño rico

¡Boom! Ese socavón lo ha sentido hasta en el alma. Qué asco de carretera, qué asco de ciudad, qué asco de todo.

¿Qué le pasa a la gente de aquí? Es como si no quisieran dejar de ser pobres. El asfalto está que da pena verlo y el empedrado de las aceras es horrible, junta círculos y cuadrados de varios colores que no combinan nada; parece vomitado por un payaso senil. ¿Y por qué los edificios solo tienen una o dos plantas?

Ah, esta calle parece que está mejor, las casas son más bonitas. Aunque parecen todas iguales... Y estamos en enero, ¿no debería de haber nieve?

El coche va frenando hasta detenerse en una verja. El chófer pulsa el botón, y tarda como un millón de siglos en abrirse.

El maletero se levanta y la luz le rebota en la pantalla del móvil y se le mete en los ojos. Resopla levantándose el flequillo al aire.

Cuando se quita los cascos escucha la voz de Pit, el asistente de su padre, que está llamándole. La frase está a medias pero no sabe qué ha dicho antes.

—...Señorito Noah.

Abre la puerta de un perezoso empujón. Le duele el cuello. ¿Por qué está tan lejos el aeropuerto en esta dichosa ciudad, por qué no se podían quedar en Japón? ¿Por qué tienen que mudarse todo el rato?

—¿Qué te parece? Tu padre la ha escogido porque está muy cerca del centro, como a ti te gusta —dice el hombre buscando la llave. Le cuesta porque lleva tres cajas grandes encima, no debería poder ver qué tiene enfrente.

Noah le quita las llaves y abre.

—¡Gracias! —Suelta un par de carcajadas nerviosas—. El camión de mudanzas tiene que estar al llegar... ¡Oh!

Han pitado desde la calle. Deja las cajas en la entrada y se apresura a salir.

Noah inspira profundamente, y el olor a nuevo le satura la nariz antes de soltarlo todo despacio.

—Buenos días —le saluda un desconocido que entra y deja una mesita envuelta en plástico de burbujas. Luego entra otro, y deja una lámpara. Detrás viene Pit.

—Tu padre dice que llegará por la noche. —Con las manos en las caderas, echa un vistazo a las cajas y los muebles que se van acumulando—. Puedes ir mirando dónde están tus cosas y...

—En Japón —le corta Noah. El hombre curva las cejas. Se ajusta las gafas cuando le mira.

—Sí, pero...

—Mis cosas están en Japón —repite aburrido—. Como mis amigos, y mi colegio.

Con los brazos cruzados, el chico rubio le mira fijamente.

El hombre coge aire, gira la cadera desentumeciéndose la espalda y vuelve a ajustarse las gafas aunque seguían en el mismo sitio. Los trabajadores de la mudanza traen más y más cosas que se apilan en la entrada, y en el pasillo, y en el salón. Hay una invasión de cajas.

—Tu padre dice que puedes escoger el cuarto que quieras.

Noah no contesta, solo sube la escalera.

Obviamente iba a escoger el que quiera.



—¡...y espero que seamos amigos! —Sonríe alegremente.

Coge el pupitre vacío en mitad de la clase, saca una libreta y cruza los brazos esperando a que empiece la clase.

¿Qué pasa, por qué no deja de mirarle todo el mundo? Esboza una sonrisa escueta sin mirar a nadie, como si esa fuese su expresión natural; y abre el libro. Vaya. Parece que lo que aquí dan en 2º Bachiller, en Japón lo dan en la Secundaria.

Cuando termina la aburridísima clase, se queda en su asiento. Saca el móvil para chatear con Yui, pero ella ni le contesta ni sale leído. Se ahorra soltar un

gruñido en mitad de la clase cuando recuerda que allí es otra hora.

—¡Hola! —Se acerca una chica—. Noah, ¿verdad?

—Sí. —La mira sin muchas ganas, aunque su cara esté proyectando una sonrisa cargada de simpatía.

—Dijiste Lovelace, ¿tu padre es el dueño de...?

—Sí —la corta con una sonrisa. Ella llama a una chica, y de paso se acerca otra. Ya son tres las que le bordean el pupitre.

—Qué fuerte. ¿Y por qué has venido de Japón?

Eso le gustaría saber a él.

Las chicas le hacen muchas preguntas: sobre su padre, que responde haciendo un esfuerzo sobrehumano por no rodar los ojos, y sobre costumbres de Japón, que le levantan un poco el ánimo. Termina hasta riéndose con ellas aunque acaba de conocerlas.

—¿Quieres venirte con nosotras? —pregunta Stacy, o Sally, o Sheryl, o algo así era. Empezaba con “S”, eso seguro.

Tampoco es que le importe demasiado, porque a saber cuánto tiempo se tira aquí antes de tener que volver a despedirse.

—¡Claro! —contesta con efusividad, y salen todos al patio.

El jardín es muy extenso y muy verde. Un caminito de piedra lo bordea todo y en el centro hay una fuente muy grande donde se ponen los alumnos. Ellos se sientan debajo de un árbol.

—¿Y... Tienes novia, Noah? —pregunta una.

—O novio —musita otra, y se ríen entre ellas. Él sonrío.

—Soy gay —dice. Nunca entiende por qué, pero a todo el mundo le choca un poco que lo diga tan directo. Además, es obvio que le han preguntado por su aspecto delicado, y femenino..., y blablabá—. Y no, no tengo novio. —Sigue sonriendo.

—Pues... —Se aclara la voz otra, que es... Ruth. Eso, esa se llama Ruth. Intentará acordarse, “R” de rubia—. Es mejor que no digas eso por aquí... —le aconseja con timidez.

—¿Por qué?

—Por esos —Señala otra con el pulgar. Es un grupito que está cerca de la fuente. Por Dios. Da igual si lo miras de cerca o de lejos, este uniforme estirado es horrible. Parecen todos corredores de la bolsa o empresarios. El emblemita en el pecho, la chaquetita a juego...

—¿Qué pasa con ellos?

—El que está en medio es Bradley Gallagher, el de la derecha es Roy Eckhart, el de la izquierda es...

—¿Y qué? —Menea un poco la cabeza buscando ir al grano. No se acuerda de sus nombres va a acordarse de los que están allí que le importan todavía menos.

—Pues que sus padres tienen mucha influencia aquí, y todo el mundo les hace la pelota. Dicen que por culpa de Roy echaron al último profesor de Naturales, solo porque le puso un siete en un examen.

—Y a William Scott, que estaba en primero, le culparon de prender fuego al abeto. —«¿Fuego?». Noah presta un poco más de atención. Sigue el dedo de la chica hasta un árbol maltrecho en la otra punta—. Dicen que los profesores vieron que fue Roy, pero que ellos mismos culparon a William para no tener que llamar a su padre.

—¡Qué tontería! —Se ríe Noah a carcajadas—. ¡Eso suena a que se lo ha inventado él para que le tengáis miedo!

Le mandan callar con un chistido nervioso.

—Que no, que es verdad.

—Bueno. —Se encoge de hombros—. ¿Y qué pasa con todo eso? De todas formas el tipo del pelo negro es gay también.

Ruth ahoga una exclamación, y Sally le chista para que hable más bajo.

—¿Bradley gay? —Se ríe la tercera—. ¿De dónde sacas eso?

—¡De que es evidente! —Levanta la palma y ellas miran al chico a lo lejos, pero no comprenden lo que para él es obvio.

El gigantesco reloj del muro retumba en largos *tong* que anuncian el fin del recreo, y que deben escucharse en varios kilómetros fuera del instituto.

Se levantan palmeándose las faldas para quitarse los restos de césped, y recorren el caminito de piedra hasta el portón.

Ruth le chista, ha reducido el paso para que no la escuchen las demás, por eso él también habla bajo.

—¿Qué pasa?

—No vuelvas a decir eso de Bradley —le advierte. Noah se sorprende un poco, y más cuando ella mete el brazo por el suyo con toda confianza. Caminan despacio—. A Mary le gusta Bradley, lleva colada por él desde la Primaria —susurra.

Ah, Mary, así se llama la tercera. Noah sonríe.

—No he dicho nada que no sea verdad.

—¡Noah, en serio! —le regaña en voz baja—. No digas eso si no quieres problemas. Y que no te escuche él o será peor.

—¿Pero qué pasa? ¡Ni que fuese un capo de la mafia!

—Pues... Casi que sí. ¡Tú no digas nada!

—¿Qué hacéis tan atrás? —les llama Mary.

—¡Nada! —Ruth se ríe nerviosa, adelanta hasta ellas—. Le estaba contado lo que pasó con el reloj el año pasado —miente, y se pone a contar una historia que Noah no se molesta en escuchar.

Caminando con ellas, sus ojos verdes se clavan en los grupos de chicos que abandonan también el césped sin prisa. Subiendo los escalones están esos chicos que han ido nombrando antes. El tal Bradley le mira y se fija en él por un segundo, como quien se fija en que han plantado un arbusto nuevo en el campus; luego sigue subiendo la escalera con las manos en los bolsillos.

Noah afina los ojos y sonríe.

Si no le hubiese dicho nada no tendría interés, pero ahora le ha dado ganas de divertirse.



—Sí, soy su hijo. —Sonríe.

—Ah, pues..., espera un segundito. —La recepcionista, que parece una universitaria recién salida de la carrera, revolotea un montón de papeles y descuelga el teléfono. Asomado de puntillas sobre el mostrador, Noah

cotillea lo que alcanza a ver—. Ha salido hace un rato, pero lo voy a llamar. —Le señala unos sofás en la entrada y le enseña una sonrisa—. Te puedes sentar mientras.

Noah no le hace caso, se le queda mirando mientras marca poniéndola todavía más nerviosa.

—Hay patatas en la nevera —dice una mujer saliendo de un despacho. Lleva tacones y un móvil pegado a la oreja—. Yo llegaré un poco más tarde hoy. No, Kyle no se puede quedar a dormir. Pues porque mañana tienes clase, Anthony.

Menea los dedos para saludar y sonrío cuando ve al chico rubio, y desaparece por otra puerta.

—Noah —le llama la recepcionista—. El señor Lovelace dice que volverá en un ratito, le puedes esperar aquí si quieres.

El chico asiente, saca el móvil y mira la hora. La reserva en el restaurante era a las nueve y media, como no se de prisa la van a perder. Da un par de pasos en la sala mientras escribe.

Yui no le ha contestado todavía. Ni a los mensajes de hoy, ni a los de ayer, ni a los de antes de ayer...

No le perdonó que se acostase con su *ahora ex*. Yui dijo que le perdonaba, pero él sabe que es mentira. ¡Y eso que le hizo un favor! El chico aceptó tener sexo muy rápido, si no le hubiese puesto los cuernos con él habría sido con otra.

Es una falsa. Todos los son. Nadie, ni uno de los “amigos” que tenía en Japón, le ha intercambiado más de dos palabras desde que supieron que iba a irse. Sabía que eran unos falsos, porque todo el mundo es igual.

Pero vaya mierda.

—Noah —le vuelve a llamar la chica—, el señor Lovelace acaba de llamar, dice que va a tardar un poco más de lo que creía y que puedes pasar a su despacho para estar más cómodo. —Le está señalando una puerta en el pasillo.

Es fácil reconocerla porque el nombre de su padre está escrito en el cartelito. No sabe si eso es bueno, porque significa que van a quedarse mucho tiempo en esta ciudad, o malo; por el mismo motivo.

Se tira en la butaca de cuero y pone los pies en la mesa de madera. Se balancea con los talones mientras abre *InstaFlash*.

Hoy ha subido veinte seguidores, no está mal. Será por la foto que subió anoche en su nueva habitación, que le ha quedado muy chula.

—Señor Lovelace —llama alguien abriendo la puerta. Ha pegado, pero ha abierto tan rápido que era imposible responder a tiempo—. Disculpe, los informes de los holandeses... Ah. ¿Quién eres tú? —Da un paso atrás y revisa el cartel con el nombre, como si se hubiese equivocado. Como si tuviesen adolescentes dirigiendo despachos aquí; y él parece más pequeño.

—No está —dice Noah solamente. Sigue pasando fotos de *InstaFlash*, pero le mira de reojo entre sus mechones rubios.

El hombre, que tendrá unos cuarenta, se pasa una mano por el pelo mirando al infinito. Lleva la corbata salida por arriba y se mueve en el sitio. Parece muy estresado.

—Es que he visto la luz encendida y... Bueno, tengo que... Tengo que coger unos informes, ¿vale? —dice, dando unos pasos en la habitación, como pidiéndole permiso. A Noah le da igual, ni siquiera le está mirando—. No molesto, perdón.

Se va a la estantería, empieza a sacar un poco las carpetas para leer el nombre y las vuelve a meter buscando la que quiere, pero hasta en eso derrocha nerviosismo. A este hombre le va a dar un infarto en cualquier momento.

El teléfono de la mesa se pone a pitar y casi se le sale el corazón por la boca. Es Noah quien lo descuelga.

—¿Noah? —Es la recepcionista—. Ha llamado el señor Lovelace otra vez. —Noah inhala profundamente, sus ojos se afinan con cansancio—, dice que esta noche no va a poder ser. —Y exhala. Ya lo sabía. Siempre hace lo mismo. Ni siquiera sabe por qué se ha molestado en venir hasta su trabajo, siempre, *siempre*, hace lo mismo. En Japón apenas le veía el pelo—. Dice que te pagará un taxi si quieres ir tú al restaurante, y si no quieres, que te deje en casa y puedes pedir comida.

Noah no responde, sus párpados medio bajados están puestos en la puerta

con desgana.

—¿Noah...? ¿Perdona, me escuchas?

—Sí.

—Ah, vale, ¿qué le digo al señor Lovelace?

—Nada.

—Ah... Pero le tengo que decir alg...

Cuelga.

El hombre se le ha quedado mirando. ¿Qué leches quiere?

Cuando le pone sus verdes encima, pega un respingo y sigue a lo suyo.

—¿Eres su hijo? —pregunta por cortesía, y suelta una pequeña risa que pretende ser simpática—. Tu padre es muy bueno, a Ellen le ha costado traerlo aquí. Desde que ha llegado se ha notado un poco el cambio, sabes, y eso que lleva dos días contados. —Se ríe.

Noah lo mira sin interés.

Se levanta y pasa por detrás ignorándolo. Cuando llega a la máquina de agua saca un vaso, y el hombre intenta no mirarlo para no incomodarle mientras sigue apilando carpetas; por eso no ve que Noah echa el pestillo y se le acerca.

—¡Ah! Uy, me has asustado, perdona ya me voy, porque creo que aquí no está y... Eh...

Cuando ve que el chico se ha quitado la camisa del uniforme y ha bajado la persiana del pasillo, se queda quieto como un fallo de ordenador. No comprende.

—Si te mueves voy a gritar —le amenaza Noah con un tono de voz plano. Pero él si puede moverse, porque le deshace de un suave tirón la ya de por sí maltrecha corbata. La deja caer al suelo.

—¿Perdón...? —Le está dando un cortocircuito, apenas pestañea.

¿La caja de Valium que se ha tomado hace un rato le está provocando alucinaciones...? ¡Pero no tiene tiempo para alucinaciones, tiene mucho trabajo que hacer antes de irse y ya es de noche!

La hebilla del cinturón tintinea cuando el chico se lo saca.

—No... No entiendo —musita en un hilo de voz, es difícil oírle—. Eres

menor... —es lo único que se le ocurre.

—No. —Noah le echa un vistazo mientras le desabrocha la camisa. Parece fastidiado cuando le corrige—. Tengo dieciocho.

Se quita el pantalón y se tumba en la mesa, pero se deja los zapatos. Tiene un condón en la boca y lo coge entre dos dedos para hablar.

—Vamos a follar —dice, pero el hombre no viene.

Está empanado. ¿Qué le pasa? No va a tener una oportunidad así en su vida, debería estar dando palmas, como todos los demás.

El hombre tampoco está para tirar cohetes, pero por lo menos es alto. Saldría a buscar a otro pero no tiene ganas. Ni tampoco tiene ganas de pensar.

—Venga —le apremia alzando una ceja.

—¿Es...? ¿Es esto un sueño, estoy soñando?

Noah suelta unas carcajadas risueñas, y el hombre se acerca con paso indeciso. Cuando está a su alcance, el chico le agarra la solapa de la camisa y lo acerca más.

—Sí. —Sonríe, y cambia la voz—. Estás soñaandoo. Toodo esto es un sueeeño. —Suelta una risita—. Ahora bájate el pantalón.

Y el hombre debe creer que es verdad, o que ha muerto, o el cansancio le entumece el cerebro, ni idea; pero va y lo hace. Se los baja hasta el muslo, igual con los calzoncillos.

Ah, mierda. Es pequeña.

Noah se la queda mirando. Por lo menos ya está dura.

Chista, y le revolotea el flequillo. Obviamente está dura, está él desnudo delante.

—Venga, ¿a qué esperas? —Le tiende el condón y luego pega la espalda a la mesa. No tiene que esperar mucho hasta sentir unos brazos atrayéndole de las piernas. Le acerca al borde y pasea la punta plastificada de su miembro por el agujero intentando meterla con mucha torpeza.

Noah le ve de reojo. Todos los tíos son iguales. Este parecía más reservado, parecía que no iba a querer, y mira ahora. Como un maldito viejo verde intentando desesperadamente ponerle el pene dentro.

—Agh... —Se le escapa cuando el hombre lo consigue.

Estos condones son especiales, pringan un montón. Lo cual se agradece

porque no tiene que llevar aparte el bote de lubricante.

El tipo se deshace de su chaqueta muy rápido, la manda al suelo violentamente para poder moverse mejor, y se aparta los bajos de la camisa abierta. Tiene mucho pelo.

Va cada vez más rápido, se ha agarrado a sus rodillas y ahora le está embistiendo, le zarandea por la mesa adelante y atrás. Una carpeta se cae al suelo y se esparcen unos cuantos papeles. “Hagelslag S.L” pone en rotulador.

Cualquiera diría que este hombre estaba balbuceando ahí en la esquina hace un momento; ahora está pegado a él y no deja de golpearle la piel, se hunde hasta el fondo y le hinca los dedos en la carne buscando acercarle más aunque ya no hay más aire en medio.

Pero no es este tipo, son todos. Desde el segundo que enseña la carta del sexo le ven de otra forma y le hacen casito, no falla. Se vuelven como perros persiguiendo una salchicha y ya no dejan de buscarle y suplicarle por estar con él todo el día, todos los tíos son iguales. Menos su padre, claro.

Se acomoda en la madera. Le da igual que les vean. Igual así su padre se tira más de dos minutos seguidos en la misma habitación, aunque sea gritándole algo. Nunca le ha oído gritar. Y ahora que lo piensa..., no recuerda que le haya regañado nunca.

Qué barbaridad, cómo jadea este hombre, se va a morir.

Baja un poco las cejas cuando cae en la cuenta. A este no le puede decir que no tiene móvil cuando le pida el número, porque le ha visto usándolo. Mmm...

—¡Ah...! —Gime de pronto. Le ha dado justo *ahí*, por fin lo ha encontrado—. Dale..., ahí... —jadea con dificultad, y el hombre vuelve a hacerlo, golpea repetidamente ese punto mágico.

Apoya la cabeza en la madera y arquea la espalda. Se le va el pensamiento, se le olvida dónde está, se le olvida lo diminuta que es esta ciudad y se olvida por un momento de que cuando llegue a casa esta noche tampoco le recibirá nadie allí.

Entreabre los ojos, y al revés, ve los edificios de la ciudad, las calles y los pequeños puntos de luz de las farolas. A su derecha, justo al lado de su hombro que se zarandea en la mesa, hay una foto que su padre ha enmarcado en madera. Es una mujer rubia, con el pelo muy largo y los ojos muy verdes que sonríe mirando a la cámara. Tiene una inscripción en una chapa plateada:

«Si lloras por no ver el Sol las lágrimas te impedirán ver las estrellas».
Noah entrecierra los ojos.
Mamá siempre fue una cursi.

Radiopatio, todo noticias

—Buenos días —exclama Oliver.

Por respuesta, recibe un ininteligible gruñido que supone es un «Hola». Anthony arrastra los pies hasta su asiento y deja caer la mochila al suelo.

Noemí le aborda con una pequeña risita.

—Tus ojeras son enormes hoy. —Levanta las cejas—. ¿A qué juego te quedaste viciando? ¿O quizás intentabas salir de bronza?

—Yo subí a Plata II ayer —se mete Oliver. Ella le mira.

—¿Pero tú no estabas en Plata I?

—Sí... Pero bajé a Plata III... Y ahora he subido. —Tristeza y orgullo en la misma frase.

Anthony los escucha conversar mientras saca un cuaderno de la mochila. Parece que ya no necesita responder a la pregunta. Mejor, porque no tiene ganas de pensar una excusa. No sabe cuántas veces tuvo sexo con Marc anoche. Le duelen los brazos, las piernas, el trasero, y el alma entera.

—Anda, es verdad —cae Oliver al ver el asiento vacío—. Se me olvidaba que Kyle no viene hoy tampoco.

Anthony se mira las manos.

—¿Cómo está Marc? —le pregunta Noemí.

—Bien, normal. Seguía durmiendo cuando me he ido.

Disimula sacando unos bolígrafos de su estuche. No tiene ganas de hablar del tema.

—¿Pero por qué se liaron a puñetazos? —suelta Oliver.

Noemí y Ryota se lamentan por el bocazas de su amigo. Anthony se puso muy triste ese día después de la pelea.

Pero la pregunta ya está hecha, así que prestan atención.

—Bueno... —Carraspea algo incómodo—. ¿Os acordáis de esa chica que le gustaba? Pues... Parece que a esa chica le gusta Marc, y Marc le dijo algo para pincharle... La verdad es que no lo sé bien. Lo siento. —Encoge los hombros.

—¿Pero quién es esa chica?

Se miran las caras los unos a los otros.

—Yo no la conozco.

—Yo tampoco.

—¿Es del colegio?

—No lo sé.

Un pequeño silencio. Se han quedado pensativos, analizando las posibles candidatas. Podría ser alguien de la clase. O alguna chica deportista que haya conocido en actividades extraescolares. ¿O podría ser una profesora...?

Ni idea. Hay muchas chicas en el colegio, pero Kyle nunca ha mostrado interés por ninguna.

—Sea quien sea tiene que estar colado por ella, porque para llegar a ese punto... —sopasa Oliver.

—Sería egoísta preguntarle a él directamente —dice Noemí, a modo de pregunta en realidad.

Pero, jolines, necesita saberlo. Este es el tema de la semana, y del mes, ¡y del año! ¿Una chica misteriosa que vuelve loco a Kyle hasta el punto de hacerle entrar en peleas con otros...? ¡Como en las películas!

Debaten con ímpetu sobre quién puede ser.

—Chicos... —murmura Anthony, pero nadie le escucha.

—Hoy no, pero dentro de unos días cuando se le haya pasado se lo pregunto —decide Oliver.

—Pero no seas tan bruto como eres siempre —le regaña ella.

—Yo no soy bruto. —Ryota asiente en silencio—. ¿Soy bruto?

Se queda reflexionando, parece que le choca un poco.

—¡Esa chica ya da igual! —Anthony tiene que levantar la voz para que le hagan caso—. Kyle está saliendo con otra —dice.

Y se hace un silencio sepulcral. Los ojos de Noemí y Oliver se han quedado exageradamente abiertos. Ryota ha torcido la cabeza.

Después de la calma, solo llega la tormenta.

—¿Cómo que está saliendo con alguien?

—¿Con quién está saliendo?

—¿Te lo estás inventando?

—No... —Intenta hablar, pero le bombardean.

—¿Te lo ha dicho él?

—¿Desde cuándo están saliendo? Si no ha tenido tiempo.

—¿Tú la conoces?

—¿La has visto en persona?

—¡N-no lo sé, solo me ha dicho eso...!

Noemí se deja caer en el asiento. Se tapa los labios.

—A ver si va a resultar que Kyle tiene una vida secreta que no conocemos
—musita.

—¿Cómo habrá ligado tan rápido? Le tengo que pedir que me enseñe. ¿La habrá conocido en una fiesta?

—¿En la tuya?

Anthony niega.

—Yo me fui con Kyle, no estuvo con ninguna chica.

Tienen que cortar el debate cuando entra la profesora, que se pone a narrar cosas sobre el siglo XX.

Anthony no recuerda en qué clase pasaron del XVII, pero no le interesa, tampoco va a prestar atención hoy.

Baila el bolígrafo azul entre los dedos, con el puño cerrado en el moflete y empanado en las piruetas que le van saliendo.

Dos semanas hace del cumpleaños de Oliver. No es mucho tiempo, pero han pasado tantas cosas que lo ve muy lejano. Si pudiese tirar catorce días atrás significaría volver a estar bailando en la fiesta borracho como una cuba. Y por la noche, en casa de Kyle.

El boli se le escapa y sale volando, recorre un par de metros en el suelo. Lo

da por perdido y saca el móvil.

El chat del grupo tiene mensajes nuevos, Noemí y Kyle llevan un rato hablando. Anthony sonrío y la mira de reojo. Le alivia saber que no es el único que está pasando olímpicamente de la clase.

Han hablado de música, y luego Noemí se ha quejado de la cantidad de ejercicios que ha mandado el profesor. Kyle se ha asustado, porque aunque esté expulsado tiene que presentarlos a la vuelta, y como no viene a clase no tiene de quién copiarlos ni excusa para no hacerlos.

Anthony desliza el dedo. Se salta un montón de texto porque solo son nombres de canciones y grupos que no le interesan. Ahora están hablando de la quedada del sábado.

De reojo, ve el momento exacto en el que Oliver se desploma sobre la mesa y desiste de la clase, porque son las ocho de la mañana y estar sentado una hora completa prestando atención es demasiado pedir para cualquier ser humano. Él también saca el móvil. En este punto, el único de *toda* la clase que está prestando atención debe ser Ryota.

Oliver le pregunta a Kyle si va a traer a su pareja a la quedada. Kyle ni siquiera lo cuestiona, asume que Anthony le ha contado a todos que está saliendo con alguien. Dice que no está seguro de si su pareja querrá venir, pero acuerda que va a preguntarle.

Anthony deja el móvil en el estuche. «Kyle con novia...» repite, buscando interiorizarlo. No es capaz de imaginar la situación.

Ahora tendrá menos tiempo para quedar con él porque las tardes querrá pasarlas con ella. Y los fines de semana, claro. Probablemente dormirá los sábados en casa de su novia en lugar de en la suya como siempre... Pero seguro que Kyle busca un hueco para jugar videojuegos. Sus míticas tardes de *Pley*, panchitos y refrescos, no pueden irse a ninguna parte.

Una punzada le aqueja de golpe el estómago, y un nudo le asedia la garganta, porque le surge una duda: ¿Y si a ella también le gustan los videojuegos? ¿Y si... Y si ahora puede compartir sus videojuegos, criticar películas y atiborrarse de chocolate, con otra persona?

Se muerde el labio, pero trata de explicarse a sí mismo que preocuparse por eso es una tontería. Kyle no le va a dejar de lado, es evidente. Él es su mejor amigo. Simplemente él y su novia querrán pasar tiempo juntos, sobre todo ahora que acaban de empezar a salir...

«Salir».

Si va a salir con ella para hacer cosas como jugar videojuegos, o dormir juntos..., ¿qué diferencia hay con lo que ya hacían ellos? ¿Por qué necesita Kyle una novia si ya le tiene a él?

Las cejas de Anthony se inclinan fervientemente, no en enfado, sino interrogantes en abundancia. Hasta que puede intuir una respuesta: Kyle cumplió los dieciocho, ya es un adulto. Es normal que quiera tener... *coito*.

Se revuelve incómodo en el asiento. ¿De verdad esa es la única diferencia? ¿De verdad solo porque no es una chica no puede estar con Kyle?

El timbre suena para liberarles del sufrimiento, Anthony levanta la cabeza sin creerse que ya haya pasado una hora completa.

—¿Habéis visto el chat? —pregunta Noemí.

Oliver asiente.

—Ojalá la traiga. Va a ser como encontrar a Wally por fin. —Se estiraza, y mira a Anthony—. ¿Marc va a venir?

—Deberían hablar y disculparse —se oye a Ryota.

—Pues sí, la verdad. En fin. Voy a coger una chocolatina de la máquina, ¿queréis algo? —se ofrece Noemí.

—Sí, pero te acompaño, no quiero seguir sentado. —Oliver rebusca dinero en su maleta—. Estas sillas son una mierda, solo llevamos una hora y ya me duele una barbaridad el culo... ¿Venís?

Como los dos niegan, ellos se van, haciendo especulaciones sobre cómo será la chica y de qué color tendrá los ojos o el pelo.

Anthony se queda apoyado con la cabeza en la pared, sus dedos están entrecruzados. Ryota está en la mesa de la esquina, ha sacado un libro y lo está leyendo. Es un libro distinto al de hace dos días.

—Ryota —le llama desde su asiento. Se levanta titubeando. Se sienta delante de él—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

La expresión de Anthony varía entre la formalidad y la preocupación. Ryota cierra el libro.

—Dime.

—¿Cuál...? —No está seguro de querer hacer esta consulta. Carraspea mientras lo decide—. ¿Cuál es... la diferencia entre el amor y la amistad?

Y ya dicho, espera expectante.

—¿A qué clase de amor te refieres?

—Pues... El amor —repite, como si fuese evidente—. El amor de pareja, el de salir con alguien.

—No soy la persona idónea para aclararte.

El castaño arruga el entrecejo.

—¿Por qué no?

¿Desde cuándo Ryota no es el más adecuado para lo que sea? Siempre tiene una respuesta para todo, siempre lo sabe todo. Es el *Gugüel* de sus amigos.

—Porque te diré que es una construcción social —dice—. Que el concepto de amor, como deseo espontáneo e incontrolable es una falacia perpetuada por los medios de ocio y la necesidad del ser humano de sentir estabilidad dentro del caos que es la vida.

Anthony le mira extrañado. Sus ojos brillan con inocencia.

Ryota se ajusta las gafas. Busca otras palabras.

—Pasar de la amistad al emparejamiento es una decisión racional —expone—. Cada persona determina los límites de cada una de ellas. No puedes preguntarle a los demás cuál es la diferencia, porque eso lo decides tú.

Anthony clava los ojos en la pared un momento. Sus cejas están curvadas con incompreensión.

—Pero... —Se pronuncia en un hilo muy bajito, como si en realidad no quisiera que nadie le escuche—. ¿Y si no los sabes...? Los... Los límites.

Ryota expone una palma.

—Entre ser pareja o amigos yo veo dos diferencias. Atracción sexual.

—Anthony asiente cuando enumera con el dedo—. Y un deseo, que tira hacia la desesperación y el egoísmo, de no querer sacar a esa persona de tu vida.

—Yo no quiero que ninguno de vosotros salgáis nunca de mi vida —replica enseguida—. Aunque no seamos pareja.

—Los cambios son inevitables, la vida es impredecible —sopesa sin más

—. Cuando escoges tener pareja estás decidiendo dejar una parte de tu vida inamovible y dejas que sea lo demás lo que va girando y cambiando.

Anthony gruñe disgustado. Él no quiere perder a nadie.

—Cuando termine el curso y hagamos los exámenes estudiaremos una carrera —afirma Ryota—. Si se te presentase la oportunidad de hacer la carrera de tus sueños en una universidad de Alemania, ¿qué harías?

Anthony reflexiona en silencio.

—Supongo que iría, y volvería cuando terminase los estudios...

Ryota asiente.

—Eso es lo que piensas ahora. Después de esos cuatro, o cinco años, las cosas habrán cambiado. Yo no tendría tiempo porque estaría atendiendo mi empresa, Oliver tendría una familia, Noemí se habría ido a Italia y Kyle a Inglaterra —conjetura.

—Eso sería horrible —musita Anthony. Está más preocupado que al principio—. ¿Por qué tengo que escoger entre dos cosas que me importan?

—No se trata de imponer el uno sobre el otro, ni de consagrarse a una persona. Se trata de admitir que en la vida pasan cosas todo el tiempo, y tienen sus consecuencias. Cambiamos en la forma de pensar, conocemos personas nuevas, cambiamos de ciudad o intereses. Las relaciones se desgastan porque crecemos y cambiamos.

Noemí y Oliver acaban de llegar. Ella se sienta y él se encarama en una mesa. Están comiendo chocolatinas.

—¿De qué habláis?

—Sobre cuál... Sobre qué es el amor —expone Anthony. Iba a formular la duda original, pero prefiere que no le interroguen. Ellos no son tan discretos como Ryota.

Noemí levanta las cejas.

—¿Cómo es que estáis tan filosóficos?

—Fácil. El amor es hacerte una paja pensando en alguien y aun así seguir teniendo ganas de estar con esa persona —suelta Oliver, aunque nadie le ha preguntado.

Noemí rueda los ojos.

—El amor es despertarte e irte a dormir pensando en una persona. Es quedarte embobado preguntándote qué estará haciendo en estos momentos. Es contar los minutos que quedan para volver a verle. —Sonríe visualizando algo en el infinito—. Y cuando estás con esa persona, tu corazón se acelera, tu boca se reseca, tu respiración se entrecorta y sientes la barriga rara. Como si te doliese y te gustase a la vez, como si pudieses desmayarte en cualquier momento...

—Eres una cursi —la corta Oliver. Ella se gira a la velocidad de la luz para fulminarle con la mirada.

Cuando entra el profesor, vuelven desganados a sus asientos. Anthony se apoya la mejilla en la mano.

Ryota le ha puesto la cabeza como un bombo.

Tampoco presta atención en absoluto a esta clase.



—¿Queréis echar unas partidas después de comer? —propone Oliver al salir de clase. Noemí niega con la cabeza.

—Yo voy a estudiar para el examen.

—Pero si aún queda un montón —se sorprende. Él también debería estudiar, pero le da mucha pereza y todavía queda una semana entera. Si se pone a estudiar ya, va a ser tontería, porque se le va a olvidar. Ya se lo mirará el día anterior, o el mismo por la noche.

—No todos estudiamos *al día* como tú —chista ella.

—Bueeeeno. ¿Ryota, Anthony?

—Tengo clase de piano —dice Ryota.

—Yo voy a pasarme por casa de Kyle para dejarle los deberes. Te aviso más tarde.

—Okey, ¡hasta luego! —Se despiden todos, y Anthony se desvía para recoger a Annie.

Cuando entra en el pabellón de infantil se lleva una sorpresa, porque Marc

también está allí, en el muro. Con las manos en los bolsillos el azabache observa a los niños que van saliendo.

Extrañado, Anthony zarandea la mano y se acerca, rapidito antes de que nadie confunda a Marc con un secuestrador. Mamá le ha comprado mucha ropa, ¿por qué solo va de negro? Y eso de peinarse ya lo damos por perdido.

—¿Cómo es que has venido? Se supone que estás expulsado.

Marc se separa de la pared en un gesto perezoso.

—Eso es para el horario de clase, no hay ningún policía en la puerta con mi foto.

Se aproxima tanto que Anthony retrocede, por si se le ocurre la espontánea idea de darle un beso delante de todo el mundo. Marc también da un paso hacia atrás para no incomodarlo. Estira el brazo y le da un simple toque en la nariz.

El menor se sonroja, él evoca un suspiro.

—Me aburría mucho en casa —dice.

Las oleadas de niños corren ante sus ojos chillando como locos hasta sus padres. Parecen pequeños orcos de Mordor que acaban de salir de la forja.

—Podrías aprovechar para ponerte al día con las cosas que dimos en el primer trimestre antes de que entrases.

—Ya lo he hecho —responde, cansado, como quien se queda sin entretenimiento.

Anthony le mira con aire escéptico, preguntándose si será verdad. Aunque viendo la rapidez con la que acaba los ejercicios tediosos y aburridísimos de Matemáticas, le resulta creíble.

Marc frunce el ceño y cruza los brazos.

—No sé qué clase de castigo es este, es más como si me hubieran regalado unas vacaciones —farfulla.

Anthony sonríe enormemente. La voz de su hermano es tan desganada como siempre, y se acaba de dar cuenta de que la camiseta que lleva es la del pijama, lo único que se ha cambiado es el pantalón. Lleva una tiritita en la frente y un parche en el moflete. Su ojo ya no está hinchado pero toda la circunferencia tiene un tono morado que le resalta aún más las ojeras.

—Annie, aquí —la llama Marc cuando la ve. Viene hacia ellos con las

manos en alto y se agazapa a la pierna del azabache.

—¡Hola hermano, hola hermanito!

Anthony se agacha y le lleva la mochila.

—¿Qué tal la clase hoy? —pregunta, su tono suave y cariñoso. Su hermana parece un angelito cuando no están en casa y no chilla por todo u ocupa el baño durante siglos.

—Hemos hecho dibujos. —Trata de alcanzar la mochila.

—¿Están aquí dentro? —entiende, deslizando la cremallera.

—¡Dámelo, dámelo!

El castaño saca un par de papeles mal doblados y Annie se los quita de la mano. Los va pasando buscando uno en concreto y cuando lo encuentra lo extiende al cielo con energía.

—¿Somos nosotros?

—¡Sí! Esta de aquí es mamá, esta soy yo, aquí está Marc, y mira, este eres tú.

Ellen lleva un móvil en la mano y está rodeada de dinero. A Anthony le hace gracia, pero también le entristece. Trabaja mucho para ganarlo y lo entiende, pero le gustaría que pasase más tiempo en casa. A la izquierda está Annie, con todos sus muñecos de peluche, y a la derecha está él. Se habrá quedado sin color marrón, porque le ha pintado el pelo de color morado.

Anthony suprime un suspiro. A Marc le ha pintado una corona en la cabeza y un montón de brillantes y chispas.

—¿Eso de ahí es un perro? —curioseas Marc desde arriba, sacando una mano del bolsillo para llevar la mochila.

—¡Sí! Lo he puesto para que mamá vea lo felices que seríamos todos juntos y le den ganas de tener uno.

—Qué buena idea. A mí no se me habría ocurrido —ríe Marc.

Anthony se levanta y le da la mano a Annie. Echan a andar.

—¿Qué hay de comer? —pregunta el castaño.

—No sé. —Marc se encoge de hombros.

—¿Has estado en casa toda la mañana y no has preparado nada?

—Da gracias a que estoy despierto, hace media hora seguía en la cama —se jacta el azabache. Annie va canturreando delante. Repasa sus dibujos muy orgullosa.

—¿Cómo puedes dormir tanto?

—Anoche llegué a las tantas de trabajar, estaba cansado.

—Ah... —Anthony se calla y se disculpa silenciosamente. Marc está tan normal por las mañanas que a veces se le olvida que trabaja por las noches —. Podemos hacer pasta.

—¿Pasta otra vez? —protesta Annie—. ¡Siempre pasta!

—Ellen dijo que había filetes en la nevera.

Anthony asiente de forma queda. Ya ha pasado un mes entero desde que Marc llegó a casa, y sigue llamando a su madre por su nombre de pila. Tampoco espera que de la noche a la mañana le llame «mamá», pero le resulta muy extraño considerarlo un hermano y que de repente se dirija a su madre como a una desconocida.

Bueno, también ellos son dos hermanos que follan juntos, así que, en fin. Que la llame como quiera.

En un cruce, Anthony se para y se queda atrás.

—¿Puedes adelantarte y preparar la comida? Tengo que llevarle los deberes a Kyle y después de comer me va a dar más pereza.

—Claro.

Solo, camina más deprisa.

La casa de Kyle no está lejos. Al pasar el río las calles son perpendiculares, y sus casas quedan a la misma distancia desde izquierda o derecha, como dos esquinas de un cuadrado.

Solo escucha a los pájaros y sus propios pasos sobre el cemento, porque es la hora del almuerzo y todo el mundo está en casa comiendo. El Sol pega fuerte avisando de que pronto deberán guardar la ropa de invierno y las vacaciones parecen un poco más cerca.

Aunque *vacaciones*, en Bachiller... Hasta que no termine los exámenes de acceso no podrá considerarse libre. Inspira hondo, estresado. Todavía no está seguro, pero supone que escogerá Económicas, como su madre. Quizás un día herede la empresa.

Se remanga cuando el calor se vuelve menos soportable.

La última vez que habló de esto con sus amigos todos seguían indecisos, ¿las habrán escogido ya? ¿Y qué querrá hacer Kyle? Porque la última vez que le preguntó afirmó muy seriamente “ser millonario”, se río, y siguió comiendo panchitos.

Recuerda lo que ha dicho Ryota, aunque en realidad no ha llegado a olvidarlo: «Los cambios son inevitables».

Gruñe. Ya lo sabe. Lleva desde que empezó el curso preguntándose cómo serán las cosas cuando acabe, en qué pasará cuando entren en la universidad y todos estén en carreras y facultades distintas.

La idea le entristece tanto que se olvida de lo que está haciendo. Solo llega a casa de Kyle porque ha recorrido el camino tantísimas veces que se ha quedado grabado en su subconsciente. Si la puerta hubiese estado abierta probablemente habría subido hasta su cuarto a tumbarse a la bartola y comerse las chucherías que Kyle esconde encima del armario.

Llama al timbre y la puerta no tarda en abrirse.

—¡Hola, Anthony!

Es una señora mayor, con los mofletes hinchados y una sonrisa amplia.

—Buenos días, señora Segers.

—Te he dicho mil veces que me llames Martha —replica la mujer, pero su sonrisa no se borra—. Kyle está arriba vistiéndose para salir.

—Ah... ¿tan pronto?

Kyle ya le dijo que había quedado, pero esperaba tener tiempo para charlar un rato. No de nada concreto, simplemente de una tontería y luego otra.

—He venido para traerle los deberes.

—Gracias, Anthony, eres un cielo. Yo no sé qué voy a hacer con este hijo mío. —Inspira profundamente y se lo pregunta al cielo—. Me tranquiliza que un chico tan responsable como tú sea su amigo.

Anthony hace la mueca más alegre y falsa que puede.

Responsable él, que se emborracha como un miserable en las fiestas hasta vomitar. Responsable él, que se está tirando a su supuesto hermano.

—¡Kyle! —chilla de pronto la señora. Su voz serena se esfuma para convertirse en un grito que retumba en las paredes y en su cabeza—.

¡Anthony está aquí!

Anthony no se inmuta porque ya está acostumbrado.

—¡Dile que ahora bajo! —grita él en el mismo tono.

Luego ella mira a Anthony, y su sonrisa campechana vuelve a brillar. Hace una mueca con el labio y sus ojos se afinan, parece estar pensándose hacer o decir algo.

Entonces mira hacia atrás y da un paso para salir de la casa. Cierra la puerta casi por completo.

—¿Tú la conoces? —cuchichea. Anthony entiende que Kyle ya le ha dicho que está saliendo con alguien—. ¿Cómo es ella?

—No la conozco —se disculpa.

—¿No es Noemí, no? —Niega con educación—. ¿No es de vuestro grupo de amigos?

—No, Noemí no es... —Sonríe algo incómodo.

La madre de Kyle hace muchas preguntas, pero en realidad todas son la misma formulada de formas distintas. No quiere enterarse de que él no tiene ni idea.

Después de un exhaustivo interrogatorio, la señora suspira y se lleva una mano al rostro.

—Espero que sea una buena chica. A decir verdad, yo pensaba que tú y Kyle... —lo deja caer.

Anthony da un respingo.

—No, qué va —se apresura a desmentir. Le ha pillado tan desprevenido que se ha sonrojado. Hasta ha levantado las manos para negar también—. Qué va —repite, sonriendo con apuro.

Insinuando que son homosexuales... De él todavía, pero ¿Kyle? ¿Cómo se le ocurre tal cosa? Si a Kyle le gustan las mujeres, es evidente.

—¿Mamá? —se oye al otro lado.

La mujer empuja la puerta desde fuera.

—Ay, que se ha cerrado —miente con todo el descaro, porque sabe que Anthony no la va a delatar. Pero Kyle, que ya conoce a su madre, enarca una

ceja y la mira de reajo—. ¡Hasta luego, Anthony!

—¡Adiós!

Kyle le mira recostado en el filo de la puerta, tiene la mano apoyada en el pomo. Lleva una camiseta malmetida por el vaquero y unas *Sinverse*. La derecha no está atada.

—Hola, Anthz.

Y huele fuerte a colonia, se ha pasado un poco echándose. Pero no resulta desagradable. Se la habrá cogido a su padre porque él no tiene.

—Hola... Te traigo los deberes. —Se descuelga la mochila y saca un par de libros. Kyle se incorpora para cogerlos—. Te he escrito en ese papel lo que hemos dado y lo que hay que hacer. Lo rojo es lo importante, y lo que está en negro son ejercicios que vamos a corregir los próximos días en clase, así que en realidad no hace falta que los hagas. —Encoge un hombro.

Kyle asiente mientras lee el papel.

—Los próximos días me lo puedes decir por mensaje, no hace falta que hagas todo el camino hasta aquí. —Se peina. Se nota que acaba de ducharse porque lo tiene empapado y hacia atrás. Algunos mechones le caen en la frente formando eses.

—No es molestia, son solo unos minutos... —mitiga.

Y se hace el silencio.

Kyle juega a girar la mano en el pomo, aunque está fijo.

No han hablado de la pelea. Ni de lo que dijo en el café sobre no saber si quería seguir siendo su amigo. Kyle se ha disculpado muy escuetamente y de forma general por chat, pero eso y nada para Anthony es lo mismo.

Para una amistad como tiene con Ryota, por ejemplo, que pasen días sin hablar por chat no es raro, pero para él y Kyle sí. Él y Kyle hablan todo el tiempo y de todo. En persona, por mensaje, por videollamada; o directamente avisan de que van para casa del otro. No por nada se consideran el uno al otro “mejores amigos”.

O al menos, así eran las cosas hace un mes.

—¿Se va a quedar Anthony a comer? —chilla su madre.

—¿Te vas a quedar a comer? —le pregunta Kyle, como si no lo hubiese

escuchado.

—No, no puedo.

—¡No se queda! —grita, doblando el rostro en su dirección.

—¡Dile que hay almóndigas!

—Hay albóndigas —repite. Su voz cambia de grito a tono amable en cuestión de segundos. Ni siquiera parece la misma persona, es como si estuviera poseído a ratos.

—Mis hermanos me están esperando en casa.

—¡Dice que se tiene que ir!

—¡De primero hay gazpacho! —insiste la señora.

Es imposible que no escuche los gritos, y es imposible que ellos no sepan que está escuchando los gritos.

—Hay gazpacho —le comenta.

—No puedo, de verdad.

Kyle gira el cuello otra vez.

—¡Que no puede mamá, no insistas!

—¡Que se lleve un táper por lo menos!

Kyle esboza una escueta sonrisa de compromiso, porque su madre sigue insistiendo. Pero Anthony ya está acostumbrado a todo en esta casa. En realidad, que no les importe chillar como energúmenos delante de él es acogedor. Se siente un poco como parte de la familia.

—Anda, se me ha olvidado traerte los juegos. Todavía están en mi casa.

—Gira la cadera hacia la calle, señalando el camino con el pulgar—. Puedo llegarme ahora en un momento y te los traigo.

—Yo... —Kyle se incorpora separándose de la puerta—. Es que voy a salir ya mismo.

—Ah, bueno... Entonces otro día te los doy. Además —Tira una casi carcajada muy rara—, yo también me tengo que ir ya. Mis hermanos me están esperando y eso. —Sus manos se mueven en el aire. Está nervioso. Y pasa de estar nervioso a avergonzado cuando se da cuenta.

¿Está incómodo en presencia de Kyle? ¿Cómo es posible?

Pero es que Kyle está distinto. Distante. Ni siquiera le ha mirado a los ojos por más de cinco segundos seguidos. No puede evitar sentirse un estorbo, y eso es exactamente lo que temió que pasaría cuando Kyle le dijo que tenía pareja.

¿Y qué se supone que haga?

Estaría siendo un egoísta si le dice que le echa de menos o que quiere pasar más tiempo con él ahora que está tan feliz. Sería quitarle tiempo de estar con ella o hacerle sentir culpable.

Prefiere no decir nada. Solo tiene ganas de irse y llegar a casa, y abrazar a Marc.

Se da la vuelta, despidiéndose con un escueto «Hasta luego».

Quiere dejar de sentir que todo está diferente, pero parece que no es cuestión de sentirlo o no, que verdaderamente las cosas están cambiando.

O que han cambiado ya y él todavía no se ha enterado.

—Anthz, espera —le requiere Kyle. Cuando se gira, levanta la pila de libros y libretas—. Gracias por traerme los deberes —dice.

Anthony sonrío, se despide, y echa a andar.

Cada vez más deprisa.

Lo último que perdemos

—Toc, toc —susurra sustituyendo golpear la puerta. No está cerrada, así que solo tiene que empujarla con suavidad—. Buenas noches, deduzco por tu luz encendida que quieres sexo —dice. La cierra a su espalda.

Anthony está tumbado en la cama, pero se da la vuelta y apaga la luz de la mesita. Marc ladea la barbilla.

—Buenas noches, deduzco por tu luz apagada que quieres sexo.

Anthony sonrío.

—Ven —susurra, echándose a un lado para dejarle sitio. Marc se acomoda y sus labios se unen en un pequeño beso.

—Hola —Su voz es aterciopelada. Le rodea la cadera.

—Hola... —Su pequeña sonrisa se refleja también en el rostro del azabache, porque su hermano pequeño lleva un par de días decaído, pero por fin parece volver a la normalidad.

Hoy incluso han estado jugando juntos a la *Pley*. Ha sido un juego de carreras que a Marc le ha parecido muy aburrido y estúpido, pero Anthony no ha parado de reírse de lo mal que se le daba, así que ha merecido la pena el sufrimiento.

—¿Me has echado de menos? —susurra con voz ronca. Anthony suelta una pequeña risita.

—Si te he visto hace menos de media hora.

—¿Eso es un no? —finge tristeza. Anthony ladea el rostro. Ignorando las tonterías de Marc, se inclina sobre él.

Antes de que sus labios lleguen a encontrarse arruga la nariz y se aparta.

—Has estado fumando —afirma. El olor impregnado en su pelo es inconfundible.

Marc no le da importancia.

—Solo uno —dice, buscándole con los ojos cerrados para besarle, pero Anthony le esquivo, se queda buscando unos labios que no encuentra. Cuando abre los ojos le ve en pie junto al escritorio.

—Mira. —Extiende un papel que estaba en la mesa. Marc creía que era basura. Como todos los que están por el suelo y por la mesa arrugados. Anthony se aclara la voz e infla el pecho antes de enunciar—: «Efectos nocivos del tabaco en la salud».

Marc cierra los ojos y se deja caer sobre la cama.

—«Además de afectar a nuestro aparato respiratorio, el tabaco influye en el envejecimiento de la piel y puede derivar en enfermedades cardiovasculares....»

Chasquea la lengua, esperando a que acabe de leer.

—«...y otros efectos cómo cáncer, dependencia, infertilidad... La mayoría de los efectos adversos del tabaquismo son dependientes, es decir, son peores cuanto más se fuma. No obstante, usted debe saber que no hay un nivel de consumo seguro para....»

Y sigue, y sigue.

La lista es inmensa.

Pero no pasa nada, Marc está llevando bastante bien la misa. Ha cerrado los ojos y está pensando en otras cosas mientras los labios de Anthony se mueven sin parar. Se cierran, se abren. Qué barbaridad, van rapidísimo. Su cara expresa dramática sorpresa en algunas partes, se está esforzando por venderle la moto.

Es tan adorable. Se ha puesto a buscar en Internet esas tonterías solo por él, y luego lo ha impreso para leérselo. Marc se muerde el labio y lo curva en una sonrisa.

Es tan tierno, tan inocente. Siempre consigue sorprenderle con algo nuevo.

Se le queda mirando, pero en su cabeza empieza a reproducirse en modo automático un hit que no dejan de poner en el Trébol.

♪ *I saw the sign. I saw the sign and nosequé my eyes...* ♪

En realidad no se la sabe bien, pero la dichosa es tan pegadiza que no

puede pararla. Suena en su cerebro en bucle.

Todo es música y tranquilidad hasta que Anthony termina de leer la página, la echa para atrás y empieza a leer otra. Los azules se expanden con exasperación cuando ve que el chico tiene por lo menos cuatro o cinco folios escritos hasta abajo.

—Anthony —le llama, incorporándose para agarrarle el brazo. Lo atrae suavemente y él deja de leer—. Deja eso, anda... Luego lo leo. —O no—. Anda...

Anthony arruga el entrecejo, considerándolo. Con la brillante sonrisa de Marc y sus ojos afinados es difícil denegar la petición.

—Vaaale. —Gatea sobre la cama y se tumba.

Sus dientes surgen en una extensa sonrisa, pero enseguida tienen que volver a esconderse; unos labios se aproximan a los suyos. Sus bocas se encuentran con parsimonia y se separan beso tras beso. Marc trepa por su espalda, le repliega el pijama en una extensa caricia.

—Estoy vestido —apunta el castaño.

—Sí, me he dado cuenta —ronronea—. Te has acordado de que me gusta desenvolver mis regalos...

Se acomoda de un salto, de rodillas sobre las sábanas. Le arrastra de las caderas para centrarlo, le coge la cintura y le da la vuelta entera. La camiseta para arriba, el pantalón para abajo...

Suelta un fuerte bufido cuando el trasero de Anthony queda expuesto.

—¿Qué eres, un neandertal? —Se ríe, con la frente apoyada en la almohada.

—Unga. —Sonríe. Le saca la ropa, queda esparcida por ahí.

Él también se tumba, echando solo parte de su peso sobre el menor. Frota sus ropas contra el cuerpo desnudo, hinca sus dientes en el lóbulo de su oreja. Besa su cuello, sus mofletes; acaricia su espalda.

Anthony se revuelve. Su miembro ya erecto se frota impaciente contra las sábanas. A Marc le divierte hacer esas cosas. Jugar media hora antes de meterse en él, perturbarle el ritmo cardíaco y recorrerle cada parte de la carne con sus grandes manos.

Y le encanta, pero hay días que Anthony ya está calentado de antes, y

entonces estos minutos de espera y todo el ritual se convierten en un larguísimo castigo cruel.

—Marc... —gime, y sus caderas se zarandean impacientes a izquierda y derecha. El azabache sonrío, y se levanta.

Sus manos se imantan a las firmes nalgas, las acaricia con presión hacia arriba y abajo. Contempla divertido cómo la carne se amolda, y cómo tiembla como gelatina cuando la sacude.

Se le queda mirando un buen rato, curioso, acariciándole la piel a trozos. Le gusta devorarlo con los ojos y jugar un poco con la comida antes de ponérsela en la boca.

—Qué cuerpecito. ¿Y es todo para mí? —susurra, regodeándose en la desesperación de Anthony. Es tan adorable cuando su cuerpo grita a voces que le penetre... Pero él nunca lo dice en voz alta por sí solo, porque es un cabezota—. Qué suerte tengo.

Y efectivamente comienza a devorarlo. Le hinca los dientes en la nalga ganándose un gemido de sorpresa. Lo hace con tanta suavidad que no habría otro adjetivo para describirlo más que una caricia. No obstante, la presión va en aumento. Dobla la carne, la comprime entre ambas filas de dientes.

Lejos de quejarse, Anthony suelta un prolongado jadeo.

Marc se separa, contemplando gustoso cómo ha quedado una sutil marca sobre la tersa piel. Satisfecho, la bautiza con un rápido y sonoro beso.

—Deja de hacer el tonto —masculla Anthony, y Marc sabe que eso es lo más cercano a una súplica que puede esperar.

De todas formas, lo ignora.

Le apresa las nalgas y las separa violentamente, dejando una entrada sonrosada perfectamente expuesta. Y entonces se relame los labios. No lo traía planeado, pero sus instintos se han encendido como una bombilla.

—¿Me sujetas esto? —decreta, agarrándole las muñecas, muy lejos de ser una petición o algo opcional—. Gracias.

Anthony gruñe, pero mantiene las manos en la posición. Abriendo su propio trasero, ¿para qué...?

Sin más y mucho menos con aviso, Marc se agacha y se acomoda entre sus piernas. Le hunde el rostro entre las nalgas.

—¡Ahí n-no...! —se alarma a punto de darse la vuelta, pero Marc le sujeta las manos poniendo las suyas encima.

Abre la boca y saca la lengua. Repasa la apretada entrada en una única y extensa lamida que arranca al menor un poderoso gemido de sorpresa.

Su cuerpo se tensa, su erección palpita dolorosamente, sus mejillas se colorean de rojo fuego. Solo puede pensar en agradecer al Anthony de hace un rato por haberse aseado a fondo.

—Aah...g... —jadea cuando le regala otra.

Se esconde en la almohada para acallarse. Su cuerpo se ha tensado, y su miembro se zarandea entre sus piernas ligeramente flexionadas.

Fácilmente podría liberarse, porque no le está reteniendo de las muñecas ni presionando demasiado, y sabe que en teoría debe sentirse avergonzado con Marc repasando ese punto tan abajo y tan indecente de su anatomía; pero su cuerpo no piensa lo mismo.

Su torso se arquea en dirección a Marc. Exponiéndose. Ofreciéndose a él.

Nota la punta mojada de su lengua repasar los pliegues con lentitud y la cantidad justa de saliva. Alternar movimientos verticales con otros más dispares que reparte por aquí y por allá. Y lo que definitivamente le vuelve loco, un extenso rodeo que abarca la integridad de su superficie, coronando el movimiento cuando introduce una, muy pequeña, parte de su lengua; tan solo la punta.

Lo acaricia desde dentro.

No sabe qué es. Quizás solo la cantidad de nervios que se juntan en ese punto hace que se sienta extremadamente bien. Quizás es porque Marc bufa tratando de abarcarlo por completo igual de extasiado con la deplorable escena. O quizás es precisamente el tabú de estar haciendo algo que se supone es sucio o indecente, lo que añade el punto de excitación que le enloquece.

Le está permitiendo no solo asomarse, si no devorar un punto tan apartado de la vista que ni él mismo puede verse.

—¡M...Marc...! —gime, sofocado, incapaz de aguantar todas las emociones. Sus dedos se enredan con desesperación en las sábanas, pero la extraña sensación se le antoja incompleta, esos toques tan sutiles son insuficientes.

Su dignidad se evapora cuando comienza a mover las caderas con

desasosiego. Quiere sentirlo más.

Quiere que le meta la lengua entera.

Una imponente media sonrisa se abre paso en el rostro del azabache. Anthony se ve adorable tratando de acallarse contra la almohada, y su cuerpo tiembla exageradamente en cada delicada lamida que deposita en su trasero con olor a limón del gel de ducha. El vello baila bajo su lengua, cambiando de dirección con la saliva.

Le acaricia las nalgas y saborea ese punto serenamente, regocijándose en cada caricia con satisfacción y complacencia sabiendo que le está tocando un punto privado, íntimo y escondido; y Anthony no se está apartando. Que confíe en él para permitirle seguir lamiéndolo y degustarle el cuerpo entero le endurece el miembro como el diamante, eso, y que Anthony está tan dilatado que podría meter la lengua entera y le sobraría un poquito de espacio.

Y pensar que cuando lo vio por primera vez solo era un pequeño agujerito apretado...

—Entra ya... —le exige pobremente.

Marc se separa de él. Anthony escucha el zip de su pantalón, y tiene que morderse el labio con fuerza para reprimir un gemido en mitad de la noche.

Está impaciente y ya le da igual ocultarlo. Sus caderas se pegan a las del mayor cuando aún no le ha dado tiempo a bajarse los pantalones.

—Un momentito —se burla él, separándose para quitárselos.

En cuanto la libera le rebota entre las nalgas. Se pone el condón. Le agarra las caderas y las presiona contra su erección.

Él tampoco quiere esperar ya más. Le aparta las manos con brusquedad, las deja caer en las sábanas para que se aferren con fuerza, y sin ceremonia, le hunde el miembro hasta las profundidades de la carne.

—Ma...h... —jadea en voz alta, y Marc recuesta sobre él. Le tapa la boca.

Recrean el enlace perfecto una noche más. Con la misma sensación increíble naciendo en sus estómagos, el mismo calor cegándoles el pensamiento. A Anthony se le escapa un hermoso jadeo perdido cada vez que Marc se le hunde con vehemencia, y a Marc un varonil gemido ronco cuando siente que Anthony lo cobija en sus adentros.

—Anthony... —gruñe en voz baja.

Con sus cuerpos pegados no cabe una sola brizna de aire entre pieles.

Anthony mantiene los párpados apretados. Su voz se ahoga en la palma de Marc, que le presiona con fuerza las mejillas para hacerle callar.

Va muy rápido, está siendo muy rudo hoy; sus entrañas se incendian antes de lo previsto. Los pulmones se le vacían en cada golpe y los testículos le están golpeando cada vez que se hunde en él.

Arquea la espalda, y con Marc presionándole la boca, un gemido que hubiese resonado demasiado alto muere en la palma de su mano.

Entonces intenta encontrar palabras, pero con su cuerpo sepultado por el otro más grande, se ve incapaz de pronunciarse.

Marc entra y sale de él a su gusto. Marc se ha apoderado de su cuerpo. Y de su voz. Y de cada poro de su piel que se estira hacia él con desesperación tratando de sentir un poco más de la increíble sensación que es capaz de despertarle.

—Voy... a... manchar... —consigue articular.

Marc aprieta los dientes.

Ese hilo de voz siempre consigue acelerarle por más exhausto que se sienta. «Aparta... manchar...», «Marc, termino...», «Voy a... hacer eso». Marc tira una carcajada. ¿Pero de qué vas a manchar, Anthony? ¿Y qué es “hacer eso”? ¿Correr por todas partes, dejarlo todo perdido de semen porque te encanta que te folle tu hermanito es “hacer eso”?

De todas formas, no necesita decir nada. Marc ya ha memorizado la secuencia de jadeos intermitentes que Anthony evoca y las expresiones que dibuja su rostro cuando está próximo al orgasmo.

Mueve su pelvis con fiereza con solo una cosa en el pensamiento: follarle. Muy fuerte, y muy rápido; no va a parar hasta ver la crema en su estómago, en su pecho, en las sábanas. Que llegue hasta su rostro, que manche hasta el suelo.

Le da exactamente lo mismo ahora.

Marc le gira el rostro con fuerza, une sus bocas en un desesperado beso con lengua al que el castaño difícilmente puede seguir el ritmo. Cuando se separa para jadear, Anthony abre los ojos. Sus verdes buscan los azules con torpeza.

Es la imagen de Marc, clavándole los dedos con fuerza en su cintura, mirando hacia arriba con los ojos cerrados y la boca entreabierta jadeando mientras no deja de entrar y salir de él; lo que le hace venir con un sentido orgasmo.

Todo su cuerpo se sacude y su entrada se contrae; estruja entre su carne el miembro erecto de Marc.

El azabache esboza una pequeña sonrisa que no llega a ver; porque Anthony sigue aguantando menos que él.

Y sin embargo, él tampoco tarda en estallar: de su garganta brota un gemido ronco. Su semen sale disparado con fuerza directo al plástico; las paredes de Anthony se aprietan al sentir el calor y le apuran hasta la última gota.

Marc ladea el rostro, y suspira rendido.

Es él quien cada vez aguanta menos. Anthony es demasiado para él. Demasiado para el mundo. Le vuelve loco.

Se deja caer a un lado del colchón.

—¿Te ha gustado? —Intenta recuperar la respiración. Súbitamente cansado, se da la vuelta y pone la vista en el techo.

Anthony gruñe en la almohada. Se encarama a su torso y le baila los dedos en el pecho.

—Deja de preguntar eso, sabes que sí.

Marc sonríe. Le hace un nudo al condón y se estira para coger el rollo de papel higiénico. Se lo pasa entre las nalgas para llevarse la saliva y el lubricante del plástico.

Aún exhausto, Anthony le busca y le sorprende con un beso.

Marc le rodea en un abrazo. Busca al máximo la unión apacible, y sus latidos van normalizándose en cada toque.

Los labios de Anthony son muy dulces, pero al mismo tiempo muy salados; reflexiona para sí. Se mezclan con un poco de menta de la pasta de dientes y una exagerada suavidad que parece tener sabor propio.

Sabor a Anthony.

Suspira profundamente antes de separarse. Con lentitud, se sienta de mala gana en el borde de la cama y se agacha para buscar su ropa.

—Me voy a trabajar —exhala.

Anthony contempla su espalda desnuda.

—No sé cómo puedes tener ganas de trabajar después de esto... —Se tumba y se acomoda entre las mantas.

Marc se ríe.

—Nunca tengo ganas —dice.

—Pues déjalo —murmura con los ojos cerrados—. No te hace falta. Con las botas sin atar, se gira para revolverle el pelo.

—Ya lo hemos hablado.

—Pero no lo entiendo. —Bosteza largamente, dejándose vencer por el sueño—. ¿Podrás venir mañana al cine?

—¿Por la tarde, verdad? —Anthony le responde asintiendo muy pobremente—. Entonces sí. Si vuelvo tarde de trabajar dormiré por la mañana.

Le ha insistido en que vaya con ellos. Ha sido muy pesado con eso, no había forma de que se negase.

Se abrocha el cinturón y le mira. Anthony ya no dice nada, ha dejado de moverse y respira más despacio. Marc sonríe. Se inclina sobre él sin mover mucho el colchón, y le da un beso en la frente con cuidado de no espabilarle. Luego termina de atarse las botas.

Anthony está decaído desde la pelea con Kyle. Parece ser que ya no hablan tanto como antes. No se imagina lo que debe ser distanciarse de un amigo porque no recuerda haber tenido algo como ellos, pero está seguro de que lo acabará superando. Aunque ahora esté triste, se acabará olvidando, porque así es como funciona el mundo. Las personas se pierden todo el tiempo. Lo sabe bien porque él ya es prácticamente inmune a eso.

Arquea una ceja ante su propio pensamiento, dubitativo de pronto: ¿Incluye esa generalización a Anthony?

O más importante, ¿quiere él incluirlo en la lista de personas que no le importaría perder?

Cierra con cuidado y cruza el pasillo. Se pone una camisa limpia y se desliza por la tubería del agua. Después de tantos días sus pies han memorizado la cantidad de segundos que tienen que esperar encaramados al metal, antes de soltarse y prepararse para impactar con el suelo.

—Qué pasa, Marc —le saluda Dab, echándole el brazo sobre los hombros. Van caminando hasta el coche.

—¿Y Ayo?

—Está en el coche. La Familia le ha regalado uno —suelta una fuerte

carcajada—. Está flipándolo muchísimo.

—¿Pero qué edad tiene? —Su ceja izquierda se curva. Se alegra por su compañero, pero ni de lejos el chaval es mayor de edad.

Dab levanta y deja caer las manos

—Yo que sé. Se lo ha dado La Familia.

Marc asiente y Dab sigue hablando, pero ya no le escucha. Echa un último vistazo a la ventana de su habitación.

Debería quedarse con Anthony. Estas noches tiene pesadillas todos los días y es muy probable que hoy tenga otra. Curva las cejas con preocupación, su paso se ralentiza.

Ya lo ha pensado, no ha dejado de pensarlo en todo este tiempo: dejar su trabajo ahora que tiene una familia.

Suena muy fácil en la teoría, pero es un poco más complicado, porque no es la primera familia con la que se lo cuestiona. Ni la segunda. Ni la tercera... Pero es que esta no es una familia cualquiera. Aquí está Anthony.

Suelta una carcajada silenciosa.

Anthony. Con su cabezonería, sus discursos interminables sobre videojuegos, su adorable risa que baña la estancia cuando menos se lo espera...

Joder, ya tiene ganas de volver a verle y no han pasado ni dos minutos, ¿qué le está pasando?

—Marc, ¿qué haces? —le chista Dab de lejos.

Regresa al presente para encontrarse parado en mitad del césped, con las manos en los bolsillos y la mirada pegada al suelo.

¿Ha cubierto a Anthony con la sábana antes de irse?

¿Ha cerrado la ventana para que no tenga frío?

Algo tiene que haberse olvidado, porque no puede quitarse de encima la sensación de estar dejándose algo atrás.

—Me he dejado el mechero —se excusa dándose la vuelta.

—Yo te presto —grita Dab, levantando uno al aire.

Marc chasquea la lengua. Se gira despacio, antes de seguir caminando hasta el coche.

Sus cejas se curvan en extremo, interrogante consigo mismo. ¿Por qué miente? No necesita ningún mechero, era solo que...

¿Qué?

—Qué puto frío hace fuera —informa Dab al subirse.

—¿Ah, sí? ¡Hola, Marc! —saluda Ayo.

Se pone el cinturón y se recuesta en el asiento. Todo el coche tiene un olor a rancio, a objeto muy antiguo o muy cubierto de polvo. La parte delantera está forrada de un cuero muy falso y los asientos tienen dibujos tétricos de cuadros. Marc se da cuenta de que sobra un asiento, Jota no ha venido.

—Enhorabuena por el coche. —Ayo sonrío y arranca. Marc hinca el codo en el fino reposabrazos de la ventanilla—. Tú has ganado un coche y todos hemos ganado diez minutos menos de aguantar al soplapollas de Jota.

Dab se ríe y enciende la radio. Es evidente que esa radio no es de este coche, porque se ve muchísimo más nueva. Tiene conectado un cable a un mp4 que Dab está manejando.

—Mira esto —presume cuando se lo enseña—. Dieciséis gigas.

—¿Dieciséis qué? —repite sin mucho interés.

—Significa que caben un huevo de canciones, y vídeos. Y tiene juegos y es táctil —alardea—. Me lo han dado ellos.

—A Ayo un coche y a ti un reproductor. Que alguien les diga que Navidad fue hace tiempo —chista, pero perfila una sonrisa viendo a su compañero tan feliz con el cacharro nuevo.

—No te pongas celoso, seguro que te dan algo.

—Yo no quiero nada.

Mira por la ventana con el puño en la mejilla. Avanzan tan veloces por la carretera que las casas se desdibujan y acaban siendo solo un arcoíris desordenado que se arrastra.

No sabe qué tipo de examen de conducir, si es que realmente ha hecho alguno, ha pasado Ayo; pero desde luego si de él dependiera no le hubiese dado un permiso en la vida. Suerte que la calle es más o menos recta y como es de noche los coches que se cruzan pueden contarse con los dedos.

Dab hace sonidos con la boca al ritmo de la música y apalea la guantera.

Nunca ha entendido ni entenderá cómo es posible que tengan tanta energía antes de empezar a trabajar. En primer lugar, ¿por qué escuchan este tipo de

música fuera del Trébol? Si ahora van a tener que soportarla durante cuatro o cinco horas a todo volumen y sin descanso.

Inspira hondo.

Y Anthony ya está durmiendo, descansando en el mullido colchón, calentito y enredado en las sábanas.

Siempre le pasa igual después de correrse, se queda dormido de inmediato, es fulminante. Es tan adorable de ver..., cómo sus verdes intentan mantenerse encendidos mientras sus pestañas se baten antes de quedarse pegadas.

Sonríe sin darse cuenta, de cara a la ventana perdido en el abstracto paisaje. Espera que pueda dormir del tirón hoy, sin pesadillas. Ojalá pudiese quedarse con él. Encaramado a su fino cuerpo, tan cálido, tan tierno...

Se separa del cristal cuando se da cuenta.

No tiene que pensar en condicional, ahora puede mandarlo todo a la mierda e ir con él.

De reojo, observa a sus compañeros. Están imitando como pueden los ritmos y canturrean la letra que surge muy de vez en cuando. Él ya no tiene por qué seguir aquí.

Él ya no es como ellos.

Llegan en la mitad de tiempo. Ayo presume con orgullo y Marc agradece seguir vivo y que no se haya llevado a nadie por delante.

Han aparcado donde siempre, en uno de los callejones contiguos. Desde aquí puede verse la muchedumbre que se amontona en la puerta esperando por entrar, exigiéndole al portero. Pero todavía quedan unos minutos para ser en punto.

Baja del coche desgano, pegando un portazo acostumbrado al coche de Jota, y hace una mueca de sorpresa cuando resuena en un estruendo y el coche se balancea. Por un momento creía que lo había roto. Parece tan frágil como un juguete. Ya podrían haberle dado uno más nuevo. ¿Y además, a qué viene que le regalen un coche?

—Marc —le llama Dab. Le está tendiendo un cigarrillo. Ayo ya se está prendiendo el suyo.

Marc declina.

—Intento dejarlo.

Dab levanta las cejas.

—¿Desde cuando? —cuestiona divertido. Aprovecha el cigarrillo para sí

mismo.

—Desde ahora. Voy para adentro —comunica, y les deja con su ritual de relax antes del ajetreo de todas las noches.

Adelanta toda la cola de universitarios que esperan impacientes, pasa por debajo de la cinta de terciopelo y saluda al portero con un toque de cabeza.

—Morris.

—Marc.

El corpulento hombre abre la puerta, y cuando la cierra a sus espaldas las voces se convierten en un murmullo lejano.

El local parece otro cuando no está saturado de personas, cubierto de basura o de líquidos derramados por el suelo. Se ve hasta pequeño, pero luego es un horror tratar de cruzar de punta a punta.

—Marc. —Jota aparece con una botella en la mano—. Ya he preparado yo la barra, encárgate de aquello. —Le señala un panel antes de girarse.

Se pone en marcha, porque si tarda más de cinco segundos en hacer algo que le ha dicho se pondrá aún más coñazo que de costumbre.

Sube despacio los tres escalones que levantan un pedazo de suelo en la esquina. Hay una gigantesca caja de metal en la pared, cerrada con un candado que en realidad siempre está abierto. La abre y pulsa varios botones.

Uno. La luz blanca se apaga y la sala se sume en la oscuridad. Dos. Las luces de colores se disparan en todas direcciones. Tres. Añade el efecto bola de discoteca y unos puntos blancos ruedan por la habitación.

Por último, y muy a su pesar, enciende los altavoces. Ese es el pistoletazo de salida. Primero entran Dab y Ayo con mucha prisa, y solo dos segundos después Morris abre la puerta. Y... Se hace la magia.

Hincha los pulmones y cierra los ojos para apreciarlo. El suelo tiembla, las paredes retumban y los cuadrados del techo amenazan con desencajarse. Una horda de universitarios sedientos de alcohol irrumpen en el Trébol. Corren hasta el fondo para alcanzar la barra o los asientos más cómodos. En un abrir y cerrar de ojos, el decorado del suelo ha desaparecido.

Agradecería al menos poder trabajar en un sitio más tranquilo, pero su garito ha cogido mucha fama en los últimos meses. Puede ser por las *playlists* de Ayo, o por los cócteles que él prepara, o por las actuaciones de Dab durante el micro abierto.

Baja las escaleras igual que las ha subido, despacio. En la zona VIP, el polvo blanco se despliega por una mesa con dos tipos que lo separan con minucia en largas tiras. Marc los mira sin expresión.

O quizás el garito es popular por esto.

La Familia se ha encargado de incluir unas cuantas chucherías poco legales en la carta. Probablemente por eso tienen tantos bares por toda la zona, para vender su producto estrella. ¿De qué si no iban a molestarse en poner establecimientos de copas con el lío que es encargarse de ellos? Dab, Ayo y él, solo son los tristes camareros que dan realismo a la mentira, mientras Jota da vueltas por el local con su maestría cinco en peloteo vendiendo, como dice Ayo, «bolsitas de la felicidad» a los chicos.

La imagen de la gente colocándose por las esquinas es tan repetitiva que ya se ha acostumbrado. Incluso ha oído a policías fuera de servicio hablar de sus cosas mientras, muchas veces.

Toma nota de los pedidos mentalmente.

—Hola, Marc —le saluda una chica recostada en una mesa. Se le va a salir una teta por el escote, no lleva sujetador.

Marc responde con una sonrisa cortés, ni excesiva ni tan escueta como para ganarse una réplica. Hay clientes habituales aquí, como en todas partes. Y algunos son más trabajosos que otros.

—¿Te lo has pensado ya? —le apremia ella. Él responde manteniendo la sonrisa.

—Me lo pensé hace dos meses: no.

La chica se ríe. Se echa el pelo hacia atrás. Marc memoriza los pedidos que le van diciendo, pero ella no se calla.

—Aquí se te ve tan cansado... Te daré el doble que la otra vez.

—Lo siento —se disculpa para irse. Ella le agarra la muñeca.

—Estuviste increíble —ronronea.

Responde con un breve toque de cabeza. Y se disculpa otra vez, y se escapa girando la muñeca.

—¡Venga! —exclama la chica por encima de la música—. ¡Follamos genial juntos!

Marc corre la cortina de la zona VIP, y gruñe y ladea la cabeza enfadado

consigo mismo. La primera y la última cliente con la que se acuesta. Ahora tiene a una niña de papá preguntándole por volver a mantener relaciones cada maldita noche sin falta.

Ninguna cantidad compensa esto, fue una estupidez hacerlo.

La canción se corta de pronto, y empieza otra. Debe ser Ayo, que decide empezar fuerte, porque activa ya la ráfaga de luz. La gente grita y aplaude cuando las luces se combinan con el ritmo.

Marc se abre paso entre la muchedumbre. La música retumba en su pecho pero su expresión se queda igual de impassible que de costumbre, solo que la acción de caminar se ve a cámara lenta con las luces estroboscópicas encendidas.

Asqueado y cansado de siempre lo mismo, mira a un lado y se relame la comisura del labio. Sus azules observan cada palmo que le rodea, lo estudian absolutamente todo, en silencio.

Y suspira.

Avanza esquivando a los chavales alcoholizados. O es por su expresión, o por su complexión, pero se van apartando.

El calor de la habitación ha crecido en un instante, y el sudor ya es visible en su cuello y su frente. Se recorre el pelo hacia atrás y se desabrocha un botón.

Enseguida empieza a preparar bebidas.

—Cualquier día me largo —farfulla llenando un vaso.

—Te echaría mucho de menos —exclama Dab. Baila a su alrededor atendiendo los pedidos.

Marc suspira profundamente.

—Estoy cansado de vivir así. —Va amontonando las bebidas sobre una bandeja plateada.

—¿Trabajando? —Se ríe—. No sabía que era optativo.

Marc se encoge de hombros.

—¿Y si lo fuese? —cuestiona. Le mira de reojo un momento sin parar de hacer cosas. Dab ahoga un grito dramático.

—¿No serás un sucio comunista? —dice, con las facciones muy serias de pronto. No tarda en soltar una fuerte carcajada con su propia broma.

—Lo digo en serio —se queja Marc. Aunque él también ha sonreído—. ¿Quieres vivir así para siempre?

Coinciden en el barril de cerveza por un segundo, y Dab puede verle el rostro. Entiende que Marc no está hablando para matar el tiempo. Lo está considerando de verdad.

Dab levanta un hombro, pensativo o incómodo por tener que plantearse cuestiones existenciales tan repentinamente.

—Me gustaría estudiar —dice—. Igual es una estupidez, pero... Me gustaría estudiar Bellas Artes, o algo por el estilo —Sonríe tontamente. Pero enseguida menea la cabeza—. De todas formas, para eso hace falta tener estudios.

—Puedes hacerlo en una formación profesional —le informa. Dab enarca una ceja en incompreensión. No parece saber qué es eso, y entonces Marc también enarca una ceja—. Hay otras formas de estudiar además de la universidad. ¿Lo sabías, no?

—Ah, ya. —Asiente. Pero es evidente que acaba de enterarse.

Ni se lo dice, ni su expresión lo refleja, pero Marc se entristece.

¿Que vida llevan, que su amigo ni se ha planteado que es posible cumplir ese sueño? Dab ni siquiera se ha sacado la E.S.O en el orfanato. No tiene interés en tener un «pedazo de papel que no sirve para nada».

—¿Entonces? —indaga el azabache—. ¿No quieres hacer eso?

—No lo sé, Marc —contesta de mala gana. Este tema le está poniendo nervioso, no tiene ganas de preocuparse ahora ni nunca por cosas que no van a pasar.

Marc asiente de forma queda, dándolo por zanjado.

—Ayo —le nombra Marc al verlo pasar como una bala. Le señala la bandeja repleta de bebidas—. Para la tres.

El chico asiente, y lleno de energía coge la bandeja y se difumina en la lejanía. Su cuerpo menudo le viene muy bien para colarse entre la gente. La bandeja repleta de copas parece nadar en la marabunta.

—¿Vendrás a la fiesta del Podio luego? —pregunta Dab.

—No, hoy no lo creo.

—¡Eso llevas diciendo todo el mes! Preguntan por ti, se te echa de menos.
—Le pincha con el codo—. Venga, será divertido. Haremos lo de siempre, un billar por aquí, unas copitas por allá...

—La próxima, quizás —dice, y Dab chasquea la lengua.

Sabe que la próxima vez dirá lo mismo. Desde que entró en esa última familia casi no ha pisado el Podio.

—¿Y cómo está tu hermano? —inquire Dab—. ¿Cómo te va allí?

—Bien —contesta escueto. Unos segundos después, decide seguir hablando—. En realidad... Bastante bien. Él es distinto.

—¿Distinto cómo? —pregunta curioso.

—No lo sé... —Sonríe tontamente—. Es... Especial —musita. A duras penas Dab alcanza a oírle, y sus cejas se levantan a modo de sorpresa cuando le mira.

Marc tiene otra vez esa expresión en la cara. Es tan contrastada con su semblante natural que por un momento se siente fuera de lugar, como si hubiese cruzado un portal a otra realidad en algún momento y tuviera que fijarse en los detalles mínimos para darse cuenta.

Pero esto no es un detalle mínimo, esto es como ver llover lacasitos.

—Me ha pedido que vaya al cine con él y sus amigos este sábado.
—Chista con una media sonrisa adornándole el rostro. Sus párpados están entrecerrados y su mirada chispea lo que parece... ternura—. Dice que quiere que me haga amigo de sus amigos.

—¿Te vas a quedar en esa familia?

—Pues por ahora sí. —Sonríe, y con gesto serio, añade al mirarle—: No es como las otras veces.

—Ya veo.

No es la primera vez que le escucha decir eso. Aunque sí que hacía ya años desde la última vez.

No acabó bien, claro.

Dab deja de trabajar por un segundo.

—Si pasa algo sabes que nos vas a tener aquí —le asegura.

Marc agradece el gesto, pero niega.

—No pasará —afirma, con las cejas inclinadas con decisión. Dab asiente, le palmea el hombro y sigue trabajando.

Esta es la última oportunidad que tiene Marc, así que espera que le vaya bien. Porque por mucho que vaya de duro él le ha visto flaquear muchas veces... Cada vez que sus familias le han devuelto después de creer que era la definitiva.

Marc balancea el rostro mientras sirve.

—No pasará —repite en un susurro.

Conociendo a Wally

—Ah... Marc... —se esfuerza por hablar. Pero con su hermano encaramado es complicado—. Ya es la hora, vamos a ser los últimos...

—Que esperen un poco —dice. No quiere perder un solo segundo de mordisquear este fino cuello, ni de lamer el lóbulo de estas orejas coloreaditas por la vergüenza...

Reparte caricias por debajo de la ropa, sus grandes manos pasean de un lado a otro. Anthony tiene el polo tan levantado que sus pezones quedan a la vista. Están bien tensos, acariciados por los pulgares de Marc que le abraza desde atrás.

—La película empieza a las cinco, no la van a retrasar por nosotros... —insiste, atontado. Hace un endeble esfuerzo por quitárselo de encima—. Venga, vámonos...

Marc gruñe, y fastidiado, abandona el cubículo. Anthony inhala hondo buscando ubicarse. Cuando sale se humedece la cara y se mira al espejo, se arregla el flequillo y se estira el polo.

Marc no tiene que peinarse, es lo bueno de ir siempre despeinado, que la gente se acaba acostumbrando.

Hace media hora que están en el centro comercial. Ellen tenía que ir a trabajar esta tarde, así que les dejó de camino. Después de dar varias vueltas por las tiendas sin tener intención de comprar nada, han ido a la tienda de videojuegos. Mientras Anthony jugaba con una máquina de prueba Marc ha estado ojeando las carátulas con desgana. No comprende cómo la gente se gasta sesenta euros en un trozo de plástico. Están todos locos.

Entonces Anthony había ido al baño, y Marc le siguió poco después. No se han dado cuenta de que los minutos han volado hasta ahora.

Sus amigos están ya en la entrada del cine, parece que solo falta Kyle. Se saludan, y Noemí les abraza. A los dos. Marc se lo devuelve procurando ser

amable, incómodo en extremo.

—Veo que no somos los últimos.

—Más les vale darse prisa o se van a perder el principio —protesta Oliver mirando la hora en el móvil.

—Hemos sacado las entradas de todos, así que no tenéis que hacer cola ahora. —Noemí las enseña—. Y si llegan tarde no pasa nada, Oliver se queda aquí esperándoos con las suyas.

—¿Quién ha decidido eso? —se queja él. Ella le aparta la cara.

—Yo y mi vagina, ahora mismo.

Oliver chista y hace igual.

Normalmente no es tan directa, Anthony supone que habrán estado peleando por alguna tontería.

—No sé vosotros, pero yo me muero de ganas de conocer a la novia de Kyle —añade Noemí.

Marc curva una ceja.

—¿Kyle está saliendo con una chica? —pregunta.

Ella asiente.

—No sabemos desde cuando, pero se lo dijo a Anthony.

—Con un *chica* —repite, despacio.

No entienden la pregunta. Les toma unos segundos deducir qué está preguntando. Algunos levantan las cejas, otros apuntan al suelo. Todos se quedan callados, reflexionando. Y se miran entre sí antes de contestar.

—¿Por qué no iba a serlo? —cuestiona Noemí. Oliver dubita haciendo memoria.

—Anthony dijo que era una chica, creo.

—Bueno... Él me dijo que tenía «pareja». Pero es una chica.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé —cae en la cuenta—, pero...

—¿Y qué más da? —despacha Noemí. No es como si fuesen a repudiarle o algo por el estilo. Se habían hecho una idea y ahora no están seguros, pero tampoco importa. De hecho no lo dicen, pero pensaban que, Kyle, y

Anthony...

Anthony menea la cabeza.

—Kyle no es... —Suelta una risita—. Kyle es hetero.

—¿Cómo de seguro estás de eso? —cuestiona Oliver.

—Pues, bastante.

—¿Dirías que te apuestas ahora mismo cincuenta euros a que es un chica?

Contesta rápido.

—¿Cincuenta euros? —Suelta una pequeña carcajada—. Si los tuviera, supongo que...

—Hola —hablan a su espalda. Es la voz de Kyle.

La chica es la primera en recibirlos, lo hace con un efusivo abrazo. Anthony se voltea, y en cuanto Noemí suelta a su acompañante y se aparta, su sonrisa sale a volar a otra galaxia.

—Este es Noah —les presenta—. Noah, estos son mis amigos.

—¡Encantado de conocerlos a todos! —saluda él. Su sonrisa es brillante, su pelo está peinado con esmero, su ropa es de marca. Su voz aterciopelada expresa infinito cariño cuando se pronuncia.

Los abraza a todos uno a uno sin excepción.

Anthony, confundido, le devuelve el gesto como puede.

—Perdón por llegar tarde, nos hemos equivocado de autobús.

—¡Ha sido culpa mía! —salta Noah—. Creía que había una parada para cada autobús y me he subido al primero que ha pasado... —confiesa, con la punta de su zapato rodando en un punto del suelo—. Es que no estoy acostumbrado...

—¡No te preocupes! —le exime Oliver, acelerado. Saca el móvil y sus ojos se expanden al ver la hora—. ¡Venga, vamos!

Se va dando zancadas sin esperar a nadie, los hostiga de lejos. Los demás le siguen a paso calmado.

—¿Qué le pasa? —pregunta Marc, porque todavía hay tiempo de sobra.

—Le gusta ver los anuncios —le dice Ryota. Marc levanta una ceja. ¿Los anuncios, ha dicho?

Noah se adelanta para alcanzar a Noemí.

—¿Noemí, verdad? Me encanta *Orangutanez*. —Sonríe haciendo referencia a su camiseta—. Sobre todo su primer disco.

—¿Te gusta *Orangutanez*? ¡Ya me caes bien! Dime una cosa, ¿qué te parece el álbum nuevo que han sacado?

—Me gustan unas cuantas, pero hay muchas sosas.

—Sí, y además son parecidas —sopesa, y siguen hablando de música hasta la puerta.

Anthony va el último, al lado de Kyle. Con la repentina prisa de Oliver no han llegado a saludarse, y ahora no sabe qué hacer.

¿Debería darle un abrazo? Tendría que ser rápido, porque se están quedando atrás... ¡Dios mío! ¡Si Kyle es homosexual y él le abraza como siempre, Noah podría pensar mal...!

Se muerde el labio. Puede darle un apretón de manos, pero nunca se han saludado con un apretón de manos... Eso es más cosa de negocios. ¿Dos besos en la mejilla entonces? No, no, para nada, ¡eso es peor que el abrazo!

¡Sea como sea tiene que hacer algo ya, porque a cada segundo todo se vuelve más raro y más incómodo!

Anthony empieza a hiperventilar. Se siente un estúpido y de repente ha olvidado cómo comportarse.

—Hola, Anthz —se anticipa Kyle.

—Hola, Kyle. —Sonríe un poco, y siguen andando.

Ha conseguido pronunciar las palabras sin que se note que su cabeza está sufriendo un cortocircuito, bien.

—¿A dónde vas, Oliver? Yo quiero palomitas —le frena Noemí cuando le ve caminando a la velocidad del rayo.

—No hay tiempo, corre, corre.

—Yo también quiero palomitas —secunda Ryota, y se ponen a hacer cola. A Oliver se le cae el alma a los pies.

—Pues yo me voy dentro ya —bufa.

—Marc, ¿podemos hablar? —pide Kyle.

Oliver vuelve atrás como si hubiesen pulsado el botón de retroceso. De

pronto esto es más interesante.

Todos afinan el oído.

La boca de Kyle es una línea recta y sus párpados están levantados a la altura idónea para no expresar una sola emoción. El azabache tampoco le mira con muchas ganas.

—Claro.

Mira al suelo esperando a que el azabache se aproxime. Es especialmente incómodo porque Marc lleva un parche en la mejilla y a su ojo le quedan días para perder el morado.

Levanta la cabeza y le mira directamente a los ojos.

—Lo siento.

Sus amigos están muy atentos. Nadie habla ni comenta, solo se escucha el ruido de la sala y a Noemí, que ya le han dado su cubo de palomitas y las devora a decenas.

—Tú no tienes la culpa de nada y me he comportado como un capullo contigo —pronuncia cada palabra lo más calmo posible.

—Un poco solo —se jacta Marc.

Kyle asiente de forma queda, entendiendo que no va a ser tan fácil. No esperaba que lo fuese. Pega una bocanada de aire.

—Lo digo en serio —afirma, y baja la voz—. Tú tenías razón. La he tomado contigo cuando no es decisión nuestra, y lo siento.

Los azules le miran con curiosidad, planteándose si tragárselo o no. Su expresión no cambia cuando Kyle le tiende una mano.

—¿Podemos ser amigos? —dice.

Marc se queda mirando la mano extendida con las suyas guardadas en los bolsillos. No entiende qué quiere conseguir Kyle con esta estrategia.

—No es ninguna estrategia —añade, como si le hubiese leído la mente—. Me gustaría dejar atrás esto. Seguir... Adelante.

Marc vacila.

Una disculpa. No es lo que habría esperado de alguien que le sorprende por la espalda para liarse a puñetazos con él.

Inclina la barbilla, pensativo. Así que al final está renunciando a Anthony. De reojo, le busca. Su hermano está parado a un par de metros, tan expectante

como el resto de sus amigos.

Desganado, regresa los ojos a Kyle. Hacer las paces con este payaso le importa bien poco, no se pararía siquiera a escucharle si no fuese importante para Anthony.

Saca la mano. Las juntan, y las aprietan.

Kyle sonríe cort esmente. Y en voz baja, para que sus amigos no puedan escucharle, susurra.

—Cu dale.

Con los marrones clavados en los suyos, Marc asiente, una sola vez.

Anthony observa la escena bastante extrañado, pero se alegra de que hayan hecho las paces. Noah sabía que Kyle se había peleado con alguien, pero no que ese alguien hubiese acabado tan destrozado cuando él solo tiene un par de arañazos.

Se relame el labio, devor ndole con la mirada. Kyle es tan fuerte, tan alto, tan sexy... Y lo mejor de todo, es suyo.

 De verdad tienen que entrar a ver una estúpida película?

Mientras tanto, Oliver se acerca a Noemí.

— Pero qué chica era...? —susurra.

Ella se encoge sin dejar de comer palomitas.

Cuando todos han comprado algo entran en la sala. Las luces est n apagadas y aún duran los anuncios, pero enseguida empieza la película.

Anthony tenía ganas de verla desde que la anunciaron el año pasado. Kyle y él habían propuesto venir el mismo día del estreno, pero ya lleva unos días en cartelera.

Ahora le da la sensación de que esa conversación queda muy lejos, porque que viniesen sus amigos estaba contado, pero no se esperaba que ambos tendrían pareja. Es muy raro. Como si hubiesen madurado de repente pero sin haber madurado para nada.

Mira de reojo a Kyle sin despegar la cabeza del asiento. Hoy también se ha bañado en colonia, pero eso no es propio de él.  Se la habrá regalado Noah? Con solo verle es evidente que el chico tiene dinero.  C mo lo habrá conocido Kyle?

—Anthony,  quieres? —Marc le saca de sus pensamientos, le recuerda que ha pagado dinero para estar aquí sentado y no está prestando atención. Le está ofreciendo palomitas.

—No, gracias.

Se acomoda en el asiento. Acaba de aparecer en pantalla su superhéroe favorito. Los efectos especiales son impresionantes, se ven más reales que la misma vida real.

—¿Me pasas el refresco? —susurran a su lado, la inconfundible voz de Noah, dulce y suave. Con eso y su aspecto podría elegir entre ser actor o modelo.

—Sí, toma. —Kyle quita el refresco de su sitio para dárselo. Anthony sigue el movimiento de su mano—. ¿Quieres la pajita o te lo echo por encima?

—Hoy lo tomaré con pajita, gracias —rechaza con sarcasmo, y los dos sueltan una pequeña risa.

Anthony arruga la nariz. No entiende dónde está la gracia. Debe ser una broma entre ellos —comprende, y se mira las manos, y las cierra.

«¡Un bazooka no es un accidente, perra loca!»

La sala se ríe al unísono pero él no estaba atento. Se obliga a concentrarse en la secuela que llevaba un año esperando.

Está bien. Está interesante. Está...

...A Kyle le encantó la primera.

Siempre que hablan de superhéroes repite que es su favorita. Debe estar muy emocionado de estar aquí, viendo una película que le encanta, comiendo palomitas y acompañado por sus amigos y su novio.

—No lo entiendo —susurra Marc, que no ha visto la primera. Anthony le avisó pero no se ha molestado en verla—. ¿Esa niña es la hija de Batman?

Anthony se ríe por la nariz, aguantando lo que hubiera sido una sonora carcajada.

—No es Batman —le explica—. Es otro.

—¿Seguro? —Para dos nombres que le suenan de estas cosas de superhéroes que no le interesan, está bastante seguro de que lo ha visto en otra parte.

—Que no es Batman —repite Anthony poniendo voz extraña, como ese capítulo de Los Simpsons.

Él no lo pillá, y Anthony supone que la vida de Marc no le ha dejado mucho tiempo para ver la tele. Es Kyle, que también le ha escuchado, quien se ríe.

Anthony le mira, y Kyle también le está mirando. Sonríe inevitablemente y clava la vista en la pantalla. Sus mejillas se sonrojan. Algo tan normal como hacerle reír le ha puesto feliz de golpe.

Puede que sus preocupaciones no sean infundadas y esté todo en su cabeza. Él está feliz con Marc, Kyle está feliz con Noah. Pero siguen siendo amigos, no tiene que cambiar nada, qué tontería. Quedarán algo menos, pero ya está.

Con ese pensamiento sonrío, aliviado.

Pero la sonrisa no le dura mucho.

—Ah... —apenas audible, escucha un efímero jadeo a su derecha. No lo habría escuchado si estuviese más atento a la película.

Sus párpados se abren hasta el máximo cuando ve la escena.

Con el peso echado sobre su codo, apoyado en el reposabrazos contrario, Kyle se tapa la boca con la mano. El cubo de palomitas está en medio y no puede asegurar lo que cree que está pasando hasta que mira con disimulo por encima.

Y en efecto.

La mano de Noah está fuera de su asiento. En concreto sobre el pantalón de Kyle. Exactamente sobre su paquete. La habitación está a oscuras y la única luz es de la pantalla así que no lo ve directamente, pero puede intuir las sombras: Noah le está tocando por encima de la ropa, y él se ha puesto duro.

Aparta la vista con rapidez. Mira a todas partes sin girar el cuello. No sabe dónde poner los ojos.

Sus amigos están tan tranquilos viendo la película, y Marc igual, comiendo palomitas a puñados con las cejas curvadas porque la película no le convence. Solo él se ha dado cuenta.

¿Cómo pueden ser tan descarados? ¿Es que no les preocupa que puedan verles? Hay... Hay películas específicas para hacer esto, películas para mayores, o películas tan malas que nadie entra. Batman vs Superman está en cartelera, solo tienen que cambiar de sala.

Con las mejillas coloreadas, Anthony no puede evitar mirarles de reojo...

Solo para asegurarse, si es que aún le queda alguna duda.

Parece que Kyle intenta disuadir a Noah, pero tampoco con mucho énfasis. Cuando cierra la mano, su rostro queda más visible. Sus ojos están cerrados, pero no por completo. Está mirando la pantalla pero tiene la mirada perdida. Su boca está ligeramente abierta, y llega un momento en el que se muerde con fuerza el labio inferior, baja los párpados y se recuesta mejor en el sillón.

Lo hace todo de forma pausada, todo sin hacer un ruido. Entonces él también busca a Noah con la mano. Le agarra el muslo, le hinca los dedos con fuerza; y aprieta los dientes. Ejecutando la expresión más erótica que Anthony jamás haya visto.

Su corazón se acelera. No sabe cómo reaccionar. No sabía que Kyle era capaz de poner esa cara, de hacer esas cosas.

Por fortuna no continúan mucho tiempo. Se enderezan y siguen viendo la película tan normal; pero ya es imposible que Anthony se concentre. Se ha quedado traumatizado.

Él jamás sería capaz de hacer eso en el cine, el jamás... Bueno, sí, lo hizo en una noria con Marc, pero eso es distinto... Esto es diferente porque sus amigos no estaban allí, y... Y porque...

¡Es una cuestión de educación!

—¿Anthony, estás bien? —se preocupa Marc, que se ha dado cuenta de que no deja de menearse en la butaca.

—Sí. No. Me duele un poco la cabeza... Voy al baño.

Pasa por los asientos con todo el cuidado que puede, pero como no ve nada no sabe dónde hay suelo o un pie. Se va soltando una disculpa por pasito.

Encuentra el baño vacío porque la película acaba de empezar. Se pega al lavamanos para mirar al chico del reflejo.

Vale. Primero de todo, ¿desde cuándo Kyle es gay?

Si perdió la virginidad con una chica en un campamento..., lo ha contado en varias ocasiones. Y cuando hablan en clase de esos temas él también participa, a veces hasta dando demasiados detalles sobre algún vídeo que ha visto... Se zarandea sobre los talones en un gesto que le sale cuando está nervioso.

«Bueno, Anthony» se llama a sí mismo. Se busca los ojos en el reflejo. «Es evidente que Noah es un chico, así que no sé qué te estás cuestionando».

¿Es bisexual, entonces?

Pero pasan un montón de tiempo juntos, se han quedado hablando hasta el día siguiente por las noches y nunca jamás le ha escuchado hablar de actores que le parezcan guapos, o de querer ver películas de esa temática, o de...

Una espina se le clava en el pecho. Deja de mirarse.

Si a Kyle no le importa el sexo de una persona significa que esa noche no le rechazó por ser hombre, sino por ser Anthony.

Abre el grifo para refrescarse porque se está mareando.

Menos mal que no ha apostado esos cincuenta euros con Oliver, hubiese sido patético.

La puerta del baño se abre, y él se despega del lavamanos para coger papel. No estaba haciendo nada malo o fuera de lugar, pero ha sentido el impulso de esconderse. Marc le ha seguido.

—¿Estás bien?

—Sí, solo quería echarme agua fría.

El azabache se le acerca. Le coloca la palma en la frente. Él se queda quieto, mirando los orbes azules. Marc parece preocupado.

—¿Es por la pesadilla de anoche? —le pregunta.

—No, no es nada. —Se aparta y arruga el papel mojado. Lo lanza a la basura pero se le cae fuera. Con un gruñido lo recoge y lo pone dentro.

—Cada vez tienes más pesadillas.

—Solo me duele la cabeza —se defiende. Tiene razón, pero no quiere hablar de eso. Acompaña su excusa con una pequeña sonrisa, pero Marc no deja de mirarle—. En serio, no pasa nada. Vamos a ver la película.

Le bordea para salir, pero Marc le frena con suavidad de la cintura. En un improvisado abrazo, le acerca para darle un beso en la mejilla.

—Voy a buscarte una pastilla para el dolor —dice, y se va.

Anthony se humedece los labios, se los presiona con los dientes.

Es verdad. Incluso si sentía algo por Kyle, eso era antes.

Antes de perseguir y besar a Marc, antes de salir y tener sexo con él. Antes de conocer a Marc. Vuelve a mirarse. Su mano se posa sobre la mejilla que Marc le ha besado.

Nunca habría imaginado que esto podría pasar. Si le hubiese conocido de cualquier otra forma, como un alumno más en el colegio, por ejemplo; jamás

hubiesen hablado. Porque con esa expresión tan seria, Marc parece solo un borde, pero no es así en absoluto. Marc es...

Sonríe un poco.

Tiene mucha suerte de que haya caído en su vida.



—Qué decepción, la primera era muchísimo mejor —se queja Oliver a la salida. Noemí asiente.

—Gim Caray sobra.

—Yo me vi la primera ayer y es verdad, es mucho mejor —comenta Noah. Tiene el brazo de Kyle en los hombros. Están muy pegados.

—Tengo cupones para el BurgerKinki y el McDaisy.

—Anthony —le nombra Marc, que no le ha quitado ojo en toda la película. El menor está muy callado y parece despistado—. ¿Estás mejor?

—Sí, no te preocupes —perfila una fina sonrisa.

En la pizzería, unen varias mesas y cogen cartas de otras. Oliver aconseja a Noemí las que están buenas, descubren que estos sitios tienen ensalada cuando Ryota dice que se va a pedir una, y Kyle sujeta una carta mientras Noah la mira.

Tiene el brazo pasado por debajo de el de Kyle y los ojos muy abiertos. Sus facciones dan la ilusión de estar siempre sonriendo.

—Yo no quiero una pizza entera —farfulla con la mano en el moflete.

—¿Qué te gusta? Podemos pedir una con una mitad de cada.

Anthony les está mirando por encima de su carta.

¿Cuánto tiempo llevarán saliendo? Porque ya se tienen mucha confianza, se ven adorables juntos. Lee los tipos de pizza sin enterarse de lo que está escrito. Él y Marc nunca podrán hacer esa clase de cosas. No en un espacio público.

—¿Cómo que te la vas a pedir sin carne? Te van a cobrar lo mismo, eh —se ríe Oliver.

—No es por dinero, es por principios —objeta Noemí. Mete la hoja entre

dos servilleteros—. Estoy intentando dejar de comer carne, quiero ser vegana.

—Si tú no te la comes se la va a comer otro —chista, descansando sobre la mesa. Ha cogido una servilleta y la está doblando en triángulos mientras espera la comida.

—Cuando más gente se conciencie cambiarán las cosas y dejarán de tener a animales encerrados en jaulas solo para matarlos después.

—Noemí, las palomitas llevan mantequilla —señala Ryota—. La mantequilla es de origen animal.

Ella abre la boca y los ojos al mismo tiempo.

—¿Las palomitas también...?

—No todas, pero las que te acabas de comer del cine sí.

—Jolines... —Se desploma cruzando los brazos.

Otra cosa que le encanta a la que va a tener que renunciar.

—Es muy bonito que quieras hacer eso —la anima Noah.

—¡El queso me encanta pero casi todos llevan leche, y los que no llevan son carísimos y saben raro...!

Noah sonrío y la consuela.

—¿Cómo os conocisteis? —suelta Anthony de pronto, mirando a la pareja de hito en hito.

Kyle deja de respirar. Prefiere no decir la verdad, porque entonces tendría que contar otras muchas cosas. Baja las cejas y se mira las manos pensando cómo responder.

—En la parada del tren —habla Noah.

Kyle le mira angustiado. No dice nada, pero sus marrones están gritándole que se salte toda la parte de llorar, bajar a las vías, casi morir..., y tal.

—Me caí, y Kyle me ayudó a levantarme, y luego me acompañó hasta casa —resume.

Kyle puede respirar con normalidad. Sonríe y asiente apoyando el testimonio.

—Se pensaba que yo era un crío —refunfuña el rubio.

Los asistentes se quedan mirando puntos fijos.

Suponen que no es buen momento para preguntar, pero llevan todo el día pensándolo... Noah parece mucho más pequeño. Al menos por su diferencia de altura, y por brazos finos, y...

—Tengo dieciocho —aclara él mismo, porque puede leer sus caras. Ya está acostumbrado. Todos evocan un alargado «Aaah» mental—. He salido a mi madre —añade, molesto con la genética.

—¿A ti también te gustan los videojuegos? —inquire Oliver.

—No, no mucho —responde él con una sonrisa.

—¿Y qué más grupos escuchas? ¿De qué tipo?

Kyle entiende que ya ha empezado el interrogatorio.

—Pues, me gusta escuchar todo tipo de música. Menos los que tienen ritmos iguales todo el rato, porque me aburre.

—¿A qué preparatoria vas?

—A la *Blake' High School* —pronuncia en un perfecto inglés. Los chicos se extrañan de que lo haya dicho en otro idioma—. El del castillo —aclara.

Todos asienten sorprendidos. De inmediato asocian cuál es, porque la ciudad no es tan grande y todo el mundo ha visto el antiguo castillo por lo menos de lejos. Fue reconstruido no hace tantos años en un colegio para hijos de padres ricos.

—¿Es verdad que te enseñan a pilotar un helicóptero?

Noah curva una rubia ceja.

—¿Vais de excursión a otros países?

—¿Montáis a caballo?

—No, qué va. —Se ríe—. ¿De dónde habéis sacado eso? Es un instituto normal. Solo que los profesores son más estrictos y los uniformes llevan corbata. —Rueda los ojos fastidiado con eso.

Anthony se muerde el interior de la boca, pensativo. No hacía falta que lo dijera, es evidente que Noah tiene dinero, pero ya lo pueden confirmar porque ese instituto es carísimo.

Que cosa más curiosa —cae Anthony en la cuenta—. Noah es rico

mientras en casa de Kyle no llegan lo que se dice aliviados a fin de mes. Si se casaran, podría comprarles una casa mejor a sus padres y pagarle los gastos...

Sacude la cabeza. ¿Pero qué tonterías está pensando? Acaban de empezar. Ellos no habrán pensado en ese tipo de cosas todavía. Pero vamos, ni de lejos.

—¿Qué vais a hacer en Semana Blanca? —sondea Noemí entre bocados.

—Va a salir Heartdom Kings III por fin, así que viciaré —contesta Oliver, sus ojos brillan con ilusión.

—Seguro que vuelven a retrasarlo —protesta Kyle.

—¿Vas a estar toda la semana encerrado jugando? ¿No vas a ir a ningún lado? —cuestiona Noemí. A ella le gustan los videojuegos como a la que más, pero esa semana va a ser el último descanso que les queda. Luego viene estudiar a muerte para los finales, seguido de estudiar a muerte para el examen de acceso a la universidad—. ¿Por qué no vamos a algún sitio? No sé, a la playa.

—Sí, eso estaría bien. Y ya hace buen tiempo —apoya Kyle.

Mira a su novio interrogante, buscando que se apunte, y Noah también asiente.

—Podríamos hacer una hoguera y pasar una noche allí.

—Creo que para eso hace falta un permiso —apunta Anthony.

—Además, hay multas por dormir en la playa —dice Ryota.

Los dos juntos consiguen que el grupo entero se desanime enseguida. Pero Oliver no se rinde.

—Ryota... ¿Tus padres no tenían una casa por la costa? —deja caer sin disimulo, y... Ahora todos le están mirando haciendo un puchero.

—Podría preguntarles —cede muy pronto. No es la primera vez que se niega a algo y luego le insisten hasta la saciedad durante días o semanas enteras.

Y dicho eso, ya está, es como si hubiese dado un rotundo «sí», porque Noemí lo celebra y Oliver vitorea.

—¡Tenemos que comprar un montón de provisiones, llevar películas, musiquita...!

—Todavía no les he preguntad...

—¡Qué chulo, como en las películas! —festeja ella.

Kyle mira al dúo hiperactivo con entusiasmo. Anthony y Noah perfilan una sonrisa. Marc se pregunta si es obligatorio que él también vaya. Podría cambiar turnos con alguien, pero siendo vacaciones habrá más gente en el Trébol, igual le ponen pegas.

Cuando terminan de comer se quedan charlando, hasta que Kyle mira el reloj y se lo enseña a Noah. Se levantan de la mesa.

—Noah y yo nos vamos ya —enuncia cogiéndole la chaqueta de la silla—. Tiene que estar en casa antes de las nueve y media.

—Jo, qué pronto —se apena Noemí. Tenían pensado ir a dar una vuelta a las recreativas.

Kyle se disculpa con una sonrisa mientras Noah zarandea la mano. Cuando salen a la calle se nota un poco el frío.

—¿Qué te han parecido mis amigos? —sonríe Kyle.

—Son muy majos. Noemí es muy simpática —asiente reafirmandose—. Pero... ¿cómo se llama el chico del pelo castaño?

Kyle arruga las cejas.

—¿Anth...? —Va a llamarlo por su apodo, pero entiende que Noah no le conoce. Pronuncia el nombre completo—: Anthony.

Se siente raro porque casi nunca lo hace.

—Sí, ese. Ha puesto una cara muy rara cuando me has presentado. —Se pone la chaqueta cuando Kyle se la abre—. Yo creo que es un homófobo.

Kyle no puede evitarlo, le sale solo: suelta una carcajada.

—No creo. —Menea la cabeza, y busca alcanzarle la mano.

Noah aún no se acostumbra a esto de ir cogidos de la mano, pero tampoco le disgusta. Le devuelve la sonrisa, y caminan hasta la parada con los dedos entrelazados.

- 5 -
¡Achús!

—Mamá... —grita desde la escalera, envuelto en la colcha. Aunque quiere elevar el tono no le sale, y ella no le escucha. Se llena los pulmones para no tener que repetirlo dos veces más—. Mamááá...

Tose un par de veces. Hay ruido en la cocina, está la tele puesta y se escucha el tintineo de los cubiertos de metal sobre los platos de cerámica.

Baja el primer escalón, como si eso fuese a acercar su voz lo suficiente.

—Mamá...

Suelta un jadeo angustiado. No tiene fuerzas para bajar más escalones y no quiere tener que subirlos después.

Una de las puertas del pasillo se abre, y Marc se asoma. Tiene unas notables ojeras y el pelo totalmente revuelto. Lleva la camiseta dos veces al revés: con las costuras por fuera y la etiqueta por delante. Llegaría cansado de trabajar anoche y se la puso como pilló.

—¿Qué pasa? —Su voz suena ronca. Se frota los ojos.

—Me duele la cabeza. —Sube un escalón.

—¿Estás malo?

Saliendo de la cocina a la velocidad de la luz y con un peluche ondeando al viento, Annie llena los pulmones y grita:

—¡Hermanito, mamá dice que te des prisa!

Anthony resopla, el flequillo le sobrevuela la frente. Se envuelve en la colcha y se mete en su cuarto.

—Anthony está malo —le informa Marc.

—¿Eeeh? ¡Mamá, Anthony está malo! —chilla tapándose la cabeza con la camiseta. Se la pone como una capucha y se encoge, solo se le ven los ojos.

Ellen no tarda en asomar. Sube, y en cuanto abre la puerta le cree. El suelo

está lleno de pañuelos arrugados, incluso más de los que ya de por sí suele haber. Anthony está hecho un burrito en las sábanas y lo único que tiene destapado son los ojos y la nariz.

Le toma la temperatura con la mano. Aunque no le hubiese hecho falta asegurarse, porque tiene las mejillas tan coloreadas que la fiebre es visible.

—No vayas hoy al cole.

Anthony asiente de forma queda, y cierra los ojos porque le duele demasiado la cabeza como para rodarlos. Eso ya lo había decidido él al segundo de despertarse entre mocos y con un taladro en la cabeza.

—¿Te has tomado algo?

—Pastilla... —Tiene la voz rasposa.

—Son casi las ocho —cavila Ellen mirándose el reloj—. Podría acercarse a Annie, pero no sé si me dará tiempo...

El instituto no está muy lejos, pero con el trabajo en la otra dirección tiene que tomar unas calles que dan muchas vueltas.

—Yo puedo llevarla —se ofrece Marc desde fuera.

—¡Ah, maravilloso! —exclama ella saliendo del cuarto rápidamente. O se ha olvidado de su nuevo hijo por un segundo o ha sido una petición indirecta—. Venga Annie, termina de desayunar —la espanta, y le echa un vistazo a su hijo—. Qué bien que está aquí Marc para cuidarte.

El azabache levanta las cejas. Ellen no le ha regañado por haberse peleado en el colegio, de hecho no le ha dicho nada del tema; y ahora directamente se alegra de que siga expulsado.

—¡Ponte bien, hermanito! —le anima desde lejos. Se la escucha bajar las escaleras, pero se frena en seco.

Fugaz como un rayo, asoma y le lanza un peluche que aterriza en la cama a un lado del castaño.

—¡Te dejo al Sr. Jirafa para que te haga compañía! —exclama desde la puerta. Y se va, corriendo como una ninja.

—Gracias...

Marc le observa desde la puerta. La mesita y el borde de la cama están repletos de pañuelos arrugados, caen en cascada hasta el suelo. Cierra con

cuidado para dejarle dormir. Anthony lo agradece mentalmente, y cierra los ojos para volver a dormirse.

No entiende qué ha podido pasar, por qué este repentino sufrimiento. Su cuerpo está en llamas pero no de una buena forma, más bien se está quemando en el infierno, y en su cabeza hay montada una fiesta con muchos pares de pies pisoteándole las sienes.

—Annie —oye la voz de Marc en el pasillo—. ¿Quieres montar a caballito?

—¡Sííí!

Anthony sonríe. Annie lleva pidiéndole eso prácticamente desde el primer día, pero él siempre se ha negado.

Se da la vuelta, se abraza a la almohada. Le pesan los párpados, su mente se rinde plácidamente al entumecimiento con los músculos hechos un flan.



Deja las llaves en el bol y sube las escaleras. Abre la puerta con extremo cuidado.

—¿Anthony? —susurra, asomando solo la cabeza.

La persiana está bajada, apenas puede ver el bulto que forma el cuerpo de su hermano enrollado en las sábanas.

Se queda muy en silencio, y solo entonces puede oírlo: un tenue murmullo regular, un sube y baja de pecho que se corona con un suave silbido de nariz. Anthony está roncando, tan sigiloso y pacífico que resulta hasta tierno de oír.

Entra para ponerle bien la almohada, que está en el suelo. Bueno, hay un montón de cosas en el suelo. Se fija en un cómic porque la portada le suena. Lo coge prestado, y sale.

No recuerda a qué hora llegó anoche. Demasiado tarde como para irse a dormir con Anthony y demasiado pronto como para despertarle dándole los buenos días. Habrá dormido unas tres horas, calcula, y sin embargo está mucho más despierto de lo que cabría esperar. Hasta a él le extraña no estar cayéndose por los suelos.

Bosteza largo y tendido, llenándose un bol de leche. Sinceramente, no podría estar más agradecido con la semana de expulsión que se le ha regalado.

Devora los cereales en silencio, no se molesta en encender la televisión.

Se habría enterado antes de que está malo si hubiesen dormido juntos, pero Anthony todavía se resiente algunas noches. El deseo y la culpabilidad le van y le vienen. El mismo número de días acaban sumidos en un abrazo, que se despierta y se ha escapado.

Como un semáforo de dos colores.

Empina la leche, y suspira. Se repasa la cara para despejarse. Tiene surcos en las ojeras. Está agotado de tener que compaginar el Trébol con la vida normal y el colegio.

Se pasa las manos por el pelo.

No ha caído antes en cómo su forma de pensar ha cambiado, porque acaba de considerar *vida normal* al tiempo que pasa con su familia, no al Trébol. Bueno, y *familia* a las personas con las que comparte casa. Y *casa* al techo donde duerme...

Que montón de cosas le han llovido de la nada.

Abre el cómic por la mitad y lo ojea con desapego. Le sonaba porque es de la película del otro día. No concibe por qué a Anthony le apasionan estas cosas, ni por qué se gasta dinero en imágenes mal coloreadas cuando existe un metraje con su audio y su movimiento... Que a él tampoco le gustó, pero bueno.

Pasa las páginas sin leer los bocadillos.

—Claro que es Batman —masculla. Y cierra el cómic para seguir desayunando.

Puede oír a Dab opinando de esto como si le estuviera viendo. Tan relajado. Tan confiado... Se peina una ceja.

Ya, ya lo sabe. Ha confiado otras veces y ha salido mal, no se ha olvidado. Pero es agotador estar las veinticuatro horas en alerta, desconfiando de todo el mundo. Él no... Él ya no quiere hacer eso.

No está loco ni se ha vuelto estúpido de repente, tampoco ha olvidado que ha confiado antes y ha salido mal ni se está traicionando a sí mismo. Es mucho más simple: pretender no sentir dolor presenta una disyuntiva, porque no es posible dejar de sentir solo a la mitad. Si deja de desear cosas, si deja de creer que en algún momento pueden cumplirse porque no quiere volver a sufrir, tampoco experimentará la gratificación de verlas cumplidas.

Vivir en el hastío o arriesgarse a ser roto. Qué continua paradoja sin

respuesta satisfactoria.

Deja el bol en la pila y sube a su cuarto. Anthony está durmiendo así que eso mismo va a hacer él.

No se quita el pantalón, solo aparta las sábanas. A punto de meterse en la cama, un grito quiebra el silencio y le pone el corazón en las pestañas. Le lleva un momento reaccionar, y escucha el grito repetirse. Recorre el pasillo a pasos largos, confuso.

Abre la puerta de Anthony. La colcha está en el suelo, él está al revés hecho una pelota.

—¡...déjame! —Se revuelve.

Marc se acerca sin saber bien qué hacer.

—Anthony —le llama, pero él está dormido, o por lo menos tiene los ojos cerrados. Le zarandea el hombro con suavidad—. Anthony, despierta —le pide con voz suave.

—¡...suéltame! —Le pega un manotazo en el pecho, tan fuerte que Marc hubiese jurado que ha sido a propósito si no le estuviera viendo los ojos apretados.

—Anthony, estás dormido —habla más fuerte. Se lleva otro en el brazo. No para de revolver las extremidades al aire, está sudando y tiene las mejillas al rojo vivo.

—¡...por favor! —jadea en un grito.

—Anthony. —Le menea un poco más fuerte. Esta vez el chico despega la espalda; y lo primero que hace es pegarle un tortazo en la cara.

—¡Déjame en paz! —chilla.

Marc, recuperándose del tortazo más que por el dolor por la sorpresa, le agarra las muñecas y le busca los ojos. Le es extremadamente difícil, porque se niega a abrirlos y pretende liberarse por todos los medios. Ya no sabe si sigue dormido, si está despierto, o si le está gritando a él.

—Soy yo, Anthony, soy yo —reitera muchas veces—. Soy Marc.

Anthony los abre de golpe y por completo; su pupila minúscula se expande en la oscuridad. Toma aire a bocanadas y su pecho se hincha y se comprime sin control.

—Tranquilo, soy yo —repite con voz calma.

—¿Marc...? —musita, y su voz suena quebrada y sus ojos se ven llorosos. Se le abalanza en un abrazo que le pilla desprevenido, pero Marc le corresponde enseguida.

—No pasa nada, era una pesadilla. —Se lo aprieta al pecho. Anthony tiene la camisa del pijama pegada a la espalda como una pegatina, por la fiebre o por la pesadilla, o por la conjunción de ambas; está empapado en sudor.

—Marc... —susurra, y un instante después, romper a llorar.

Marc no le ve, pero le escucha, y sus hombros temblorosos dan pequeños respingos cada vez que se le escapa un jadeo. Las lágrimas le chorrean por las mejillas, los dedos se hincan en el cuerpo del mayor, buscan con desesperación atraerle pero ya no es posible unir más los cuerpos.

—Solo era una pesadilla, tranquilo —susurra Marc. Le acaricia el pelo, se lo peina hacia atrás.

Ha sido todo tan fortuito que su corazón también se ha acelerado, porque por un momento su cuerpo no le ha respondido. No sabía cómo ayudar. Nunca ha pensado que las pesadillas de Anthony fuesen un asunto tan serio. Le ha visto farfullar y rodar un poco por las sábanas antes, pero ni de lejos esto. ¿Es posible que la fiebre tenga algo que ver? O están yendo a peor.

—¿Quieres que te traiga medicina? —le ofrece.

—No, no... —Vuelve a esconder el rostro. Frota la nariz y la frente en su pecho—. No te vayas, por favor.

—Vale. —Su tono imita al del menor, y usa los dos brazos para estrecharle.

Se quedan así largos minutos, con Anthony encaramado a su cuerpo en una postura que no parece nada cómoda, y Marc mitad en pie mitad con una rodilla que se le está entumeciendo sobre la cama. Ninguno de los dos se mueve, Anthony tiene los ojos cerrados y no cede un ápice la fuerza del abrazo, y él no se atreve a moverse.

Se limita a quedarse estático, con los ojos abiertos en mitad de una oscuridad a la que se va acostumbrando.

—Lo siento —susurra Anthony sin aflojar. Marc le da un escueto beso en la cabeza, y ya se queda allí, muy pegado. El pelo le huele a limón. Puede

saber que está temblando al mirarle mechones tan de cerca.

—No digas tonterías —le reprocha.

—No sé por qué... No sé por qué me pasa esto...

Se sorbe la nariz. Y como Marc sí lo sabe, cierra los ojos.

—Solo son pesadillas —dice.

—Ya...

Esta semana ha tenido varias. Demasiadas, en realidad. Marc está preocupado. Cuando duermen juntos es más raro que las tenga. No sabe si es por estar abrazado a algo, o por el calor, o por qué. Pero de todas formas, son raras las noches completas que pueden pasar juntos porque no tenga que trabajar.

¿Quizás debería simplemente... dejar el trabajo?

—Marc. —Su voz suena hilada, hasta que se aclara la garganta. Entonces suelta una extraña combinación de risa y respingo que Marc no comprende.

—Dime.

—Tienes la camiseta al revés —dice. Se separa enseñando una delgada sonrisa.

—¿Cómo que al revés? —Se mira el pecho, y Anthony se ríe, porque él mismo no puede verse la etiqueta que le queda bajo la barbilla.

—Al revés —asegura, señalando el espejo.

Marc se levanta, sube un poco la persiana para ver algo y se planta en el espejo. Cuando se ve chasquea la lengua.

—¿Has llevado así a Annie? —le pincha Anthony.

—Sí. —Puede ver el reflejo del rostro iluminado de su hermano en el cristal, y él también sonrío.

Se la saca, le da la vuelta y se la pone al derecho. Anthony asiente dándole el visto bueno, y Marc regresa a la cama.

Las facciones del mayor dibujan una sutil sonrisa, pero sus cejas están curvadas en preocupación. Le peina el flequillo hacia atrás. Siempre se le queda pegado después de una pesadilla.

—Tengo hambre. —Apoya la cabeza en la mano que le peina los mechones.

—¿Qué quieres desayunar?

—Tostadas y chocolate.

—Vale. —Asiente, levantándose.

—Y zumo de naranja, y magdalenas.

—Marchando.

Sale del cuarto, pero Anthony le frena.

—Mira si queda bizcocho o natillas de las que hizo mamá.

—¿Te subo la nevera? —se burla asomado a la puerta.

—No. —Se tuerce en un gesto digno, justo antes de añadir en un gruñido

—: Pero mira si quedan barritas de chocolate en el cajón de la verdura.

Las esconde ahí para que Annie no se las zampe todas. Marc asiente.

Unos minutos después, aparece con un arsenal de comida. Ha traído todo lo que le ha pedido, pero duda que pueda comérselo todo... Hasta que le ve devorar el pedazo de bizcocho que quedaba en un pestañeo. Lo mismo pasa con las galletas, y con el zumo. Está, no está. Mira fijamente una magdalena. Ahora está, ahora no está. Impresionante.

Le alegra verle así, que tenga apetito significa que se está recuperando.

—No puedo más. —Se deja caer en la cama y evoca un largo suspiro.

—No *queda* más —rectifica Marc observando la masacre de bollería industrial—. ¿De verdad estás malo o tenías algún examen?

—Estoy malo de verdad —gruñe—. ¿Por qué dices eso?

—Bueno, como te desmayaste una vez. No me extrañaría que también te de fiebre, te agobias mucho por las cosas tontas.

—Yo no me desmayé por el examen —jadea con aire escéptico—. Me desmayé por tu culpa, idiota.

—¿Qué? ¿Por mí por qué? —Sonríe sin comprender. El menor se encoge de hombros. Se gira en la cama evitando contestar.

—Desmayarme por un examen —farfulla Anthony.

Marc aparta los platos y envases vacíos.

—¿Quieres dormir?

—No lo sé... —Coge aire, y exhala despacio—. No quiero soñar.

Marc asiente, comprendiendo. Sacude algunas migas de la sábana y se quita los zapatos antes de tumbarse.

—¿Qué haces? —Le mira por encima del hombro cuando la cama bota un poco—. Te vas a poner malo tú también.

—Qué va.

No sabe de dónde saca esa seguridad absoluta, pero Anthony no insiste más. Se acerca a él, y esconde el rostro bajo su barbilla. Se deja envolver por los brazos que se le enlazan al torso afianzando un abrazo.

Con la oreja sobre su pecho puede escucharle los latidos a Marc. Apenas rompen el silencio, son muy sosegados, extremadamente relajantes. Es como su cara, que nunca expresa una emoción más allá del cinco por ciento. Su aroma le acaricia el olfato incitándole al sueño.

Lleva los pies hasta los otros. Los frota bajo las sábanas y a través de los calcetines.

—¿Y qué haces por las mañanas? —pregunta, acomodando la mejilla en su camiseta. La tela es muy suave.

—Dormir.

—¿Solo? Puedes coger cómics o juegos de mi cuarto, no me importa.
—Los orbes verdes se separan para buscar las azules.

—No sé, no me llaman esas cosas.

Anthony se ríe y menea la cabeza.

—Eso es como decir que no te gusta el cine o la música. Hay un montón de géneros de cómics y videojuegos.

Marc se encoge de hombros. Se le pasa decirle que le ha choricado uno mientras estaba moribundo. Se lo ha dejado en la cocina, pero visto como está el cuarto duda que lo eche en falta.

¿Cómo recuerda siquiera las cosas que tiene? Es un desastre.

Baja la barbilla y ve que Anthony le está mirando. Le observa con fijación, parece escudriñarle las facciones. Marc se ríe por la nariz y regresa a mirar al techo.

Cuando llegó a esta casa Anthony no era capaz de sostenerle la mirada por más de tres palabras consecutivas... Cierra los ojos cuando los finos dedos le

repan la barbilla en una suave caricia. Tímidamente le reclaman que mire de nuevo en su dirección. Los verdes están medio tapados por unos párpados entumecidos y sus mejillas están sonrojadas por la fiebre.

Entonces Anthony le levanta las cejas oscuras, y se las desdobla. Primero una y luego la otra, un par de veces cada una. Le estira el moflete también; para arriba y para abajo. Le agranda el contorno de su ojo rasgado...

—¿Qué haces? —curioseas Marc. No es que necesite saberlo, pero estaría bien.

—Quiero ver cómo es tu cara sin esa expresión —responde concentrado en la tarea.

—¿Qué expresión?

El menor no las aparta ni usa palabras. Frunce el ceño y aprieta los labios, recreando un gesto serio que puesto en sus facciones queda ridículo. Marc se ríe y deja que siga manoseando su cara.

No le molesta, las manos de Anthony son muy suaves. Le deambulan por el rostro y le bosquejan un sendero de calidez a su paso.

En algún momento al menor se le cansan los brazos, y se tumba bocarriba. Le duele menos la cabeza pero todavía la habitación no se está quieta. Marc clava el codo en la almohada y se sujeta la mejilla para mirarle.

Anthony coge la jirafa que le ha prestado su hermana y la sujeta sobre su estómago, le da vueltas. Mamá se la ha regalado por sacar un diez en un examen de Matemáticas. Él lo ha visto, está colgado en la cocina; ni siquiera tiene fracciones. Él tiene un examen de polinomios la semana que viene. Polinomios. ¿Cuándo demonios va a usar los polinomios en la vida real? Si no le obligasen a estudiarlo en clase viviría y moriría feliz sin saber que existen. Es que hasta su nombre suena absurdo.

—*Polinomio* —dice en voz alta arrugando la nariz, y se ríe. Mueve las patas de la jirafa recreando una caminata en su pecho.

Marc curva las cejas. Le mide la temperatura con la palma a ver si le ha subido la fiebre. Anthony coge aire, y se desinfla en un suspiro.

—Qué raro es todo —suelta, apartando el peluche con gesto cansado.

—¿Los polinomios? —Sonríe Marc.

—No. Tú y yo. —Resopla por la nariz con ironía—. Pensaba que iba a

sentirme peor por tener... Por hacer las cosas que hacemos juntos, pero se me olvida todo el rato que somos... —Sus palabras se van apagando, no quiere decirlo en voz alta.

—Hermanos —le ayuda él. Anthony pone los ojos en blanco por un segundo. Asiente con reparo.

—Sí. Pero... La verdad es que me gusta estar contigo —confiesa. Y compone una fina sonrisa que enseña los dientes.

El corazón de Marc ejecuta un extraño latido.

—A veces... —prosigue—, pienso en la probabilidad que había de que vinieses tú y no otro niño... —Rescata el peluche y lo acaricia, como pidiéndole perdón por hacerlo a un lado—. Y me... Me asusta, me sorprende; no sé cuál es la palabra... Porque debía ser una probabilidad muy pequeña, pero al final estás aquí. Y me alegro mucho.

Le dedica un fugaz vistazo, avergonzado.

—Yo también —contesta Marc en un susurro, su voz ronca.

Con su hermano mayor inclinándose sobre él, Anthony cierra los ojos para sentir el pequeño beso que le deposita en los labios, y todos los suaves toques que vienen después.

Marc saborea los delgados labios entre los suyos, con distendida calma y ternura. Sus pensamientos hablan raro y fluyen a borbotones. Buscan cómo explicar las sensaciones, analizan si tiene un problema en alguna parte del organismo, porque lo siente muy raro ahora mismo. Le recorren chispas. Y tiene ganas de llorar, pero no está triste.

Entonces Anthony se ríe, gira la cara, y le aleja.

—Tienes el pelo muy largo ya. Me hace cosquillas. —Suelta una risita.

Marc se aparta, atontado. Se arrodilla y se lo guarda detrás de la oreja, pero se le sale otra vez porque no le llega bien.

—Espera —Anthony impone la palma de su mano mientras se deshace de la sábana engurruñada en sus pies. Se levanta, y se va.

Marc duda de si debería detenerle, pero no mucho rato, porque vuelve pronto. Anthony se sorbe la nariz y le da un toque a la puerta con el pie para cerrarla sin mirar.

—Ten. —Es una goma del pelo. La habrá cogido del cuarto de Annie.

El azabache la coge, enredándose el pelo en un moño más bien deforme que al menos cumple su cometido. Libre de flequillo, sus facciones resaltan aún más, y sus ojos azules iluminan como los proyectores de un coche, con una trayectoria delimitada y muy exacta: Anthony.

Le regala un beso de prueba, y cuando Anthony le da el visto bueno, se tumba con él. Le envuelve en un abrazo.

—Intenta dormir —le aconseja, pero Anthony suelta un bufido perezoso. Lo estira una barbaridad. Es como un gatito deshinchándose—. Si descansas te pondrás bien antes.

—No tengo sueño ahora —protesta, y se pega a él. Con la nariz le acaricia el cuello, con las manos le rodea la cadera. Se ensambla a él en un momento. Cuando levanta los labios buscándole con parsimonia, Marc acude sin vacilar.

Es un roce tras otro, sus salivas apenas se intercambian. Anthony no quiere usar la lengua para no contagiarlo, y en lugar de eso busca acrecentar el contacto pegando su cuerpo al contiguo. Su pierna se abre hueco entre las del mayor, y su brazo se le cuelga bajo la camiseta.

Marc sonrío cuando los toques se vuelven más desesperados, por cómo Anthony busca la unión faltante. Todo escala muy rápido, lo que no había previsto es una pierna frotándose entre las suyas, ni una mano que le arrastra las puntas de las uñas por el pectoral.

Al principio Anthony lo hace sin pensar, le lame los labios con la punta y se le escapa un poco de saliva. La segunda vez ya es a propósito. Se le olvida que está enfermo y se le olvida que Marc podría contagiarse, y como él tampoco se lo recuerda, sus lenguas se acarician.

Tímidamente pero a propósito y con tanto descuido que podría pasar por un accidente, Anthony usa la rodilla para frotar la entrepierna de Marc. El azabache bufa al sentirlo, y lo aparta.

Anthony tiene los ojos cuasi cerrados y las mejillas coloreadas, y no sabe si es la fiebre o la expresión que se le dibuja cuando quiere sexo, porque son muy parecidas.

Se lo confirman sus labios frotándose entre sí con abandono y sus verdes suplicando por atención.

—Anthony, estás malo —le recuerda, rechazando la petición silenciosa.

—Ya no me duele —miente, porque su visión está tan difusa como al principio, o puede que algo más. Marc se ríe audiblemente con la penosa mentira—. De verdad... —susurra.

Le busca de nuevo. Sus labios crean un sonido hueco al juntarse solo en la superficie.

—Esto es todo lo contrario a descansar —se jacta Marc—. ¿Estás así por la fiebre? —Le pone la mano en la mejilla. Todo su rostro está caliente.

—No... —Se pronuncia entre murmulos—. Estoy así por ti. Todo el rato...

Marc traga saliva. Quiere controlarse, pero no ayuda que Anthony se frote contra él y le pegue cada punto de sus piernas y del torso al suyo. Se le encarama encima.

—Es por ti, por tu culpa...

—¿Por mí? —Sonríe, considerando la proposición seriamente.

Al final, le despega y le agarra de las manos para que no vuelva a pegárselas.

—He dicho que tienes que descansar —decreta sin debate. Los ojos verdes le miran haciendo un puchero, y él se reafirma—: Solo te dolería más la cabeza.

Anthony resopla dándole la espalda.

—¿Te vas a enfadar conmigo?

—Sí —refunfuña. Marc sonríe un montón.

—Venga, no te enfades... —pide como un niño, siguiendo el tono de la pataleta. Se está aguantando la risa todo lo que puede—. Porfa... —Le abraza desde atrás.

Sus ganas de reír desaparecen cuando su mano choca con un bulto que contra la tela elástica del pijama queda muy visible.

—Vaya.

Anthony esconde el rostro en la almohada.

Curioso, Marc utiliza dos de sus dedos para pasearse sobre la pequeña montaña. Aprecia maravillado cómo se desplaza y rebota con gracia al ser

presionada.

—¿Te has puesto así solo por los besos? —susurra en una oreja coloreada, robándole un jadeo a su propietario—. ¿O puede que estuvieras imaginándote algo más...? —Sonríe al pensarlo.

—D-déjame...

Cuidadosamente, separa el elástico del pijama. Lo baja unido a la ropa interior en una suave caricia que termina en su muslo. La rosada punta queda expuesta. Cuando lo baja un poco más, puede ver a la perfección la encantadora erección entre sus piernas.

Marc gruñe contra su oído y Anthony gime con dulzura.

Se le ve tan ansioso. Se le da mejor rogar sin palabras, cuando lo hacen sus gestos. Y a él le gusta tanto complacerle, le gusta tanto estrechar este pequeño cuerpo y enseñarle todas las cosas que se ha estado perdiendo...

—Te ves jodidamente sexy por las mañanas —dice.

Le separa las piernas, y Anthony cede a sus manos, sus verdes le buscan sin llegar a abrirse del todo.

Marc contempla el sexo erguido zarandearse al compás de su respiración. Se eleva un poco y se agita a los lados formando una casi imperceptible circunferencia, hasta que la atrapa.

Está ya bastante dura, pero se endurece más cuando él la toca. La humedad rebosa por la punta, y se le ven unas gotitas que cuando aprieta la piel se escurren y chorrean por la carne.

Marc suspira indiferente.

—Me gustaría poder controlarme más, sabes. —Su voz es ronca y sensual ahora—. Pero cada vez que te veo lo único que quiero hacer es desnudarte y follarte —susurra.

Repliega la piel sacándole un saltito y un jadeo que es música para sus oídos. Su mano abarca toda la longitud, no puede moverla más que unos centímetros. Corona el movimiento con un giro de muñeca en la punta.

—P-pues hazlo... —jadea. Separa más las piernas, y el elástico del pantalón se estira al máximo en sus rodillas.

Refugia la nariz y enreda los dedos en la almohada. Marc está siendo muy lento y cuidadoso esta vez. Los toques se le acumulan en la barriga y le

escalan al pecho en un agradable hormigueo.

—Marc... —murmura.

—¿Sí, Anthony? —Busca sus ojos servilmente. Su hermano tiene las cejas inclinadas con falsa decisión y las pupilas confusas. Le dan ganas de morderle la nariz pero en esta posición no llegaría.

—Házmelo... —Se le ve muy perdido.

—No puedes —le recuerda con amabilidad.

Anthony bufa, y Marc se ríe por la nariz al escucharle.

Le levanta el pijama hasta el pecho y le roza los pezones con tanta miseria que bien podría ser sin querer. La piel de sus aureolas está arrugada porque están erguidos. Dibuja pequeños círculos a su alrededor.

—¿Esto te gusta?

Anthony asiente. Sus mejillas arden y su cabeza da vueltas, por eso mantiene los ojos cerrados. Ahora sí que no quiere dormir. Se niega a perderse esta sensación.

Marc le regala un apretón y Anthony jadea esta vez un poco más alto que la anterior. Tiene los pantalones bajados, la camiseta subida y las facciones escondidas. Hay que ver.

—¿Quién es un salidito? —fanfarronea Marc. Anthony gruñe, y eso parece disgustar al azabache—. Dime, ¿quién? —demanda tirándole de los pezones.

—Y-yo... —musita muy bajito.

Marc sonrío complacido. No estaba seguro de si se molestaría, pero ahora entiende que ha sido absurdo dudarlo. Anthony se pone muy tonto cuando quiere que le toque, y a él le encanta tocarle, claro. Pero es más divertido verle suplicar un ratito.

Le expone el glande para cubrirlo después con la piel sobrante. Se vuelve cada vez más resbaladizo, y la aterciopelada voz de Anthony baña la habitación porque sabe que no pueden oírles, que puede concentrarse en sentir. Deja a sus cuerdas vibrar con libertad.

—¿A quién le gusta que le hagan cositas? —le susurra al oído. Su voz varonil, sus palabras son formuladas como una orden que no puede quedarse sin respuesta.

—A mí... —contesta tímidamente. Y su corazón se activa a voluntad del azabache cuando se oye a sí mismo cediendo ante él. Su deseo enfermizo se dispara, menea las caderas con dejación.

—¿Te encantaría que te follase ahora mismo, verdad?

—...sí...

—Estás deseando que te quite la ropita, que te folle el culito y que te haga lo que quiera, ¿no es así? —Le acaricia con extrema suavidad una nalga, le provoca un cálido escalofrío.

—M-Marc... Eso... —Quiere quejarse, pero su cuerpo le traiciona para ponerse de lado del azabache. Que sus palabras oscilen entre la dulzura y la vulgaridad le causa unas emociones raras, no sabe si excitarse o avergonzarse.

Pero ambas cosas no son incompatibles.

—¿No es así? —repite Marc. Le delinea la barbilla en una caricia con el pulgar.

—Sí... —cede. Es demasiado.

Todo en él es demasiado.

Su voz varonil que le exige saber, sus manos cálidas que le repasan el torso y le palpan cada pedazo sin pudor pero delicadeza... No puede evitar arquearse a él. Quiere poder tocarlo también, tenerlo dentro y enlazarle los brazos a la espalda. ¿Por qué no le deja?

Se aprieta los dientes en el labio. Marc también está duro, puede sentir la presión entre sus nalgas porque está ceñido a su espalda y sus fuertes brazos le envuelven el cuerpo, y también puede sentir los ojos azules clavados en su piel desnuda analizarle con minucia. Marc quiere hacer esas cosas tanto como él. Solo está jugando a fastidiarle.

Así que jadea todavía más alto, para que Marc pueda oírlo bien, para que acabe de volverse loco y ceda a tener sexo con él... Pero esto se le da mejor a Marc, que no se inmuta cuando el menor se restriega contra su paquete apretado.

—¿Te gustaría que estuviese dentro de ti? —se regocija. Sus toques son pausados y armoniosos, estudiados con minucia.

Le odia, es idiota.

Sí, lo quiere dentro. Quiere que le ponga de espaldas y quiere que le penetre como ya lo ha hecho antes. ¿Por qué no puede callarse de una vez y hacerlo?

—Sabes que sí... —responde enfadado, aunque su hilo de voz no impone demasiado.

Marc se ríe, en una gutural y sádica risa que le eriza los vellos. Finge no darse por enterado. Disfruta enormemente viéndole sufrir, desesperado por tenerle dentro.

Se entretiene en mordisquear su oreja, se pone a jugar con sus pezones erguidos que son muy graciosos; sabe que lo está enloqueciendo. Y más que lo va a hacer.

Después de lo que a Anthony le parece un castigo eterno, deja tranquilos a sus pezones; pero solo porque se le ocurre algo más entretenido donde ocupar sus dedos.

Se chupa el anular y el índice. Los cubre de una buena capa de saliva bajo la atenta y desorientada mirada de Anthony. Es evidente que está esperando lo que va a pasar, no muy paciente, además. Marc supone que estará recreando la increíble sensación que va a hacerle sentir.

Con extrema lentitud introduce los dedos en la pequeña abertura, y Anthony gime con los párpados apretados.

Con una mano le frota el miembro, y con la otra le hurga dentro; se hunde todo lo que le es posible hasta que los nudillos le chocan con la carne. Se fija en cómo Anthony flexiona las rodillas para que pueda hacerlo mejor.

Es tan mono.

—¿Te gustaría que te follase a cuatro? —le susurra.

Anthony gime. No puede parar de temblar entre sus brazos.

Todo él parece un maldito flan ahora mismo, y tampoco puede controlar su respiración, ni el calor. Con la mente cada vez más difusa, lo único que puede hacer es ceder, y sentir. Marc debe ser el único ser humano del planeta que puede ponerle furioso y caliente al mismo tiempo.

—Eres... —musita, pero no puede completarlo.

Ese dedo se hunde más como castigo, le golpea un puñado de nervios que le hace gritar sin pretenderlo.

—Responde —exige con seriedad.

—Sí...

—¿Sí, qué? —Su voz es muy ruda de pronto, casi no puede reconocerlo. No le ve bien cara, pero puede imaginarle con sus cejas negras flechadas y su mirada fría y penetrante. Le tiene sometido. Todo en él le invita a rendirse. ¿Pero cómo lo hace?

—Que quiero que me *folles*... —susurra muy bajito, y se muerde el labio al instante, consciente de lo que acaba de decir.

—No me digas —se burla con falsa sorpresa. Está sonriendo—. Entonces no me queda más remedio, supongo. —Resopla de mentira—. Ahora tendré que follarte hasta que estés satisfecho... O hasta que despiertes a los vecinos...

—Eres... —gime sonoramente, pero no llega a terminar la frase. Marc le toca con una calma que le enerva, pero hace presión en los puntos exactos.

—¿Y por dónde quieres que te folle, Anthony? —Le aprieta el miembro y le acaricia ese mágico punto con desinterés—. ¿Por la boquita o por el culito? —Él mismo bufa suave al imaginarlo.

—Marc... —jadea, a punto de entrar en combustión.

—Creo que me apetece correrme dentro... —susurra Marc, en lo que parece una conversación consigo mismo—. Me apetece ver cómo te chorrea desde aquí... —Hace pequeños circulitos en la entrada, y muy despacito, le recorre le muslo entero—, por las piernas..., y cómo gotea en las sábanas...

—¡Marc! —consigue gritar, escandalizado.

—Vamos —se mofa él—. ¿Vas a decirme que tú no quieres verlo? ¿No te gustaría tener un poquito de mí, dentro de ti? —Empuja su basta erección contra el menor—. Porque lo estoy fabricando ahora mismo, aquí, y especialmente para ti, sabes... —dice, y cambia a un susurro excesivamente aterciopelado que le pincha la entrepierna—. Creo que va a salir mucho —reflexiona sin interés.

—M...Marc... —Aprieta los párpados, separa los labios para respirar

porque en esta habitación ya no hay aire, se ha consumido todo. ¡Será idiota, Marc es estúpido, Marc es...!

—Dime, *hermanito*... —ronronea mientras sonrío.

Nada.

No puede.

Anthony rompe todas las posibilidades que le ofrece de golpe, cuando su cuerpo se encoge y un fuerte gemido sale de lo más profundo de su garganta para vaciarle los pulmones. No habrá quedado un solo vecino durmiendo.

La espesura se queda en la mano de Marc, que intenta frenarlo, pero se escurre a las sábanas. Cuando lo ha puesto todo perdido, Anthony tose, y hunde la cabeza la almohada.

Marc observa cómo se queda completamente inmóvil apenas respirando.

No iba a hacerle ninguna de las cosas que ha dicho. Solo quería que se corriera de una vez para que pudiese descansar y recuperarse pronto.

Se llena los pulmones y resopla con suavidad. Él también está durísimo. Le hubiese gustado hacerle todo eso..., pero zarandearlo en todas direcciones no parece una buena forma de ayudar a que se mejore; y tampoco iba a correrse dentro de él. Aunque vaya si le gustaría hacerlo.

Se levanta tratando de no moverle. Coge el rollo de papel higiénico casi gastado y limpia un poco las sábanas. Es inútil el intento, porque el semen ha calado y la mancha es enorme. Enseguida deja de intentarlo. Ya se secará y se disimulará solo, como pasa todas las noches.

Afina la vista. Casi que deberían echar a lavar las sábanas ya mismo. Las de su cama también, y la funda del sofá, ¿y los cojines del salón puede que también...?

Le arregla el pijama con cuidado. Podría cronometrar cuánto tarda el chico en quedarse frito después de correrse y el resultado solo tendría una cifra o dos. Dependiendo de si se toma como meta su primer ronquido o el hilo de baba que le sale de la comisura.

Le cubre con la sábana y le contempla las facciones. Su rostro es aún más fácil de admirar cuando está dormido. Es tan pacífico, tan cautivador...

Nunca habría imaginado esta situación. Esta casa, esta familia. Pero porque Anthony es diferente a todo lo que habría podido imaginar. Este chico ha caído del cielo para salvarle de una vida sin sentimiento.

Su nombre se le repite en la cabeza y su corazón se llena de un agradable

calor que le hace olvidarse de su erección. Se queda atrapado en la armoniosa imagen.

—Anthony... —musita. Y cuando se da cuenta de que eso ha sonado fuera de su cabeza, carraspea—. Voy a ver qué hago de almorzar —añade, aunque duda que le esté escuchando.

Se levanta con las cejas curvadas, y su mirada refleja lo que el castaño hubiese jurado era terror, incomprensión o sorpresa. Pero no juró nada porque estaba dormido.

- 6 -

Marc Stone

Summer

—Ya estoy en casa. —Su voz es melodiosa, su sonrisa fina y delicada como el enganche de un pétalo a su rosa.

—¡Mamá! —acude de inmediato. Corre hacia ella con los brazos extendidos.

La mujer se arrodilla para alcanzarle y el pequeño impacta contra su torso, sus cortos brazos se le enganchan al cuerpo.

Suelta el bolso en la silla del comedor. Lo aúpa y se lo lleva al cuarto. Enciende la luz, pero se detiene sin llegar a cruzar el umbral de la puerta.

—¿Has cenado? —pregunta. El pequeño niega.

Suspira brevemente. Apaga la luz de vuelta a la cocina. Lo deja sentado en un taburete mientras se lava las manos. Una circunferencia morada adorna su muñeca pero se baja la manga para taparlo.

—¿Y tu padre?

—Durmiendo.

Evoca un pequeño suspiro, está muy cansada de trabajar. Esboza una sonrisa al dirigirse al menor. Sus ojos azules están brillando con ilusión y su pelo negro está totalmente despeinado. Tiene restos de lo que parece tomate en la mejilla.

Le peina un poco y le frota la mancha con el pulgar.

—¿Huevo frito con arroz? —propone.

—¡Vale!

—No grites, cariño. Es tarde.

Él asiente con energía, hasta se tapa la boca para simbolizarlo. En cuanto tiene la comida delante empieza a devorarlo todo muy rápido.

Ella le observa. Sus ojos también son azules, pero no podrían diferir más.

Ya no tienen luz. Las ojeras le han sepultado las facciones y le doblan la edad aunque apenas ha entrado en el meridiano de la veintena.

—¿Qué has hecho hoy? —pregunta la mujer, revisando por encima unos panfletos de publicidad amontonados en la mesa.

El niño, aunque le cuesta, engulle lo que tiene en los mofletes para poder hablar.

—La señora Brown me invitó a almorzar.

—¿Ah, sí? Qué bien. ¿Y qué comiste?

—Pizza —dice. Su sonrisa es inmensa.

—Aha. ¿Y te lo comiste todo?

—¡Sí! Y me dejó repetir.

El niño sigue comiendo con la vista clavada en el plato.

—¿Y el colegio? —Se pronuncia en un suspiro. Le duele todo el cuerpo, sobre todo la cabeza.

Saca una pastilla del cajón y bebe agua. Cuando vuelve a mirarle a él, está sonriendo otra vez.

—La profesora me volvió a felicitar —cuenta muy orgulloso. Lo dice más o menos bajito porque sabe que tiene que controlar el tono, pero le gustaría exclamarlo muy alto—. ¡Dice que soy superdotado!

—¿Superdotado? —repite sorprendida.

El niño asiente con mucha efusividad. Ella se levanta para fregar la pila de platos que se acumula por toda la encimera.

—Dice que hay colegios especiales para superdotados, ¡y que yo podría entrar! —Eleva sin querer la voz.

La mujer frunce el ceño.

—Cariño... —musita.

—Dice que he sacado una nota altísima en las preguntas y que las va a mandar a no sé donde..., ¡dice que me cogen seguro!

—Nosotros no... No tenemos ese dinero... —Habla muy bajito, hasta el sonido del grifo se le superpone. Aunque el niño no la escucha porque no deja de exclamar cosas.

—¡Ha dicho que hasta podría saltarme varios cursos! —dice.

—Marc..., cariño... —Se gira hacia él, y su ceño fruncido se destensa en el proceso. Cuando lo encara solo resta en su expresión una fina sonrisa—. No s...

De la conjunción de agua y espuma se le escapa una taza, que se desliza y se rompe al golpear el suelo. Estalla sonoramente en un montón de pedazos.

—¡Me cago en la puta! —grita una voz grave y rasposa. Resuena en todo el piso porque es muy pequeño y las paredes son de papel.

—Cielo, vete a tu cuarto —le insta la mujer. Le apresura a bajar de la banqueta—. Llévate el plato —dice, viendo que aún le queda comida.

No le da tiempo a sacarle de la habitación, la puerta del cuarto se abre violentamente absorbiendo el aire. Una figura aparece por el pasillo tambaleándose hasta la barra de la cocina.

—¿Has llegado ahora? —pregunta repasándose la barba. Luego se ajusta el elástico del pantalón, que es lo único que lleva puesto.

—Venga, cielo. Vete a dormir que ya es tarde, ¿vale? —El niño asiente. Camina hasta su cuarto con el plato entre las manos.

—Contéstame, zorra. —Le agarra el rostro, y sus dedos gruesos le aprietan la mandíbula. El aliento le apesta a cerveza.

Se libra del agarre como puede.

—Delante de Marc no —esputa en un susurro.

El niño camina más despacio. Les está mirando, y se para frente a la puerta sin llegar a cruzarla.

—Buenas noches, cielo —le apremia ella. Sin mucha convicción y con sus finas cejas curvadas, entra. Su ojo azul es lo último que sobresale por el hueco antes de cerrar despacio la puerta. Es lo que su madre siempre le repite que haga, que cierre la puerta.

—¿Estabas follándote a otros, no?

—David, por favor. Estoy cansada. —La voz del hombre se impone sobre la suya.

—Te follas a todos menos a mí, eres una zorra.

Camina hasta la nevera y coge una cerveza, que es casi lo único que hay.

—A lo mejor es que hay lista de espera. ¿Dónde tengo que coger número?

—Levanta la chapa torciéndola con la de otra botella. Chorrea un afluente de espuma de camino a la boca y mancha el suelo que ya estaba pegajoso.

—Te va a escuchar. —Con los puños cerrados sobre la encimera, la mujer mantiene los ojos apretados.

Está cansada, está muy cansada, pero sabe lo que pasará si se mueve, o si contesta, o si no contesta. Se mantiene en silencio y estática esperando a que él se vaya.

—El niño ya sabe que eres una puta —exhala aburrido.

Le echa un vistazo, a la cocina, y a la figura femenina y cabizbaja que no responde.

Ella solo está esperando. Pacientemente a que ni agente externo ni interno perturbe su frágil temperamento. Cada segundo que esos pies están cerca su cuerpo se tensa y sus uñas se preparan mientras reza que no le hagan falta.

—¿Cuántos han sido hoy? ¿Veinte, treinta? —Se ríe sonoramente de pronto y ella se asusta. Su corazón se acelera y lo observa de reojo y de hito en hito—. Hay que comprar más cerveza —menciona cuando pasa por su lado.

Se tira en el sofá y se pone a ver la tele.

—Vale... —Recoge el bolso y camina a la habitación. Se para en seco cuando él vuelve a hablar.

—El niño dice que es superdotado —comenta. Su voz grave retumba sin cuidado. Luego suelta dos carcajadas y da un trago. Se pone a cambiar de canales. A estas horas no echan nada, la mitad de la programación es tarot.

Aprieta el asa del bolso, y los dientes, y los párpados; antes de girarse.

—Hay... colegios para niños como él —dice sin moverse.

Él la mira. Su poblada ceja negra se eleva altiva.

—¿Y qué?

—Que podríamos pagarlo si... encontrases... trabajo —musita.

—¿Otra vez con eso?

—Yo solo digo... —Da un pequeño paso que deshace un instante después

—. Si pudiésemos pagarle un colegio mejor, podría tener un buen trabajo, y podría...

Se calla cuando él deja la cerveza en la mesa de un golpe.

—¿Crees que que te den dinero por dejarte follar es un trabajo?

La voz masculina se superpone a su tono débil.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros, David...

—¿Te crees mejor que yo?

—...si Marc es superdotado, es posible que...

—Joder, ¿pero de verdad te crees eso? —Se ríe a carcajadas—. ¡Niño, ven aquí! —vocifera.

Se levanta y camina hasta la puerta, pero ella se interpone. Al extender los brazos el bolso se le resbala hasta el suelo.

—¿Qué haces? Apártate. —El empujón en el hombro le impacta fuerte, pero ella se mantiene en el sitio.

—No, déjale dormir —Sus cejas están flechadas, sus dedos tiemblan y cada vello de su cuerpo está erizado.

—¡Que te apartes, coño! —La jala de la muñeca y la aventa a un lado. Se golpea contra el suelo y gime—. ¡Niño! —grita más alto. Es imposible que no le haya oído porque retumba toda la casa, y los vecinos también lo habrán oído. Los vecinos siempre lo oyen todo, tienen que oírlo.

Ella se levanta como puede. Se ha golpeado el codo con la pata de la mesita y se le ha entumecido.

—No le toques —jadea levantándose.

No sabe de dónde saca las fuerzas, le alcanza antes de que agarre la manilla.

—Suéltame, joder.

—¡No vas a volver a tocarle! —chilla forcejeando con su brazo.

Sus labios se cierran con estrépito reventando en un pequeño festín de sangre, y todo gira entonces a un ritmo tan vertiginoso que le cuesta mantener los ojos abiertos. No entiende qué pasa cuando ve sus mechones rubios rebelándose contra la gravedad.

Se golpea con la pared a un escaso metro.

El hombre suspira profundamente. Le recoge el pelo en un nudo que le hace levantarse, y ella levanta también los dedos. Las puntas se quedan reliadas en la tela del pantalón.

—A ti esto te gusta, ¿no?

El cuerpo pesado le aprisiona contra la pared, le fuerza a mantenerle la visión forzándole la mandíbula.

Quiere revolverse, quiere gritar, y luego gritar más hasta sentir sus cuerdas desgarrarse. Abre la boca dispuesta a hacerlo, pero esta noche tampoco le sale de entre los labios más que motas de aire. Marc está en su habitación. Si ella grita, oirá su voz, y saldrá.

Deja que esas asquerosas manos se le cuelen bajo la ropa. La desenvuelven hasta dejarle la piel sin abrigo. Es más fácil de esta forma. Más rápido.

—Ni siquiera tratas de detenerme —ruge. Su aliento cálido pasea por los pliegues de su oído, el alcohol le pica en los ojos.

—Eres... —musita.

Y su labio se quiebra, y su boca se llena de sangre cuando se muerde el interior de la boca en el nuevo golpe. Ve esos ojos marrones queriendo evaporarla hasta la desaparición, nota sus dedos clavarse más y más sus caderas, parecen buscar el quiebre.

Pero no le importa.

Todo este dolor, esta alienación, este escozor que arde tan profundo y tan adentro justo en su pecho bombeando un corazón que no se atreve a alzar la voz. No importa ya. Porque esta que está aquí no es ella.

Con esta apariencia tan frágil y enfermiza, estos ojos que se empañan continuamente, estos hombros pálidos y huesudos y la descascarillada pintura de uñas de la semana pasada o la anterior... Esta no es ella. O al menos, antes no era de esta forma.

Nada de esto era antes así.

No se habría gastado sus pocos ahorros para venir a esta casa, no se habría casado con él, no habrían tenido un hijo juntos ni habría aceptado trabajar en el club por él de haberlo sido.

Pero es que él tampoco era antes así.

Fue la cerveza o las drogas, o fue el tiempo, no lo sabe. No deja de darle vueltas cada maldita hora de cada maldito día desde hace tanto tiempo que ya

ni recuerda dónde quedó el principio, el chico que le sonreía de medio lado antes de hacerle el amor. No recuerda qué eran antes, no recuerda por qué está ella aquí.

De ninguna forma habría hecho todas esas cosas de haberlo sabido. Solo alguien estúpido lo haría.

Ah, pero, ella no... Ella no es estúpida en absoluto.

Sacó la segunda nota más alta en el examen de ingreso a la universidad, y tuvo siete matrículas de honor en primero de Derecho antes de quedarse embarazada y dejar la carrera.

Con la mirada perdida y el cuerpo lleno de moratones, se da cuenta: no importa cuan inteligente creyese haber sido, ha acabado aquí, arrastrada por este hombre a una vida de desdicha.

Se pregunta si fue evidente desde el principio pero ella no lo vio, o si por el contrario fue escalando muy poco a poco, casi imperceptible hasta este momento.

Cierra los ojos apaciblemente con sus pensamientos volando lejos. Nada de eso importa ya. Ni siquiera le importa estar viva si tiene que ser de este modo.

Le siente deslizarse en su interior cada vez más rápido. La estancia se ha sumido en una agobiante nube de vapor que le cierra la garganta. Las manos ásperas se le imantan a los pechos. Las suyas se cierran con abandono no atrapando más que aire.

Entreabre las pestañas, y sin expresión alguna, contempla la figura ajustada a su cuerpo que le apresa las extremidades.

No, no puede morir. No puede dejar solo a su niño con este monstruo. Incluso si ya no quiere seguir, tiene que hacerlo. Aunque ella ya no sea nada, Marc puede llegar a ser muchas cosas.

Se limitó a esperar a que acabase.



La puerta chirría cuando se abre, solo un poco, porque lo hace con mucho cuidado. Sin luz, lo único que permite ver algo es la minúscula ventana del cuarto. El aire se cuela por un resquicio haciendo un silbido suave.

—Cariño —susurra.

Él, envuelto con la colcha hasta la cabeza, se asoma. Sus ojos azules están muy abiertos, su pequeño cuerpo tiembla bajo las mantas. Aunque el ruido de los golpes han cesado hace horas, no puede dormir. Pero tampoco se ha movido de la cama ni ha salido de la habitación, que es lo que mamá le dice siempre.

Ella abre el armario despacio. Recoge varias prendas que va metiendo en una mochila.

—Vístete, cielo —habla muy bajito. Es difícil oírlo.

—¿Qué pasa...? —imita el hilo de voz.

No sabe si él puede verle, pero por si acaso esboza una amplia sonrisa cuando le mira. Le tiembla el labio.

—Nos vamos —dice.

Se desenvuelve de la colcha pero no se levanta de la cama. Su madre está metiendo a prisa muchas cosas, apretuja varios peluches para poder cerrar la cremallera.

Sus pequeñas cejas se curvan en incompreensión.

—Nos vamos de excursión —añade, echándose la mochila a los hombros—. ¿Te gusta la playa? —El menor se encoge de hombros.

Lo aúpa en brazos y se agacha para coger un zapato. Lleva el pijama puesto, pero no importa se lo puede cambiar luego.

—He visto un sitio muy bonito con piscina, te va a gustar. Siempre habías querido aprender a nadar, ¿verdad? —Le cuesta mucho ponerle el zapato porque su mano no se está quieta en el mismo punto—. Ahora podrás aprender. Aprenderemos juntos, yo tampoco sé. ¿Te gustaría?

—Sí...

—Ya verás, harás muchos amiguitos allí. Nos lo pasaremos muy bien. Iremos al parque, jugaremos en la playa... —Le da un beso en la mejilla—. ¿Quieres? Tú y yo, juntitos.

—Sí... —Empieza a sonreír, y ella le pellizca el moflete cariñosamente, esbozando también una fina sonrisa.

—Vamos a ser muy felices.

—Vamos... ser...felices.

—...os... er... ces...

El ruido de las sirenas retumba en sus oídos. Las luces rojas colorean la oscuridad a ratos.

Apenas es otoño, pero ya hace mucho frío. Los cristales de los coches se empañan por dentro mientras los oficiales expiran vaho fuera. El cielo está ennegrecido, son las tantas de la madrugada y la humedad puede palpase en el ambiente.

Los alrededores del motel están acordonados, un cuerpo flota bocabajo en la piscina.

—La mata y se suicida saltando. Es un sexto piso, se golpea con una de las barras de las terrazas en la cabeza y cuando cae en la piscina ya está muerto, o se ahoga luego —especula—. Todavía no han podido sacarlo.

—¿Alguien lo ha visto?

—Un compañero de piso llegó poco después. Es el que ha llamado, pero ahora ha desaparecido. Seguramente no tendría papeles. Hay muchos por esta zona.

—Sin papeles —exhala. Debería arrestarlos, pero no han venido hoy por eso.

Observa a los agentes alrededor de la piscina. Están intentando llevar el cuerpo a una orilla con el palo de recoger las hojas. Se reiría si no tuviese una imagen que dar.

—¿Tomamos más declaraciones? —pregunta el más joven.

Él se frota las manos, se las guarda en los bolsillos de la chaqueta.

—Violencia de género, no hay nada que investigar —zanja.

Es muy tarde y está ya muy viejo para ponerse a perder el tiempo con un caso tan básico. Ve tres de estos a la semana, no tiene ninguna historia.

—El compañero también dijo que tenían un niño, de unos diez años.

—¿Un niño? —Eso capta ligeramente su atención—. ¿Y dónde está?

—No lo sabemos, no está en la casa. —Gira la cadera a unas pocas

personas que se amontonan detrás del cordón policial—. Nos han dicho que trabaja por las noches, que vendrá por esta hora.

—¿Que trabaja quién, el niño? ¿Con diez años? —El otro se encoge de hombros—. No sé para qué coño tiene la gente hijos si no puede cuidarlos —farfulla.

—Hemos llamado a los servicios sociales, se lo llevarán cuando preste declaración.

Al otro lado del edificio, con la espalda pegada al muro y el corazón en la garganta, el azabache respira entrecortadamente.

—¿Está muerto...? —musita. El nigeriano asiente.

Se lleva las manos a la boca, se tapa los ojos y jadea sonoramente.

—Lo he matado... Lo he matado yo... —susurra, y lo repite, cada vez más bajo y cada vez más despacio, escudriñando cada sílaba hasta que pierden el significado.

El mayor le sujeta los hombros. No entiende bien el idioma pero no le hace falta.

—Tú no *estás* malo.

—Sí, yo sí. —Asiente sorbiéndose la nariz. Las lágrimas tienen sus orbes saturadas, su azul se ha vuelto más claro. La luz de la farola le hace ver más pálido de lo que ya está—. Yo le he empujado. Soy un asesino. Soy... Soy como él —murmura.

—No, Marc no *está* malo. Yo dije policía tú trabajando, tú no *estás* malo.

Marc le mira entre los mechones. Ahora mismo no se ve con fuerzas para repetirle que confunde los verbos «ser» y «estar».

—¿Has...? ¿Le has mentido a la policía?

—Yo lo siento no llegar antes, pero yo ayudo ahora. Tu madre *está* buena mujer, me ayuda a mí muchas veces. Dinero, comida. —Menea la cabeza—. Ayuda muchas veces.

—Mamá... —musita. Se esconde detrás de las palmas.

La imagen está incrustada en su retina. No se despega por más que parpadea. El cuchillo, la sangre, los empujones..., su cuerpo inmóvil en el

suelo.

Sacude la cabeza intentando abandonar la escena que se reproduce como un vídeo en bucle en sus sienes, le taladra como un martillo. Le duele mucho la cabeza, se ha golpeado muy fuerte cuando ese despreciable le ha empujado.

Aprieta los dientes y se cierra los puños en el pelo.

Si él hubiese sido más fuerte, si no fuese tan inútil, su madre seguiría viva.

—Tú vas a policía, familia nueva te dan, han dicho.

—¿Que qué...? —Enarca una ceja, apenado y con apuro. Agradece que intente ayudarlo, pero es difícil entenderlo.

—Tú no padres, ellos te dan familia nueva.

—Yo no... Yo no quiero una familia nueva. —Jadea con fuerza, y tan furioso como tembloroso, se aparta las lágrimas con el brazo y las manda lejos.

—Sí. *Eres* triste ahora pero tú vas a ser feliz, sales de la calle.

—Yo no quiero... ¡Yo no quiero otra familia! ¡Quiero que mi madre siga viva! —Grita de pronto, le da igual.

El hombre le agarra el brazo con violencia, le arrastra por el callejón sin mirar atrás.

—¿¡Qué haces!?! ¡Suéltame!

Intenta liberarse despegando uno a uno esos dedos largos, pero están ensamblados a su cuerpo. El hombre es muy alto, y tiene mucha más fuerza de la que aparenta su cuerpo esquelético.

—¡Déjame en paz! ¡No quiero ir!

Le arrastra, y le empuja, y él, con las cuencas empapadas en llanto, deja de intentar escapar porque se queda sin fuerzas. Él no quiere que le den nada. Quiere llorar, hasta desahogarse y morir.

No quiere nada más, De verdad, ya no quiere nada más.

—No quiero otra familia —musita sin energía.

Sus dientes se aprietan al verlo. Tras la ambulancia hay una lona metalizada, pero el cuadrado del objeto no lo cubre por completo. Es una mano, son unos pies. Sobresalen porque la figura es demasiado alta.

No lo planifica, no lo razona, simplemente lo hace: una macabra media

sonrisa se dibuja en su rostro, sus cejas se relajan de pronto y un extraño calor le llena el pecho. Cuando sus ojos han chocado con la inerte figura, toda culpabilidad se ha evaporado.

Está muerto. Él es un asesino, pero él está muerto.

Está mejor así. Tendría que haberlo hecho mucho antes, tendría que haberlo buscado él mismo. Entonces no tendría que estar pasando por esto porque su madre seguiría viva.

Y su ceño se frunce, y las lágrimas le asedian de nuevo, porque cruzando el motel con el hombre tirando de su brazo hasta la ambulancia, también la ve a ella.

La bolsa negra, los bultos dejando a la imaginación sus formas... Es ella. Sabe que es ella. Da un sonoro respingo, incapaz de seguir mirando.

Le dijo que no abriera la puerta, se lo dijo. Le dijo que no había nada que hablar, que él tampoco quería verle. Se lo dijo, está seguro de que se lo dijo, se lo dijo muchas veces.

No las suficientes.

Con el aire saliendo desde lo más profundo de sus pulmones, flecha las cejas. Los vecinos asomados en las barandillas, los policías, y los sanitarios, se giran cuando su garganta se desgarró al gritar. Su voz retumba en las afueras del motel.

Sexo x3

—Buenos días —ronronea con su voz ronca. Su cálido aliento le roza la oreja y le provoca un pequeño escalofrío.

—Buenos días... —desperezándose, Anthony emerge la cara de la almohada para buscarle. Tiene que pestañear varias veces hasta poder levantar los párpados por completo y distinguir las formas.

Está boca abajo contra el colchón, y Marc está al lado mirándole con su media sonrisa de siempre en el rostro. Él también sonrío, porque últimamente puede verle esa expresión muchas veces. Puede ser porque anoche tampoco dejaron de tener sexo durante toooda la noche.

Le duele un poco el cuerpo. Lo que no entiende es cómo no tiene tanto sueño como debería para las pocas horas que debe haber dormido. Las noches que Marc no va a trabajar son una locura... Se supone que hay que dormir por lo menos ocho horas, pero eso y dormir en la misma cama que su hermanastro es imposible.

El mayor le despega el flequillo echándoselo hacia atrás, y le besa en la frente. Anthony gruñe en un estiramiento y vuelve a hundir la cara en la almohada.

—¿Qué hora es? —farfulla con la tela en la boca.

—Casi las siete —le informa Marc sin mirar la hora, la ha comprobado cinco minutos antes.

Él no sabe cuanto ha dormido, se despertó hace un rato y ya se quedó despierto. Anthony tenía la boca entreabierta con un pedazo de saliva enganchado al labio y el moflete espachurrado contra la cama. Era demasiado adorable como para ignorarlo y volverse a dormir.

—¿Has dormido bien? —Desliza los dedos por su espalda desnuda—. No te he visto tener pesadillas —añade, a modo pregunta indirecta.

—Hoy creo que no he tenido... —Intenta hacer memoria, pero de todas formas cuando las tiene tampoco se acuerda por la mañana—. ¿Por qué me has despertado tan pronto? —protesta.

—¿Pronto? —Sonríe con incredulidad—. Te he dicho que son casi las siete.

—Por eso. Con levantarme a y media ya me da de sobra.

Una larga sonrisa se instaura entre las mejillas del mayor. Anthony siempre dice eso, que no pasa nada, que da tiempo. Y luego tienen que correr para llegar a clase y cruzar la puerta en tiempo récord.

—¿No vienes a la ducha entonces?

—Luego si eso... —murmura cerrando los ojos.

—Vale.

Marc le revuelve el pelo, le da un sonoro beso en una pequeña porción de mejilla que queda visible y le aparta la manta de golpe dejándole al descubierto, solo por fastidiar.

—¡Oye! —gruñe cuando el frío le roza las piernas. Anthony no lleva nada puesto.

—Mmm...

Su intención era únicamente molestarle... Pero una fuerza oculta hace que las manos se le imanten a la tersa piel de sus nalgas.

Son tan redonditas, tan firmes y levantadas... La aspereza de sus manos se desliza con facilidad sobre la piel suave y no puede evitarlo, hinca los dedos en esos trozos de carne tan blanditos. Se amoldan a la perfección a sus palmas...

¿Cómo puede ser tan perfecto?

Anthony gruñe, pero le deja tocarlo, porque en realidad se siente muy bien. Las manos de Marc le dan calor en esa zona que siempre está fría. Le mueve las nalgas para ver cómo la carne baila. Está haciendo el tonto, pero es como un masaje.

Sube un poco las caderas para que pueda hacerlo mejor, y el azabache sonríe complacido.

Le acaricia desde abajo, hasta arriba; deshace el pliegue. Luego desliza las manos también por sus piernas, y por el interior de sus muslos,

tranquilamente, antes de regresar a su trasero.

Anthony respira pacíficamente, y se relaja. Como siga cinco minutos más así va a quedarse dormido otra vez. Se distrae tanto que no lo ve venir: una de esas grandes manos le separa con mimo una nalga, y uno de los gruesos dedos de la otra se le introduce en el cuerpo.

—Marc... —exhala. Despega la mejilla de la cama por fin. Ahora sus ojos verdes están puestos en él, le miran por encima del hombro. Tiene carita de sueño.

El dedo entra por completo, hasta que los nudillos se le pegan a la piel, y entonces sale. Entra y sale de él muy pausadamente, con cariño, como un pequeño masaje que ha trasladado a dentro.

La piel se dilata para dejarle paso y sus caderas se elevan para que pueda llegar un poquito más hondo si es posible. Pero lo está haciendo tan lento, tan tortuosamente despacio, que es hasta doloroso. Lejos de ser violento y rudo como es por las noches, esto lo está haciendo con calma y esmero.

Está jugando con él, quiere picarle.

—Marc... —le llama en voz baja. Sus músculos se están entumeciendo y su cabeza se está saturando de vapor.

Marc responde con un gruñido de incompreensión. El más falso que Anthony ha escuchado en la vida.

—¿Qué estás haciendo...? —musita, y su espalda se arquea ante la sensación incompleta.

—Ah... Es verdad, que querías dormir. —Saca el dígito de su cuerpo una vez más, pero ya no vuelve a meterlo. Le da una palmada en el trasero, y se levanta y recoge su ropa del suelo—. Voy a ducharme —dice.

Y le guiña un ojo antes de salir, y se va.

Anthony se queda mirando la puerta cerrada con los ojos afinados. Sus caderas se frotan indecentemente contra el colchón con su miembro aplastado bajo su barriga.

—Idiota... —murmura, girándose para dormir un poco más.

Lo intenta un buen rato. Muchos minutos. Se queda quieto con los ojos cerrados concentrado en dormirse, pero ya es imposible.

Farfullando algo se viste y va al baño, pero Marc ya no está. Ya se ha duchado, la ventana está abierta y se nota humedad en el ambiente. Ha estado

haciendo el perezoso demasiado tiempo.

Se muerde el interior de la boca, pensativo.

No. No puede hacer eso que se le está ocurriendo. Sería cruzar la línea y mandarlo todo a la porra definitivamente, y a él todavía le queda un último poro de decencia. En alguna parte. No sabe dónde, pero alguno tiene que quedarle en alguna parte.

Sale del baño, baja las escaleras y se asoma a la cocina tímidamente.

—¿Marc? —habla desde el marco.

—Dime. —El azabache está de pie al lado de la encimera, se está untando una tostada.

—Ven... —musita, tan bajito que él no le oye.

—¿Qué? —Le da un mordisco gigante al pan con mermelada. Su mejilla se hincha mientras mastica.

—Que vengas... —repite, pero también muy bajito.

—No te escucho —le avisa. Le da la espalda para sacar el resto de tostadas antes de que se quemen.

El castaño afina los ojos. Entra en la cocina descalzo y hecho una furia, o intentándolo; y muy deprisa. Annie y mamá no han bajado todavía, pero ya deben de estar a punto. Se pone detrás de él y le agarra la camiseta enredando los dedos en la tela. Tira pobremente. Marc se sorprende un poco porque no le ha escuchado acercarse.

—¿Qué pasa? —pregunta girándose hacia él. Está sujetando un plato con la comida.

—Que quiero que... —Dice una frase completa, pero es imposible oírle. De todas formas ya no hace falta que lo repita, cuando Marc sigue el recorrido de su otro brazo lo entiende. Anthony se está sujetando el borde de la camisa hacia abajo, tiene las rodillas pegadas y las mejillas coloreadas.

Le está evitando, tiene la vista puesta en alguna parte de la cocina que en realidad no está mirando.

—¿Estás duro? —cuestiona divertido. Le da otro gran mordisco a la tostada.

—Es culpa tuya —se queja por fin con voz normal. Para reprocharle si que sabe controlar el tono. Marc se ríe.

—Yo acabo de masturbarme en la ducha, como no venías —le informa sin preocupaciones.

Los ojos verdes le miran de pronto, con profunda pena.

O sea que Marc no tiene ganas ahora. Genial. ¿Y qué va a hacer él con su erección? Tendrá que subir al cuarto y hacerse él también manita..., muy rápido además, para no llegar tarde a clase. Qué triste. Y todo porque Marc es idiota.

Sus cejas se inclinan pero sus mofletes hinchados hacen que sus facciones más que expresar enfado provoquen lástima

—A ver, ven —dice el mayor dejando el plato a un lado.

Agachándose solo un poco, le agarra la cadera y le flexiona una pierna para levantarlo. Le sienta sobre la encimera y le mira desde el mismo nivel ahora. Sus ojos están resplandecientes. Está disfrutando una barbaridad la situación que para Anthony es tan vergonzosa, y no se molesta en disimularlo.

—¿Quién es el salido ahora? —se jacta sonriente.

—Has sido tú el que ha empezado... —refunfuña—. Ahora lo terminas... —exige muy mal. Las cejas del mayor se levantan con sorpresa.

—Vale —dice.

Marc le baja los pantalones y los calzoncillos de una tajada.

—¡Pero aquí no...! —Se revuelve.

—Mira, si estás hasta mojadito...

Anthony jadea. Tiene la ropa apiñada en tobillo y trata de alcanzarla para volver a ponérsela. Marc le para las manos.

—¿Quieres llegar tarde?

—Marc...

Le besa los labios, y el cuello. Cuando se separa su mirada está afilada y sus colmillos relucen en una sonrisa.

—Solo tenemos que subir las escaleras...

Le mira inquieto, pero con confianza. No le aparta porque confía en él, y Marc sonrío acercando sus rostros. Quedan tan cerca que sus narices se acarician.

—Así es más rápido —dice, y en un susurro ronco, apunta—: Te pone

más cuando pueden pillarnos.

Anthony contiene un jadeo, y él no quiere perder más tiempo.

—Espera, espera... —Le frena. Marc le mira despreocupado, como si no viese el problema—. Que pueden bajar en cualquier momento... —tiene que explicar.

A punto de rozar el glande, Marc menea la cabeza y sonríe entre sus mechones negros.

—Pues intenta no hacer ruido para escucharles bajar —obvia mirándole fijamente.

Y se relame los labios, y rodea el glande con la boca.

—Estás... ¡Estás loco...! —controla el tono a duras penas, y aprieta los ojos.

Apoya la cabeza en el armario de la cocina.

Maldición, es una locura hacer esto aquí. Ya tiene que ser la hora de desayunar y Annie y mamá van a bajar... ¿Qué hora exacta es? Busca desesperadamente pero no ve el reloj desde aquí, lo está tapando la nevera.

Les van a pillar. Es que seguro que les van a pillar... Pero lo que se acumula en su estómago no es culpabilidad, ni angustia ahora mismo. Es otra cosa. Es... Excitación, lujuria, un deseo incontrolable o que no quiere controlar... Marc tiene razón, le pone cuando pueden pillarles.

Está enfermo.

Esa boca se cierne sobre su miembro, lo abarca por completo cuando los labios se deslizan hacia abajo, lo deja cuasi libre cuando se deslizan para arriba. Anthony se enmudece con las dos manos.

Con la lengua, Marc le palpa las hinchadas venas, y le rodea el glande en círculos hasta la punta. Suelta algunas lamidas irregulares cuando llega al pequeño orificio, y un escalofrío adorable recorre los muslos del menor firmemente sujetos por sus grandes manos.

Lo abarca, lo devora, lo está consumiendo entero.

Tímidamente Anthony es capaz de abrir los ojos. No puede verle la cara a Marc, solo su despeinado pelo negro moviéndose hacia adelante y hacia atrás repetidamente. Esconde los dedos en esa oscuridad. Aprieta esa increíble boca contra su sexo.

Lejos de quejarse, Marc le atrae de los muslos para acercarse la carne a la

boca.

El miembro de Anthony no es muy grande, así que no es difícil. Está rosado, húmedo y resbaladizo ahora mismo... Es tan adorable y delicioso que tiene que controlarse para no probar un pedazo que le saque la duda: ¿será el gusto de la carne tan dulce como el líquido que le inunda las papilas?

Se escucha un golpe en el piso de arriba, una puerta que se cierra en una de las habitaciones. Anthony aguanta la respiración. Quiere avisarle, pero él le pone muy difícil siquiera pensar con claridad.

Marc, perfectamente consciente de que alguien está de camino, no cesa el movimiento. Sigue saboreándolo con cuidado, sin prisa.

Anthony cierra los ojos e inclina la barbilla al cielo. Se lleva ambas manos a la cara para tapar su vergüenza. No sabe qué hacer, no puede pensar. Tienen que parar ahora mismo. Ya tendría que haberse apartado. Pero se siente tan bien... Y está tan cerca... Es que está a punto...

Entonces ese pelo negro deja de moverse, y Marc levanta la cabeza aún con la punta en la boca. La sujeta con la lengua curvada justo al borde.

Y Anthony siente otro escalofrío, un rayo de calor que le atraviesa el cuerpo de un extremo a otro, porque esos imponentes azules le están observando con voracidad. Marc tiene esa mirada rasgada que se forma en su rostro cuando se divierte enormemente jugando con su desesperación. Ese azul inmenso que se le clava en el cerebro y se lo prende.

Intenta resistirse, pero es inútil. Su cuerpo se sacude y su espalda se arquea contra el mueble. Marc espera pacientemente a que su orgasmo termine. Acoge la totalidad de la blanquecina espesura, y cuando deja de salir, cierra para tragarlo. Él puede verlo perfectamente: el líquido deslizándose por su garganta; su nuez desplazándose para dejarle paso cuando traga.

Marc se relame los labios.

Derrotado y jadeante, abierto de piernas y recostado malamente sobre el armario, Anthony no puede reaccionar. Le ha drenado también la energía.

¿Cómo puede ser tan sensual aún haciendo cosas tan sucias? ¿Y por qué le pone a él tanto verle hacerlas? Marc le está pegando su depravación... Se está volviendo adicto a ese cuerpo, a esas manos cálidas, a esa boca experta y ese enorme miembro que se yergue para él todas las noches...

Así que no, cuando los pasos en la escalera se crecen peligrosamente, Anthony no puede reaccionar. Es Marc quien lo hace todo. Le agarra de los muslos para bajarle de la encimera, le sube los pantalones y le peina más o

menos el pelo justo a tiempo.

—Anda, si ya estáis despiertos —saluda Ellen, entrando en la cocina—. Y yo que pensaba que iba a ser la primera.

—Buenos días —responde Marc, llenándose un vaso de agua. Anthony no responde, ha entrado en shock cuando la ha visto.

—Uy, cariño, ¿sigues malito todavía? Tienes las mejillas coloradas. —Se acerca a su hijo muy preocupada. Le pone el reverso de la mano en la frente para comprobar si tiene fiebre.

Anthony se queda petrificado.

Hace un segundo estaba... Con Marc... Justo ahí encima...

—¿Te duele la cabeza? —insiste.

—No... —A su lado está Marc. Está haciendo gárgaras.

Se está sacando su semen de la boca. Tan tranquilo, delante su madre. Los ojos solo se le quedan en las órbitas porque los cierra rápido para contenerlos.

—No me duele nada —dice, esquivándola con apuro. Se va corriendo—. ¡Voy a vestirme! —avisa desde la escalera.

La mujer suspira preocupada. Coge un par de cosas y se pone a prepararse un café.

—¿Tú has dormido bien, cielo? —le pregunta al azabache.

—Sí, muy bien. —Devora otra tostada que le infla el moflete.



—¿A que no sabéis quién ha subido de rango? —saluda Noemí de muy buen humor.

—¿¡Qué!?! —exclama Oliver, dejando el móvil para mirar a su amiga. La chica asiente muy orgullosa.

—Ayer por la noche. He dormido poquísimo. —Se ríe. Oliver chista sonoramente.

—No es tan difícil.

—¿Y por qué no sales tú de bronce? —Saca la lengua.

—¡No soy bronce! Soy... Plata V —murmura eso último.

—¿Has vuelto a bajar de rango? —le pregunta Kyle desde atrás. Oliver chasquea la lengua y rueda los ojos. Levanta una mano como si fuese a explicar algo muy obvio.

—Me tocan muchos mancos en el equipo —se justifica. Kyle asiente dándole la razón, con una enorme sonrisa de aguantarse las carcajadas. El manco del equipo es él.

—Oye, Ryota, qué te iba a decir... ¿Me dejas los deberes de inglés? —pregunta Oliver—. Sé que ahora hay Matemáticas, pero no me gusta apurar —comenta, hasta con orgullo.

—Yo te los puedo dejar, los tengo hechos hoy —se ofrece Kyle, ganándose una certera mirada de incomprensión de parte de sus amigos. Él se encoge de hombros—. Hice Skype con Noah y él estaba haciendo los suyos.

—Perdonad, creo que me he equivocado de universo —dice Noemí, pretendiendo que se levanta para marcharse.

—Noah te está cambiando.

—¿Qué dices? —Se ríe suavemente.

—¿Cómo está? Dile que se venga algún día al billar.

—Se lo preguntaré.

—Se te ve muy feliz desde que estás con él. —Noemí junta las manos con amor y suspira buscando chincharle—. Kyle está enamorado...

—Noah y Kyle besándose bajo un árbol... —canturrean.

Kyle se sonroja.

—¿Qué tenéis, cinco años? —exhala Ryota, cerrando el libro que está leyendo porque ya va a sonar el timbre.

Efectivamente, en cuanto pega las páginas retumban los metales. A veces la precisión milimétrica de Ryota da miedo.

Los chicos se sientan y el resto de alumnos termina de entrar en clase. Derrapando por los pasillos a una velocidad peligrosa, Anthony abre la puerta de atrás de golpe y corre hasta su asiento. Se lanza encima del pupitre como si estuviese jugando al béisbol y con tocar la base ya fuese a salvarse.

—Hola —saluda jadeando. Oliver se ríe de él y Noemí le saluda con la mano entre risas.

Medio milisegundo después entra el profesor.

El castaño se sienta bien y abre la mochila para sacar sus cosas. Tiene los latidos a mil por hora, los pulmones en la garganta, y al coger la libreta se le cae el estuche al suelo.

Resopla. Lleva todo el rato acelerado con la cabeza en otra parte y el día solo acaba de empezar. Entre Marc esta mañana y tener que correr para no llegar tarde... Vaya comienzo.

Inspira hondo. Tiene que relajarse o van a preguntarle qué le pasa.

—Anthz. —Kyle le tiende el estuche que le ha recogido.

—Gracias —susurra para que no le regañe el profesor.

¿Habrá llegado Marc a tiempo a su clase? Iba detrás de él. Es demasiado guay para ponerse a correr, o algo así.

«Marc es un idiota», repite en su cabeza por decimonovena vez este día. Todo el rato queriendo sexo, todo el rato envolviéndole el cuerpo, con esos gruesos dedos que se sienten tan bien cuando están dentro... No comprende bien por qué, pero cuando está desnudo con Marc se siente como un crío jugando a descubrir su cuerpo. Es divertido, es placentero... Es...

Es una locura, nunca ha dejado de serlo.

Marc es en teoría su hermano. ¡Por Dios, que madre casi les pilla hoy haciendo cosas sucias en la cocina!

No sabe hasta dónde llegarán con esto, pero por ahora el problema es precisamente que no quiere ni pensarlo, que solo quiere sentirle. Dentro de él, por fuera, rodeándole y acariciándole por todas partes... Se vuelve loco cuando le toca y se vuelve loco cuando no le está tocando.

Suspira profundamente. Se le está yendo la cabeza, es definitivo, porque ahora mismo una pequeña erección le está oprimiendo el pantalón.

Jolines...

Junta las rodillas para esconderla. ¿Qué le pasa? Se tira los días distraído pensando en reencontrarse con él por las noches, y si ahora se ponen a hacerlo también por la mañana ya va a ser imposible hacer algo productivo con su vida.

Saca el móvil y teclea veloz en Gugüel «¿Te puedes morir si haces mucho coito?». ».

Sacude la cabeza y lo borra rápidamente. Deja el móvil en el estuche y echa la cremallera para no pensar más estupideces.

Si deja de verle desnudo tan a menudo igual se le bajan un poco los humos. Por ejemplo, puede empezar a usar el baño de Annie, solo tiene que entrar antes o después de ella. Bueno, y tiene que decírselo a Marc, porque tampoco ayuda en absoluto que le busque la boca todo el rato...

¿Y si establecen un horario, como las comidas?

No... No funcionaría. Es que, es muy raro... Debe ser por alguna cosa de biología, o de química, o cosas del cuerpo. Sí, eso tiene más sentido.

El timbre del término de clase le devuelve al presente. Sus amigos se levantan para acercarse a hablar.

—No, la quinta llave está detrás de la pared del tercer nivel.

Están hablando de un videojuego que le gusta, pero ahora le da lo mismo. Se queda dándole vueltas a una libreta como si estuviese buscando algo escrito, pero lo único que piensa es que acabe pronto el intercambio sin que sus amigos propongan salir al pasillo o a la máquina a pasear su erección.

—Anthony. —Noemí le espabila del hombro, él da un respingo.

La mira solo hasta la cintura.

—¿S-sí? —titubea.

—Marc está en la puerta. —La señala con el dedo.

Es verdad, Marc le mira desde allí. Se ha quedado justo en la línea de la puerta. No entiende por qué no pasa.

Anthony le insta a acercarse con un toque de cabeza, pero Marc niega, y él también le llama, girando el rostro hacia el pasillo. Anthony aprieta las cejas y niega de vuelta, repitiendo el gesto. Se batan en un silencioso duelo por ver quién se mueve.

Al final, el castaño gruñe. Se muerde el labio y se levanta cubriéndose la entrepierna con una libreta y mal disimulo.

—¿Qué pasa, Marc? —Se asegura de que le tape bien y echa un vistazo a sus amigos. Están hablando entre ellos, no están mirado.

Marc está recostado en el marco con las manos en los bolsillos.

—¿Quieres? —le pregunta.

—¿Qué cosa? —le responde en voz baja, porque espera que no esté

diciendo lo que cree él que está diciendo.

—Que si quieres sexo —susurra él, y Anthony abre los ojos como platos. Le aparta la mirada enseguida. Marc sonríe, porque se le están coloreando las mejillas.

Qué mono es.

—¿Pero qué dices? —habla muy deprisa y muy bajo. Tiene que apartarse de la puerta porque un par de chicos quiere salir—. Estamos en clase.

—Ya, pero tengo ganas —se explica, simplemente. No necesita más motivo que ese para tener sexo.

Desviando los ojos hacia abajo, Marc le indica que le siga la mirada. Se aparta la mano izquierda del bolsillo solo un poco. La tela del uniforme está toda deformada por el medio, se le marca entera por más que la tiene puesta de lado. Le llega desde la bragueta hasta el principio del muslo izquierdo, es imposible no verlo.

Anthony se ha quedado mudo.

—Es que me he acordado de la cara que has puesto esta mañana —dice Marc. Su sonrisa es inmensa.

El menor gira la cadera buscando algo atrás. Luego mira hacia adelante. Luego para atrás otra vez... Se queda contemplando sus zapatos soltando un suave gruñido que se alarga un buen rato. Y después, vuelve a encararle.

—Vale —contesta por fin.

—¿Qué? —Marc se sorprende una barbaridad. No pensaba que fuese a aceptar. Ha venido para molestarle, mayormente.

Anthony mira para todos lados otra vez. Marc no entiende para qué, pero si lo que pretende es disimular no lo está consiguiendo.

Entonces aparta un pelín la libreta, y los párpados de Marc se abren de forma inusual. No es muy visible, no se daría cuenta si no se fija, pero en mitad de las costuras se nota un pequeño y adorable bultito.

Marc le busca los ojos, pero Anthony los tiene anclados en algún punto de la pared.

Le chincharía, pero se ha quedado en blanco.

—¿Estabas... pensando en mí? —musita con una tonta sonrisa en la cara.

Él le lanza una extraña mezcla de mirada maliciosa y desesperada. Le

esquiva con gesto digno y echa a andar por el pasillo. Marc se apresura a seguirlo. Caminan separados por unos cuantos metros, esquivando a las personas.

Anthony se mete en el baño, y cuando Marc entra le ve asomando, solo la mano, desde el cubículo más alejado donde no reflejan los espejos. Hay más alumnos aquí dentro.

Marc echa un vistazo sigiloso y camina con normalidad. Cuando nadie está atento, se mete en ese y cierra la puerta. Se quedan mirándose mutuamente, cada uno con la espalda pegada a uno de los muros.

Todavía no se lo cree. Unos centímetros por debajo de su altura, está Anthony, respirando con dificultad. Sus párpados ya se han entrecerrado adoptando la expresión que se le pone cuando está deseoso de tener sexo.

Sonríe divertido, pero cuando se acerca para besarle Anthony se le adelanta: le agarra de las solapas de la camisa para ponerle la boca a su alcance y le empuja contra la pared, de puntillas para llegarle mejor a los labios.

Los golpea, los recorre furiosamente y se mete dentro. El cuerpo del menor se está encaramando desesperadamente contra el suyo. Termina de descolocarle cuando levanta la rodilla para juntar sus durezas separadas por las telas.

Como ve que Marc no está respondiendo como siempre, Anthony abre los ojos para comprender qué pasa. Se sonroja y se aparta cuando ve los azules observándole desconcertados.

—¿Qué pasa...? —pregunta muy bajito, cabizbajo.

Marc menea la cabeza. Sonríe enseñando los dientes.

—Nada —susurra, justo antes de lanzarse a su boca.

Le rodea la cintura, y esta vez baila sobre los finos labios con vehemencia. Los dedos del menor intentan desatarle los botones con torpeza, y le apartan las telas con brusquedad dejándole en descubierto el torso. Lo palpa enloquecido.

Marc hace lo mismo, pero acelera el proceso para ahorrar tiempo: lo empuja hasta la otra pared, con los labios le acaricia el cuello y con los dientes le arranca un jadeo. Le abre la camisa de golpe y se la saca completamente tirándola a un lado, pero no se para ahí. Le saca el cinturón, le baja los pantalones y también los bóxers, de un solo tirón. Le agarra los

tobillos uno a uno y saca todas las prendas. Las tira sobre la cisterna.

Y entonces se detiene a contemplarlo.

Anthony está jadeando bruscamente. No genera un solo ruido, pero su pecho se eleva y se contrae. Tiene las piernas separadas y las manos puestas en la pared fría, pero su cuerpo está tan caliente que no reacciona. Todo su ser está concentrado en observarle. En respirar correctamente y en mantener ese culito elevado para que él pueda verlo bien. Su adorable miembro rosado está erecto en el aire, gotea en la punta.

Cada poro del ligero cuerpo, cada centímetro, cada falange; le está pidiendo desesperadamente que le folle. Anthony se ha vuelto loco, definitivamente ha perdido el juicio.

Por fin.

Con Marc en las nubes, es Anthony quien se mueve. Se lanza a sus brazos, frota su cuerpo desnudo. Sus pequeños labios le besan fervientemente y se desborda un poco de saliva.

Marc no puede reconocerle, pero le contesta con efusividad encantado. Le imanta las manos a la piel, desciende con audacia hasta sus nalgas expuestas. Están frías, pero para eso está él.

Las estruja, las recorre, le clava los dedos y las levanta con furia. Le provoca una cadena de gemidos que no llega a salir de sus bocas pegadas. Entonces separa una de sus manos. La pega en un sonoro y despiadado azote que a Anthony le corta el aire; le destapa los verdes bruscamente.

Eso se ha escuchado bien alto y bien claro. Todos fuera han tenido oírlo. ¿En qué demonios está pensando Marc? No lo sabe, tampoco importa demasiado, el azabache vuelve a hacerlo.

Lo hace con mucha fuerza, con la palma de la mano bien abierta. La carnosidad baila con el golpe y le escuece un poco solo un momento. Le deja una extraña sensación que le recorre todo el cuerpo, y que luego regresa a concentrarse en ese punto que ha sido castigado.

Puede que no pase nada. Ese sonido ha podido ser cualquier cosa. ¿No? No pasa nada si lo hace otra vez. ¿Verdad?

—Marc... —susurra.

Se deja caer enteramente sobre su pecho descubierto. Ronronea como un pobre gatito suplicando una caricia. Marc sonrío.

—¿Qué te p...? —va a burlarse, pero Anthony no le da tiempo.

Se pone de rodillas, le desabrocha la bragueta y aparta las solapas; se lo mete en la boca.

Marc se golpea con la pared, los ojos se le expanden de forma súbita, pero no tanto como su boca cuando el aliento le abandona como una patada en el estómago.

Anthony le recorre con énfasis, no le deja un pedazo seco. Es tan excesivo que tiene que apoyar la cabeza en la pared y apretar los ojos para controlarse. Sus manos rodean los mechones castaños con suavidad, con un autocontrol que no sabe de dónde saca.

Le está chupando con tanta urgencia... Parece ser él quien lo disfruta más... ¿Y desde cuándo le cabe entera?

—Joder... —murmura perdido.

Intenta controlarse, de verdad que lo intenta, pero no puede; empieza a mover las caderas. Lo hace muy despacio, comprobando que no le moleste. Como Anthony no se queja, lo hace un poco más profundo, y otro poco más. Hasta que ya no puede vérsela, porque la tiene toda él.

¿Cuándo demonios ha aprendido a hacer esas cosas?

Su estomago está en llamas, pierde el conocimiento y lo recupera tres veces y el castaño todavía sigue peleándose con su miembro, embadurnándolo con su saliva.

Cuando es capaz de bajar el rostro, miles de pequeños puñales le pinchan el estómago todos al mismo tiempo. Anthony se está masturbando mientras se la chupa.

Es tan tierno de ver. La forma desesperada en que lo lame de arriba abajo, cómo le repasa el glande, le recorre las venas y le levanta los testículos en una sola lamida desde la base.

Es demasiado. Nunca lo había visto así. Le da igual todo, y eso que están en un sitio público. En el colegio nada más y nada menos, y está desatado. Ha creado un monstruo.

Pero no pasa nada, porque él también es otro.

Le agarra los brazos, lo levanta del suelo a la fuerza, le da la vuelta y lo empuja contra la pared. La saliva con el pre-semen es una conjunción espesa y difícil de romper, por eso del labio de Anthony gotea un largo hilo que se le ha quedado pegado a la barbilla.

Su moflete queda pegado a los baldosines y su trasero levantado a

propósito.

Marc bufa, suave, controlándose todo lo que puede; pero joder cómo desearía poder clamar a los cuatro vientos ahora mismo.

Se saca un condón del bolsillo trasero.

—¿Vas con eso a todas partes? —susurra Anthony. Parece fastidiado.

—Solo cuando voy contigo —se burla, abriendo el envoltorio con los dientes. Anthony gruñe, y Marc levanta caballerosamente una ceja y le sonrío mientras se lo pone a toda prisa.

Se echa saliva en la mano, lo aplica en ese punto apretado. Le besa en la mejilla con cariño justo antes de separarle las piernas bruscamente con el pie, de levantarle las caderas y de alinear su pene sobre el agujero.

Entonces le tapa la boca, y entra. Lo hace muy despacio, sin detenerse, y hasta el fondo. Lo llena entero en la primera, y suelta un gruñido que se prolonga. Anthony también está jadeando una barbaridad. Su voz se reprime en la palma de Marc y el aire le sale por la nariz a trompicones.

Pegándose a su espalda, Marc le susurra al oído.

—A ver si puedes controlarte. —Su voz ronca y su sonrisa sádica.

La saca despacio, con cuidado, y la mete de golpe. Sus nudillos palidecen por la fuerza con que se aferra a las finas caderas. El timbre suena pero no les importa, que los chicos vuelvan a clase solo significa que ahora van a poder gemir en voz alta.

Los empujones hacen que Anthony se desplace, pero la pared le impide caerse. Con las manos pegadas al muro, intenta mantenerse quieto en un punto, pero en cada embestida le pasa lo mismo: la fuerza de Marc es demasiada, apenas es capaz de mantener las piernas abiertas y separadas mientras se ensaña con su entrada.

Anthony cierra los ojos, y trata de recibirlo todo, de controlar la sensación que le recorre de punta a punta, pero no termina de asimilar una estocada cuando Marc ya le está regalando otra. Firme, hasta el fondo; y luego otra, y otra más fuerte. Le arranca el aliento y le vacía los pulmones.

Aprieta los dientes y eleva la barbilla al cielo. La luz del baño es muy brillante, debería de apagarse sola pero seguramente la conjunción de sus cuerpos moviéndose mantiene activo el sensor.

Dios, es verdad.

Que están en la escuela.

Se muerde el labio y baja los párpados para esconderse. Da igual, no quiere saber nada, solo quiere sentir. Quiere que ese calor en sus entrañas dure para siempre, o al menos que se alargue al máximo posible en el tiempo.

Con un gruñido animal, la mano de Marc le agarra el miembro y lo palpa en vertical y sin paciencia.

—¡Ah...a...! —El impulso es tan fuerte que tiene que tumbarse en la pared para sujetarse y no irse al suelo. Los testículos de Marc le golpean la piel.

No es... No es justo. Marc está vestido, pero él está completamente desnudo. Lo único que lleva puesto son los calcetines y sus regios zapatos del uniforme, doblados con los pies de puntillas para que Marc pueda follarle mejor.

Se muerde el labio. No le importa. Le gusta ofrecerse a Marc.

Y sus facciones son tan varoniles ahora... Tiene las oscuras cejas flechadas hacia abajo, un pedazo de labio inferior entre los dientes y los ojos entrecerrados clavados en su trasero mientras lo penetra y abandona sin descanso.

Es tan indecente la escena. Cuánta depravación en tan pequeño espacio. Si alguien entrase ahora podría escucharles, mirar por debajo de la puerta o por encima de los baldosines, y lo vería todo. Su vida acabaría ahí. Pero el torso del mayor se cierne sobre el suyo, y le estruja, y le cobija, llevándose el frío y las preocupaciones.

Deja de importarle la moral, la decencia, o cualquiera de esas cosas estúpidas. Marc es tan dulce, tan cariñoso mientras le folla rudamente...

Se entrega a él por completo, elevando aún más las nalgas para dejarlas bien a la vista, para ver si consigue llegar más hondo. Su espalda se arquea en un ángulo imposible, sus pezones rozan el frío de la pared y su nuca se apoya en el hombro de Marc.

Él siempre ha tenido razón. Esto se siente increíblemente bien, es una estupidez negarlo.

Marc aprieta los dientes y gime poderosamente al contemplarle la expresión tan de cerca. Anthony tiene los ojos cerrados y la boca bien abierta. De la punta de su lengua gotea saliva que le chorrea por la comisura.

Su sexo entra en combustión.

Anthony lo hace a propósito. Tiene que hacerlo a propósito. Es imposible

que alguien ejecute esa expresión facial y esos jadeos tan malditamente sensuales por error o casualidad.

Sonríe en cuanto lo comprende. Él solo es una marioneta indefensa ante los encantos del menor.

Queda embriagado al entender que hasta ahora ha tenido una falsa ilusión de poder. No. Es Anthony quien le controla, quien le activa los instintos cuando le viene en gana. Con ese papel de adolescente inocente, ese falso puritanismo y esa cara de no haber roto un plato.

Se deja sucumbir, y admite su papel de cautivo para satisfacer obediente los caprichos del chico. Si Anthony quiere que lo folle duramente contra la pared, así lo hará él. Si quiere que lo levante en el aire y lo penetre desde abajo, así lo hará él. Si le dice que se detenga ahora mismo, también lo hará, pero correrá hasta el cubículo siguiente para masturbarse pensando en él sin ninguna duda.

El cuerpo de Anthony se estremece entre sus brazos, y él sonríe. Quizás ha sido demasiado bruto, no van a durar nada.

Le agarra el rostro, le obliga a mirarle; y le premia con un beso cargado de pasión que termina de saturarle la entrepierna.

Anthony tiembla, su boca abierta es cubierta por la mano de Marc. Se vacía contra la pared mientras él le comprime en un abrazo, porque jadeando contra su nuca, Marc lo hace casi al unísono.

Tiemblan, jadean, gruñen.

Y luego, después de unos segundos en el cielo que se hacen infinitos; solo queda el silencio y sus pulmones tratando de recuperar el aire.

Con excesiva parsimonia y delicadeza, los labios de Marc le recorren los hombros y el cuello.

—Anthony... —susurra, yendo a rodearle el lóbulo. Lo saborea cuidadosamente.

A Anthony le arden las orejas, la nariz, los mofletes, el trasero... Evoca un largo suspiro, dejando que Marc haga lo que quiera. Le acaricia el estómago, y el exterior de los muslos, y el pecho. Le recorre todo pedazo de carne que tiene al alcance con extrema suavidad, y luego le hace girar.

Marc sonríe al verle: desnudo, atontado, con las mejillas en carne viva y el miembro goteando fluido. Le besa, le rodea las caderas y lo atrae hasta juntar sus cuerpos, no le importa mancharse.

Entonces Anthony suelta una risita.

—Ha sido... —La vergüenza le vuelve después del orgasmo, intenta esconder los verdes—. Ha estado bien —dice.

—¿Bien? —Tira unas carcajadas cansadas—. No fastidies, ha sido increíble. —Anthony balancea la cabeza con una sonrisa. Se separa, pero Marc estira el brazo y le trae de vuelta en un pequeño choque contra su pecho—. Me pones mucho —ronronea.

Él baja la barbilla, sonrío tímidamente sin mirarle.

Marc inhala hondo, recuperando la velocidad normal de latidos. Se agacha para cogerle la camisa y la expande para ayudarle a ponérsela. Anthony se da la vuelta y mete los brazos.

—¿Qué vamos a decir...? —pregunta preocupado.

—Que te sentías mal —arregla enseguida.

Anthony no se ve muy convencido, le parece una excusa muy pobre. Aunque se desmayó hace poco, así que igual cuela.

—Marc. —Exhala profundamente—. Me duele tooodo...

Cada extremidad le arde y cada articulación parece estar a punto de desprenderse, pero lo peor es su cadera y su trasero que están siendo pinchados desde dentro.

Marc le sonrío pasándole la ropa interior.

—Esta noche nos quedamos tranquilitos —dice.

—Ya veremos —refunfuña él, y Marc se ríe.

¿En qué se ha convertido? —se cuestiona Anthony, antes de corresponder los labios que se inclinan sobre los suyos.

Sushimon roll

—¡Yo voy al baño!

—Te esperamos fuera —dice Sally saliendo de clase.

—¡No tardes!

—¡Vale! —Esboza una radiante sonrisa.

Guarda el libro en el pupitre, coge la mochila y se levanta.

Las clases de Francés son un aburrimiento mortal. ¿Por qué tiene que dar esto si no tiene nada que ver con la carrera que va a escoger? Gruñe en voz baja cruzando la puerta del baño. Se mete en un cubículo y revisa el móvil mientras hace pis.

Kyle todavía no le ha respondido. Inclina las cejas e hincha los mofletes, añadiendo dos interrogaciones para que a Kyle le vibre el móvil, o le suene, o algo.

—Noah —hablan al otro lado.

Se guarda el móvil, se recoloca el pantalón y abre con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres, Bradley?

El moreno le sigue hasta el lavamanos. Mira de soslayo a todas partes, con las manos en los bolsillos y con disimulo, pero no dice qué quiere.

Noah se seca las manos y camina a la puerta.

—Espera —susurra Bradley, muy alto y muy rápido. Le agarra el brazo pero solo media fracción de segundo, para frenarlo.

—¿Qué quieres, Bradley? —repite, exactamente en el mismo tono cargado de aburrimiento.

Se quedan quietos en mitad del baño. Los chicos pasan por al lado para irse ya a casa. Noah rueda los ojos, y también se va. El chico le persigue por el pasillo a varios metros de distancia.

—Mmm... —Noah examina las barritas de la máquina una a una, aunque siempre hay las mismas. Mete la moneda y pulsa la combinación para el *Munch*, que es nuevo. En el envoltorio aparece un muñeco muy feo gritando.

La chocolatina tarda como dos millones de años en salir, a Bradley le da tiempo a alcanzarle para seguir acosándole.

—Noah —le vuelve a llamar. Él le mira, pero no va a repetir la pregunta otra vez. Sus párpados entrecerrados con desgana son suficientes—. Estate quieto, ¿vale? Déjame hablar.

—Estamos hablando —dice, pateando la máquina con la punta del pie. Tiene hambre, ¿por qué no sale?

Noah gira la cadera y mira el resto del pasillo por encima del hombro. A lo sumo hay dos chavales hablando al fondo, bajando las escaleras camino a la salida.

—No me contestas los mensajes —dice Bradley.

—Te he dicho que no quiero acostarme más contigo.

—¿Por qué? ¿Por ese novio tuyo? —Tira un par de carcajadas, y luego le busca los ojos—. Venga ya, tú no eres de esos rollos de “fidelidad” y “pareja” y blablablá.

—¿Me metes el pene y ya sabes cómo soy? No sabía que tu pene era mágico. —Sonríe agachándose para coger la barrita. Le pega un buen mordisco y habla con la boca llena—. Porque sinceramente, a mí no me lo pareció.

—Venga, Noah. —Se saca las manos del bolsillo y las extiende—. Follar con alguien más de dos veces no lo hace tu novio. —Sonríe jocoso—. Si no nosotros estaríamos casados.

—A Mary le gustas —suelta sin más. A ver si así le deja un rato en paz. Él se encoge de hombros.

—Mary es una zorra —contesta. O ya lo sabía, o le resbala completamente, porque ni un parpadeo de más ha dado.

El mayor apoya la mano en la máquina expendedora. Noah le mira sin interés.

—No hables así de ella —dice.

—¿Que no hable así de ella? —Ahoga otra carcajada—. ¿Sabes lo que va diciendo ella de ti? ¿Y Sally, y la mosquita muerta de Ruth? —Está sonriendo una barbaridad, aunque no está diciendo nada que Noah no sepa ya.

Noah cruza el pasillo con el chico siguiéndole detrás. Se zampa el chocolate en un momento, cuando baja las primeras escaleras ya no queda nada.

—Noah. Noah, ¡vamos!

—Shh. —Baja las segundas escaleras.

En el descanso de las terceras, Bradley se interpone y le obliga a dar unos pasos hacia la ventana. Le está agarrando de los hombros cuando le planta un beso contra el marco.

Los labios del mayor bailan feroces, pero los rosas no se mueven, ni se abren cuando intenta introducir su lengua en medio. Al separarse, los verdes le están mirando desde abajo.

—¿Ya? —suspira el menor, aburrido.

—Joder, Noah. ¿Es por lo que pasó con Melissa? Porque habíamos bebido, y fue ella la que se me tiró encima.

—Me da igual Melissa y me das igual tú —escupe de la risa. Qué gracioso, se cree que esto es por él.

Le rodea y sigue bajando, y esta vez ya no le persigue.

—¿Qué coño tiene ese payaso que no tenga yo? —Le grita desde la barandilla.

—Cerebro —responde para sí desde el piso de abajo.

Sus compañeras están paradas en un pedazo de césped, esperándole.

—...yo creo que sí... —Están cuchicheando, no las escucha bien. De espaldas al camino de piedra, parece que ellas no le han visto.

—...y a... del equipo de béisbol...

—¿...sí? ...de baloncesto... también.

—Noah es una puta —escucha claramente—. Va follándose a todo lo

que pilla porque su padre...

Se da la vuelta, decide darle un rodeo al árbol que está en medio. Cuando se acerca de frente, Ruth le sonríe y le saluda para que las vea.

—Y por eso existen condones de sabores —inventa Sally.

—Aaah... Así que es por eso —asiente Ruth.

—Has tardado mil —apunta Mary—. Y tienes chocolate en la boca.

—Ah,  gracias! —Sonríe repas ndose la comisura. Por encima de su hombro, Mary afina los ojos cuando ve salir del portón, sin compa a y el último, a Bradley.

Noah saca el móvil y se pone a escribir mientras caminan.

— Sigues con tu novio? —se asoma al chat, aunque aún no le ha dado tiempo a mandar ningún mensaje. Noah asiente.

—Ah.

Ruth y Sally est n hablando de algo, pero no presta atención.

—Sabes —le llama la atención Mary, que alza la barbilla al aire—. Al final no vamos a ir de compras luego —dice.

Debe ser la primera noticia que tienen las otras, porque la miran con incomprensión. No tardan mucho en darse cuenta de lo que pretende, porque le siguen la corriente.

Asienten dándole veracidad.

—Ruth tiene hora en el láser y yo voy a Scattellos con mi padre luego.

—Tuerce la barbilla y el hombro—. Lo siento.

— Jo, vaya! —hace un puchero, y vuelve al móvil—. Entonces otro día.

 * Novio (wtfwtf) * 
hoy

Kyle

Kyle

Kyle

9:53am Kyle

11:03am ??

11:05am(¯^¯)

11:12am Invítame a almorzar

No ha contestado ningún mensaje. ¿Por qué no ha contestado ningún mensaje?

Afina los ojos en el suelo mientras camina. ¿Habrá vuelto a hablar con esa Noemí...? No sabe si se alegra o no de ponerle cara. Se hizo amigo suyo muy rápido, hasta se siguen en *InstaFlash*. Tampoco ella parece tener ningún interés en Kyle... Pero no se fía.

Kyle no le ha dicho que es ella, pero muy tonto tendría que ser para no darse cuenta. Se puso muy nervioso cuando sus amigos le preguntaron cómo se habían conocido, y ella es la única chica que había, así que blanco y en botella, horchata.

O leche. O...

—¿No es ese tu novio? —le pega un codazo Ruth. Se le olvida lo que estaba pensando.

—¿Mi novio? —repite, y todavía le da un poco de repelús el sustantivo, no se acostumbra.

Es verdad. Está apoyado en el murito de rocas donde vino a verle por primera vez. Es Kyle.

Se despide de ellas con la mano y echa a correr.

—¡Kyle! —grita desde lejos. El mayor está mirando el móvil, pero cuando le oye mira al frente; se separa del muro y da un par de pasos—. ¡Kyle! —Le impacta en el pecho, no se caen porque él es pequeño y Kyle más grande.

—Hola —saluda el mayor. Está sonriendo—. ¡Sorpresa! —dice.

En cuanto se acuerda, Noah le empuja para separarse.

—¡No me has contestado los mensajes! —chilla. Tiene las cejas muy inclinadas, y habla todavía más alto que de costumbre mientras le regaña.

—Lo siento... —Se lleva una mano a la nuca—. Me vieron con el móvil y me lo quitaron —se disculpa con algo de reparo, y vuelve a sonreír—. Cuando he visto tu mensaje se me ha ocurrido darte una sorpresa. Te invito a

almorzar.

—Te has puesto la colonia que te regalé —apunta Noah.

—Ah, sí. Todavía se me hace raro, sabes. No suelo... —Noah hunde la cara en su pecho en un abrazo, le pilla un poco desprevenido—. No suelo usar colonia.

—¿A dónde vamos? —pregunta enseguida. Su estómago apoya la pregunta y sus grandes ojos verdes le prestan mucha atención.

—He pensado en ir al PizzaWut, que está aquí cerca y...

—¿¡Eeehhh!? ¡Qué cutre!

—Ah... ¿Cutre? Es que tengo cupones, y...

—¡No voy a ir al PizzaWut! Han abierto un buffet de sushi nuevo, vamos a ese. —Le coge la mano y echa a andar, Kyle le sigue por detrás, Noah le lleva a rastras prácticamente.

—¿Sushi...? Pero eso es caro —musita muy bajito.

—¡Yo te invito, bobo!



Ha cogido dos piezas de salmón, pero no hay sitio donde ponerlo en la mesa. Aparta un poco los fideos y deja el platillo medio flotando entre otros. Se hace sitio rápido porque Kyle se los come y los puede ir apilando, pero es que no deja de coger más y más.

—Qué poco comfes, no te sfale rentabfle —dice devorando un... No le ha dado tiempo a ver qué era.

—Tú comes por los dos —dice atrapando un urumaki con piña. Comparado con como lo ponen en Japón es casi un insulto, pero bueno.

—Porque hay que aprovechar el buffet —sonríe Kyle, que todavía no se termina de creer que pueda comer todo lo que quiera y encima gratis. Además es divertido tener que estar atento a los platillos que van girando en la cinta, porque... ¡Ah, miserable! ¡Ese hombre de delante acaba de coger el pato crujiente que iba a pillar, maldición gitana para él!

Noah clava los codos en la mesa y apoya los mofletes. Ya está lleno, pero Kyle sigue comiendo. Parece que haya vuelto de la guerra a base de pan y agua.

—¿Qfe tal el colegfio? —le pregunta Kyle.

—Bien. —Se incorpora y se pone a apilar cosas—. Aburrido, como siempre. ¿Y tú, has hecho algo especial? —pregunta, haciendo círculos en el aire con los palillos.

«¿...Has hablado con ella?» quiere añadir, pero no lo hace. Se queda mirando la comida dar vueltas.

¿Por qué demonios está pensando eso siquiera? Incluso si Kyle lo ha hecho puede hacer lo que le de la gana. ¿A él qué más le da?

Inclina las cejas interrogante consigo mismo.

No está celoso. Noah Lovelace no siente celos por nadie porque puede tener lo que quiera cuando lo quiera. Y además, Kyle le da igual, solo le pidió salir para seguir viéndole y tener sexo.

—No, en el instituto aburrido como siempre —contesta Kyle, y sigue comiendo—. Anoche me quedé hasta tarde con la guitarra grabando una *cover*. —Hace una pausa para beber agua. Lo raro es que no se atragante con todo lo que se está metiendo. Cuando apoya el vaso menea la cabeza, y sonrío—. Cuando me di cuenta ya casi era de día, habré dormido tres horas.

—¿Y no se quejan tus vecinos?

—Pues por ahora no. —Se ríe—. Además, estaba tocando la española, no la eléctrica.

Noah asiente, pero ni entiende la diferencia ni qué tiene que ver eso. Se quita un zapato.

—Todavía no he recuperado el horario de estar expulsado —prosigue Kyle—, porque me acostaba a las tantas todas las noches, pero ahora tengo que madrugar y —Ahoga un jadeo de sorpresa.

No entiende cómo ha llegado ahí, pero el pie de Noah está en su entrepierna. La está frotando con los dedos muy despacio.

—¿Qué haces...? —habla en voz baja.

Noah se muerde el labio con el moflete en la palma. Hace un pelín más de

presión, y a Kyle se le escapa un pequeño gruñido y se le sale el aire.

—Noah, para... —musita. Le aparta el pie con la mano.

Noah frunce el ceño, fastidiado.

—Llevamos dos meses juntos y no hemos vuelto a hacer nada —protesta en voz alta, les van a oír. De hecho la mujer de atrás ya está pegando la oreja —. ¿Hasta cuándo quieres hacer eso de «ir despacio»?

—Noah...

A ver. A ver que excusa da. Porque estas semanas han hecho muchas cosas juntos: Kyle le ha enseñado a jugar al billar, han quedado en casa para ver pelis y series, han ido a la de Kyle a jugar videojuegos... ¿Pero tener sexo? No. Ni una sola maldita vez.

En dos meses enteros. Con sus sesenta días completos.

Se le relaja la frente en cuanto Kyle posa la mano sobre la suya. Le entrelaza los dedos sobre la mesa, rodeados de un cementerio de platos vacíos.

—No quiero que pienses que estoy contigo por eso —dice, lleva una fina sonrisa—. A mí el sexo me da igual —añade.

«Pero a mí no» piensa Noah.

Kyle le está mirando directamente a los ojos, y de pronto sus marrones parecen tan profundos que se siente un poco pequeño.

—Vale —acaba refunfuñando.

Kyle sonrío, porque con esa expresión Noah está adorable. Le gusta pincharle un poco y ver cómo aprieta esas finas cejas y se le colorean las mejillas, porque su piel es muy blanca y se le nota enseguida. Es muy mono.

Aunque no puede decirle eso si no quiere morir, claro.

Tiene que soltarle la mano cuando la camarera viene a llevarse una montaña de platillos apilados que ya amenazaba con torcerse al suelo.

Noah también recoge la mano. La abre y la cierra debajo de la mesa, sobre su regazo. La mano de Kyle está muy caliente. No sabía que la suya estaba tan fría hasta que le ha tocado él.

Enfrente, detrás del mayor, hay una pareja que tendrá su misma edad. Se han sentado los dos en el mismo lado y tienen los hombros tan pegados que podrían usar solo una silla.

Kyle le tiene descolocado. Hasta consigue que se sienta un poco mal por pedirle sexo todo el rato, como un adolescente salido... Ostras. ¿Esto es lo que se siente cuando tienes ganas de sexo y no puedes tenerlo?

Es horrible.

Pero espera un momento. ¡Precisamente sexo es lo único que quiere de todo esto, por eso está con él, y va y no se lo da! ¿Por qué sigue con Kyle entonces? ¿Y qué más da si tiene sexo con Bradley o no?

—¿Vamos a por un helado? —Kyle se levanta—. Sé que aquí tienen, pero yo sé un sitio donde los hacen caseros y están muy ricos. Bueno, también tienen otros postres, tartas y esas cosas. —Noah no entiende por qué, pero Kyle le está tendiendo la mano para que se levante. Cuando se la coge le sonrío—. ¡Al postre te invito yo!

Desde abajo, Noah le observa.

La sonrisa de Kyle brilla tanto que casi tiene que cubrirse los ojos para no quedarse ciego.

Naranja chillón en mitad del mar

Repliega los párpados muy despacio, confundido y con el cuerpo entumecido. Su respiración se reanuda antes de distinguir que bajo su cuerpo solo hay arena, y al tratar de respirar parte se le mete en la nariz. Se sienta rápidamente y tose, escupe las virutas que se le han metido también en la boca.

No sabe dónde está, su visión está borrosa y solo puede distinguir el azul del cielo separado del marrón suave del suelo; la arena se extiende por kilómetros en todas direcciones.

No es hasta la segunda decena de pestañeos cuando comienza a distinguir las formas. Hay una pelota tirada en el suelo, y unas toallas, y personas. Está rodeado de muchas, muchísimas personas, y todas están corriendo. Todos chillan y gritan, y se alejan.

Las gaviotas también están huyendo despavoridas. Incluso las palmeras parecen querer despegarse para salir corriendo, están dobladas en ángulo agudo.

Se levanta, y echa a correr. No sabe por qué, no sabe de qué, pero imita al resto de personas, que ya están muy lejos. Se queda atrás. Los pies se le hunden en la arena y no consigue alcanzarles.

Gira el rostro para entender de qué están huyendo, de qué debería tener tanto miedo, pero a sus espaldas no hay más que arena. Kilómetros y kilómetros de un desierto de arena. El mar, que debería estar a ras del suelo cubriendo esas zonas, ya no está.

Se petrifica al verla. Una gigantesca ola que se eleva sobre el cielo como una enorme muralla de agua, tan extensa que la tarea de rodearla sería tan estúpida como imposible. Majestuosa, altiva, impenetrable.

Sus piernas ya no responden.

Y se crece, y se acerca aún más, tan lentamente que parece producto de una visión defectuosa. La observa tan maravillado como aterrorizado.

El agua avanza, solemne, soberbia; sin pausa.

No corre porque es absurdo, sería inútil de todas formas. Y ahora está solo, y solo, es sepultado; arrasado con el resto de pertenencias que han sido dejadas atrás.

La cabeza de la ola impacta contra él con tanta fuerza que ningún médico podría entender que no haya perdido el conocimiento, pero por desgracia para él, sigue bien despierto. Así que puede verlo perfectamente: el mar lo devora todo.

Se lleva las toallas, despega del suelo los árboles, lo cubre todo hasta que no queda un palmo de tierra visible; y se lo lleva a él.

Lo sepulta y se lo mete en sus entrañas cristalinas.

A partir de ahí, lucha con todas sus fuerzas para alcanzar la superficie buceando, pero ya no es posible saber dónde está arriba o dónde es abajo, la fuerza de la gigantesca ola lo mantiene dando vueltas sobre sí mismo y todo está sumido en la oscuridad.

Trata de contener la respiración todo lo que le es posible, hasta que ya no puede más. Comienza a respirar agua. Esa es exactamente la sensación, *respirar* agua; aunque lo cierto es que se está ahogando.

Ve toda su vida pasar como una película acelerada. Las imágenes pasan veloces y no le da tiempo a distinguirlas. Cuando abre los ojos, está en un lugar todavía más oscuro que las profundidades del agua turbia. Aquí ya no hay nada.

Ni una sola referencia. Hasta él deja de existir, porque intenta mirar su cuerpo o sus manos, o la punta de sus pies, pero ya no hay nada que mirar.

Sabe que no está muerto porque puede seguir pensando. Todavía tiene que tener una mente, o un alma, o algo que no es capaz de definir, pero todavía es un algo.

Y de entre el cielo ennegrecido surge un ángel de tez oscura, o al menos, un pedazo de él: una mano que se dibuja en la nada para extenderse en su dirección. Le está buscando.

El espeso líquido ahoga sus oídos, pero puede apreciar que hay algo ahí fuera emitiendo sonido.

Esos dedos se estiran para alcanzarle, pero no pueden atraparlo porque ya no hay un trozo de cuerpo al que pueda aferrarse. Sin embargo, no se rinde. Se mueve en todas direcciones, aparece y desaparece para perseguirlo.

—¿Pase lo que pase? —musita él, y las burbujas ascienden hasta romperse.

—*Y para siempre* —le responde la extremidad.

Pero es mentira.

Es un mentiroso.



—Anthony. —Le zarandea el cuerpo—. Anthony, estás soñando.

Abre los ojos incorporándose de golpe. Su frente está sudorosa y solo lleva una camiseta encima.

—¿Qué pasa? —jadea. Está aturdido.

—Te has quedado dormido después de hacerlo —le informa—. No sé cuanto llevas así... —Mira el reloj de la mesita. No se ha fijado antes de salir del cuarto, pero no deben de haber sido más de cinco minutos—. He ido a arreglarme y te he visto cuando he vuelto. ¿Qué ha sido esta vez?

Anthony se arrodilla sobre la cama.

—No lo sé, no me acuerdo... —No puede recordarlo bien, o al menos no completo. Había agua y... Una mano... No está seguro.

Marc dibuja una sonrisa amable, pero le queda muy forzada. Anthony ya va teniendo menos pesadillas, una o dos a la semana; pero siguen siendo muchas. Confía en que después de esta noche eso cambie, porque ya es definitivo: hoy es el último día que irá a trabajar.

No puede esperar a decírselo mañana, cuando ya esté hecho.

—¿Quieres que te traiga una pastilla, o algo...?

—No, ya estoy bien —Sonríe un poco.

—¿Seguro? —Anthony asiente con efusividad y se recuesta.

—¿Tienes que ir a trabajar? —Se soba los ojos y le mira de soslayo. Sigue teniendo mucho sueño.

Marc se lo confirma terminando de abrocharse la camisa que siempre lleva al Trébol. Cuando ha entrado al cuarto le ha visto revolviéndose y no ha terminado de vestirse. Le ha dado un buen susto.

—A veces te vas muy pronto, otras vuelves muy tarde... —musita Anthony.

—Lo siento. —Se inclina sobre él para darle un casto beso en la frente —. Mañana te compensaré.

Se pone la sudadera, y se encarama a la ventana.

—¿Con qué, con más sexo...? —murmura Anthony para sí mismo. Marc lo escucha de todas formas—. Me vas a matar...

—Con lo que tu quieras —susurra con una sonrisa.

Hace ademán de bajar, pero no llega a hacerlo.

Baja el pie de la venta y, en silencio, se arrodilla junto a la cama. Anthony tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta, respira con suavidad. Parece estar a punto de quedarse frito a pesar de la pesadilla. Estará exhausto, porque hoy lo han hecho unas cuantas veces.

Su pecho se hincha y se desinfla muy pausadamente, pero su frente sigue sudorosa. Marc curva las cejas. Aunque se estén reduciendo considerablemente, esas malditas pesadillas no le dejan dormir del tirón. Además parece que las que tiene son peores.

Suspira con suavidad, preocupado y en silencio para no perturbarle el sueño, y sus labios conforman una pequeña sonrisa. Con el reverso de dos dedos acaricia la coloreada mejilla.

—Me gusta la persona que soy cuando estoy contigo —susurra, aún a sabiendas de que ya no puede oírle.

Se yergue y le echa un último vistazo antes de bajar por la tubería.

Saluda a sus compañeros y estos le saludan a él. Un abrazo, dos choques de puños; lo de siempre. Dab y Ayo siguen debatiendo la tontería que estaban hablando antes, no se qué de un martillo y un ascensor. Tampoco le importa.

Ayo se mete en el asiento del copiloto y Marc enarca una ceja. El coche tampoco es el mismo de la otra noche.

—¿Qué hace aquí ese capullo, dónde está el coche de Ayo? —dice. Está viendo la cara de su ser menos favorito del universo por el retrovisor.

—Lo estampó contra una pared —le contesta Dab antes de abrir la puerta. Va a meterse, pero se pone una mano en la boca y se apoya en el techo del coche—. No lo menciones, está cabreado como una mona con el temita

—susurra.

Marc solo suspira. Se veía venir de lejos, pero vaya si le ha durado poco.

Los dos se meten en el coche ganándose una regañina de Jota que dura prácticamente todo el viaje.



El suelo está cubierto de basura. Vasos de plástico, papeles, líquido derramado, el envoltorio de un condón... Marc lo está apilando todo en una esquina con la escoba. Lleva la camisa remangada hasta arriba y la mitad desabrochada dejando al descubierto su pecho sudado. Su flequillo despeinado está colocado hacia atrás.

Ha sido una noche interminable. Cada noche parece hacerse más larga que la anterior.

Ayo pasa arrasando con otra escoba por delante suya. El chaval está siendo mucho más eficiente que él, pero es que ya le da lo mismo. De todas formas Jota ya se ha ido. El cabrón siempre se libra de limpiar.

En unos minutos terminan de recogerlo todo.

—¿Cerveza? —pregunta Dab colándose en la barra.

—Whisky —contesta él, dejándose caer sobre uno de los sofás blancos de la zona VIP. Dab suelta un largo silbido y una risa cansada al final. Él también está reventadísimo.

—Yo cerveza —dice Ayo. Se sienta junto al azabache.

—No te flipes Ayo, que te he visto ponerte por lo menos cuatro mojitos hoy —se jacta Dab.

—¿Y qué?

Dab se encoge de hombros.

—Pues... También es verdad.

Dos cervezas y un whisky, los tres se recuestan sobre el sofá agotados. Queda poco para las seis, ya mismo sale el primer autobús de la mañana. Se han tenido que quedar hasta tarde porque unos capullos no querían irse. Jota decía que no podían echarlos porque son clientes frecuentes, pero claro, él sí se ha ido a su pisito a su hora.

—Mirad lo que me han dado en propinas —presume Ayo. Se saca un billete naranja del bolsillo—. Cincuenta eurazos. —Lo extiende orgulloso en el aire para verlo mejor.

—¿El tío de siempre? —pregunta Dab, y le da un largo sorbo a su cerveza. Está tan amarga y tan fría que cuando termina de tragar tira un bufido.

—Sí, el del traje blanco. —Él también empina el codo.

—¿Sabes que quiere follarte, no? —comenta Marc con la copa apoyada en el pecho. Dab suelta unas carcajadas cansadas.

—¿Qué dices? —salta Ayo en un agudo—. Si soy un hombre. —Sonríe con las cejas curvadas, balanceando la cabeza.

—¿De qué si no te va a dar ese dinero? —se burla Dab.

—Tú no te quedas a solas con él... —fanfarronea Marc.

—Sois unos envidiosos —les corta enseguida—. Me da buenas propinas porque soy muy rápido sirviendo.

—Ya, seguro que es eso.

Ayo se queda un rato con la vista pegada al suelo. Ese hombre parece tener mucho dinero, debe darle buenas propinas a todo el mundo, Marc y Dab solo están jugando a meterse con él.

Sí, seguro que le da dinero a todo el mundo... Pero a ellos dos no se las da. Y a Jota tampoco. ¿Por qué no se lo da a ellos también...?

—Qué asco —esputa, afinando los ojos.

—No lo descartes tan rápido —se mofa Dab. Marc se ríe por lo bajo. Le duele un montón la cabeza, no debería estar bebiendo.

—No me jodáis, no soy un homosexual de esos.

—¿Acaso lo has probado? —cuestiona Marc.

—No. Ni falta que me hace. —Tiene las cejas inclinadas, se está enfadando. Tira una mano al aire y la agita con asco—. Eso es antinatural, tiene que pasarles algo en la cabeza.

—Eres un homófobo. —Se carcajea Dab.

—No lo soy.

—Claro que sí.

—¿Y si yo fuese gay? —cuestiona Marc, inclinándose hacia adelante. Sujeta la copa entre las piernas separadas mientras sonrío—. ¿Te daría asco?

—No digas tonterías, tú no eres gay —afirma, tan convencido que el azabache eleva una ceja.

—¿Por qué no?

—Porque no. Tú eres... Tú eres normal.

¿Marc gay? Si no tiene pluma ni nada de eso.

—Homófobo —repite, volviendo a pegar la espalda al sofá. Sonríe abiertamente antes de beber.

—Marc —le nombra Dab, su voz cargada de dramatismo—. Soy gay por ti —suelta.

—¿En serio? Yo también soy gay por ti —dice. Se acercan el uno al otro muy despacio, a cámara lenta.

Ayo, que está justo en medio de los dos, se pega al asiento y se chorra poco a poco hacia abajo.

—Pero yo soy *más* gay por ti.

—No, yo soy *más* gay por ti.

—No tiene gracia —protesta desviando la vista.

—Marc... —Saca la lengua con los ojos entrecerrados.

—Dab... —susurra él, también acercando sus bocas.

—Vaaale, ya lo pillo.

Ayo se escapa deslizándose del sofá al suelo. Se sienta en otro.

—Homófobo —repiten los dos a la vez.

—Perdón. —Chista enfadado—. Pero sigo sin querer acostarme con el pavo ese.

El ruido de los hielos al tintinear es lo único que se escucha cuando no están hablando, pero la música todavía retumba en sus cabezas.

—¿Qué pasó con la chica esa, Ayo? —Dab cambia de tema.

Él destensa el ceño. Se refiere a la chica con la que le pilló liándose en el callejón hace unas noches.

—No sé, no la he vuelto a ver —dice—. Yo creo que era menor de edad. Se colaría una vez y luego ya Morris la tendrá fichada.

—Qué pena, era mona.

—Sí... —parece recordar. Al final se encoge de hombros—. Ya aparecerá otra.

Siguen hablando, pero en algún punto de la conversación Marc se pierde. Sus ojos se quedan mirando los hielos dar vueltas en el líquido anaranjado.

Lo de sentarse a beber y hablar después del trabajo se convirtió en tradición muy rápido, apenas Ayo entró a trabajar hará ya... Unos pocos años. Suspira por la nariz. Ha sido bonita la semana que ha tenido esa chatarra con ruedas porque le hacía el favor de dejarle en casa, pero hoy se le ha acabado el chollo. Tendrá que esperar el bus y luego andar un trecho como siempre. Pero ya mañana no, ni pasado.

Ya no más, nunca más. Ya es oficialmente libre.

—He dejado el trabajo —suelta. Es tan repentino que tiene que repetirlo para que le presten atención.

—¿Lo dejas?

—Lo he dejado —le corrige.

Los chicos se miran entre sí.

Luego le miran a él.

—¿Estás seguro? —inquire Dab.

Marc asiente una sola vez. Sus cejas están relajadas pero decididas, sus azules les miran por turnos y una minúscula sonrisa que decora parte de su comisura.

—Ya se lo he dicho a Jota —informa, y hace una mueca—. Lo bueno de no tener contrato es que puedes largarte cuando quieras.

—Espera... ¿Pero te vas? —pregunta Ayo, confundido—. ¿Esta vez de verdad?

—Ya no me hace falta.

Al levantar los hombros los hielos del vaso tintinean.

—¿Cómo que ya no te hace falta?

—No creo que necesite más el dinero. Ellen va a pagarme los estudios, este año me darán el bachiller e iré a la universidad. Lo habría dejado al final de verano de todas formas.

—O sea que te vas —repite buscando comprenderlo. Su rostro amable va cambiando poco a poco. Le mantiene la mirada al azabache con cara de pocos amigos, hasta que apuntilla—: Por otra familia de mierda.

—Ayo... —intenta frenarle Dab, pero el chaval le ignora.

—Ahora que eres un niño de mamá ya no necesitas esto, claro.
Marc achina los ojos.

—Yo no soy eso.

—Claro que sí, acabas de decirlo. —Se termina la cerveza. La deja de un golpe en la mesa y sonrío con sorna cuando le mira—. Sabes que te van a mandar a la mierda como todas las demás, estás perdiendo el tiempo.

El rostro de Marc también cambia entonces. Se endereza en el asiento y sus azules se clavan en los otros.

—Esta vez no. —Ahora su voz es seria.

—¿Ah, no, esta vez no? —Se ríe—. ¿Y por qué me suena que ya has dicho eso antes?

—¿Cuál es tu problema?

Dab también se incorpora. En medio, estira las palmas como frenando a dos dinosaurios y los mira de hito en hito.

—No tenéis que pelearos por esto. —Sonríe incómodo, viéndoselo venir.
No le escuchan.

—Mi problema es que eres un capullo, Marc. —Afina la voz—. «Mi nueva familia es maravillosa, mira el reloj que me han comprado, mira lo feliz que soy ahora, mi mamá me va a pagar los estudios...».

—Yo no he dicho nada de...

—Con todos los años que llevas aquí y no paras de decir que quieres largarte cada vez que alguien te da un poco de cariño.

—Oye, Ayo, no sé por qu...

—Igualito a un perro abandonado —le corta. Marc abre los ojos, su tono amable cambia.

—¿Qué has dicho?

Dab observa la pelea como un partido de pádel. No despega la boca de la cerveza.

—¡Que te pires si te quieres ir! ¡Ahí está la puerta! —Se pone a gritar—. ¿Para qué nos lo cuentas? ¿Ahora que eres superior a nosotros quieres que te la sujete? ¿O por qué no le pides a tu mamá también un puto coche? Ah, no, que los señoritos van con chófer —sigue hablando. Dice muchas cosas, pero Marc no entiende ninguna.

—¿Pero qué coño te pasa? —La voz del menor se le superpone, pero le escucha, porque cambia de frase a la mitad.

—¿¡Qué te pasa a ti, por qué quieres largarte!?

—¡Porque quiero tener una vida lejos de toda esta mierda! —acaba gritando él también.

Dab se peina las cejas cabizbajo mientras Ayo y Marc se mantienen la mirada, en un silencio que en realidad es breve; pero parece estirarse hasta la infinidad.

—Ya. —Exhala Ayo. Destensa el cuerpo cuando se endereza—. Porque esto no es vida. Pues mira, nosotros tenemos que quedarnos aquí, en «la mierda».

La pose agresiva de Marc se difumina. Sus hombros se relajan y sus cejas se curvan.

—No he querido decir eso —dice.

—Porque ni siquiera has pensado en nosotros.

—Claro que he pensado en vosotros —refuta de inmediato. Señala la extensión del local con la mano—. He pensado mucho sobre esto, no es algo que acabe de decidir.

—Pues dime una cosa. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos? ¿Cuatro años, cinco? —Marc niega sin saber concretar—. Sé de dónde venís y vosotros sabéis de dónde vengo. Pero nosotros no somos *familia*. No somos nada para

ti.

—Eso no es verdad. Y además, vendré a veros, y...

—Eres igual que Ekon.

Marc inspira. Tenía que salir su nombre.

Ekon fue su antiguo compañero, a quién Jota vino a sustituir. Era más mayor que ellos, no saben cuánto exactamente pero tampoco debía ser mucho. Un día desapareció sin avisar, y ya está.

Se llevaba bien con Ayo porque llegaron de la misma forma.

—Eres un hijo de puta —le echa en cara el menor.

—Yo no te estoy insultando.

—No, pero tampoco te importa restregarnos por la cara que tú puedes largarte —dice, y se levanta sin más. Cierra la puerta de atrás de un sonoro portazo que hace temblar las botellas.

—Será idiota —farfulla Marc, que se termina la copa de un solo trago. La apoya en la mesa de malos modos.

¿Cómo se atreve a decir que le importa una mierda irse? Joder, lo ha estado considerando durante mucho tiempo, no es una decisión que haya tomado a la ligera. ¿Y qué se supone que tiene que hacer, estar toda la vida trabajando de camarero sin contrato en un bar lleno de universitarios borrachos y payasos colocándose por las esquinas?

Que no le importa, dice. Pues claro que le importa, ¿cómo no le va a importar, si lleva aquí desde que era un mocosito, desde que le sacaron de la calle cuando no paraban de devolverle?

No se ha olvidado, nunca lo va a olvidar.

—No le hagas caso, no piensa esas cosas —dice Dab.

—No, sí que las piensa. Y tiene razón. —Se hace un breve silencio, Dab le está mirando—. ¿Tú piensas lo mismo? ¿Crees que soy un idiota por confiar en ellos?

—No. —Niega con la cabeza—. No, para nada. Marc, llevas aquí más tiempo que nadie, y ya eres mayor de edad, no vas a tener más oportunidades para irte. Si puedes llamar familia a esas personas..., ve con ellas. Sería estúpido no hacerlo.

Marc balancea el rostro.

—Igual de estúpido que hacerlo. —Inspira hondo—. Y tiene razón, tampoco he pensado en vosotros, en cómo podría sentaros.

—Venga ya. —Se ríe—. No me trates como si tuviera cinco años. Claro que me jode que te vayas, pero no me voy a poner a llorar. —Sonríe. Marc también, muy levemente—. Sabíamos que esto podía pasar. Y de todos nosotros tú eras el único que tenía posibilidades.

—Dab, eso no es... Eso no es verdad.

—Ese no es el tema, Marc —le corta con algo de brusquedad—. Eso no es asunto tuyo.

Él menea la cabeza.

—No lo sé. Igual no he pensado bien esto.

—Marc —Pone su mano en el hombro del mayor—, el otro día te pillé sonriendo a solas mientras preparabas los cócteles por lo menos siete veces.

—Marc baja la cabeza—. Eso no es una tontería, nada que te haga feliz es una tontería.

—Pero Ayo y tú...

—Ayo y yo, ¿qué? No puedes controlar las cosas, no eres un Dios —se jacta—. Mira, los dos sabemos que él haría lo mismo. Solo se ha enfadado porque es un cabezón. Es su forma de decirte que va a echarte de menos.

—Hace una pausa, y conforma una pequeña sonrisa—. Y yo también.

El azabache también separa los labios, en una sonrisa que enseña muy levemente los dientes antes de volver a esconderse. Dab no se lo espera cuando Marc le acerca y le abraza.

Necesitaba oír eso. Necesitaba escuchar fuera de su cabeza que lo que va a hacer no es la estupidez que él mismo piensa, porque aún sabiéndolo sigue queriendo hacerla.

Tener un familia. Después de tantos años. No creía que a estas alturas fuese posible. Y sin embargo, aquí está. Lloriqueando en el hombro del que ha sido su hermano durante todos estos años, despidiéndose de él porque va a echarle increíblemente de menos. Pero tiene que hacer esto; necesita hacerlo. Necesita saber si hay cosas en la vida que la hagan merecer la pena.

Y ahora que ha encontrado un haz de luz que parece serlo no hay forma de que lo deje ir.

—Gracias, Dab —dice.

—Pero no te olvides de nosotros, ¿eh? —Le palmea la espalda.

—Vendré a veros todas las semanas.



Cierra la puerta metálica, echa las llaves y se las cuelga de nuevo en el cinto. Baja los escalones poniéndose la sudadera y cuando alcanza a Dab caminan juntos por el callejón. El cielo sigue oscurecido, pero a lo lejos ya se aprecia un fino hilo horizontal más luminoso.

—¿Hablarás con Ayo? —pregunta Dab. Se guarda las manos en los bolsillos.

—Vendré la semana que viene. Cuando se haya calmado.

—No seas duro con él, los dos sois muy cabezones.

—Ya —suspira.

Se paran al salir del callejón, se despiden alzando una mano al viento y cada uno echa a andar hacia una dirección.

El suelo está mojado y cubierto de espuma. Los camiones de limpieza riegan las calles llenas de basura y se llevan la suciedad con el agua a presión, como todas las noches.

Se pone la capucha, mete las manos en la sudadera y acelera el paso hasta la parada. No hay letreros luminosos en esta, así que nunca puede saber cuánto le queda al bus o si ya ha pasado el de las en punto.

Se recuesta en el cristal e inclina la barbilla para apoyar la cabeza. El viento suave le agita las ropas y le acaricia las mejillas. Cierra los ojos. Qué sueño.

Lo único que quiere hacer es estar ya en casa. Hará un último esfuerzo para trepar por la ventana, se quitará los zapatos y los pantalones y se desplomará en la cama sin más, sin ponerse el pijama. Anthony ya le ha visto desnudo muchas veces, y él a Anthony. Ni siquiera entiende por qué a veces todavía se molesta en ponerse la camiseta cuando terminan. Su pequeño cuerpo es

mucho más calentito y suave que las molestas telas, y le gusta bailarle los dedos por la espalda...

Se incorpora para no quedarse dormido.

Se mira el pantalón. Está demasiado cansado para tener una erección, por eso solo se queda a medias. Como un puente levadizo escacharrado.

En la carretera desértica, aparece un coche que se detiene justo delante de la parada. Los ojos azules apuntan vagamente a la ventanilla cuando baja.

—Marc, sube —le ofrece Jota. Aunque parece una orden en toda regla—. Te acerco a tu casa.

Él no se mueve. Mira hacia ambos lados de la calle buscando una excusa. Como no la encuentra, ni tiene ganas de quedarse en la parada esperando a saber cuánto tiempo, se despega con pereza del cristal y rodea el coche.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Marc cerrando la puerta. Jota mira por el retrovisor antes de arrancar. Se está fumando un cigarrillo con la otra mano.

Tarda un rato en contestarle, porque prefiere darle primero una calada a su cigarrillo. Espera a soltar todo el humo, sin prisa.

¿Treinta minutos en bus o diez minutos a solas con Jota? Debería de haberlo pensado mejor antes de subirse.

—He ido a hacer unas cosas —dice solamente. Le mira y le dedica una amplia sonrisa, cargada de superioridad—. Has tenido suerte, eh.

—Sí. Gracias. —Apoya el codo en la puerta y se sujeta la frente con el puño.

De otra fuerte calada el ambiente se llena de humo gris. Marc puede sentir el olor del tabaco impregnándose en su ropa, en su pelo; se le está metiendo por los ojos. ¿Por qué coño no baja la ventanilla?

Marc baja la suya y saca un poco la cabeza para tomar aire. Ahora sí que va a tener que cambiarse entero, Anthony odia el olor a cigarrillo. En el Trébol está prohibido fumar así que después de toda la noche trabajando puede volver oliendo a alcohol, pero no a cigarrillo.

Chista mentalmente. En el garito no puedes fumar, pero puedes drogarte.

—¿Y cómo es esa familia tuya? —inquire Jota. Su tono altivo y serio. Parece estar preguntando por el mero hecho de ser entretenido por el camino. Igual por eso le ha recogido.

—Buena —resume, sin la más mínima gana de hablarle de su vida a este capullo. En realidad no sabe desde cuándo le tiene tanto asco, no es como si hubiese pasado algo concreto.

Es más cada pequeño comentario fuera de lugar y su tono prepotente. Es la clase de persona que no puede tragar. Con la vista en la carretera Jota no lo ve, pero Marc sonríe visiblemente.

Va a librarse de Jota, ¡por fin!

—Muy buena —recalca. Jota asiente de forma queda.

Ya han cruzado el puente, bien. Conduce rápido, al menos.

—¿Qué se siente al tener padres de nuevo? —le pregunta. La sonrisa de Marc se pierde y arruga el entrecejo. No es por lo que ha dicho, es por cómo lo ha dicho.

—Madre —apuntilla.

—Madre —repite él, corrigiéndose.

—Se siente bien. —Trata de pronunciar el menor número de palabras posibles—. Son buenas personas.

Jota levanta las cejas y su boca se curva en un gesto de mínima sorpresa.

—Buenas personas... —repite, procesándolo—. Me han dicho que no andas mal de dinero ahora.

—No tienen problemas con el dinero, no.

Está insinuando que ese es el motivo, le conoce.

—¿Y cómo está ese hermano tuyo? El crío de la otra vez.

Marc enarca una ceja, pero trata de disimular su desagrado cuando Jota menciona a Anthony. Salida de su boca la palabra hermano suena totalmente distinta. Desagradable.

Se está poniendo malo de estar aquí dentro.

—Muy bien.

—Te ha cogido confianza —dice.

Él ya ni se molesta en contestar. Tiene la esperanza de que así se calle, o por lo menos que cambie de tema. Pero qué va.

—Qué bonito. Te ha tocado el pack completo, eh. Madre y hermanos.

Solo te falta el perro y el padre. —Suelta un par de sonoras carcajadas.

Marc lo atisba con recelo, pero cuando Jota se vuelve para mirarle esboza una sonrisa de cortesía. Solo le dura hasta que deja de mirarle.

Jota chasquea la lengua.

—Así que es definitivo, te vas.

—Sí.

—¿No vas a pensarlo más?

—No.

—Está bien. —Suspira, mirando la calle antes de girar en un cruce. Ya están por el barrio—. No te pregunto por curiosidad, ellos me lo han pedido.

—¿Ellos?

—Los de arriba. —Jota se encoge de hombros. Da otra calada al cigarro dando a entender que no va a seguir hablando.

Aparca delante de la casa. Marc se baja del coche, y se agacha para asomarse antes de cerrar la puerta.

—Pues, diles eso, que es definitivo —dice.

—Ajá.

Y la cierra, y se sube al bordillo y echa a andar. Jota se queda un rato aparcado, encendiéndose otro cigarrillo. Ve al chico trepar una tubería y meterse por una ventana al llegar arriba.

—Pues nada —exhala, y arranca el coche.

Fresas con nata

“El pingüino emperador es técnicamente un ave, aunque viva en el mar. Cada año abandona la comodidad de su hogar oceánico para emprender un formidable viaje... Es un viaje largo, peligroso y aparentemente imposible...”

—Marc... Oye, Marc... —susurra, empujándole el hombro suavemente. El azabache se asusta un poco al principio, pero abre los párpados muy despacio. Sea lo que sea, está demasiado tranquilo y a gusto como para prestarle atención a la vida ahora mismo.

Cierra los ojos otra vez y sigue recostado sobre su puño cerrado y con el codo en el reposabrazos del sofá. Está descansando en un nido de cojines de la centena que hay por todo el salón.

Ellen los compra por decorar, pero son tan mullidos que no ha podido evitar quedarse frito.

Anthony sigue balanceándole, se aguanta la risa.

—¡Marc!

—¿Qué...? —contesta al fin, sin abrir los ojos. Su tono bajo, su voz ronca.

—Estabas dormido —le dice.

El azabache ladea el rostro. Se despereza estirando los brazos detrás de la cabeza.

Parpadea varias veces antes de girarse hacia su hermano.

—¿Me has despertado para decirme eso?

Anthony sonríe más ampliamente.

—Ya son más de las diez, voy a acostar a Annie —le comunica levantándose—. ¿Apago la tele? —Coge el mando y le mira. Marc se está acomodando entre los cojines, no parece tener el menor interés en la pantalla.

Están dando un documental sobre la Antártida y los pingüinos. Después de

comer se puso a cambiar de canales y tuvo la desgracia de dar con el programa cuando Annie pasaba por allí, pero eso fue hace dos horas.

Jamás habría dicho que hubiese tantísimas cosas que contar de unos bichos que viven en un descampado de hielo.

Su madre aún no ha llegado de trabajar, lo cual es raro porque normalmente para la cena ya están todos juntos, pero supone que tendrá más lío en la empresa. No sería la primera vez.

Apaga la televisión y vuelve a la carga con Marc. Le zarandea esta vez con más efusividad.

—Vete a dormir a la cama —le dice. Se gana un gruñido.

—¡Ya me he lavado los dientes! —grita Annie desde el piso de arriba. Lo cual es señal de que su hermano ya puede subir a leerle el cuento que le corresponde.

—¿Seguro? —grita el también desde el salón.

—¡Que sí!

—¡Como suba y vea el cepillo seco...!

—¡Espera, espera!

Marc se revuelve en el sofá, se tapa los oídos.

—¡Ya! —chilla Annie.

Anthony suspira mientras desenchufa la tele.

—¡Ve escogiendo el libro!

—¡Ya lo escogí, «El patito que se salía de los cánones de belleza impuestos por esta sociedad capitalista que mercantiliza hasta la visión que tenemos de nuestro cuerpo»!

Alias «El patito feo», pero ella le ha hecho unos ajustes.

—¿Otra vez ese? ¡Si te lo leí la semana pasada!

No sabe si lo hacen a propósito, pero lo consiguen; Marc se despega del sofá con un largo bufido.

Anthony sonríe, y desenchufa la lámpara, y apaga las luces del salón. Revisa la puerta, las ventanas, los electrodomésticos... Hace unas veintitrés tareas de inspección y control mientras Marc da un excesivamente largo bostezo. Cuando Anthony ha terminado él solo ha puesto un pie en el primer escalón.

Le examina divertido. Lleva todo el pijama removido, se le ve un pedazo de bóxer y la parte baja de una pierna se le ha quedado arremolinada sobre el tobillo, además su pelo está, aunque parezca increíble, aún más despeinado que de costumbre.

Lo que sí le preocupa son sus ojeras.

—Anoche trabajaste hasta muy tarde —señala preocupado.

Si no estuviera tan cansado, el azabache contestaría con algo de sarcasmo sobre recién haber recibido la noticia, o quizás dirigiría sus facciones para recrear una expresión de sorpresa.

Ahora mismo, pasa.

—Sí —dice solamente, subiendo sujetado a la barandilla. Anthony le adelanta rápido. No está corriendo, ni siquiera lo ha intentado, es su hermano el que va exageradamente despacio.

—Voy a leerle un cuento a Annie. —Le sigue con los ojos cuando pasa por delante—. ¿Quieres dormir solo hoy?

Semanas antes pronunciar eso le hubiese costado hora y media de reflexión profunda sobre qué coño está haciendo con su vida, pero ahora no.

—No, quiero dormir *todos* los días —contesta camino a su cuarto, y sonrío de lado con su propia broma tonta—. Ven cuando termines.

—Vale. —Anthony lo ve irse, pero antes de que haya dado más de tres pasos, corre un poco y lo encara. Mira la puerta del baño, mira la puerta de Annie, y cuando se asegura de que no hay nadie en la costa, le besa. Un beso repentino, rápido, certero en los labios—. Ahora voy —susurra con una sonrisa.

Marc también sonrío, y Anthony no lo ve porque se va dando saltitos por el pasillo, pero él se lleva dos dedos a los labios y sus ojos se abren, primero por encima de su expresión natural, después por debajo.

Sonríe maliciosamente.

Anthony deja en la puerta un intenso soplido de pereza. No le importa leerle a Annie, le gusta hacerlo, pero después de tragarse ese documental infinito él tampoco está dispuesto a ponerse a correr una maratón, y estar con Annie es básicamente lo mismo.

La luz del pasillo se cuela dibujando una línea recta que se parte en la

pared. Estrellas azules se proyectan en el resto de la habitación a oscuras.

Annie ya está metida en la cama extendiéndole el cuento. Anthony curva las cejas. Está botando en la cama y se la ve con muchas ganas de que le empiece a leer, lo que significa que se va a tirar un rato grande hasta que le entre sueño.

—Bien... *allévoy* —musita, antes de coger aire y cambiar su expresión de cansancio a felicidad máxima y absoluta.



Cierra la puerta con mucho cuidado, con los dedos sobre la madera para no golpearla ni hacer un solo ruido. Se aleja por el pasillo de puntillas. No tiene reloj así que no sabe cuanto tiempo ha sido, quizás unos tres cuartos de hora. Y Dios, cómo los ha sufrido.

La siguiente puerta la abre también con parsimonia, porque supone que con lo cansado que estaba Marc se habrá dormido a los cinco segundos de echarse en la cama.

Se muerde el labio, pensativo. Quizás debería dormir hoy en su habitación, así no corre riesgo de despertarle sin querer. De todas formas Marc no se va a dar cuenta de si está o no está si ya está durmiend...

—Hola, hermanito —Una voz ronca y unas palabras suaves cargadas de sensualidad.

Anthony achina los ojos en la oscuridad.

—¿Sigues despierto? —susurra. Con solo la luz de la Luna no alcanza a distinguir los bultos de la cama.

—¿Que si estoy despierto?

Ondeando la colcha bruscamente, Marc la tira al suelo para descubrirse. Está tumbado de lado sin una sola prenda de ropa encima, esperándole.

Lo primero que hace Anthony es reírse.

—¿Tienes ganas de coito? ¿Ahora?

—Yo siempre tengo ganas —responde sonriente.

—Llevas... —duda un momento—, ¿casi una hora así, esperándome? ¿Pero no estabas cansado?

Camina hasta la cama y puede verle mejor. Efectivamente Marc no lleva nada encima. Bueno sí, un par de calcetines de color negro que se habrá dejado porque todavía por las noches hace un poco de frío. El azabache se encoge de hombros y estira los dedos. Le coge la mano para invitarlo a tumbarse.

—Me he dado una ducha —dice, su voz sensual y acaramelada todo el tiempo—, para que pequemos limpitos.

—Ah, por eso huele a limón —cae en la cuenta. Se sienta a orillas de la cama.

—¿Eso es lo único que te llama la atención? —Se señala el cuerpo. Anthony evoca una pequeña carcajada en voz baja. Balancea el rostro.

—Eres un salido —susurra, acercando sus labios.

—Gracias —responde, inclinándose para alcanzarlos.

Se rozan con parsimonia, el silencio solo es interrumpido por tibios toques huecos que solo se hacen audibles a estas horas de la noche. Marc juega a atraparle el labio entre los dientes.

Cuando Anthony se quita porta una gran sonrisa.

—Está bien. —Suspira desabrochándose el pijama—. Haz lo que quieras.

Le siguen sus pantalones, su ropa interior, y se protege del frío entre las sábanas cuando ya no le quedan más prendas encima. Se acurruca junto a Marc, y sus pies se acarician mutuamente en un diluvio de besos.

Quedan enlazados en un amasijo de calor, se presionan el uno contra el otro con sutileza hasta que ya han consumido todo el espacio abarcable. Sus piernas quedan cruzadas y sus manos acarician pausadamente la piel continua. Entonces Anthony se gira y hunde el rostro en el colchón, y separa las piernas; esperándole.

Marc no reacciona, se queda tumbado a su lado, sujetado en su codo tranquilamente. Está sonriendo.

Anthony resurge apoyando la barbilla.

—¿Qué pasa?

—No me has entendido. —Su risa se eleva un momento antes de encerrarse en una larga sonrisa—. Yo me he dado una ducha —susurra más

lentamente.

El castaño levanta la cabeza. Sonríe vagamente porque no entiende lo que quiere decir.

Marc suspira. Le muerde el moflete antes de contestar.

—Que quiero que me folles —Sonríe.

Las mejillas del castaño se colorean mágicamente, como una hornilla que acaba de encenderse.

—¿Cómo que te...?

Marc se inclina sobre él, lame su mejilla y le deja un beso antes de apartarse y volver a sonreír. Anthony es demasiado puritano como para pronunciar esa última palabra.

—Que me *folles* —termina la frase.

Por la cara que se le queda a Anthony ya ha valido totalmente la pena ignorar el sueño. Si se hubiese ido a dormir se lo habría perdido y lo hubiese lamentado profundamente aún sin saberlo.

—No sabía que te gustaba eso... —musita, sin saber qué pensar o cómo sentirse. No se lo esperaba para nada.

—No lo sé —objeta con una sonrisa—. Nunca lo he probado.

Sus cálidas manos le acarician el vientre, le abren un hueco entre los muslos pegados y los acaricia por dentro.

—No sé... No sé si voy a hacerlo bien...

Es decir..., él no puede compararse con Marc de ningún modo. E incluso si Marc tampoco lo había hecho con un chico la primera vez que se acostaron juntos, por lo menos había estado con varias chicas, y en esencia su papel es el mismo.

Desvía la vista contemplando la opción verdaderamente, porque es algo que no se ha planteado en todo este tiempo que llevan saliendo, pero ahora que ha puesto la idea en su cabeza puede ser interesante...

Pero Marc es más alto.

Y más fuerte, y más decidido y más varonil y más...

Deja de buscar adjetivos para no deprimirse.

—Me va a gustar hagas lo que hagas —dice Marc viéndole los verdes tan confusos. Le rodea la barbilla con el pulgar.

Como siempre, la manía de Anthony de repensar las cosas doscientas veces sale a relucir. Es incomprensible para él. Si algo te gusta, lo haces, es obvio ¿no?

—Pero la mía es más... Pequeña. —Termina en un hilo.

—Así me dolerá menos. —Sonríe.

—¿Y si te duele...? —advierde al recordarlo.

—¿A ti te dolió?

Anthony duda un rato antes de contestar.

—No lo sé —debate consigo mismo. No recuerda haber sufrido especialmente. Una sensación extraña en la barriga, una presión ahí abajo... Pero no algo como dolor... ¿Debería?

—Si me duele me aguantaré —dice Marc despreocupado—. De todas formas he comprado una cosa, para que la usemos los dos.

—¿Qué cosa?

Le apunta con el índice al primer cajón de la mesita. Anthony lo abre, y de entre una tonelada de condones de todos los colores del arcoíris saca un bote rosa.

—¿Qué es esto?

Marc se incorpora, le quita el bote de las manos.

—Me lo pongo en el pene y te lo pongo en el culito, y desliza mejor. Bueno..., ahora al revés —sonríe, echándose un poco en el dedo. Como el bote es nuevo y está hasta arriba acaba untando también un trozo de la sábana—. Los condones con lubricante son más caros y la saliva se seca rápido. Esto se supone que sabe a fresa —dice, y prueba la espesura como si fuese mermelada.

—Ahm... Vale...

Si hubiese tenido que explicarlo él probablemente habría habido muchos «eso...», «ahí...», «*plastiquito*»... Marc puede imaginarle a la perfección, balbuceando todo sonrojado.

Anthony levanta un dedo con curiosidad y Marc le echa un pegote. Los dos se quedan un rato degustando el líquido. Es verdad que sabe, fuerte además, a fresas. Perfectamente podrían untarlo en una tostada y solo se notaría la

diferencia en la textura.

—Está bueno —es el veredicto de Anthony, que estira el dedo para recibir un poco más. Marc se ríe.

—No es para que te lo comas.

Permanecen callados mirando el bote. A Anthony se le nota mucho cuando se abstrae del mundo real, porque sus ojos verdes se quedan fijos en cualquier punto y sus dos cejas forman dos líneas separadas por un entrecejo apretado.

—Si no quieres no lo hacemos —dice Marc. Le quita el bote de las manos. Pero él se apresura a retenerlo. Se lo lleva al pecho.

—Sí quiero —aclara con vergüenza—. Claro que quiero...

Marc sonríe abiertamente, y bocabajo con la barbilla entre los brazos, espera mientras Anthony desenvuelve un condón y se lo coloca con torpeza en el pene.

Esta situación se ha vuelto repetitiva in crescendo, y siempre sucede de la misma forma: con las mejillas del castaño coloreándose en demasía por alguna frase que él haya dicho antes de sucumbir y empezar a jadear adorablemente.

Quedaron lejos las noches llenas de soledad y camas vacías, porque de vez en cuando una segunda presencia aparece furtivamente en su habitación, y entonces el aburrido estar de la noche se vuelve un divertido intento por no levantar el tono entre un mar de caricias y mimos suaves que a veces no lo son tanto.

Marc se muerde el labio, tararea una de las canciones del Trébol que se le ha incrustado en la cabeza mientras Anthony se pelea con el trozo de plástico para dejarlo bien estirado sobre su pene.

Cuando están juntos descansando sobre las mantas los problemas parecen quedarse atrás. Marc puede aparcar los recuerdos desagradables que se resisten a desintegrarse, porque puede encontrarle un sentido a la larga cadena de miseria ahora que comprende dónde termina: aquí, con él. Y así, con su mente liberada de las preocupaciones, puede respirar abiertamente, y llena sus pulmones satisfecho, y pleno; y feliz.

Se sorprende a sí mismo al encontrar la palabra. Es exactamente eso, esa es la novedad. Ahora es feliz.

No puede evitar sonreír, sujetándose la sien con la palma mientras espera.

Ya es oficial, ha dejado el trabajo. Ya no tiene que levantarse después de tener sexo para ir al Trébol. Tiene ganas de ver la expresión de Anthony cuando le diga que hoy no va a ir a ninguna parte después del sexo, ni mañana tampoco, ni al otro. Pueden pasar juntos las noches que quieran, sin tener que recoger su ropa con prisa a los cinco segundos de correrse ni llegar casando después de haberse pasado de la hora porque ese día había más gente o surgía algún problema.

Podrán simplemente dormir abrazándose el uno al otro.

Dejará de ganar dinero por su cuenta, pero de todas formas ya no le hace falta. Ahora puede concentrarse en estar con Anthony cuando las pesadillas le hagan revolverse en sueños. Al menos podrá abrazarle cuando se despierte envuelto en sudor, o espabilarle antes de que eso pase.

Sonríe ampliamente. Se lo dirá en cuanto acaben de tener sexo.

De manera un poco obtusa, insegura, y torpe, Anthony se acomoda de rodillas sobre la cama y le separa las piernas con vergüenza. No está muy convencido de esto. Tampoco sabe qué debería hacer; así que se limita a representar los gestos, caricias y posiciones que Marc ha practicado con él.

Tumbado, con la cabeza descansando en la almohada y los mechones esparcidos, Marc tiene los ojos afinados casi tanto como su dentadura; impecable.

Observa divertido toda la ceremonia, con Anthony peleándose con el bote de lubricante que ahora está resbaladizo por fuera. Se echa un pegote decididamente sobrante y lo aplica, concentrado en una acción que él mismo habría calificado de deplorable hace unas semanas que parecen haberse quedado muy lejos.

Pero es que aquí no son hermanos, ni siquiera son personas. Cuando sus cuerpos quedan libres de ropa y sus pieles se rozan en primera instancia sin pretenderlo, y seguidamente a conciencia y con esmero, hasta sus nombres se pierden en el sinsentido de seguir latiendo. No, aquí no hay nada más que un deseo que necesita ser satisfecho, unas ansias capaces de devorarlo todo y una tentación que con vehemencia les llama a entregarse. Dejan de ser ellos, desaparecen los «Marc» y los «Anthony», porque entonces solo queda un *tú*, y un *yo* que se enlazan buscando desesperadamente fusionarse en un «nosotros». Y el *tú* se entrega siempre, con el *yo* aceptando gustoso, y el *nosotros* surge para colonizar el mar de sábanas hasta que la oscuridad desaparezca y la luz surja para señalar sus pecados.

Coloca el glande embadurnado sobre la entrada, y traga saliva. Le roza la piel en una caricia solo porque ha calculado mal las distancias, y se le eriza el vello de la nuca. Se retira enseguida.

Su supuesto hermano mayor, o pequeño, o lo que diantres sea; le está mirando relajado desde abajo. Sus poderosas orbes azules están puestas en él expectantes. Coge aire a trompicones.

Marc se apoya en las palmas para sentarse y sus piernas se entrecruzan con las de él.

—¿Estás nervioso? —susurra contra su boca—. ¿Con todas las veces que lo hemos hecho? —Sonríe.

Anthony se humedece los labios al hincarse los dientes.

—¿Y si no te gusta? —casi afirma.

Marc suspira despacio. Con esta actitud volverá a entrarle el sueño antes de perder la virginidad.

—Vale, lo haré yo. —Le empuja el hombro hasta tumbarlo.

Anthony se relaja. Era mucha presión. Es mejor que Marc haga lo de siempre y ya está. A él le gusta mucho lo de siempre, no tienen por qué cambiarlo. No tiene ningún problema con ser siempre el que recibe.

Pero lo ha entendido mal.

Marc se acomoda sobre él muy decidido. Le sujeta la erección y se inclina buscando el ángulo adecuado. Anthony apenas tiene tiempo de entender qué pasa cuando le ve encima con su altiva media sonrisa. Solo aparta la vista de lo que está haciendo para guiñarle el ojo.

—Q-qué... —se alarma enseguida, pero su cuerpo no reacciona. Se queda totalmente quieto, atento, preocupado. Interesado.

Tumbados sobre la cama su diferencia de altura se vuelve invisible, pero se ve a simple vista que la compostura y el torso de Marc son más fuertes y están más marcados que el suyo. Se tapa la cara con las mejillas entrando en combustión. Pretende que no quiere saber nada. Aunque separa tímidamente los dedos para verle a hurtadillas.

Marc tiene los dientes apretados y las cejas flechadas en una mezcla de decisión, incomodidad o dolor, y enfado. A pesar del barnizado y de su tamaño que no sobresale demasiado, le está costando horrores meterse ese pedazo de carne en el cuerpo. Maldice el maldito líquido de fresas por

volverlo tan resbaladizo, y sigue intentándolo con esmero.

No podrían decir quién es el más sorprendido, si Anthony, que se destapa la cara inmediatamente, o Marc, que curva los labios formando un enorme círculo con el aire saliendo de sus pulmones de golpe cuando consigue introducir la punta.

—Joder. —Es lo único que se escucha en la habitación.

Marc aprieta solamente un ojo porque no quiere perder del todo la visión, y un prolongado y gutural gruñido de coraje le retumba en la garganta cuando, encabezado, se empala aún más profundo.

Con Anthony había sido muy fácil, no se imaginaba que pudiera ser tan complicado esta vez. Él le preparó un poco con los dedos, paso que ahora están omitiendo... Pero no creía que pudiese haber tanta diferencia. Se suponía que el gel lubricante que le ha costado quince euros tenía que encargarse de esto, ser algún tipo de magia celestial que le paliase el dolor de cien a cero.

—¿T-te duele...? —pregunta Anthony. Le busca el rostro con los dígitos, pero como no llega, se sienta también en la cama.

El cambio de postura debe acomodar el miembro, porque avanza él solito unos pocos centímetros que le arrancan un majestuoso jadeo al azabache.

Marc aprieta los puños y los dientes, se sujeta de sus hombros porque la gravedad lo hace avanzar poco a poco. Entremezclando un asfixiante dolor que le punza el pecho y un endiosado placer que le alborota el estómago, no sabe si se siente extremadamente bien o jodidamente adolorido.

Pero quiere asegurarse.

Se abraza a Anthony para atraerlo cuando se deja caer. Su espalda queda sobre el colchón y sus piernas hacia arriba. Los ojos verdes le miran confusos y perdidos sin saber qué hacer.

—Muévete —le susurra, con la voz ronca y los dientes apretados. Apoya la frente en el hombro del menor, le agarra con fiereza, pero Anthony no le hace caso. Le está mirando, pero es como si no estuviese viendo nada. Ya está pensando otra vez—. Que te muevas —le exige.

Anthony se apoya en la almohada y empuja con su permiso, porque él también está deseando intentarlo. Ha quedado cautivado por la expresión de Marc al ser complacido de una forma que ni siquiera se había planteado.

Nota cómo se va abriendo paso en la carne mientras se pregunta cómo es posible que Marc pueda verse tan varonil siendo penetrado, portando ese carácter dominante y orgulloso suyo con un pene dentro de su cuerpo.

Es muy lento al principio, hace avances muy breves que concluyen a milímetros del punto de partida. Un diminuto empujón, y luego otro un pelín más profundo. Trata de reproducir la forma en que Marc lo hizo con él la primera vez para minimizar el dolor al máximo posible.

Desde abajo, Marc jadea sintiendo el calor consumirle las entrañas. No sabe cómo se siente, el cúmulo de emociones que se pasea por su cuerpo es ahora mismo indescriptible.

—¿Duele...? —musita Anthony.

Duele, de eso está seguro; intensamente en ese pequeño punto que se está dilatando. Pero lo que expresa su estómago es otra cosa. Es excitación, y curiosidad..., y otra cosa.

—No —miente.

Anthony le está mirando a los ojos, no ha dejado de hacerlo en ningún momento. Tiene los puños cerrados a los lados de su cabeza y puede notarlos temblar, sus labios están separados y se le ve muy desorientado.

Le aparta el flequillo, y su mano se queda en la mullida mejilla.

Quiere probar más de este sentimiento. Quiere sentirlo por completo, sea lo que sea.

Agarra los muslos de Anthony, sus grandes manos abarcan un amplio espacio antes de hincar los dedos en la carne y atraerlo con vehemencia. De su garganta brota un gemido ronco cuando le golpea las entrañas.

—Marc... —musita, perdido.

Aunque es él quien tiene el miembro enterrado, sus mejillas están ardiendo y sus ojos son incapaces de abrirse por completo.

La imagen de Marc es algo que le costará olvidar. Sus hombros están en tensión porque sus brazos le están presionando contra él, sus dientes muerden con fuerza su propio labio inferior y la geometría de sus facciones dibuja una expresión que lejos de aparentar sumisión le lleva a querer rendirse ante él y prestarle obediencia hasta el fin de los tiempos.

Su grueso miembro está erguido, y descansa en el aire porque no tiene que ser él quien trabaje esta noche... Es todo, simplemente es todo: su pelo negro absorbente, sus celestiales orbes azules, la perfección de sus labios

separándose para soltar un gemido que no puede sonar más varonil ni más necesitado...

Esconde la cara en el cuello del mayor, embrollado por el cúmulo de emociones que se le arremolinan en la cabeza y el pecho.

—Anthony... —jadea él.

Marc le coge las mejillas y junta sus bocas. Su lengua se abre paso para jugar a merced con la otra. Y debe parecerle muy apetitoso su sabor, porque no puede hallarse un pedazo de carne que quede sin acariciar. Se entierra profundamente.

Anthony gime con su boca conquistada, pierde la noción del tiempo y la vergüenza cuando empieza a jadear sin cuidado.

Entonces lo comprende.

No están haciendo nada distinto a todas las noches anteriores, porque sigue siendo Marc quien le está follando a él. El regio torso palpita bajo el suyo, soberbio, sublime; una deidad de la lujuria que solo él tiene el privilegio de encarar.

Marc se separa para acallarse. Un hormigueo le pica los dedos, una corriente de lava se desborda desde su estómago en todas direcciones y le achicharra las extremidades.

La coalición es excesiva.

Rompiendo la tradición, es Marc el primero en hacerlo. Libre de opresión su pene se desborda entre sus piernas. Su torso se cubre de una espesura blanca que le salpica hasta el pecho.

Maravillado, Anthony se frena poco a poco hasta pausarse. Pero las piernas de Marc se le ajustan al cuerpo, le retienen impidiendo romper la unión.

—No pares —le advierte.

Sin haber recuperado la respiración ni el pulso, Anthony traga saliva y sigue moviéndose. Sus torsos se pegan al abrazarse, y el semen de Marc se reparte en la fricción.



Levanta los párpados dejando al descubierto un par de orbes marrones, pero no ve nada. Sin un haz de luz, la oscuridad inunda la habitación.

Despega la espalda, pero se queda inmóvil. Espera volver a oírlo para

asegurarse de que no está en su cabeza.

No tendría que haberse quedado viendo esa película de terror a hurtadillas desde la escalera el otro día...

¡Otra vez! ¡Lo ha escuchado otra vez, ese sonido raro!

Se levanta sin mucha seguridad y la moqueta acaricia sus pies descalzos. Tiene mucho sueño, pero es capaz de sostenerse, y no tiene miedo porque no está sola. El Señor Pingüino la protege.

Sin encender la luz sale al pasillo. Se mueve deprisa en solo cinco pequeños pasos que separan su puerta de la de enfrente.

Da dos suaves toques antes de entrar y la abre directamente. Acostumbrada a lo de siempre, va a reprochar a su hermano por sus farfullos nocturnos, pero se acerca muy despacio por si acaso.

Porque, vale, sí, hasta ahora el cien por cien de las veces esos extraños murmullos del abismo salían de la boca de su hermano, ¿pero y si hay un día que no, que es otra cosa? Porque puede ser un millón doscientas cincuenta y siete cosas distintas, está calculando a groso modo. Dinosaurios, vampiros chupasangre, un perro salvaje, un espíritu enfadado...

Joje, ¿por qué tuvo que ver esa película? Debería de haberle hecho caso a mamá, pero sus hermanos la estaban viendo tranquilamente en el sofá y ella también quería verla, ella también quería ser mayor...

—Hermanito, cállate —se queja.

Como no le contesta camina un poco más, y cuando descubre que el castaño no está, el sueño le desaparece de golpe.

Se aferra con fuerza al peluche y se queda quieta en mitad de la oscuridad. Silencia hasta su respiración, pero no oye nada más.

Hay algo en el cuarto, no está sola. Está segura segurísima porque puede sentir la perturbación en el aire. Debe ser el monstruo que se ha comido a su hermano.

Reuniendo un montón de valor, ella y el Señor Pingüino salen corriendo de la habitación tan rápido que el monstruo no se lo espera y no les sigue, y cierran la puerta para que se quede encerrado ahí dentro.

El pasillo está más iluminado, con un aura azul que tampoco le transmite mucha confianza, pero ya es algo. Suspira y sacude la cabeza, porque es evidente que los monstruos no existen, y ella no es una cría, ya lo sabe... De todas formas se aleja de la puerta sin quitarle la vista de encima.

¿Y si Anthony no está aquí entonces dónde está?

No hay luces en el salón. Camina muy despacio. Los dos baños están abiertos y no hay nadie. La puerta de mamá está cerrada, pero siempre lo está. ¿Habrá llegado ya?

Va a comprobarlo cuando vuelve a escuchar ese ruido. Pega un salto que hace volar al muñeco y pega la espalda a la pared mirando a todos lados.

Cuando afina el oído se da cuenta de que, sea lo que sea, viene del cuarto de Marc. Llena de miedo pero decidida a no permitir que el monstruo se lleve a sus dos hermanos el mismo día, agarra la manilla y abre la puerta un buen trozo.

—¿Hermano? —le busca desde el pasillo.

—¡...joder! —farfulla uno en voz baja.

—¡...no sale, no sale...! —susurra el otro.

—¿Hermanito?

Anda hasta el centro de la habitación y se les queda mirando. Ellos discuten con los ojos, forcejean en silencio, al final Anthony da un tirón fuerte y se queda la sábana entera mientras Marc se las apaña con la colcha.

Con el corazón atravesado en la garganta, Anthony se sienta envuelto hasta el cuello. Marc se queda agazapado debajo de la colcha, tiene cubierta hasta la cabeza.

—A-Annie. —Tiene que toser para aclararse—. ¿Qué pasa...?

—¿Por qué dormís juntos? —inquire, y avanza un par de pasos.

Anthony entra en cortocircuito sin saber cómo reaccionar. Ni él ni Marc llevan una sola prenda de ropa encima, todas están desperdigadas por la habitación. Reza al cielo y a todas las religiones y a todos Dioses por que frenen los pasos de su hermana, porque él no tiene ni idea de qué puede hacer.

—Anthony tiene miedo —dice Marc. Resurge asomando solo la cabeza—. De la peli de la otra noche —añade.

Anthony cierra los ojos. Es una excusa estúpida. Pero dicha con su siempre impasible cara de póquer y su tono estable puede resultar creíble.

—Ah, ¿sí...? —Se mira los pies frenando el paso—. Yo... Yo también... —musita, y Anthony puede volver a respirar más o menos como una persona

normal.

Menos mal que Annie todavía es muy inocente. Se muerde el labio. Espera por favor que considere este momento tan burdo que no le parezca necesario recordarlo cuando sea mayor.

—Sí, me da mucho miedo... —intenta darle veracidad, aunque con ese tono tan débil hubiera sido mejor quedarse callado.

—¡Vamos a dormir todos juntos! —exclama Annie. Se da la vuelta para recoger el peluche que se ha quedado fuera.

Los desorbitados ojos verdes buscan los azules, y Marc no puede hacer otra cosa que levantar las cejas. Él tampoco tiene ni idea de cómo arreglar esto. Por lo menos si pudiese alcanzar sus bóxers sería menos violento.

Anthony carraspea.

—Mira, no cabemos los tres... —balbucea, y se corrige—: *Los cuatro*, en la misma cama...

—El Señor Pingüino puede dormir aquí —dice ella. Coge una camiseta tirada en el suelo, la arruga y hace un pequeño nido.

Anthony ha contenido la respiración. Agradece a las leyes de la física y a todo el universo por haber colocado la prenda dos centímetros más cerca que sus calzoncillos que están justo al lado.

Así que sin más, abandona a su peluche favorito en el suelo y busca sitio para subirse a la cama.

—N-no... Mira, mejor no... —Le dificulta tímidamente ocupando más espacio—. Vamos a estar incómodos... No hay sitio...

Marc se incorpora.

—¿Y todos tus amigos? —dice, señalando el peluche. Las sábanas se le deslizan por el torso, dejan a la vista parte de su pecho desnudo—. ¿Vas a dejar que duerman solos?

Eso parece frenarla. El silencio absoluto se apodera de la habitación mientras piensa. Anthony se sorprende al escucharse los latidos, y se avergüenza todavía más si cabe, preguntándose si ellos también pueden escucharlo o solo retumba en sus orejas.

Un momento después Annie se encoge de hombros.

—No pasa nada porque están todos juntos.

No le da más vueltas. Intenta hacerse un hueco empujando a su hermano.

—P-Pero, tendrán miedo... Ah... Suelta la manta...

Como una bendición llovida del cielo, el pitido del teléfono les salva el culo. Se quedan todos callados, escuchando el sonido en la lejanía. Viene del salón.

—¿Quién llama por la noche? —protesta ella poniendo los puños en las caderas.

Anthony ve la luz.

—¿Puedes... Puedes traer el teléfono? —le pide, con los ojos suplicantes. Se agarra a la última oportunidad como si le fuese la vida en ello, porque si Annie se entera, o si su madre llega a enterarse, le va a faltar mundo para correr.

Sí, definitivamente ese es su plan. Salir corriendo hasta fundirse con la lejanía, desaparecer para siempre para no tener que volver a mirar a la cara a su madre después de todo lo que ha estado haciendo por las noches con su supuesto hermano.

—Joo —se queja la niña. Pero hace caso, sale del cuarto.

Esperan unos segundos, estáticos y en completo silencio. La escuchan caminar por el pasillo, encender la luz y bajar las escaleras. Entonces se activan.

Anthony aparta las sábanas con violencia y salta de la cama. Recoge la ropa esparcida con una velocidad de otro planeta y las telas vuelan de un lado a otro en mitad de la oscuridad con los chicos tratando de descifrar cuál es suya.

Con la etiqueta al revés, la camiseta de pijama de Marc y los calcetines a medio poner, Anthony se asusta una barbaridad cuando la puerta vuelve a abrirse. Mira a Marc para ver si a él también le ha dado tiempo, y suspira aliviado al ver al azabache peinándose tranquilamente los mechones.

—Es para ti —dice Annie, le extiende el teléfono a Anthony.

—¿Para mí? —pregunta extrañado.

¿Quién y por qué va a llamarle en mitad de la noche?

—Sí, me ha dicho que le pase con un adulto —aclara.

Sin fiarse mucho, se acerca el teléfono a la oreja.

—¿Sí? ¿Quién es...?

Marc se sienta a orillas de la cama. Coge en alto a la pequeña y la sube en una de sus rodillas. Ella se ríe y mueve los brazos con alegría, le gusta mucho el gesto.

Él suspira.

Annie está muy despierta ahora, va a ser un incordio esperar a que se duerma otra vez. Y desde luego ya se ha acabado el sexo por esta noche. Para todas las noches de la semana probablemente, porque Anthony se las pasará preocupado con esto.

¿Cómo ha podido pasar? No se ha dado cuenta de que estaban levantado la voz. La próxima vez tendrán que tener muchísimo más cuidado, o atrancar la puerta de alguna forma...

—¿Qué...? —musita Anthony. Su voz suena quebrada de pronto—. Sí... Sí...

Marc, con la pequeña jugando en sus piernas, le mira. Anthony tiene los ojos abiertos apuntando a la nada, y sus labios forman un círculo que la palma de su mano acude a cubrir.

—¿Qué pasa? —susurra Marc.

—Vamos para allá... —dice, antes de colgar.

Se queda un rato en silencio, mirando el teléfono apagado entre sus manos. Cuando levanta la cabeza, Marc curva las cejas. Está haciendo esa expresión que pone justo antes de llorar.

—Es del hospital —dice—. Mamá ha tenido un accidente.

Deus ex un hijo de puta

Salta del coche con el motor todavía encendido, tampoco se molesta en cerrar la puerta. Con las deportivas desatadas de un pie, el pijama mal puesto y el corazón en un puño, cruza el carril contiguo sin pararse a mirar si vienen coches, salta los escalones de tres en tres y no se estrella contra la puerta automática porque se pone de lado para no tener que aminorar la marcha.

Marc le imita, pero en el tiempo que le lleva rodear el coche del señor Miller el chico ya ha entrado en el edificio.

—Gracias —le dice. Va implícita la carrera y el hacer de canguro de Annie, que está en casa con su mujer.

Cierra la puerta de Anthony y echa a correr detrás de él.

Se frena en la puerta automática, que tarda como infinitos segundos en abrirse. Dando un par de pasos confusos lo busca en todas direcciones. Lo ve en la recepción, apoyado en la barra con la cabeza escondida entre los brazos.

—Dicen que no podemos verla ahora —le informa Anthony cuando se acerca—. Que tiene que descansar.

Es muy complicado entender lo que dice porque sus hombros no dejan de temblar y las palabras le salen a trompicones.

—¿Han dicho como está?

—Ahora viene la doctora —gimotea, y despega la frente del poyete para echarse encima suya. Marc lo acoge, le aprieta los hombros y le acurruca entre los brazos. Anthony habla, pero con la nariz apretada contra su pecho, las lágrimas y los gimoteos, es imposible entender qué dice.

—Tranquilo. —Agacha él también el rostro. Se quedan callados, en medio de un llanto que Anthony no es capaz de controlar—. Seguro que se pondrá bien —le susurra. Aunque es una frase estúpida. Se siente estúpido por decirla.

No tiene idea de qué decir para hacerle sentir mejor. Odia los hospitales. Todas estas paredes blancas, este olor a plástico nuevo y a desinfectante... Todo siempre limpio después de usado, todo preparado para el siguiente que venga a morir.

—¿Por qué está pasando esto? —gimotea el castaño.

Como no hay nada que vaya a ser mejor que el silencio, Marc no habla. Lo cobija y lo apretuja contra su pecho para darle todo el calor que pueda, y está tan descolocado que lo único que se le pasa por la cabeza es lo irreal de la situación.

Nunca se había imaginado tener una familia a estas alturas, y nunca se había imaginado tener que ver cómo se pierde.

Pero sus azules no se cubren ni su cuerpo tiembla, porque no se siente con el derecho a hacerlo. Ellen no es su madre. ¿No es una falta de respeto estar triste? Se limita a sostener a su hijo, a hacerle saber que no pasa nada, y que si llega a pasar él estará aquí, porque él ya ha vivido esto...

Ah, pero es que Anthony también ha vivido esto ya. Porque por escoria que fuese, su padre desapareció de esta misma forma: un accidente de coche.

Maldice al tráfico, el capullo que inventó el automóvil y al malnacido que descubrió el petróleo. ¿Cómo se atreven a hacer sufrir al ser más puro que ha existido en el planeta? ¡Maldición! Y él es un inútil, no sabe qué decir o hacer para ayudarlo.

—¿Familia Summer? —Les mira la doctora. Lleva un portafolios en la mano y está muy seria. Sus ojos se ven tan vacíos que hasta Marc se asusta.

Anthony se separa al instante y recorre los dos escasos pasos que le distancian de la mujer.

—¿Cómo está? —Se seca los ojos con el antebrazo de mala manera.

—Está estable —dice. Anthony se queda exactamente igual—. Ha sufrido un accidente grave. Se ha roto el brazo izquierdo, la pierna derecha, dos costillas, la rótula izquierda, tiene un traumatismo en la cabeza...

Anthony traga saliva mientras enumera.

—¿Y entonces qué pasa? —solloza. Da un sonoro respingo antes de poder decirlo en voz alta—: ¿Se va a morir?

Aunque se ha intentado preparar, le crecen las lágrimas. Marc le pone las manos en los hombros desde atrás.

—No, no. La hemos operado de urgencia y tenemos que ver cómo evoluciona, pero todo apunta a que va a recuperarse —dice, y por fin Anthony puede respirar tranquilo. Más o menos.

—¿Podemos verla? —Sus ojos verdes brillan suplicantes. Cubiertos de agua parecen volverse aún más verdes.

—Todavía no, pero venid conmigo.

Se meten en el ascensor y se pone a mirar unos papeles. No parece que vaya a decir nada, pero Anthony no deja de mirarla.

Tiene los ojos hinchados y la nariz enrojecida, y está asustado.

Estira los dedos, los acerca a los de Marc, se cuela entre ellos tímidamente. Cuando los nota, Marc toma su mano entera. La aprieta con fuerza entre la suya más grande y acaricia su reverso.

El ascensor avisa con un elegante *ding* y la doctora sigue andando. En esta planta los pasillos son mucho más silenciosos, no se ve a ningún civil. Pasa un enfermero empujando un carrito pero lo hace con extremo cuidado.

Los lleva hasta una esquina del edificio, a una sala de espera más pequeña y más cómoda. Hay incluso una mesita con revistas apiladas, pero se ve que son de cotilleo y del siglo pasado.

—En un rato os avisaremos para que podáis pasar a la habitación, pero con los calmantes que le hemos puesto es poco probable que despierte en muchas horas.

—Gracias, doctora... —se resigna. Dobla las rodillas para sentarse y todo eso, pero está tan tenso que parece quedarse flotando en el aire. Sus dedos bailan nerviosos en un puño que se junta y se separa todo el rato.

La mujer se va y Marc coge sitio. Le para los dedos interponiendo su mano en medio y llevándose una consigo.

—Se va a poner bien —le dice.

—No es justo. —Zarandea la pierna con nerviosismo, la sube y la baja todo el rato. Ahora parece más furioso que triste, pero es muy raro verle así. Parece un pollito con un cuchillo—. ¿Sabes que me dijeron por teléfono? Que quien iba en el otro coche se dio a la fuga.

—Ya lo pillarán, ahora hay cámaras por todas partes.

—¿Cómo es posible que la culpa sea de él y no haya tenido que venir al hospital?

Se pone a soltar palabrotas, que en realidad no lo son tanto, y maldice a quien quiera que haya sido. Marc le frota un hombro mientras se desahoga.

—Que lo atropellen a él. Quiero que se muera —escupe de pronto.

Marc levanta los párpados. Nunca lo ha visto así. Entre las ojeras, el pelo desaliñado y las cejas inclinadas con furia, no parece Anthony.

—Lo pillarán.

Anthony suspira antes de cubrirse la cara.

—¿Qué le voy a decir a Annie? —musita recostándose en él.

—«Mamá va a estar unos días en el hospital» —representa el azabache.

—Pero es una niña. A los niños no se les dice esas cosas... ¿no?

—Es Annie, no es tonta. Además ya has oído que Ellen se va a poner bien.

—Que es probable —le corrige. Carga los pulmones otra vez, angustiado —. Oye voy... Voy un momento al baño —avisa incorporándose. Siente toda la cara pegajosa, quiere echarse agua fría.

—¿Quieres que te acompañe?

—Estoy bien.

El baño está al lado, desde aquí puede ver cómo se enciende la luz y se escucha el ruido del agua.

Marc inclina tanto la barbilla que su cabeza se apoya en el respaldo. Está siendo una puta mierda de consuelo, no está ayudando para nada a Anthony. Aprieta los ojos y respira aliviado. Menos mal que Ellen está bien. Ver a Anthony devastado con la muerte de su madre es lo último que quiere imaginarse.

Se palmea la cara y se echa atrás el flequillo. Qué horrible pensamiento, no sabe por qué considera siquiera esa opción tan nefasta.

Se levanta, y se estira. Con las manos en los bolsillos anda unos cuantos pasos sin saber a dónde va. Hay demasiada tensión en todo este ambiente tan silencioso, le pone de los nervios.

Al girar la esquina hay una puerta de cristal transparente, y se lleva una agradable sorpresa cuando descubre que es una terraza. Se cierra sola a su

espalda.

El espacio es minúsculo, es un saliente de cemento en mitad de otras dos paredes del edificio. El suelo está lejos, estarán en un tercero o un cuarto. Se apoya en el bordillo y respira.

Cómo pueden cambiar las cosas en una hora.

Hace un rato estaba con Anthony en la cama aguantándose las ganas de decirle que ha dejado el trabajo, y ahora está aquí, en el hospital, esperando a ver si Ellen...

Se rasca la nuca. Agradecería muchísimo un cigarrillo ahora mismo, pero lo único que se han llevado de casa es la ropa puesta. Ah, y está intentando dejarlo.

—Sigue viva. —Suspira ampliamente—. Efectivamente, eres un inútil. ¿Tú que parte de solo amenazar no entiendes?

Marc se incorpora. No puede ver a nadie, pero no suena lejos. Y juraría que le es familiar.

—Yo te dije que el dinero no iba a servir. Sí pero esta tía es distinta, es tonta, yo que sé. —Hace una pausa. Parece que está hablando por teléfono—. Me importa tres cojones, Alejandro. Solo tenías que hacer una cosa y ahora se ha liado todo.

Marc mira hacia atrás, y hacia abajo. No hay nadie en el pasillo ni en el aparcamiento. Las paredes de ladrillo no le dejan ver los lados, pero sea quien sea está hablando desde una terraza.

—Me parece muy bonito, pero si no se muere estamos en las mismas. —Inspira, y expira sonoramente—. Claaaro, seguro que sí, porque seguro que no va a ir a la policía después de esto. ¿Eres tonto? No, Alejandro, era para hoy. No me vale mañana, no me vale el viernes.

Sus cejas negras se levantan.

—¿Jota? —susurra, afinando el oído. Qué casualidad. ¿Qué está haciendo él aquí? Desde luego nada legal.

No le interesa mucho pero sigue escuchando casi sin querer.

—¿Yo? —Se ríe audiblemente, y luego sigue hablando en un tono algo más bajo que a Marc le cuesta oír—. Yo no me mancho las manos, para eso estás tú. —Jota suspira profundamente, y no le ve, pero puede imaginárselo

masajeándose la sien. Es algo que siempre hace cuando está conteniéndose antes de gritarle a alguien—. Es un hospital, aquí hay cámaras y seguridad. No. No, esta es la última porque cumplió la mayoría de edad hace dos meses.

Marc se separa del muro. ¿Dos meses? ¿Mayoría de edad? Saca los dedos y hace cuentas. Las repite tres veces para estar completamente seguro. Él cumplió años hace dos meses. ¿Pero qué le importa a Jota...?

Su corazón se pausa y su estómago se queda sin aire al rehilar lo que han dicho. Están hablando de él. Están hablando de Ellen.

—Mira, tú verás lo que haces. Es tu problema, habla tú con ellos. ¿El móvil lo cogiste, no? Menos mal, una cosa que has hecho bien.

—¡Jota! —grita con todas sus fuerzas.

Se hace el silencio y puede estar seguro.

Escucha la puerta de la otra terraza abrirse, y él también empuja el cristal de mala manera y aprisa. Su furia es visible en sus cejas y sus puños apretados. Mira hacia izquierda, hacia derecha, pero no está. Debe estar un piso más arriba o un piso más abajo.

—¡Marc! —Apenas se ha girado cuando Anthony se le tira en un abrazo, tiene que retroceder un paso para no caerse—. ¿Dónde estabas? ¡No te veía y me he asustado! —le echa en cara en un gimoteo.

Su enfado se disipa, lo sustituye por un pobre intento de disimulo.

—He salido... —Carraspea—. He salido a tomar el aire.

Tiene que buscar a Jota, tiene que encontrarlo. Tiene que agarrarlo y confirmar lo que cree que ha pasado, y sacarle la información a puñetazos; pero el cuerpo de Anthony se encarama al suyo y sus dedos se le enredan en la camiseta.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Marc —musita. Ha estado llorando otra vez, se le nota en la voz—. No sé como pasaría por esto solo.

—Se aprieta contra el mayor buscando el abrazo de vuelta.

Y Marc abre la boca, pero de sus labios no emerge más que aire. No le devuelve el abrazo, no le mira porque tiene la vista perdida en el fondo del pasillo. Sus párpados están tan abiertos que sus azules muestran la circunferencia completa. Jota está ahí, con su expresión vacía. Su mano imita una pistola.

«No pasarías por esto, no tendrías que estar pasando por esto si yo no estuviese aquí».

Se le aprieta un nudo en la garganta.

—Lo siento —susurra con la voz quebrada—. Lo siento mucho.

Le cubre el rostro con los brazos para que no pueda verlo, y su cuerpo se torna con el del menor. Se interpone entre ellos. Y Jota hace otro gesto, se cubre los labios en una advertencia que amablemente le exige silencio.

—No pasa nada —dice Anthony, que no entiende por qué se está disculpando si no ha sido para tanto.

Con la cabeza escondida en su pecho, no ve la expresión rota de Marc cuando ese índice le llama.



El enfermero abre la puerta del cuarto.

—Está dormida —dice.

Anthony es el primero en entrar, pero con paso dudoso. Teme lo que pueda encontrar. Su corazón se espachurra al verlo: postrada en la cama con los ojos cerrados está su madre. Tiene la pierna y el brazo escayolados y la cabeza envuelta en una venda blanca. La cuenca de sus ojos está amoratada, ella entera está llena de moratones.

—Mamá... —No la toca, no se acerca del todo.

—No puede oíros ahora. Cuando se le pase el efecto de los calmantes podréis hablar con ella, pero solo un rato.

—Mamá, soy Anthony... —musita de todas formas.

—Ahí tenéis mantas y almohadas. —Apunta a un armario que hay en la esquina.

Marc le asiente dándose por enterados, y él se va.

Se queda al lado de Anthony, sin decir nada.

No sabe cuánto tiempo han estado esperando fuera, pero deben ser las tres o las cuatro de la madrugada ahora. El cielo está ennegrecido porque la media Luna ilumina muy pobremente.

—Anthony —le requiere en un susurro—. He pensado... En ir a traer

unas cosas, para pasar la noche aquí. —Desvía la vista—. Ropa, dinero, comida, esas cosas...

—¿Te vas? —es lo único que expresa.

Marc cierra y abre la boca dos veces antes de contestar.

—Sí, pero ahora... Ahora vengo... —Se va apagando a cada palabra.

—Bueno... —acepta, y le dedica una pequeña sonrisa, porque a Marc también se le ve muy triste ahora. Le ha cogido más cariño a su madre de lo que pensaba—. Tráeme chocolate —pide.

Marc se da la vuelta pero no llega a salir, le mira de nuevo. Anthony no entiende qué pasa o qué se ha olvidado.

Sus ojos verdes se ven tan apagados después de tanto llorar que se le parte el alma.

Se inclina sobre él para juntar sus labios, pero acaba desviando el beso a su frente. No es más que un breve roce, pero se alarga en el tiempo. Le está sujetando el antebrazo con la mano, con demasiada fuerza en realidad.

Cuando se separa parece querer decir algo importante.

—Anthony... —murmura, los brillantes ojos le están mirando, y las palabras se le atascan. Tiene que sustituirlas por otras nuevas—. Tienes la camiseta al revés —dice.

—Ah... No me he dado cuenta. —Sonríe avergonzado.

Marc también sonríe, la curvatura es apenas apreciable.

Cierra la puerta despacio al salir.

A punto de echar a correr, la voz del señor Miller le pilla tan desprevenido que las puntas de sus pies quedan levantadas del suelo. Se le acerca, se está acercando. ¿Qué quiere este señor? Se puede ir ya a su casa.

—¿Cómo está? —le pregunta.

—Bien... Mal... —No tiene ganas de hablar con este hombre que no conoce de nada ni le importa en lo absoluto—. Voy al baño.

Camina apresurado hasta girar la esquina.

No sabe a dónde tiene que ir o qué quiere Jota porque tampoco entiende qué está pasando. Mira en todas direcciones, y como no ve a nadie, sigue andando.

En cuanto vea a ese capullo va a agarrarle de la camisa, no le importa lo que pueda decirle, no le importan sus amenazas. Si ha tenido algo que ver con el accidente de Ellen no habrá palabra que pueda pronunciar para evitar la muerte. A cada paso sus puños se aprietan más, sus cejas se agudizan y le importa menos empezar una pelea.

A su espalda, un sonido metálico. Un punto frío se le marca en la espalda.

—No hables —dice alguien, y su furia se queda en pausa, porque esa no es la voz de Jota, y lo que le oprime tras el abdomen no son unos dedos.

—¿Quién eres? —Trata de mantener el tono, estático en la oscuridad del pasillo.

—Caminá. —Le empuja. Es una mujer.

Con el metal presionándole no se atreve a girarse para verle el rostro, y ella tampoco dice nada más. Con sus indicaciones, que consisten en empujones hacia izquierda o derecha, bajan por las escaleras de emergencia.

Tiene que pensar algo rápido. Tiene que hacer o decir algo ahora mismo, pero se ha quedado pensando en bucle en quién es esta tipa y por qué cojones tiene un arma dentro de un edificio público.

El metal de la puerta arrastrándose resuena en todo el aparcamiento. El olor a gasolina le satura la nariz y la falta de humedad le comprime los pulmones. Hay poca luz, no hay casi coches, a excepción de un Jeep con los cristales tintados al que parece que se están dirigiendo.

Su enfado se va y su cuerpo se tensa aún más. Lo único que entiende es que es probable que no vaya a vivir más de hoy. Ni siquiera más de cinco minutos.

—Oye... —Intenta no sonar asustado, pero es muy difícil. El corazón no deja de darse cabezazos en su pecho y no entiende qué ha pasado desde que estaba en la cama con Anthony hasta llegar a este punto. Considera seriamente que esto sea solo una pesadilla, pero no se despierta, y la presión del arma en su espalda parece muy realista—. No sé por qué haces esto, pero no tiene que morir nad...

Una venda le cubre los ojos, una puerta se abre y unos brazos le arrojan dentro. No le da tiempo a seguir hablando.

- 12 -
El Podio

—Lo sentimos. Es que es... *raro*.

La mujer asiente. Su ceño fruncido y su mirada entristecida le apuntan a él, que lo ve todo desde el coche. La ventanilla del conductor está ligeramente abierta así que también puede escuchar la conversación.

Al final, la mujer camina hasta el coche y le abre la puerta.

—Marc, baja, por favor.

Coge su mochila, se baja del elegante Mercedes metalizado y sigue caminando hasta el edificio sin reparar en la pareja que le observa en silencio a un lado.

Cruza la puerta él solo, saludando al guardia con un escueto levantamiento de mano y este le responde del mismo modo. Cruza el pasillo, entra en la habitación, y tira su mochila a la litera desde lejos. Los muelles viejos se quejan en un crujido cuando él va detrás.

Suspira brevemente observando las tablas de la cama de arriba antes de acomodarse para alcanzar la mochila.

Saca una consola recién salida de la tienda, le da vueltas buscando el botón de encendido y la prende. Se escucha un breve pitido cuando la pantalla muestra la primera imagen.

Los demás niños le están mirando desde lejos.

—Lo han devuelto otra vez —dice alguien, sin molestarse en controlar mucho el tono.

—¿Qué habrá hecho...? —musita otro en voz más baja.

—¿Cuántas van ya? —Se ríe uno más mayor.

El azabache gira el rostro, sus profundos azules encaran las voces que enseguida se silencian.

La mujer de antes entra en la habitación y los niños se tapan para fingir que están dormidos. Ella cruza los brazos en el pecho, pero como es muy tarde

tampoco les regaña.

—Marc —le llama. Recostado con los zapatos sobre las sábanas, la mira de mala gana. Parece que la mujer va a decir algo porque se toma un momento para coger aire, pero al final solo evoca un largo suspiro—. ¿Has cenado?

—Sí.

El chico sigue prestándole atención a la consola. Ella le observa preocupada. Esta escena se está repitiendo demasiadas veces.

Una sola vez siendo devuelto ya es demasiado para un chico de doce años y para cualquier menor de edad, pero es que Marc lleva en tan solo año y medio cinco familias distintas.

—Vale. Mañana hablaremos, ahora apaga eso y duerme.

—Voy —dice. Pero ni apaga la máquina ni deja de pulsar los botones.

En otras circunstancias le quitaría la máquina y la metería en un cajón con llave del que no saldría nunca, pero ni siquiera ella, que ha visto de todo, tiene el valor para quitarle el juguete que su última familia express le ha regalado.

—Quítale el sonido al menos —suspira.

El chico obedece. Solo se escuchan sus dedos pegando en los botones de plástico.

Con el ceño fruncido, la mujer apaga la luz y sale del cuarto.

Los niños se refugian del frío en las colchas, se escucha un murmullo suave de algunos que están hablando.

Su personaje pixelado se cae al vacío y un letrero tapa la pequeña pantalla: «Game Over». Le sacan al principio del juego y resopla.

No va a volver a empezar desde el principio, ni siquiera es divertido. La tira con descuido al suelo y se ladea en la cama. El ambiente es frío, pero no tiene tanto como para cubrirse ni tiene ganas de rebuscar el pijama en la mochila.

Se pierde en las líneas que dibuja la luz de la ventana en las tablas de madera. Frente a él, pegada a la pared, hay otra litera que no está ocupada. Tampoco lo está el colchón sobre el suyo, pero no es casualidad. No quieren acercarse a él porque dicen que está maldito.

Se ahueca la almohada bajo la cabeza.

Esta vez ha sido mucho más rápida que las anteriores, no ha llegado a cumplir las dos noches en esa casa. Flexiona las rodillas, tratando de acomodarse. Es una pena, porque el colchón de anoche era muy cómodo, no le hubiese importado estar allí un par de días o semanas más.

Inevitablemente, como hace siempre después de repetirse varias veces que no le importa, se lo cuestiona:

¿Qué ha hecho mal?

Cierra los ojos tratando de recordarlo.

Llegó a la casa, le acogieron con una fila de sonrisas, como siempre, entonces le dieron comida y objetos inútiles como ese cacharro con dibujos... Él no ha hablado demasiado, pero es que tampoco le han dejado tiempo, ¿qué puede haber dicho o hecho mal en menos de cuarenta y ocho horas?

Evoca un tembloroso suspiro, sus párpados se aprietan con fuerza para contener el líquido. No va a llorar, no está triste. Está furioso.

Esas personas han resultado ser horribles, así que está mejor sin ellas. Sí, está mejor solo, como siempre.

—¿Estás llorando? —susurran muy cerca, y él abre los ojos de golpe. Se incorpora lo que puede sin chocar la cabeza con la cama de arriba. Con la manga se apresura a quitarse las lágrimas.

—¿Berna? ¿Qué haces aquí?

La chica sonrío visiblemente. Sus ojos azules y su cabello rubio relucen en mitad de la oscuridad.

—¿Me has echado de menos? —se burla. Se abre un hueco en la cama y cuando se tumba bota todo. Las patas de la litera chirrían un poco contra la madera desgastada.

—¿Qué ha pasado? Te fuiste hace meses.

Ella se encoge de hombros.

—Me adoptaron —dice—. Pero ahora vuelvo a estar libre.

—¿Te han devuelto? —pregunta sentándose en una esquina. Apenas caben los dos, su rodilla tiene que descansar sobre la pierna de la muchacha.

—Sí, bueno. Suele pasar, ¿verdad? —Suelta una risita.

—Sí... —Él le evita la mirada, sus ojos se quedan en la almohada engurruñada. Pero ella los busca.

—¿Estás triste?

—No, no. —Menea la cabeza—. Solo estoy cansado. —Esboza una fina sonrisa. Y cambia de tema—. Mira lo que me han dado.

Se agacha para recoger la máquina que ha tirado antes. Se la tiende a la chica y ella la coge sin tener mucha idea.

—¿Qué es esto?

—Es una consola, tiene juegos. —La rubia le da vueltas, toca los botones y se sorprende un poco cuando la pantalla se ilumina de repente—. Me lo ha dado mi última familia.

—Mmm... —Empieza una partida. Se muere todo el rato, pero empieza otra curiosa por ver de qué va esto.

El hombrecillo del juego va pegando saltos y esquivando a los enemigos y los agujeros del suelo. No es muy difícil al principio, pero se va complicando conforme avanza el mapa. Se la ve cada vez más concentrada.

—Te la puedes quedar —dice él—. A mí no me gusta.

—¿En serio? ¡Vale! —acepta inmediatamente, vaya a ser que se arrepienta.

El brillo de la pantalla ilumina por momentos sus ojos azules y sus largas pestañas apenas emiten un parpadeo. Su entusiasmo hace que el azabache sonría un poco.

Decir que se alegra de que vuelva a estar en el orfanato sería cruel, aunque sea cierto; pero es que ella es la única que no le mira con desdén o miedo. Probablemente porque los dos están en la misma situación, a ella también la han devuelto ya unas cuantas veces.

Marc no puede explicarse por qué. Que lo devuelvan a él, con su cara de pocos amigos, todavía; pero la chica no tiene un poro de maldad en el cuerpo. Su pelo es largo y rubio como las princesas de cuento y tiene los ojos azules parecidos a los suyos pero sin estar rodeados de ojeras y morado.

—Oye, ¿quieres ver algo chulo? —Tira la consola en la cama.

Se levanta, y tiene que subirse a la primera barra de la escalera porque no llega desde el suelo. Agarra algo de su mochila y con una inmensa sonrisa se lo tira a Marc.

—¿Chocolate? —lee sorprendido. Hace siglos que no prueba un trozo de chocolate. Aquí solo les dan comida “sana”, y todo sabe a pasta, pollo o periódico.

Ella se lo quita de las manos. Arranca un trozo que se mete en la boca enseguida y otro más para el chico.

—¿De dónde lo has sacado?

Berna se ríe. Con la boca llena de chocolate y los mofletes hinchados es un poco difícil entenderla.

—¿Quiéres sabef un secfeto? —Sonríe. Marc asiente.

Esconde el chocolate en la almohada, se pone los zapatos y con un gesto silencioso le indica que se acerque la ventana. En cuanto la abre entra una brisa congelada.

—¡Cerrad la ventana! —protesta alguien.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta Marc, confundido.

—Sígueme —dice antes de saltar.

Él abre los ojos al máximo, y corre a asomarse. ¡Están en un segundo piso!
¿¡En qué está pensando...!?

Pero no ha pasado nada, no ha ido a suicidarse. Berna está recolgada en la tubería del agua y se desliza con suavidad hasta que pega un pequeño salto al final.

—Venga, baja —le insta con una sonrisa divertida. La cara de estupefacción que se le ha quedado a Marc está para foto—. ¿No serás un gallina? —le pincha.

Marc, para nada seguro, mira adelante y atrás. Se engancha a la tubería con mucho cuidado y muy fuerte. Desciende a trompicones y no respira tranquilo hasta que sus pies tocan el suelo.

—¡Te has dejado la ventana abierta! —le regaña ella—. ¡Ahora tienes que volver a subir!

—Ah...

El azabache, aunque no se mueve, mira hacia arriba. Ella le agarra la mano, y cuando Marc le mira se ríe de él en toda su cara.

—¡Era broma, que les den! —grita.

Y echa a correr, se lo lleva con ella.

Trepan por la caseta de la luz ayudándose el uno al otro y saltan la valla de metal. Corren de la mano muchos metros y a toda velocidad. Los puntos de luz se vuelven rayas irregulares, y sus zapatos pisan con fuerza el asfalto. Se alejan lo más que pueden del edificio.

Cuando ya no pueden verlo ni en el horizonte, cuando ya han salido de la manzana sin pararse a tomar un suspiro; el azabache frena poco a poco. Tiene que ponerse las manos en las rodillas para inclinarse y recuperar un poco de aire.

Es muy tarde y hace mucho frío, pero su cuerpo ahora está caliente y se lleva los temblores.

—¿A dónde vamos? —jadea exhausto.

La chica se ha parado también un par de metros más adelante. Vuelve atrás con los brazos en jarra y llena los pulmones echando un vistazo a los negocios que rodean la carretera. Todos están cerrados porque ya es muy tarde. La única luz que hay es la de las farolas.

—¿Quieres saber por qué me da igual que me devuelvan? —dice. Marc levanta la cabeza. Respira antes de poder hablar.

—¿Por qué? —pregunta, y se cuestiona si de verdad eso es posible.

Con las mejillas coloreadas por la carrera, su pelo baila en el aire cuando se gira de pronto; parece no querer ceñirse a la aburrida gravedad.

—¡Porque ya tengo una familia! —exclama. Su sonrisa es gigantesca.

Marc la mira sin comprender. Ella coge aire, alza el pecho, y sus manos se expanden en el cielo vislumbrado un letrero invisible.

—La Familia —dice. Su gesto regio de repente, soberbio. Es muy raro verla así. A Marc se le hace raro verle las cejas casi rectas y no curvadas para todos lados.

Más calmado, puede erguirse también. Usa los nudillos para apartarse un poco de saliva que se le ha acumulado en la comisura.

—¿Qué familia?

Ella se ríe, pero no le responde. Le coge de la mano y se lo lleva caminando esta vez más despacio. Los dedos de Bernadett están muy fríos, contrastan con la calidez de los suyos más grandes.

La sigue con las cejas curvadas.

No sabe a dónde van, y no sabe cómo va a trepar por la tubería antes de que la señora Petters se de cuenta y les castigue limpiando las habitaciones de todo el orfanato.

En la esquina de un edificio, junto a un mal asfaltado callejón estrecho y mojado, hay una escalera hacia abajo y una puerta roja. Sobre ella tintinea un neón dorado como el oro. Tiene fundidas varias letras, pero puede leerse: «El podio de la libertad».

Berna se ha parado aquí.

—Vamos —le insta. Baja los escalones y pega cuatro toques acompasados a la madera.

Un hombre adulto la abre. Intercambian un par de palabras, ella se ríe y el tipo se aparta para dejarla pasar. Llama a Marc, y tiene que volver atrás para agarrarle la mano porque se ha quedado empanado en el letrero como un mosquito.

El pasillo es largo y oscuro, pero puede ver una luz al frente. Es roja y lo tiñe todo de un tono cálido que no aminora la sensación de asfixia de las paredes que se antojan demasiado cerca.

Cuando Berna abre la siguiente puerta, tiene que cerrar los ojos. Hay luz por todas partes, un centenar de bombillas le observa fijamente, y cambian todo el tiempo. Amarillas como el oro, rojas como la sangre, moradas como dedos congelados en invierno... Y hay ruido, muchísimo ruido. El de los cubiertos tintineando en los platos, el de las risas jocosas de los hombres al fondo, el del espectáculo del escenario.

—Berna...

Las bailarinas contonean las caderas en un escenario de gruesas cortinas de terciopelo rojo con dos bastones dorados a cada frente. Recorren la extensión del metal dorado dejando un reguero de plumas saltando al aire en cada giro.

Berna camina hasta la zona de los sofás saludando a algunas personas. Marc se pega más a ella, mira en todas direcciones. ¿Por qué viene Berna a este sitio? Quiere irse. No tendría que haber venido.

Las tablas del escenario crujen con los pasos de las mujeres, que danzan ignorando las miradas lascivas de quienes las observan desde abajo copa en mano.

—¡Pero si es Bé! —exclama un chico. Tiene un puro en la mano y se lo aparta cuando le da dos besos. Marc se queda a unos metros, clava la vista en

la pared sin saber qué hacer.

—¿Este es tu amigo Marc? —dice otro.

Él los mira enseguida. ¿Por qué saben su nombre?

—Sí. ¡Marc, ven! —Berna se ha acomodado en el sofá. Le palmea un hueco al lado suya—. Estos son Joe, Afro y Tere —dice.

Le saludan y él los imita, pero está tan incómodo que ya no recuerda los nombres. Todos son mucho más mayores que ellos, sobre todo el que está en medio.

—Berna... —le susurra—. Creo que yo me voy a ir...

—Ey, Marc, ¿te gusta el billar? —le pregunta uno.

—No... —Apenas se le oye. Se aclara la voz y contesta más alto—. Nunca he jugado.

—¿Que nunca has...? ¡Este chico nunca ha jugado al billar!

Marc no entiende dónde está la gracia, pero dos de ellos se están riendo. Muy fuerte, además.

—¿Quieres jugar, Marc? —le sonríe Berna.

Va a contestar, pero el adulto le precede.

—Déjalo que coma algo antes. —Tiene la voz rasposa.—. ¿Te gusta la ternera, Marc?

—Pues... Sí, claro. —Su estómago le secunda.

Le ha mentado a la señora Petters. No ha comido nada desde la merienda. No quería escucharla decir las mismas cosas de siempre en mitad del enorme comedor y en completo silencio.

El hombre chasquea los dedos ganándose la atención de un camarero. Parece que con ese gesto lo entiende todo porque no llega a acercarse a la mesa.

—¿Qué cosas te gustan, Marc? —pregunta otro. No dejan de pronunciar su nombre, por cortesía, supone; pero le está crispando los nervios.

¿Hasta qué punto les ha contado Bernadett de él?

Marc la mira a ella. Porta una radiante sonrisa y parece estar muy cómoda. Él solo puede preguntarse qué coño está haciendo aquí, y cómo demonios ha conocido Berna este sitio, cada cuánto viene, por qué viene.

—El... El baloncesto —se inventa.

—El baloncesto —repite el chico, acomodándose. Le da un trago a su copa.

—Marc, Bé nos ha contado sobre ti —dice el hombre de la voz rasposa. Él mira a Berna con recelo, y ella se excusa elevando un poco los hombros. No ha dejado de sonreír en todo el rato—. Nosotros también fuimos como tú. Huérfanos. Sin hogar, sin familia —cuenta. El azabache presta algo de atención—. Estuvimos en varias casas, nos adoptaron buenas familias.

Tiene que dejar de mirarle porque el camarero le pone delante un enorme plato con carne y patatas. El olor de la salsa le invade las papilas y empieza a salivar como un perro. Mira el señor de reajo preguntándose si está mal que empiece a comer mientras le habla, pero este le hace un gesto con la mano que le da permiso.

—Siempre nos acababan devolviendo —prosigue mientras el chico devora el plato—. A Afro siete veces, a Tere diez. Fue duro. ¿Pero qué te voy a decir? Me parece que tú ya sabes cómo va eso. —El chico le escucha sin dejar de comer—. Estábamos tristes, cansados, enfadados... Hasta que llegamos aquí. Esto que ves —Extiende los brazos al local—, es ahora nuestra vida. Nuestra familia.

Marc, con los mofletes llenos y la boca manchada, le mira entre sus despeinados mechones azabache.

—La gente cree que, solo por compartir sangre, la lealtad y el compromiso vienen implícitos, como si al nacer firmásemos un contrato. —Ladea la barbilla, parece disgustado por eso—. Pero Marc, las buenas familias se construyen, se cuidan, se unen por las circunstancias. Las familias de verdad son las que están ahí en los momentos difíciles, dónde los integrantes se apoyan los unos a los otros pase lo que pase. ¿No es eso una familia, Marc?

—...Sí, supongo...

El hombre sonrío.

—Para nosotros esto que ves es nuestra casa. Estas personas de aquí son nuestra familia. Estaríamos dispuestos a liarnos a tiros para proteger a

nuestros hermanos. —Se ríe a carcajadas.

A Marc le parece bastante macabro y exagerado el ejemplo que ha puesto, pero asiente cortésmente.

—¿Tienes hambre o sed? Aquí tenemos comida y bebida. ¿Necesitas dinero? Nosotros te buscaremos un trabajo. ¿Estás cansado del orfanato? Puedes vivir en uno de nuestros pisos, con otros hermanos. —Recuenta las posibilidades despegando uno a uno todos los dedos de una mano.

—¡Aquí puedes tener lo que quieras! —exclama uno de los chicos jóvenes.

Deja de comer un momento, observa al hombre mayor. La mano de Berna se posa y aprieta la suya. Cuando la mira, su cálida sonrisa le impacta en el pecho.

—Dime, Marc. —El hombre se inclina ligeramente al otro lado de la mesa. Su tono se ha adulzado ahora, pero queda raro, le da escalofríos—. ¿A ti te gustaría pertenecer a nuestra gran familia?

—¡Seríamos como hermanos de verdad, Marc! ¡Como hermanos de sangre! —exclama Bé a su lado.

Por primera vez desde hace mucho tiempo, los labios del azabache se curvan hacia arriba, y sus ojos se expanden con curiosidad. ¿Es eso realmente posible? ¿De verdad puede por fin dejar de estar solo?

Pensando en que tampoco tiene nada que perder, no le lleva demasiado tiempo decidir; de sus cuerdas surge un monosílabo:

—Sí —responde. Bé se le tira encima en un abrazo.

Marc se aparta los mechones rubios de la boca. Sus ojos azules relucen bajo la tenue luz de los focos, y sus labios se separan.

La sonrisa que se le dibuja en el rostro es inmensa.

Tic, Tac. Vamos, Marc

El azabache permanece en completo silencio. Tiene los brazos atados tras la espalda, los ojos tapados y las rodillas sobre el suelo del coche. No se atreve a abrir la boca con el metal de la pistola apuntándole a las sienes.

—¿Para qué coño lo has traído? —habla alguien. No puede ver nada, pero está a la izquierda, justo al lado de él. Su voz es muy tosca y ronca, parece alguien muy mayor; o muy demacrado por el tabaco.

—Preguntá a Jota.

—¿Por qué coño lo has traído, Jota?

El mencionado chasquea la lengua.

—Se ha enterado —contesta otro.

—¿Cómo que se ha enterado?

—Le ha escuchado hablar por teléfono —dice. Su voz es más calmada, y también parece mayor. Al menos mucho más que el resto.

—Eso da igual ahora —se queja Jota, tratando de cambiar de tema—. Tenemos que pensar qué vamos a hacer.

—¿Cómo que qué vamos a hacer? Solo se puede hacer una cosa —se jacta el de la voz ronca. Parece algo desesperado, o nervioso, o simplemente colocado.

—No vamos a hacer eso —habla el tipo calmado.

—¿Y para qué me habéis llamado entonces? Estaba con una piba, sabéis. Me habéis hecho malgastar veinte pavos.

—Billy, yo te pagaré la prostituta, pero cierra la boca y piensa algo útil. —Jota está muy serio, como siempre, pero en su voz puede apreciarse un atisbo de nerviosismo.

Quizás es muy estúpido en un momento como este, pero si la cagada de

Jota va a costarle algo, Marc no puede evitar alegrarse para sus adentros.

Se quedan un momento en silencio. Solo se escuchan las caladas de un cigarrillo, el gruñir de alguno de ellos. Es un instante, pero el tiempo parece alargarse hasta el infinito.

—Alejandro es gilipollas —chista uno—. ¿Cómo la ha podido cagar tanto?

—Che, era su primer laburo. —Cree que solo hay cuatro personas en el auto, porque la que acaba de hablar es la misma que le ha empujado hasta aquí.

—Y ya no le van a dar más. —Se ríe el tal Billy—. Él va a ser el próximo «laburo» de uno de nosotros.

—Callad, no me dejáis pensar —habla el tipo serio.

—No hay nada que pensar, esto es muy sencillo. —Se inclina al azabache. Marc desvía un poco el rostro. El aliento le apesta a cigarrillo—. Verás... —estira la palabra como buscando otra.

—Marc —completa Jota.

—Verás, *Marc*, a ver cómo te lo explico. ¿Tú te acuerdas cuando tus familias te devolvían todo el rato?

—¿Qué crees que vas a hacer? —le corta Jota de un empujón.

—¿Qué pasa? Si ya lo sabe, por lo menos que sepa por qué va a morir.

—No va a morir nadie todavía —repite el calmado. Billy bufá.

—¿Y para qué coño me habéis llamado? Yo me largo.

—Espera, Billy —se apresura en retenerle Jota. Suena muy desesperado—. Te pagaré. Os pagaré a todos.

Billy resopla, recostándose en el asiento de nuevo. Se prende otro cigarrillo.

—Buenas, Marc, yo soy el Sr. White —le saluda cortésmente. Es el tipo serio—. Te preguntarás qué haces aquí. —Le habla con tanta educación y tranquilidad que al azabache se le eriza el vello. Asiente de forma queda respondiendo a su pregunta—. No queríamos matar a tu madrastra. Tenemos

un compañero... no muy listo, que ha tenido un problemilla con ella y, en fin, como puedes ver la cosa se ha descontrolado un poco. Ahora la mujer sabe unas cosillas nuestras que no debería, así que, te va a hacer gracia; ahora sí tenemos que matarla.

—¿Por qué...? —Le cuesta que le salga la voz—. ¿Por qué yo...?

—No es nada personal.

—De qué... ¿De qué sirve esto, White? —Increíble, Jota hablándole con respeto a alguien.

—Eso, el pibe también lo sabe, ¿de qué serví decírselo?

—Me abuuurrooo...

—Joder Billy, cállate un momento.

—Solo mávalo —dice, cansado. Escucha el ruido de otra pistola siendo manipulada.

Marc traga saliva, tan confuso que sus ojos ni siquiera se han molestado en mojarse, pero estaría mintiendo si dijese que le viene de nuevas todo esto. Puede que si hubiese estado más atento, o si le hubiese importado más, habría visto antes la cara B de La Familia.

¿Pero qué quieren de él, y por qué ahora?

—He dicho que todavía no —repite White muy despacio.

—Guarda eso, Billy.

—Sos un pelotudo.

—¿Qué coño tenéis que pensar?

—No levanteis la voz —pide Jota, desesperado.

—Silencio —reclama White.

—No hay nada que pensar, no hay otra. ¡No sabía que erais todos mariquitas!

—¡Guardá la pipa, Billy!

—¡Dejad de gritar! —grita Jota.

—¡Solo es un *pum*, luego vamos a por unas cervezas!

—Que ganas de cagarte a trompadas.

Marc respira con dificultad.

La situación es tan surrealista que le cuesta encontrarse en el presente en lugar de sentirse presenciando una mala escena de una película mafiosa. Pero la pistola es de verdad.

Y si él se muere, ¿qué pasará con Anthony?

Probablemente acabe superando la pérdida, porque tampoco lleva tantos meses en casa como para ser un peso que le acompañe toda la vida.

Coge aire por la boca suavemente. Por lo menos estos últimos meses han sido increíbles. Solo puede pensar en lo mucho que se alegra de haber sabido que es posible ser feliz. Aunque le haya durado tan poco.

—Mirá, hacé lo que queráis.

—Billy, no. No.

—Jota, escucha. Nadie te va a cargar nada, en todo caso la pagarán con Alejandro.

—Pero...

—Tuvimos que actuar rápido —apoya White, recreando la justificación que van a dar.

—¿Vos está hablando en serio?

Se hace el silencio, y Marc contiene la respiración.

—¿Estás seguro, White...?

Una bolsa le cubre y se le aprieta al cuello. No está ceñida, pero no puede respirar bien. Solo puede sentir su aliento cada vez más escaso, sus bocanadas más desesperadas tratando de tomar el aire faltante, el plástico contrayéndose a su alrededor.

¿Se supone que tiene que quejarse? ¿Se supone que tiene que revolverse y... Intentar evitar esto? ¿Serviría?

—Es lo que tenemos.

—Venga va, lo haré yo —hostiga Billy.

—Bueno... —exhala Jota. No suena muy convencido cuando lo dice—: Hazlo...

Su cabeza se inunda de recuerdos. Le recorren la mente de una punta a otra. Su infancia entera, el rostro de su madre biológica, los niños del orfanato que se metían con él, su primera amiga Berna, las familias que le

adoptaron y devolvieron, Ellen recogíendole del orfanato...

Y Anthony.

Ya no lo va a ver más.

El beso que le ha dado hace unos minutos ha sido el último. Esta noche le ha abrazado por última vez. Hoy le ha hecho el amor por última vez... Porque lo ha hecho, ¿no? El amor, con Anthony. Es eso lo que hacían todas las noches, ¿no? Y llora, en silencio, con los labios apretados y el corazón en pausa.

Ni siquiera sabe qué son ellos.

Nunca le ha dicho lo que siente por él. Tampoco sabe qué es lo que siente. Ah... Anthony... La única persona en este mundo que le hace llorar por tener que dejarlo. Sonríe amargamente. Si no le hubiese conocido no le importaría esta situación, estaría dispuesto a morir.

¿Por qué tiene que irse cuando ha empezado a ser feliz?

—Matamos a este, subimos ahora y matamos a la otra, y ya está —dice Billy, enroscando el silenciador, y Marc abre los ojos.

No, ahora no. No pueden subir ahora. Anthony está en la habitación con su madre, no pueden.

Dios mío. Va a morir él, va a morir Anthony y va a morir Ellen. ¡Van a morir todos! ¡Van a morir todos por su culpa...! Tiene que haber otra opción, tiene que haberla... ¡No puede ser así, después de todo no puede terminar así...!

—¡Esperad! —grita Marc, consumiendo el aire restante—. ¡Yo lo haré, yo la mataré!

—¿Cómo dices? —pregunta Billy, divertido.

—Lo haré por vosotros. —Su tono se intuye ligeramente más calmado, trata de aparentar decisión lo mejor que puede—. Así sabréis que no voy a denunciaros. No me delataría a mí mismo.

—¿Que coño estás diciendo, Marc? —gruñe Jota.

—Puedo hacerlo, ya he matado antes. Jota lo sabe.

Todos se giran al mencionado. Él se encoge de hombros.

—En los informes de comisaría pone que su padre murió en “extrañas circunstancias”.

—¡Fui yo, yo lo maté! —grita desesperado. Luego se aclara la voz, intenta volverse serio otra vez—. Y puedo volver a hacerlo.

—¿Mataste a tu padre? —repite Billy, y se echa a reír.

Le quitan la bolsa y puede volver a respirar con normalidad. Le quitan la venda y puede verles las caras. El coche tiene asientos a ambos lados, la parte del conductor está separada por un cristal.

Son más o menos como había imaginado. El que ronda los cuarenta es el Sr. White, seguro, porque es el único que lleva traje. No quiere ser racista, pero que sea negro le sorprende un poco.

El azabache se queda en silencio, todos le están mirando y no con una sonrisa. Cuando vuelve a pronunciarse ya no hay desesperación en sus palabras, solo un inmenso vacío, un tono excesivamente calmado.

—Lo maté con mis propias manos. —Sus ojos helados como escarcha—. Puedo matar a quien sea.

—¿De verdad lo estáis considerando? —habla Jota, nervioso viendo cómo el problema se estira—. ¡No nos podemos fiar de él!

Marc achina los ojos, buscando calcinarlo hasta la desaparición.

—La mato, y me dejáis en paz —insiste. Ni un palmo de su rostro ejecuta expresión alguna.

—¡Vamos a matarlo y ya está! —apura Jota.

Le ha tenido mucho asco a este capullo muchos años, pero comparado con el resto de presentes parece un niño pequeño pisoteando el suelo en una rabieta.

—Espera —le interrumpe White, pensativo. Le mantiene la mirada al azabache, a esos ojos azules inmensamente fríos. Ninguno de los dos evoca un mísero pestañeo—. ¿De verdad lo harás?

—Sí —responde de inmediato.

White se recuesta en el asiento. Mete un dedo en el cinturón y suelta unas carcajadas suaves.

—Muy bien —dice. Le tiende un arma.

—¿¡Pero qué coñ...!?

—Cállate, Jota.

La argentina le desata las manos, y él se soba las muñecas. Se le ha quedado un visible socavón donde tenía las cuerdas, le arde la piel. Toma el arma, pero el hombre no termina de soltarla.

—Sin trucos. Demuestra tu fidelidad a La Familia.

Marc asiente, y la puerta se abre. Billy le acompaña, le sigue un par de pasos atrás, y otros dos más allá va la argentina, le vigilan de cerca.

White cierra la puerta. Ni él ni Jota salen del coche.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Sabes cuántas cosas pueden salir mal...?

—jadea Jota angustiado.

—Querías que lo arreglase, es lo que hago.

—¡Pero no estás arreglando nada! ¡Le has dado un arma a una persona que íbamos a matar! —Esconde la cara entre las rodillas, la presión puede con él, no puede manejar una situación así, es demasiado.

Y sabe bien qué pasa con los que le fallan a La Familia.

—¿No dijiste que en el hospital hay cámaras? —El chico asiente sin comprender. El hombre abre el minibar. Toma tranquilamente uno de los vasos de cristal para servirse—. El chaval mata a su madre, le pillan, y va a la cárcel. Dos pájaros de un tiro.

Jota traga saliva.

—Joe se enfadará por perder a un huérfano... —musita.

—Yo hablaré con él. Venga, ven —Le invita señalando el asiento a su lado. Jota acude despacio—. Ya no tienes que preocuparte.

Sus palabras se vuelven más arrastradas. El hielo tintinea cuando le acaricia la mejilla con el índice.

—Le echaremos toda la culpa a Alejandro —le dice White.

Él asiente pobrementemente.

Sin pensar

El azabache camina por el pasillo, oprime la goma de sus zapatos portando su característica pose seria y decidida, y su gesto frío e impenetrable. Aparenta rectitud y sus mechones negros pasan veloces sobre su mirada clavada al frente.

Con las manos en los bolsillos, sus dedos rodean la culata, y cierra sus ojos llenos de ojeras para respirar. Le siguen, puede escuchar sus pasos.

Necesita pensar.

No puede matar a Ellen, es la madre de Anthony. Porque ni falta hace decir que es la mujer que se ha jugado la vida para mantenerle en casa considerándole de verdad familia.

Tiene que haber otro modo. Es solo que aún no sabe cuál.

¿O de verdad este es el final? Es una sensación extraña, porque aún sabiendo que corre peligro su corazón late normalmente, sus pulmones no se hinchan ni se contraen más de lo adecuado y sus ojos no derraman lágrimas... Porque no tiene tiempo para eso.

Tiene que pensar algo.

Ellen sabe algo que no debería saber, algo relacionado con él, algo relacionado con La Familia. ¿Y qué es? ¿Cómo es posible que no sepa el motivo exacto por el que peligran sus vidas?

Tiene que pensar, ¡joder, necesita tiempo para pensar, que se callen esas putas voces de su cabeza, que se esté quieto todo el mundo, solo un puto minuto, joder!

La argentina y el tipo se quedan fuera, el abre y cierra la puerta con extremo cuidado.

Anthony está recostado en el sofá, se ha quedado dormido. No le extraña, después de todo lo que ha llorado y de lo tarde que es lo raro es que haya aguantado tanto.

En mitad de la habitación a oscuras y en silencio, saca la pistola de su

bolsillo, y la contempla por primera vez.

Nunca ha usado una pistola, nunca había visto una de cerca, y sin embargo ahora está sujetando una en su mano, sin embargo, ahora mismo va a usarla.

Así que estas son las opciones. O muere Ellen, o mueren todos. Se supone que tiene que ser fácil escoger. A Ellen la van a matar de todas formas, lo haga él o lo hagan ellos. Ni siquiera habría una diferencia notable de minutos.

No parpadea, alza el brazo y con él la pistola. La mantiene en el aire y sobre la punta queda la mujer postrada en la cama.

La van a matar de todas formas —se repite.

Como no parpadea, la fina capa cristalina que cubre sus cuencas se desborda. Su mano trata de mantenerse extendida, tiembla en el aire y traquetea el metal en un ruido suave.

Anthony va a odiarle, pero va a seguir vivo.

Anthony...

Anthony le ha dado un hueco en la familia, ha confiado en él desde el principio. Ha dejado que le bese, que le abrace, que le acaricie el cuerpo por las noches... A él, que es un miserable, a él, que no ha hecho una sola cosa buena en la vida.

A él, que pretende matar a su madre.

Con las lágrimas dificultándole la visión, baja el arma.

No puede hacerlo.

Por supuesto que no puede hacerlo, es imposible que lo haga.

La mira, a la dama de metal, y ella le mira a él. Siempre pensó que las pistolas de frente se veían redondas, pero no es verdad. Cara a cara es más bien rectangular, y el tacto es frío y no huele a nada. La habitación al completo carece de olor, y el ambiente silencioso se le pega en la piel y le trepa los pulmones; es asfixiante.

Coge la manta doblada que hay sobre el reposabrazos y la usa para tapar al menor. Luego, se arrodilla ante él. Y le observa, desde abajo. En silencio.

Esos tipos están fuera. Si él sale ellos van a entrar. Si no han entrado es porque están esperando a que dispare para quitarse de en medio, para que venga la policía y le arresten solo a él, por eso se la han dado sin silenciador. No es idiota.

Mira a su alrededor, buscando. Lo que sea, cualquier cosa, una idea para salir de aquí y que todo vuelva a ser como hace unas horas. Cuando vuelve a

mirarle se sorbe la nariz.

—¿Qué hago...? —musita con la voz doblada.

Si dispara al aire vendrán médicos o policías. Entonces ellos se irán corriendo para que no les pillen, y a él le harán muchas preguntas por tener un arma... Pero se estarían salvando todos, y estaría...

Ah. Pero ellos saben donde viven.

Aprieta los ojos y los dientes. Si hace eso solo retrasaría las cosas. De hecho, podría estar metiendo a Annie en la ecuación si aparecen por casa.

Se levanta y retrocede un par de pasos.

Anthony morirá si no mata a su madre, y sufrirá, y le odiará si lo hace.

Pero Anthony no puede odiarle. Él no... Él no soportaría separarse de Anthony ahora que lo ha conocido y le ha dado un motivo para moverse, para hacer cosas. Después de ver la luz no puede replegarse a esa horrible oscuridad. No. Otra vez no. Nunca más. Antes que eso preferiría..., antes preferiría...

Inhala profundamente, y luego lo exhala todo.

Su corazón se acelera, sus párpados se cierran con cansancio, porque puede que haya otra opción.

Ellen tiene dos hijos, si quiere mantenerlos a salvo no contará nada de lo que ha pasado. Que le vea a él morir sería como, un aviso. ¿Puede funcionar, no? Pensará que era él, el niño raro al que adoptó por pena; quien estaba metido en algo turbio, simplemente, y se olvidará y se centrará en sus verdaderos hijos.

¿Es posible, no? ¿Es posible que las cosas sucedan de esa forma? Deben hacerlo, porque él ya no puede pensar en nada más.

Y está cansado.

Y lo ha pensado tantas veces. Tantas, tantísimas veces... Eso de *irse*, así, sin más. Lo ha pensado tres veces cada día, durante toda la línea de su vida hasta la cual puede hacer memoria. Es en este exacto momento cuando se percata de que llevaba tiempo sin pensarlo.

Sonríe. Sonríe de verdad, y se contiene una carcajada. Al final sí que había personas buenas por aquí. Ha estado bien saberlo, ya puede volver a lo de siempre. Y lo que siempre ha querido lo tiene ahora en la mano al alcance de un botón.

Sería muy rápido, ni siquiera le dolería, ni siquiera tiene que pensar.

Además estaría salvando a una familia en el proceso. O, bueno, más bien arreglando su presencia. Porque Ellen, Anthony, Annie..., pertenecen a un mundo muy diferente. Ha estado intentando desesperadamente ensamblar el cielo al infierno, pero es imposible. Lo quema y lo consume todo.

Anthony va a sufrir también por esto, pero lo superará porque tampoco se conocen desde hace tanto tiempo. Llorará días, puede que incluso semanas, pero volverá a ser el de siempre.

Suelta aire por la nariz.

¿Por qué pensar eso le hace feliz?

Camina hasta el pequeño baño de la habitación repasando el plan. Dispara, ellos se van con el ruido, los médicos y los policías vienen... Incluso si Ellen cuenta algo, con armas de por medio y bajo un evidente peligro de vida o muerte, les meterían en eso de la “protección de testigos”, ¿no? No tiene pestillo, pero atranca la puerta más o menos con una cajonera con ruedas mientras se pregunta si de verdad va a hacerlo.

La luz está apagada pero no la va a encender... Hasta que se da cuenta de que ya no tiene la pistola en la mano.

Mira por el baño y retira la cajonera a toda prisa. Se la ha dejado en el brazo del sofá, cuando ha tapado a Anthony. La coge con apuro y se aleja un largo paso, como si el solo hecho de tener el pedazo de metal cerca de él ya fuese inconcebible.

Suspira con los ojos cerrados. Menos mal que Anthony sigue dormido.

—¿Marc...?

Su cuerpo entero se petrifica, su posición no cambia al oír la voz y no se atreve a abrir los ojos.

—¿Cariño, eres tú...?

Los azules resurgen, despacio, porque esa no ha sido la voz del castaño.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado...?

Marc abre la boca, aunque no tiene la más remota idea de qué quiere decir.

—¿Qué hago aquí...? —Ellen, confundida, observa el cuarto.

En la lejanía se oye un pitido que se va aproximando. La puerta se abre y la luz se prende, apenas le da tiempo a esconder el arma tras la espalda. Anthony se despierta del susto balbuceando, le cuesta un rato ubicarse.

La doctora apaga el busca y revisa algo en las máquinas.

—¡Mamá!

—Anthony...

—Mamá, estaba muy asustado. —Acaba de despegar las pestañas y ya está llorando.

—¿Qué ha pasado...?

—Ha tenido un accidente, Señora Summer. —Le ilumina las pupilas con una linterna—. ¿Lo recuerda?

—¿El qué...? —A Anthony se le encoge el corazón. Está muy confundida y llena de cables y vendas por todas partes.

La doctora le hace unas preguntas que Ellen contesta con un hilo de voz, negaciones o asentimientos de cabeza. Le hace una detrás de otra, son muchísimas. De cosas banales sin importancia y de datos un poco más exactos, como fechas o lo que ha comido. Los calmantes la mantienen en un estado que oscila entre el sueño profundo y el ligero.

—Señora Summer, necesita descansar —concluye después de un buen rato.

Marc se guarda el arma bajo las costuras del pantalón cuando la mujer se acerca. La sujeta en el elástico de los bóxers y la cubre con la camiseta.

—Parece que vuestra madre tiene una lesión cerebral... —empieza a decir.

—¿Q-qué es eso...? —le interrumpe Anthony enseguida. Eso es horrible, ¿qué demonios quiere decir? Que hable más rápido, o que se explique mejor. Ha dicho cerebral, eso es mal, eso es mal.

—Después de sufrir un traumatismo grave los pacientes pueden tener pérdidas de memoria —explica la mujer—. Parece que ella no recuerda nada de las últimas semanas.

—¿Y... Y eso es muy malo...?

—Es posible que recupere los recuerdos más adelante. —Marc traga saliva—. O puede que no lo haga nunca.

—Ah...

—Por la mañana le haremos pruebas para ver el alcance de la lesión.

Hasta entonces, necesita descansar. —Abre la puerta, pero se gira antes de salir—. Incluso si se despierta no dejéis que se levante de la cama.

—Vale... Gracias... —musita.

—¿No... No se acuerda...? —repite Marc cuando se ha ido.

Anthony esboza una minúscula sonrisa al observarla. Ellen tiene los ojos cerrados, parece que duerme o lo está intentando. Es pronto para alegrarse, pero se había imaginado un montón de cosas horribles, verla despierta le ha aliviado la presión del pecho.

Marc no hace expresión alguna, se queda inmóvil observando a la mujer, estático como un muñeco.

Anthony alza los brazos, le rodea las mejillas con las palmas.

—Tienes muchas ojeras. Más que de costumbre —susurra.

Se sienta en el sofá, extiende la manta y le deja un hueco a su lado que se pone a palmear. Lento y casi inconsciente, Marc se acerca. Se sienta con cuidado de que el arma no se le salga del pantalón y se queda sin apoyar la espalda en una postura increíblemente incómoda. Anthony se recuesta sobre él, sostiene la mejilla en su hombro.

—¿Tienes sueño? —le pregunta.

—No.

—Yo un poco... —dice, y se tumba. Le acurruca la cabeza en el regazo.

Marc se mantiene inmóvil. Sus pestaños están reducidos a la mitad. En algún punto Anthony empieza a roncar, y él se queda así, observándole.

En realidad sí está muy cansado. El calor le invade la sien instándole a cerrar los ojos, pero no se lo puede permitir.

En mitad del absoluto silencio solo interrumpido por los suaves resoplidos de la nariz del castaño y el regular pitido de uno de las máquinas, se siente bien. No quiere saber nada de lo que pasa detrás de esa puerta. No quiere salir, tampoco puede.

Ni puede hacer lo que le han dicho. No puede matar a Ellen y no puede matarse a sí mismo. No puede hacer nada más que esperar la muerte.

Cada minuto es exactamente igual al anterior: infinito, suplicante. Lentamente la oscuridad del cielo se va disipando, dando paso a una tonalidad anaranjada, rosada después, más tarde de un azul apacible y luego

de uno más intenso. Los rayos del Sol se cuelan por los resquicios de la persiana bajada.

Ellen se despierta, pero no llega a separar los párpados. Ladea el rostro a ambos lados, ubicándose. No le da tiempo a saludar cuando la puerta se abre y dos médicos entran carpeta en mano.

—Buenos días. —No es la misma señora de hace unas horas, debe haber terminado su turno.

—Buenas... —musita Ellen.

Los adultos revisan las máquinas, hablan entre sí y anotan cosas en una carpeta. Anthony se espabila con las voces.

—Vamos a realizarle unas pruebas cognitivas, señora Summer.

—¿El qué...? —Anthony se acerca, espeso.

—Tenemos que medir las funciones superiores del cerebro. La memoria, el lenguaje... Evaluamos posibles deterioros.

—¿Deterioros? —repite asustado.

—Es un examen rutinario después de un accidente —dice, volteando unas páginas—. Parece que vuestra madre presenta amnesia, pero tenemos que ver hasta qué punto —le explica para relajarlo, y luego se refiere a la mujer—. Solo son unos ejercicios.

Anthony mira a Marc, preocupado. El azabache le devuelve la mirada, pero su rostro no refleja expresión.

Los médicos suben las persianas, despliegan una mesa y unos pocos papeles. Anthony los observa de reojo, se sienta a ratos y se pasea nervioso en otros.

No sabe si va por puntos o cómo, pero su madre está hablando con normalidad, escribiendo cosas y respondiendo las preguntas que le hacen, a excepción de varias sílabas que se le alargan con dubitación.

—Bien, pues parece que está todo en orden —dictamina uno cerrando la carpeta. La cuelga a los pies de la cama—. Ahora vendrán a cambiarle las vendas, usted descanse, y no se preocupe, se va a recuperar. Ha tenido mucha suerte.

Anthony les despide dándoles las gracias, aunque sus ojos se achinan por

un momento. “Suerte” sería no haber estado a punto de morir en un accidente de coche.

En cuanto cierran la puerta corre a por la carpeta. Hay un montón de palabras que no entiende, cifras que entran en unos baremos de no se qué, medicinas con nombres muy raros que no sabe para qué sirven...

—Anthony... —musita la mujer, y se aclara la garganta. El chico deja la carpeta y acude de inmediato—. ¿Me traes agua?

—Voy. —Asiente enseguida, se pone a buscar la botella que sacaron anoche de la máquina expendedora.

Marc se levanta despacio. Coge la carpeta. Él tampoco entiende nada, además la letra de la doctora no ayuda, cada palabra es un solo trazo con rizados. «Amnesia post-traumática» pone en una página. Debajo hay anotaciones de lo último que recuerda, pero está muy vagamente redactado. «Trabajo», pone. Pero ella está siempre trabajando. En la siguiente página hay muchos números con decimales.

—Jolín, ¿Marc tú has movido la botella? —exhala Anthony. Marc niega sin dejar de leer—. Oye, ¿no habías ido a casa a traer cosas?

—No me he movido de aquí —miente.

—Ah, ¿no? —Se queda un poco descolocado. Aunque ha dormido un par de horas está muy cansado, parece que el día se ha estirado y todavía dura—. Lo habré soñado... —dubita confundido.

No entiende los papeles, no puede entenderlos porque no sabe nada de medicina. Sus cejas se destensan entonces.

No tiene ni idea de medicina, pero ellos tampoco. Se muerde el labio inferior, estresado y pensativo. Es una locura, es una mierda de idea, pero es lo único que tiene.

—El agua del baño es potable, lo pone ahí —apunta Marc. Hay un folio a *comic sans* junto a la puerta del baño.

—Ah, no lo había visto. —Coge la botella y se la lleva al baño.

Mira de soslayo a Ellen, que está despierta pero tiene los ojos cerrados. Mientras escucha el grifo saca un par de papeles de la carpeta.

—Voy a por un refresco —dice. Dobla los folios y se los mete entre la

ropa—. ¿Traigo algo?

—Yo quiero chocolate.

Marc pega un respingo, pensaba que iba a tardar más.

—Voy. —Rodea a su hermano y camina hasta la puerta de espaldas—. Ahora vengo.

—Vale.

Anthony llena un vaso que le tiende a su madre. Marc, con la mano en el pomo, le ve hacerlo sin llegar a salir.

—Anthony —le llama en voz baja. Cuando él le mira, Ellen lo hace también. Se queda en silencio sin saber ni para qué le ha llamado. Al final sacude la cabeza—. Nada —dice—. Ahora vengo.

Cierra la puerta con suavidad.

No esperaba una cordial bienvenida. Los hombres le agarran los brazos, animándole a caminar muy amablemente pero con disimulo porque ya de día hay gente en el pasillo.

En cuanto entran en la sección de las escaleras y nadie puede verles, le quitan la pistola y le empujan para que acelere el paso hasta el garaje. Los otros dos siguen en el coche, Jota está en una esquina y tiene la mirada anclada al suelo.

—No la ha matado —informa Billy en cuanto cierran la puerta. White suspira. Le obligan a arrodillarse de otro empujón.

—Qué decepción, Marc.

—Dos horas —esputa Billy, fastidiado—. Escondido en la habitación como una rata.

—¿Qué ha hecho? —pregunta White.

—Nada, no ha salido del cuarto ni ha llamado a nadie.

White enarca una ceja, interrogante. A ellos les viene perfecto que el azabache no haya abierto el pico, pero el chico debe ser bastante estúpido para desaprovechar una oportunidad así y dejarse coger sin más.

—Tiene amnesia —dice Marc.

Y se hace el silencio.

Por más que trata de mantener un gesto serio, se le va todo al traste cuando

White le cruza la cara en un furioso y certero puñetazo. La herida casi cicatrizada de su labio se abre.

—¿Me has visto cara de gilipollas? —gruñe. Billy le levanta del suelo de mala manera, su rostro se enfrenta al de White.

Su expresión cordial se ha volatilizado.

—Tiene amnesia —repite, tragando la sangre que le inunda la hilera inferior.

Se lleva otro fantástico puñetazo, esta vez en la otra mejilla. Marc jadea, la sangre y la saliva se le acumulan ahora en la boca.

—Pensaba que eras más listo.

Se deshace del agarre como puede para sacarse los papeles de la bragueta. Arrugados, los extiende en su dirección. Sus dedos sujetan el papel con firmeza aunque su extremidad no deja de temblar.

—¡Tiene amnesia! —repite, con las cejas flechadas y los ojos afilados; encara al mayor. Le agarran de las solapas de la camisa—. ¡Amnesia post-traumática! —grita bien alto.

White alza una mano en pausa, y el puño de Billy se detiene muy cerca.

—No recuerda el accidente, no sabe por qué está aquí —añade.

Se hace un pequeño silencio. White le mira fijamente, los otros dos no dejan de sujetarle y Jota le mira las caras a todos por turnos.

El señor recoge los papeles. Se pone a leerlos.

Jota da un respingo con todo el cuerpo.

—¿No le vas a creer, no?

—Si la mato os arriesgáis a que investiguen, pero no hace falta matarla, porque no se acuerda de nada —insiste. Le cuesta hablar, le duele mucho el labio.

Jota se cubre la cara y suspira profundamente. White no hace una expresión, y los otros, discuten entre sí.

—Si le matamos a él tenemos que matar nosotros a la vieja, y siguen quedando los hermanos —puntuá la argentina—. Entonces sí nos investigarían.

—Eso no importa. Derek y Mathew se encargarán de que la investigación

no vaya a ninguna parte, no es la primera vez.

—¿Y si le dan el caso a otro? ¿Y si hay problemas? —pregunta Jota, preocupado.

—Les matamos y sobornamos a otros maderos —obvia, y tira las manos al aire—. ¡Será por corruptos!

—Tu solución siempre es matar a todo el mundo. —La argentina rueda los ojos.

—Y funciona.

—No se acuerda..., no tenéis que matarnos —musita Marc.

Billy resopla. Toda la noche con esta tontería. Si Jota solo le hubiese llamado a él esto habría acabado en cinco minutos, pero nooo, tenían que traer al pesado de White.

—Se acuerde o no, no has cumplido el trato, colega.

—Cierto, vos sabés algo de nosotros pero nosotros no tenemos nada sucio de vos.

—Pero... Yo... Yo la mataría, pero... —Está pensando, pero no se le ocurre qué más decir, esperaba que eso fuese suficiente—. Si no se acuerda, es... Es arriesgarse para nada.

—Marc —le impone White. Dobla los papeles malamente y se los tira a la cara en un gesto cansado—. ¿Tú quieres mucho a La Familia, verdad? Ya sabes, esos que te dieron comida, cariño...

El azabache asiente.

—No diré nada, nunca jamás. Lo juro —suplica. No le convence, porque el hombre chasquea la lengua—. Ni siquiera sé bien qué hacéis, no me importa, no quiero saberlo —desmiente apresurado.

—Vamos a hacer una cosa —expone. Inclina el torso adelante, tiene las manos cruzadas—. Tú sabes cosillas de nosotros, pero nosotros no sabemos nada de ti. Es un poco injusto.

—Yo... Os he dicho que maté a mi padre...

—Sí, y eso es muy bonito, pero no tenemos pruebas. —Se recuesta en el

sillón con parsimonia—. Esto funciona así: nosotros te guardamos un secreto, y tú nos guardas otro.

—No voy a decir nada, no se lo voy a decir a nadie, de verdad, no sé nada. Billy se ríe y White ladea el rostro.

—Me conmueves, pero no es suficiente. Aquí somos más de creer en los actos que en las palabras.

—¿Qué queréis que haga?

—Pásate por el club mañana. Te buscaremos algo.

—¿Lo estás diciendo en serio? —habla Jota—. ¡Puede huir, puede contarlo!

—No tiene pruebas —dice Billy.

—Y eso no va a pasar —afirma White—. Nuestro Marc no es tonto, sabe que eso no le conviene, ¿cierto?

—...No diré nada. Haré lo que me digáis.

—Perfecto. —Eleva dos dedos, los repliega, y Billy abre la puerta. Lo empujan al suelo del aparcamiento de mala manera—. Marc, por si algún casual se te pasa por la cabeza... Sabemos dónde vives. Tú, Ellen, Annie, y... ¿cómo es el otro? Anthony, eso. —Perfila una sonrisa sádica.

Le tira los papeles y caen desperdigados por el suelo.

La argentina cierra la puerta, el coche arranca y él se queda tirado en el suelo. Los ve irse con los ojos bien abiertos, tratando de controlar su corazón a punto de explotar.

Ha sido real. Toda esta noche, todo esto. No es un sueño, porque por más que suplica no consigue despertarse.

El accidente, la pistola, esas personas... Todo ha sido real.

Y solo lo sabe él.

El color azul no existe

—¡Y tiene cuarenta metros de largo! —exclama Noah subiendo la rampa. Kyle camina más despacio, va observando anonadado la escena completa.

El olor de la brisa marina le llena los pulmones. Le cala las papilas a salado, y el cielo porta un azul suave y luminoso exento de nubes. Si se tumbase bocarriba y se quedase mirándolo fijamente, de buen grado creería que solo es un gigantesco folio azul lo que adorna sobre sus cabezas.

—Pensaba que iríamos a dar una vuelta al parque —admite, parado frente al yate amarrado en el muelle. La luz refleja en el blanco impoluto que le obliga a entrecerrar los ojos para no perderlos.

—Está nuevo, pero mi padre nunca viene —dice Noah ya subido—. Como siempre está trabajando —farfulla en voz baja.

—¿Sabes navegar? —pregunta impresionado.

Lo único que se superpone al sonido del romper de las olas contra el muelle es el sutil balanceo del barco.

—¡Qué va! —Se ríe a carcajadas—. Para eso está Frank.

Lo señala con el dedo. En el piso de arriba hay un señor apoyado en la barandilla, con un cigarrillo en la mano y un gorro de capitán en la otra. Kyle lo saluda algo retraído. Al lado de él hay una mujer con un uniforme de chef que también está fumando. Hay un par de personas más pululando, llevan toallas y cosas de una punta a otra pero cuando pasan cerca se les ilumina la cara con una sonrisa que siempre apunta al menor, y que a veces incluye un «señorito Noah» que deja a Kyle descolocado.

—Ven, te voy a enseñar cómo es por dentro. —Noah le agarra el polo. Lo conduce por el largo pasillo de imitación madera.

Las ventanas son tintadas, y encima del segundo piso hay una escalera que lleva a un trampolín. Huele sabroso a comida. No sabría decir con exactitud a

qué receta, pero está seguro de que es marisco. Su estómago gimotea porque ya es la hora del almuerzo.

—He visto que hoy hacía buen tiempo y le he dicho a Pit que lo prepare —comenta Noah. Kyle no sabe quién es ese tal Pit, pero tiene la boca ocupada en salivar. Se ciñe en procurar no derramarla por todo el suelo del impecable barco—. No sé si la conoces, pero la cocinera, Theresa Buncket, tiene un restaurante de cinco estrellas michelín en Florencia.

—No, no me suena... —musita cuando bajan la escalera.

Se veía grande por fuera, pero esto tiene que ir en contra de las leyes del universo. ¿Cómo cabe una estancia tan grande aquí abajo? Kyle la atisba un poco avergonzado. Cuando Noah visitó su cuarto debió sentirse como un ratón en una caja de zapatos.

—Esta es mi habitación —presenta el chico. Se lanza a la gigantesca cama y se saca los zapatos. Hay un armario que ocupa un lateral completo, tiene seis puertas—. La otra es la de mi padre pero no viene nunca.

—Así que por esto me has hecho vestirme así —entiende Kyle, mirándose las náuticas que Noah le regaló la semana pasada sin venir a cuento. Se siente rarísimo con ellas y no son para nada su estilo. Solo se las ha puesto para darle el gusto, y porque no sabe cuándo va a vestir esta cosa tan pija si no es para quedar con él.

—Obviamente —expone el menor con la palma levantada, y luego se desploma como una estrella en una nube de algodón—. No puedes subir a un barco sin ropa de barco.

Kyle le mira en pie desde la orilla de la cama.

—¿No me hubieras dejado subir? —bromea con una sonrisa socarrona.

—¡Claro que no! —Le agarra de las solapas del uniforme, y Kyle hinca una rodilla cuando Noah tira y le demanda subirse encima. Se entretiene en abrocharle y desabrocharle el mismo botón varias veces. No le está mirando cuando sus mejillas se hinchan y pregunta, bajito—: ¿Me has echado de menos?

Kyle sonrío enormemente. Noah tiene las cejas inclinadas como un reproche, y eso significa que no hay ninguna respuesta correcta. Le responde

con un pequeño beso en los labios, y añade:

—Mucho.

Enseguida Noah le empuja fuera.

—¡Mentiroso! ¡No te ha dado tiempo! —Protesta mientras le tira una almohada, que esquivo por los pelos y golpea el armario. Luego tira otra, y otra más. Kyle los esquivo entre risas, pero no puede con todos. La dichosa cama tiene muchas mini almohaditas de decoración, el suelo queda minado de tonos cobre y pastel.

Cuando el chico se ha cansado, Kyle se agacha y recoge unos pocos; los va devolviendo todos a su sitio. Él se sienta de un brinco y se pone en pie de otro.

—¿Has traído bañador como te dije? —inquire.

—Lo llevo aquí. —Se señala con el pulgar la mochila del instituto.

La deja en el suelo, y está tan llena de desconchones y marcas de bolígrafo que casi la esconde debajo de la cama. Se siente un poco incómodo en cada sitio al que le lleva Noah. Como si se hubiese colado a hurtadillas y en cualquier momento alguien fuese a señalarle y decirle que no es digno.

No quiere tocar ni romper nada porque seguro que vale más que toda su casa.

Corre la cremallera y saca un bañador oscuro. Como Noah le ha avisado con tan poco tiempo ha cogido el que tenía en la taquilla de hacer natación. Espera que no le regañe por no ser un bañador “de barco”.

—Voy al baño a cambiar...me.

No ha visto cuándo, pero Noah se ha quitado el uniforme. Lo ha tirado *todo* al suelo y tiene abierta una puerta del armario. Debate con minucia cuál de su colección de bañadores se va a poner. Su piel está muy blanca y sus pezones rosas erguidos, porque aquí no da el Sol y hace un poco de frío.

Parecía complicado, pero la piel de su trasero está más blanca que la de sus brazos.

Cuando se da la vuelta, ve que Kyle sigue señalando el baño. Inmóvil, como un muñeco de autoservicio.

—Venga. ¿A qué esperas? —le insta Noah—. Tengo hambre.

Pestañea cuando se reanuda. Menea la cabeza para devolverse las pupilas al tamaño correcto. Cruza el cuarto hasta el baño y se encierra dentro para

cambiarse.

—¡Estoy en la terraza! —le avisa Noah caminando al pasillo.

—¡V-vale! —contesta. Le ha salido un gallo horrible. Se aclara la voz para intentar arreglarlo—. ¡Ahora voy!

Noah sonríe con malicia. Primer paso del plan completado y no llevan ni cinco minutos aquí. Se le escapa una risita.

¡Hoy Kyle no se va a librar de darle sexo!



Con la barriga ya llena, observan el inmenso manto azul que se teje en todas direcciones, y cómo el agua se parte en dos para dejar paso al caballo blanco que surca las olas. Se han alejado mucho de la costa. La playa apenas es una fina línea en el horizonte.

—¡Qué caloor! —exhala Noah, bebiendo más zumo. Se lo han servido con tres hielos gigantescos pero ya están casi derretidos.

—Hoy hace mucho Sol —admite Kyle—. Es como si estuviésemos en verano.

Noah suelta un gruñido, porque todavía queda un montón para las vacaciones. Cuando Kyle se levanta para coger otro refresco de la neverita, se le enganchan dos ojos verdes que le atraviesan la entrepierna.

Noah adora ese bañador. Es decir, es de un azul horrible y no podría ser más soso ni más cutre; pero Dios, cómo pone cada cosa en su sitio. El vello le emerge del elástico, le sube por el abdomen y se le extiende como las hojas de un árbol por sus pectorales bien trabajados... Definitivamente ha sido una buena idea traerlo aquí.

—Saint Elizabeth —enuncia Kyle después de darle un trago a la *LocaCola*. Se apoya en el respaldo de su tumbona, y Noah le mira a través de sus enormes gafas de sol—.  Significa algo especial? Lo he visto al subir. Es el nombre del barco,  no?

Una gaviota sobrevuela el asta. La ha visto posarse antes en el palo puntiagudo de la proa. Son enormes esos bichos.

—Elizabeth era el nombre de mi madre —contesta Noah.

—Ah... —Kyle se yergue enseguida. Mira el mar, y luego el borde plateado de la lata. Los rayos rebotan en el aluminio como un espejo. Menos mal que él también lleva gafas—. Lo siento, soy tonto, tendría que haberlo supuesto.

—No pasa nada —zanja el chico—. No soy un crío.

Kyle recoloca la sombrilla. Tapa el torso de Noah, que el Sol ha ido descubriendo con paciencia y disimulo. Llevará medio litro de crema solar encima, pero su piel es tan blanca que solo el rebote de la luz ya debería prender hormigas.

—Fue cuando yo tenía ocho —añade, y a Kyle le pilla un poco por sorpresa. Pensaba que no querría seguir hablando. Noah recoge los pies y le hace un hueco en la tumbona para que se siente—. No me acuerdo mucho de ella. —Tintinea lo que queda de los hielos—. De verla en fotos, y eso, más que nada.

Kyle busca su mano sobre el cojín. Entrelaza la punta de sus dedos en silencio; pero Noah los aparta. Sujeta el zumo con las dos manos y le gira la cara.

—Te he dicho que fue hace mucho tiempo.

—Perdona. —Se pasa la mano por el pelo para apartarse el flequillo de la frente. Todavía sigue mojado de cuando se han tirado al agua para soportar el calor antes de comer. A los dos segundos más o menos, un alga le rozó el pie a Noah y se salió corriendo. Dice que ya no se quiere meter—. ¿Por eso vinisteis de Japón? —pregunta, y da otro trago.

—No. —Noah niega también con la cabeza, y sonrío, como si Kyle fuese bobo por creer eso. Estar desde los diecisiete en esta diminuta ciudad es más que suficiente—. De Japón vinimos hace cinco meses solo, y fue por el trabajo de mi padre.

—¿A qué se dedica tu padre?

Noah se encoge de hombros. Es la última cosa de la que querría hablar. Lo resume al máximo posible.

—Cosas de Marketing y eso.

Una brisa le revolotea los mechones rubios por todas partes, y el sonido del viento y la espuma blanca al efervescer y apagarse les llena los oídos cuando sortean una pequeña ola. Kyle sonrío.

—Me gusta saber cosas de ti —dice—. Últimamente hacemos un montón de cosas juntos, pero no sueles contarme cosas tuyas. —Rueda los ojos, y luego sonrío más ampliamente—. Y tú conoces hasta al bruto de mi padre, qué vergüenza.

Noah también sonrío dejando el brick vacío en la mesita.

—Tu padre es majo.

—Es un bruto —se reafirma.

Se estira un poco en un largo gruñido y se apoya en las palmas de las manos. Noah se toca los dedos de los pies mientras los mueve. Con el viento y la humedad, donde da la sombra hace frío, pero si se pone en la parte soleada se está cociendo a los diez segundos.

—Kyle. —Le llama con algo de reparo—. ¿...qué significa “engorilao”?

—Empanarse haciendo algo —le contesta, tomando el Sol con los ojos cerrados.

—Ah. —Asiente de forma queda. Recoge un poco las piernas antes de volver a abrir la boca—. ¿Y “endeve”?

—“En vez de” —le aclara.

—¿Y “embarneció”?

Ahora Kyle también le mira los pies, y de hito en hito, los ojos verdes.

—Es como engordar.

—¿Y qué significa...?

Kyle se ríe a carcajadas.

—¿Entendiste alguna palabra de lo que te dijo?

—Pues, no sé... ¿“Condió” qué es...?

—Significa “con Dios”, es como decir “adiós”. —Se ríe más alto, y tira una mano al aire—. No te preocupes, a veces no le entiendo ni yo.

Noah sonrío. Cuando Kyle se está riendo le salen pequeñas arrugas a los lados de los ojos, y sus dientes relucen un montón. Esta mañana se habrá

afeitado con prisa, porque antes se fijó en que hoy lleva una patilla medio centímetro más larga que la otra.

—Tengo frío —dice Noah, frotando los pies en el cojín de la butaca. Se pone las chanclas que está estrenando hoy y se recoloca el pantalón del bañador que se le ha arremolinado en la entrepierna—. Voy a coger algo de mi armario.

—Vale.

Recorre el pasillo con la mente en otra parte.

No le gusta esto.

No está saliendo como había planeado, y no le gusta.

¿Por qué le ha hablado de su madre a Kyle? No el decirle su nombre, que solo ha sido responder su pregunta; sino contarle que fue con ocho años, o que apenas se acuerda de ella...

Eso sobraba completamente. No sabe ni por qué lo ha dicho. En ese momento le ha parecido natural hacerlo.

La puerta chirría un poco cuando entra. No ha llevado la lista ni la cifra de los tipos con los que se ha acostado este año, ni el anterior, ni la suma total; pero podría responder a la milésima el número de cosas que han sabido ellos de él: ni una. Ni el número de teléfono, ni dónde vive, ni que su madre se llamaba Elizabeth.

Así que, ¿qué demonios está haciendo ahora?

Chista revolviendo prendas de un lado a otro. Cree recordar que tiene una sudadera de *Jucci* que le haría juego con el bañador.

Le da igual lo mucho que Kyle quiera conocerle y le da igual lo que sienta. Él no va a hacer algo como “quererle”. Eso es una estupidez que solo hacen los estúpidos y los pobres o los feos, que no tienen otra cosa con la que entretenerse.

Además, la gente se evapora todo el rato. Se mudan, se mueren, se casan y después ponen los cuernos a sus parejas con adolescentes que conocen una noche... ¿Quién es el estúpido que hace algo como “enamorar”?

Se mete la sudadera por la cabeza y se le desbarata todo el pelo. Se peina ofuscado en el espejo.

Todo esto es una estupidez. Salir a comer juntos después de clase, pasear por el parque cogidos de la mano, conocer a sus amigos, ir a su casa a jugar a la consola y mantener una casi conversación con sus padres...

¡Pero si él solo quiere sexo!

Bufa e inclina la barbilla al techo. ¿Es tanto pedir? Solo quiere que esas manos grandes vuelvan a encaramársele al cuerpo.

Cierra los ojos recreando su tacto rugoso. Siempre están calentitas, no tiene ni idea de cómo lo hace. Su cuerpo entero está siempre muy calentito; es reconfortante cuando le abraza y le aprieta entre sus brazos duros como una roca de tanto hacer deporte...

Aunque podrían quedar más si no tuviese un millón de actividades extraescolares, o... Podría ser divertido ir a verle a algún partido. No importa de lo que sea: baloncesto, fútbol, atletismo... Cualquiera de esos que se ven tan cansados.

Pero que sude.

Que se le pegue la camiseta al pecho y se le marquen los pectorales, la mediana que le divide el torso y el agujero del ombligo. Que se le tensen las venas que le escalan desde la mano y le resbale el sudor por la frente, para que tenga que apartarse el flequillo como hace cuando el aire se lo despeina porque no se ha puesto gomina.

Que después del partido se acerque y le levante al aire contra la pared que le pille más cerca, y le arranque la camisa, y el pantalón, y los gemidos cuando se deslice dentro de él hasta el fondo y sin pausa... Mirándole como lo hacía mientras jadeaba perdido en su cama la última vez que estuvo dentro, besándole hasta que ya no pueda respirar...

No puede esperar más a que toque su cuerpo.

¡Maldita sea, no quiere esperar ni un segundo más!

Tarda cinco minutos en advertir que se ha quedado quieto, y deja de soñar despierto cuando ve a Kyle en el reflejo.

—No encontraba esta sudadera —se inventa, cogiéndose el pecho en pinza.

—¿Qué es eso? —pregunta Kyle. Está mirando un punto muy fijo.

Con la mejor combinación de disimulo y elegancia, Noah cierra el armario como si nada. Pero no le sirve.

—¿Esa ropa es tuya? —insiste el mayor.

—No. —Esboza una fina sonrisa— Vamos fuera.

Da un paso a la puerta, y Kyle tres al armario; en un pestañeo ha cruzado la

habitación. No lo abre porque Noah pone su cuerpo a sujetarla a tiempo.

—¿Qué haces? ¡No cotillees mis cosas! —le chilla.

—O sea, que son tuyos. —Sonríe divertido. Noah le está fulminando con la mirada, pero no le sirve para nada, le hace ver todavía más adorable. Kyle estira una mano y tira un poco del pomo.

—¡Son de mi hermana! —exclama el menor. Se cruza de brazos y apoya todo el peso en la madera. Kyle deja de intentar abrirlo.

—¿Tienes una hermana? —cuestiona con curiosidad.

—¡Sí! —contesta a la velocidad del rayo. Apenas ha sido una palabra del diccionario.

—¿Sí? —Kyle enarca una ceja—. ¿Cómo se llama? —pregunta rápido.

—Cam... ¡Camela!

Kyle echa un vistazo por detrás del hombro.

—Has mirado la cama. —Suelta una sonora carcajada cuando cae en la cuenta—. ¿Has mirado la cama y has dicho “Cam-ela”? —Levanta una palma—. Y creo que ni siquiera es un nombre de persona, es un grupo que canta, o algo así.

—¡Eres bobo! ¡Estúpido! ¡Cotilla! ¡Metomentodo! —Se pone a gritar con los ojos cerrados.

El mayor retrocede, se sienta en la cama. Noah está muy mono ahora mismo. Se ha puesto muy nervioso, y el color rosa ha teñido sus mejillas, aunque sus cejas rubias están inclinadas como un felino a punto de saltar a la yugular. Una indefensa, y adorable, cría de felino.

—Vale, no me los enseñes si no quieres —dice, fingiendo desinterés. Da palmadas rítmicas en el borde echando un vistazo al cuarto solo por hacer tiempo, esperando a que deje de ser tan cabezón.

Siempre hace lo mismo. La palabra de Noah está escrita en piedra hasta que le pincha o se da cuenta de su propio sinsentido. Como el día que le enseñó a patinar y dejó de decir que los que llevan patines son “bobos” o “gente que no puede pagarse un taxi para ir a los sitios”. O cuando le dio a probar mortadela de aceitunas y le gustó.

Cuando vuelve a mirarle, Noah está llorando.

Se levanta de un respingo.

—¿Por qué lloras? —Se acerca a él, pero no sabe bien qué hacer porque no entiende cómo se ha puesto tan triste de repente. Ni siquiera sabía que Noah era capaz de romper a llorar así, porque siempre está exageradamente alegre, o cabreado. O ligeramente cabreado.

Noah se da la vuelta, pero Kyle le busca la cara.

—¡Vete! —grita sorbiéndose la nariz, y le da la espalda otra vez—. ¡Tú también te ríes de mí! —jadea cubriéndose con el antebrazo.

—Yo no... Yo no me estaba riendo de ti, Noah. Lo siento mucho, pero yo no me estaba... —Noah se da la vuelta todo el rato, tiene que bordearlo para intentar mirarle—. No me estaba riendo de ti, de verdad.

El chico menea la cabeza en una negación, pero no le encara ni le contesta.

—Lo siento mucho, Noah, no me estaba burlando. —Se aproxima más a él y le coge la muñeca. Se la aparta despacio, pero Noah mantiene los ojos apretados, igual que las cejas—. Te lo prometo.

—Mentira —gimotea, y se aclara la voz, como disgustado por estar llorando.

—Verdad —refuta Kyle—. Mira... Es una estupidez que la ropa sea de hombre o de mujer. ¿Quién decide eso? Es como con las colonias, ¿a qué tiene que oler una mujer? ¿Y qué pasa si un hombre se echa colonia de mujer? Es... Todo eso es absurdo. —Levanta un hombro, de pronto enfurruñado con el mundo. Con retraimiento, Noah despega un poco los ojos—. Los escoceses llevan falda, y seguro que en un montón de sitios más también... Como por ejemplo... Ah... ¡En el desierto! Sí, ellos llevan esa cosa rara que es como una manta... No tiene para meter las piernas, así que es un vestido. Ah, bueno, y las túnicas y eso, también son vestidos. En realidad..., lo raro son los pantalones... —Afina los ojos—. ¿Para qué dividir los huecos de las piernas en dos si podemos ir con una tela que no vaya pegada y estar más fresquitos? O sea, quién dijo «¿Sabes lo que le pega a esto? Una división mega incómoda en medio, que se suba para arriba cada vez que te sientas, se te meta por detrás, y por delante te apriete los...» —Debate consigo mismo el

uso de las faldas a lo largo de toda la historia de la humanidad.

Noah se sorbe la nariz.

—¿...Lo dices de verdad? —musita.

Kyle deja su monólogo a medias para mirarle. Asiente enseguida.

Entrelaza sus manos para que no vuelva a cubrirse.

—Noah. —Inspira hondo, y lo suelta luego—. Sé que soy tonto, pero...
¿Te pondrías uno por mí?

Noah se encoge de hombros como un niño. Se aparta la humedad con el reverso de la muñeca, y se hace un paso al lado cuando Kyle abre la puerta.

—A ver... —Revisa las prendas con la vista. Saca uno con la percha—.
A mí me gusta este, creo que te pega con los ojos. ¿Te lo pondrías por mí?
—Está sonriendo—. Por favor.

Noah se ríe en un jadeo seco.

—Ese es horrible —se asquea; hasta aleja el cuerpo de la prenda. No recuerda haberlo comprado, pero o era muy distinto a la foto de la web o alguien ha entrado a escondidas a dejarle ese espanto porque él jamás se pondría algo como eso.

Kyle vuelve a colgarlo un poco desanimado, pero se encuentra con una mano veloz que pesca otro.

—Me pondré... Me pondré este —musita.

Se va dando pequeños pasos apresurados hasta encerrarse en el baño.

Según el reloj de la mesita, casi un infinito cuarto de hora después; Kyle se separa de la pared porque la puerta se abre, muy despacio y solo un pequeño trecho que no deja ver nada.

—¡No quiero salir! —se escucha al otro lado.

—He cerrado aquí, solo te voy a ver yo.

—¡Me da igual!

—Por favor, quiero verte —suplica en tono infantil.

Noah gruñe sonoramente. Cuela un ojo por el resquicio analizando la situación. Kyle está parado en mitad de la sala, esperándole con una sonrisa.

Abre despacio. Camina poniendo un pie delante del otro con tanta lentitud que podría retroceder sin querer.

Se queda al lado de la cama, guardando las distancias. Es un vestido

blanco. Finito, parece de verano. Tiene unos tirantes muy finos y un remate de encaje en el borde, y le llega justo por encima de las rodillas.

—Vaya —aspira—. Estás...

Parece que ha tardado tanto porque se estaba arreglando también el pelo. Las puntas rubias de su flequillo abierto rozan sus finas cejas. Se está mordisqueando uno de sus labios carnosos y tiene la vista anclada en algún punto del suelo.

—Estoy ridículo —masculla, y se da la vuelta. Él le retiene de la muñeca.

No intenta liberarse cuando Kyle le pone la mano en el hombro y le guía hasta el espejo.

—Estás precioso —dictamina.

Le mira a sus espaldas, y puede ver el gesto reservado del mayor a través del reflejo.

—Estoy horrible, me lo voy a quitar —murmura haciendo ademán de retirarse, pero no le suelta.

—Estás precioso —repite él. Inclinandose ligeramente, sus mejillas quedan rozándose mientras contemplan la imagen. Kyle le rodea la cintura y lo acerca a su pecho sin pensarlo—. Estás muy mono, de verdad. Y si alguien te dice lo contrario lo buscaré y se las verá conmigo.

Noah se recoge el pelo detrás de la oreja, pero como lo tiene tan corto enseguida se le vuelve a salir.

—Tienes muchos vestidos, ¿no te los pones?

Recibe una negación de cabeza.

—Los compro por Internet porque me gustan, pero luego los dejo aquí.

—Menea la cabeza cruzándose de brazos—. No me los puedo poner. No sé ni para qué los compro.

Noah se agarra el antebrazo y deja de mirarse.

—Oye. —Kyle está muy cerca, su voz cálida y pausada acaricia el lóbulo de su oreja—. Póntelos cuando estés conmigo. —Noah le mira desde abajo. Él sonrío, y sigue apreciando el vestido puesto en su cuerpo. La verdad es que Noah tiene las muñecas delgadas como el rostro, y la piel fina y brillante. Si le hubiese conocido con esta ropa puesta habría pensado que era una chica

con poco pecho y ya está, así que no debería tener problemas con idiotas al salir a la calle—. Si alguien se atreve a decir algo feo de ti le devolveré la visión a puñetazos —decide con las cejas flechadas.

El corazón de Noah golpea con fuerza. Una sola vez. Un fuerte golpe.

Se gira lentamente con una mano en el pecho, sintiendo el golpeteo acrecentarse. Con elegancia y delicadeza, pone la otra en el de Kyle, que late mucho más despacio.

Entonces Kyle se inclina sobre él, y ambos cierran los párpados al mismo tiempo. Sus labios se unen en un pequeño roce. Después del quinto, Noah los separa, y la lengua de Kyle entra despacio.

Noah gime de una manera muy poco digna.

¿Cómo puede reaccionar él, enamorado de la libertad, con su comportamiento tan liviano y su horror por las cadenas, de esta manera tan triste?

Es culpa de Kyle. No entiende cómo funciona ni si lo hace a propósito, pero algo tiene. En la boca, o en los dedos, o en alguna parte; algún tipo de veneno que le provoca esta reacción tan patética.

Le reclama en un abrazo que es tanto súplica como fastidio.

—Kyle —jadea.

Y con esa suave voz maullando en el beso, a Kyle se le va la cabeza. El olor a vainilla que emana de cada poro de su cuerpo y su pelo le endulza los sentidos.

Le pone las manos en las caderas, y las aprieta haciéndole elevar las puntas de los pies del suelo para no tener que agacharse. Queda flotando entre sus brazos. Noah es adorable. ¿Cómo podría alguien reírse de él? Con esas mejillas sonrojadas y esos ojos puestos en los suyos, jugueteando con los dedos en los pliegues del vestido...

Ni siquiera parece el Noah que conoció en las vías. O el que le engatusó en el cine. ¿O sí que lo es? A lo mejor simplemente lo está conociendo ahora. Le gustaría conocerle más.

—Noah...

Desciende las manos por su espalda, el vestido es suave y suelto, pero cuando le repasa el cuerpo con las manos se amolda y puede notarle cada parte de la carne. Lo apoya en el suelo, y le sale solo: bordea su trasero, y

desde abajo le levanta de las nalgas y lo hace ponerse de puntillas. Lo atrae a él.

—¿No te has puesto nada debajo? —susurra sorprendido.

—El bañador deformaba la falda, quedaba feo —explica contra su cuello, y a Kyle le recorre un escalofrío. Le sigue una ola entera de lava cuando Noah pasea la punta de la lengua hasta su oreja. Le atrapa el lóbulo sin usar los dientes, y a Kyle se le escapa un jadeo.

Cuando le aparta, los ojos verdes le están devorando. Tiene los pequeños puños apretados en su pecho.

Kyle traga saliva, y con su miembro apretado marcándose perfectamente contra la birria de tela del bañador, sus dedos se cuelan ladinos bajo la tela blanca.

Se nota que llevan un rato sin salir al Sol, porque tiene el trasero frío. Lo aprieta entre sus manos calientes, y Noah ronronea en su pecho desnudo.

—Kyle —musita, en una súplica que pretendía ser una exigencia, pero que le ha salido muy mal—. Vamos a hacerlo.

Kyle jadea sonoramente. Se agacha y levanta en alto al pequeño, que como si todo hubiese sido planeado, le rodea con las piernas contestando sus besos impacientes. Han sido dos meses muy largos, y él tampoco es de piedra; él también se ha pasado noches recreando el tacto y la suavidad de la piel de Noah.

Lo lleva hasta la cama, lo tira sin demasiado cuidado y lo contempla desde arriba.

Se le ha subido el vestido, y sin nada debajo, la carne queda expuesta. Noah pega las rodillas y las frota. Su miembro rosado en la punta solloza atrapado entre sus muslos apretados, esperando.

Y espera. Y esperando un roce que se retrasa demasiado, su dignidad arde en el fuego. Se carboniza, y se reduce a cenizas, porque como un animal primitivo que no sabe expresarse en lenguaje, gime y gruñe con todas sus fuerzas buscando a su dueño.

—Kyle... —pronuncia su nombre solo porque la palabra ya no le cabe en las sienes.

Y la heroica figura se alza sobre él, su salvador; a través de las pestañas entrecerradas solo puede ver su silueta.

Sucumbiendo a la gravedad del menudo cuerpo, un par de manos se le estrellan recorriendo un largo trecho. Le escalan y le arrasan la piel con una fuerza destructora. La rozan, se la atrapan, le palpan toda parte. Y el incendio estalla en su pecho, y las breas le salpican la integridad del cuerpo. No queda un poro o una peca libre de abrasión.

—Quiero hacerlo —jadea con desesperación—. Por favor...

Kyle acude a sus labios enseguida.

Le sube el vestido hasta el pecho. Es muy bonito, pero le dan ganas de mandarlo a volar ahora mismo. Contempla maravillado los pequeños y firmes pezones sobre un inestable pecho que se llena de forma errática.

De una sola caricia con el pulgar le arranca un gemido que rompe el silencio del cuarto.

—¿Te ha molestado...? —se preocupa, frenado en seco.

—No —musita el menor—. Al revés...

Taimado, Kyle atrapa uno de los pezones entre los labios sin dejar de mirarle de reojo. Noah ahoga un gemido.

Succiona, solo un poco, y lo mordisquea sin apretar los dientes. La espalda de Noah se está arqueando cada vez más, su pecho le presiona buscando el roce y no le puede ver los verdes porque los tiene apretados.

—Kyle... —Cierra las piernas a su alrededor porque lo que va a pedirle solo durará un instante, pero aun así no quiere tener que separarse—. En el cajón...

Un dedo tembloroso apunta a la mesita de madera.

Kyle se aparta de él para erguirse, se libera rápidamente de su bañador y saca un condón de la mesita. Con una mano se agarra con fuerza la carne, con la otra empuja el resbaladizo trozo de plástico. Entre sus mechones observa a Noah. Está moviendo las caderas con abandono.

No sabe cómo, pero lo consigue rápido. Su pene queda embutido, y él puede lanzarse a unos labios que se han enrojecido de tanto morderse.

—Métela ya... —susurra, tan impaciente como siempre.

Con el brazo apoyado en la colcha, dirige su miembro a la entrada. Lo introduce poco a poco. Noah se aferra a su espalda sintiéndole entrar, y cuando sus testículos chocan contra sus nalgas y sabe que todo está dentro, suelta un largo gemido que hace a Kyle sacudirse en su interior.

Necesita más de Kyle. Se está volviendo adicto a él. Siente cómo su carne se dilata preguntándole porqué demonios ha tardado tanto en volver.

Intenta no cerrar los ojos porque él le está mirando directamente... Kyle parece más concentrado en ver si le está dando placer que en recibirlo. Qué bobo es. Es tan bobo...

Y grita, cada vez más alto en cada penetración. Gime su nombre cada vez que las embestidas se lo permiten, porque Kyle ya no para de entrar y salir de su cuerpo. Cada vez lo hace más rápido, más fuerte; más profundo.

Noah le acaricia el rostro, y él se pierde en la suavidad de sus finos dígitos.

Noah es adorable.

Y él es un estúpido. Ha estado retrasando este momento por el miedo de volver a... De no verle a él mientras lo hacen. Pero ahora todo es tan natural, parece tan fácil. Todo este tiempo esquivando a su amigo y saltándose las quedadas en la cafetería han dado sus frutos, porque puede ver con claridad las mejillas y los labios maltratados por los dientes de Noah.

Jadea, tan feliz como sorprendido, y aprieta los ojos. Es posible. Sí que se podía, ¡lo está consiguiendo ahora mismo! El entumecimiento del sexo le libera un momento de la condena del pensamiento. Tan solo pregunta cómo es posible que no se haya fijado antes en lo adorable que es Noah, en que la cara que pone cuando le está regañando en un chillido es todo lo contrario a la expresión que evoca cuando no puede controlar el placer que recorre su fino cuerpo.

Quiere ver qué cara pone cuando le sacude el orgasmo.

Acelera la velocidad, hace más toscas las penetraciones. Le levanta bien las piernas hincando sus gruesos dedos en los muslos, y se lo lleva consigo cuando se tumba; pone al menor encima suya. La gravedad le ayuda a hundirse más profundo. Le aparta los mechones rubios con suavidad, y le contempla anonadado.

Noah le hinca las uñas en el pecho, y sus rubias cejas se flechan cada vez un poco más.

¡Kyle ahora es suyo, va a hacer que se olvide hasta de que esa chica existe!

Noah le muerde el cuello para marcarle, y le abraza con fuerza, apenas puede respirar porque Kyle va cada vez más rápido; le cuesta ser él quien cree el ritmo porque le es imposible levantar o bajar las caderas, es él quien le controla con sus grandes manos. Pero hay una cosa que sí puede hacer.

Deja caer el peso en sus pectorales, curva la espalda y las nalgas; y baila

sobre él. Se zarandea adelante y atrás, primero despacio, enseguida furiosamente. El pene se da golpes en su interior confundido, y Kyle deja de moverse porque se queda aturdido.

Noah va más rápido, mueve las caderas de forma regular y sin un descanso, y Kyle inclina la barbilla al cielo y se olvida hasta de respirar.

Entonces Noah jadea, y sonrío con malicia. Aprender a llorar de mentira es una de las mejores cosas que ha hecho.

No había planeado el segundo paso exactamente así, porque Kyle tenía que pedirle ponerse un vestido directamente, pero ha tenido que llorar para que siguiera insistiendo. Y luego, cuando se lo ha pedido, lo ha hecho con un tono de voz que tenía que ser menos dulce, y más lascivo, como hacen siempre los tíos cuando le ven con esto puesto; le ha descolocado por un momento.

¿Y a qué demonios ha venido eso de que puede vestirlo en público cuando esté con él, que le va a proteger...? Eso... Eso sí que no se lo esperaba, porque es la primera vez que alguien...

En fin. Como sea.

El tercer paso es el más fácil, porque es el que mejor se le da: que Kyle vea de lo que es capaz, que se entere de que no va a sentir esto con nadie más que con él.

Que se olvide de esa estúpida de Noemí.



De una profunda penetración, Kyle se corre.

Parecía que después de tantas veces no iba a salir nada, pero su cuerpo se sacude en un espasmo, y jadea sintiéndolo salir hasta quedarse sin aliento. Su pene pega unas sacudidas dentro, y Noah las degusta imaginándose cómo sería el líquido impregnándole las paredes sin nada en medio. Su miembro también se ha desbordado hace un momento, sobre el torso bronceado de Kyle. Le ha dejado unas finas tiras blancas en varias direcciones, y cuando parecía que ya no iba a salir más, siguió goteándole en el abdomen.

Suspiran una vez más, mareados y satisfechos.

—Lo siento, he durado muy poco esta vez... —susurra Kyle. Le busca los labios, y besa su barbilla y sus mejillas en el camino—. ¿Te ha gustado...?

Le deposita un delicado beso en la frente antes de salir de él. Noah asiente

con gesto cansado. Tratan de respirar, exhaustos.

Si hace cálculos, más o menos le habrá dado hoy todo lo que no le ha dado en estos dos meses...

—Noah... —le nombra Kyle mientras le mira.

—Dime —Le mira él también.

Kyle traga la saliva que se le acumula en la boca, y sonrío.

—Nada. —Suelta una pequeña carcajada; y exhala lenta y profundamente —. Solo «Noah» —susurra.

Noah suelta una risita, se reboza en la sábana y se la enreda en el cuerpo. Le mira agazapado desde la otra punta. Kyle le sonrío con el codo en la almohada y la mano en la sien.

—Eres bobo —le suelta Noah de gratis. Luego vuelve a él haciendo la croqueta.

—¿Ahora por qué?

—Ahora no, siempre eres bobo —musita, abriéndose un hueco en su pecho. Está muy calentito.

Kyle le acaricia el pelo mientras lo ve respirar. Se le ha arrugado todo el vestido, y va a tener que echarlo a lavar. Se sorprende un poco cuando escucha una vibración. Es su móvil, en la mochila que ha dejado bajo la cama, pero cierra los ojos y se acomoda.

A través de la ventana circular puede ver el cielo ya anaranjado, tirando a negro. ¿Cuánto rato han estado haciéndolo? No ha contado el tiempo, pero en la mesita hay dos condones anudados.

Le acaricia el hombro con la punta de los dígitos, y el móvil vuelve a vibrar.

Inclina las cejas y mira la mochila por encima del hombro. La tiene ahí al lado, pero es que no quiere interrumpir este momento ni para silenciarlo.

Noah está muy callado y respira pacíficamente. Parece que se ha quedado dormido, o que está a punto de hacerlo. Suspira y sonrío. No sabe qué hora será pero si ya está anocheciendo tendrán que ir dando la vuelta, porque mañana tienen clase. Su madre le montará la de Cristo si no llega a tiempo para la cena.

El dichoso móvil vuelve a vibrar, dos veces seguidas.

Kyle cierra los ojos y se hunde en la almohada. El olor a vainilla se le mete por la nariz y los mechones rubios le hacen cosquillas.

Seguramente estén hablando sus amigos en el grupo, de cualquier tontería. O le estarán llamando para ir a jugar al LoL o algo así. Ah, no. Silenció el chat de grupo hace unos días, cuando molestaron precisamente con eso mientras veía una película con Noah. Entonces es un chat individual, puede ser cualquiera: su madre regañándole, su padre diciéndole que mueva el culo hasta casa ya que su madre le está regañando a él, Noemí preguntándole algo de música, Anthony diciéndole cualquier cosa.

Levanta los párpados y mira la mochila de reojo.

Lo más probable es que sea Anthony, porque es con quien más habla, de lejos; pero tampoco será importante.

Anthony le habla para contarle cualquier tontería. Puede que haya visto un vídeo gracioso de Internet, o uno bonito de gatos, o que haya conseguido pasarse algo de un juego, o simplemente será una foto suya tirado en la cama con un «Me aburro :(» debajo. Le satura el móvil de notificaciones por cualquier cosa como si fuera una alarma de aviso de exterminación mundial. Siempre hace eso, siempre...

Ah... Pero todo eso era antes. Antes hacía esas cosas.

Ya no.

Se escurre con cuidado para no espabilar a Noah, y atrae la mochila de la cremallera con la punta de los dedos.

—¿Kyle...? Creo que me estaba durmiendo —se despereza Noah. Se soba los ojos, y se extraña cuando lo ve encaramado al filo de la cama—. ¿Qué pasa?

- 16 -
Chocapic

—Anthony, ya he vuelto.

El castaño, tumbado en el sofá de la habitación, abre primero un ojo y luego el otro antes de incorporarse.

—¿Qué pasa...? —Se despereza aparatosamente, se palmea las mejillas para espantar al sueño. Otra vez se ha quedado frito.

—He traído una manta, comida, tu móvil con el cargador... He ido a casa de los Miller a ver a Annie. Quería venir conmigo, pero le he dicho que el próximo día porque no sabía si estarías de acuerdo.

Recién levantado, Anthony trata de procesar la información. A quien tiene delante es a Marc. Había ido a casa para traer cosas para pasar la segunda noche también aquí. O ha sido muy rápido o él se ha quedado dormido justo después de que se marchara, porque se le ha pasado en un pestañeo.

Se soba los ojos. Lleva dando cabezadas toda la mañana y toda la tarde, pero sigue teniendo sueño, y ahora además le duele la espalda a horrores. Mira por la ventana. El cielo ya está volviéndose negro.

En silencio, el azabache deja todas las cosas sobre la mesa. Ellen ha vuelto a dormirse, por eso se pronuncia en voz baja.

—Tengo que ir a trabajar ahora. ¿Quieres que luego te traiga algo más?

—¿A trabajar? —Adormilado, se acerca a observar las cosas que Marc ha traído. Enseguida toma una tableta de chocolate que empieza a comerse.

—Sí... —responde Marc, y la sílaba se alarga y se va difuminando—. Lo siento —añade luego.

—Bueno, no pasa nada. —Sonríe un poco y sigue comiendo. Marc le echa un vistazo.

Unas pequeñas líneas amoratadas están naciendo en las cuencas del menor, que devora sin pausa la comida. Ha pasado aquí el día, no ha querido ir al

colegio, lo cual es comprensible, pero tampoco parece muy sano esto.

Ellen se pasa la mayor parte del tiempo dormida, y las pocas horas que ha estado despierta se las ha pasado entre médicos que le han hecho un montón de pruebas.

Marc suspira terminando de sacar comida de la bolsa. Insistió en que le acompañase a casa, sacarlo a la luz del parque que hay aquí al lado al menos, y que le diese un poco el aire fuera de este ambiente depresivo; pero no ha querido despegarse de Ellen.

Anthony coge el móvil, lo enchufa a la corriente para cargarlo.

—¿Cuándo vendrás? —pregunta.

Marc balancea el rostro.

—No lo sé... En un rato... —evade dar una respuesta. Si fuese una noche de trabajo cualquiera como Anthony cree, fácilmente podría darle una hora aproximada. El problema es que no sabe en qué va a consistir su trabajo hoy.

—Vale... —dice

Anthony no le está mirando, mantiene pulsado el botón de encendido del móvil. Su rostro se ilumina de pronto en mitad de la escasez de luz.

—Anthony... —murmura. Él le atiende muy rápido. Tan rápido que no le ha dado tiempo a pensar qué quiere decirle.

Marc perfila una sonrisa artificial. Un casto beso en la frente es toda su despedida.



En la oscuridad de la noche, las farolas iluminan pobremente la acera, el neón luminoso hace el resto. Parado en el primero de los escalones, él todavía no ha llegado a entrar. El fuerte volumen de la música hace retumbar la puerta, pero no son como los tonos repetitivos y el ruido de las baterías y guitarras del Trébol. Aquí la música es más sutil, más clásica, más provocativa. Cada detalle de la entrada grita lo que precede la gruesa puerta roja.

—Marc. —Él se gira vagamente. Por suerte las manos en los bolsillos y su cara de pocos amigos no reflejan el nerviosismo que le achaca ahora mismo.

Es la argentina quien le chista desde atrás cigarrillo en mano, antes de mirarse el reloj de la muñeca. Eleva una de sus delineadas cejas marrones; tiene un par de piercings en cada una de ellas

—No joda, qué hacés llegando tan pronto.

—Hola —contesta, subiendo el único escalón que ha bajado. Mira a ambos lados furtivamente. Es un lugar poco transitado, pero circulan personas; la gente normal todavía no se ha ido a su casa—. ¿Qué tengo que hacer? —pregunta, su tono serio y cuidado, escoge cada timbre con minucia.

La argentina suelta un par de carcajadas. Se lleva el cigarrillo a los labios antes de responder. Le mira fijamente en el proceso.

—Esperá. —Lanza al suelo la colilla apurada hasta el máximo. La pisa, y se saca uno nuevo de la camisa—. ¿Tanta prisa tenés? Además, yo no soy tu nanny, boludo. Ahora Bé te dirá qué hacer, vos caminá hasta el coche que se ponga allá.

Marc afina la vista. Hacía mucho tiempo que no escuchaba esa sílaba aislada, ese apodo.

—¿Bé? —repite, buscando asegurarse.

—La vas a reconocer al toque. —Su mano plana se alinea con el suelo bajo su pecho, su índice forma circunferencias en su sien y sus ojos se ponen en blanco un breve instante. No dice nada más, le bordea para bajar los escalones.

La música invade sus oídos medio segundo, lo que tarda en volver a cerrarse la puerta.

Él se queda ahí, esperando. Ve a muchos hombres y mujeres bajar las escaleras. Entra mucha gente a esta hora y son pocos los que salen.

Con la radio a todo volumen, las llantas quemando el suelo y la carrocería arañada por todas partes, un El Camino rosa aparca en la calle de enfrente, justo a unos dos centímetros de la farola de delante. La luz tintinea un par de veces.

—¡Uuuy, casi! ¡Ja, ja, ja! —Están a largos metros de distancia, hay cuatro carriles entre ellos; pero su voz aguda resuena muchísimo en mitad de la calle. Algunas personas se han girado a verla, pero con mucho disimulo y acelerando el paso.

Se baja con un sonoro portazo y todo el coche tiembla. Se guarda las llaves en el pantalón corto y de un totalmente innecesario salto baja el bordillo mirando a ambos lados de la carretera antes de cruzar. Cuando mira adelante, sus ojos se abren como platos.

—¡Marc! —grita. Se pone a zarandear una mano al viento, de forma exagerada, parece que lo esté limpiando—. ¡Maaarc! —vocifera más fuerte, y su paso se acelera sin llegar a ser una carrera.

Él también se acerca, su paso más indeciso apenas avanza un par de metros.

En algún punto a la chica le deja de importar si vienen coches o no, porque echa a correr. Su melena rubia ondea con violencia en el viento, sus inmensos ojos azules brillan como las farolas y el enorme manojito de llaves le resuena en el diminuto bolsillo del short. Se le acerca muy rápido con los brazos extendidos, y Marc puede ver a la perfección cada cambio en su expresión: sus ojos se abren hasta el máximo, su boca se cierra de golpe, sus cejas se curvan en la dirección contraria...

La chica se para a un par de metros, no llegan a juntarse. Su ilusión ha sido sustituida por un terror absoluto.

De lejos, él no parecía tan alto. Ni ella tan bajita.

—Berna. —Marc acorta la distancia, pero ella retrocede.

—¿Eres Marc? —pregunta sin fiarse un pelo.

—Sí, claro... —Su ceño se frunce ligeramente. Solo habrán pasado cinco años desde la última vez, y tampoco es que haya cambiado mucho. Por lo menos ella está igual.

—¡Aaahhh!?! —exclama de pronto. Se pone a revolotear a su alrededor. Él se queda quieto siguiéndola con los ojos.

Chilla un montón, aunque su altura es reducida se la escucha perfectamente. Aquí y en la manzana contigua.

—¡Qué miedo! —Se le para delante.

Estira una mano intentando alcanzarle la cabeza poniéndose de puntillas sobre sus *Sinverse* rosas. Sus dedos parecen querer despegarse, pero no llega a tocarle. Marc no entiende muy bien para qué quiere hacer eso, pero se inclina para darle el gusto y los finos dígitos le tocan la frente.

—¿Por qué has crecido tanto? —cuestiona curiosa.

Cuando sus pies vuelven a aplanarse queda por debajo de su pecho. Marc desvía los ojos a un costado. Hay poca gente, pero parece que todas y cada una de las personas que hay paseando les está mirando ahora.

—Creo que eres tú la que no...

—¿¡Eh!?! —le corta. Una ceja se le ha levantado un trecho, y su ojo está afinado buscando la desaparición. Marc decide no terminar la frase. En esto Berna también sigue igual que antes. En el orfanato no tenía ningún problema en pegarse con quien le mencionase lo de su altura, queriendo o sin querer.

Se ajusta el cuello de la camisa, incómodo. Probablemente le regañe, o no le conteste, pero tiene que decirlo.

—Desapareciste —le recuerda, y la expresión exagerada en el rostro de la chica se desvanece.

Le esquiva la mirada, sus párpados se colocan donde siempre deberían estar, como los de una persona normal.

—Ellos solo me dijeron que te fuiste... —prosigue. Señala con el pulgar la puerta tras él, pero ella no contesta. Con esa cara tan normal que está haciendo hubiese jurado estar delante de una niña buena de colegio mayor. Se lleva una mano a la nuca—. ¿Te... adoptaron?

Ella le mira. Sus facciones reflejan ahora confusión. Debe ser la combinación de su pequeña nariz, o sus grandes ojos, o sus finas cejas; no lo sabe, pero mirarla es como ver un cristal transparente, su registro de emociones es muy amplio y acertado.

—No —responde, torciendo la barbilla.

Marc no entiende por qué, pero parece que le ha chocado mucho la pregunta. ¿No debería de haberlo preguntado? Puede que se haya molestado.

Él también se molestó cuando desapareció sin decir nada.

A Berna no le dura mucho el desconcierto, sus ojos y su boca se expanden al recordar algo. Le agarra de la mano y le hostiga a cruzar la carretera de una forma no muy segura.

Se detienen al llegar a su coche. Pegando un salto bastante asombroso, Bé se sube en la parte trasera de su camioneta y rebusca algo. Guarda una buena pila de cacharros inútiles ahí detrás, y cuando Marc se fija mejor ve que la

mayoría son partes de cosas que no están completas.

La observa lanzarlas por todas partes. Algunas caen en la esquina contraria de la furgoneta, otras estallan o crujen cuando caen a la carretera.

—Berna. —No está seguro de que le esté escuchando, tiene que hablar alto para que no le solape el ruido de los metales—. ¿Tú vas a acompañarme a...?

—¡Aquí está! —le corta en un grito de júbilo.

No se baja de la camioneta porque desde abajo no podría hacerlo: le coloca un cacharro en la cabeza, y lo separa solo un poco tratando de mantener una línea recta; activa el metro láser.

Marc sigue la vertical roja hasta el suelo. Aparta el pico de la bota y el punto le queda entre los zapatos.

—¡Uno noventa y tres! —grita, grita muchísimo. ¿Cómo le cabe tanto aire en esos pulmones tan pequeños?—. ¡Qué miedo, qué miedo, qué miedo...! —repite muchas veces con un toque siniestro.

Lo vuelve a comprobar por si acaso, y se echa hacia atrás en un gesto de huida cuando en la pantalla aparece el mismo numerito.

—Berna...

No lo escucha, se pone en pie en la camioneta de un salto y tiembla todo, surfea en la marea de basura.

Entonces su pose se vuelve de una corrección impecable, porque su espalda se tensa y se llena bien el pecho de aire. Junta las puntas de los pies y levanta el brazo, repitiendo la acción consigo misma. Separa los pies para dejar que el láser llegue hasta el suelo del coche y luego lo mira.

—¿Qué te ha salido? —pregunta Marc, curioso.

Ella afina los ojos en la pantalla, y gruñe, un poco, como un animal salvaje. Lanza el cacharro con el otro montón de cosas.

—No sé, se ha roto —dice. Se baja de un salto.

De dos zancadas se mete en el coche. Marc supone que quiere que la siga, así que se sienta de copiloto. Es eso o ir fuera, solo hay dos asientos.

Está tan lleno de basura por fuera como por dentro. Y parece bastante viejo, como el que le dieron a Ayo. Seguramente también se lo habrán regalado ellos.

La chica lo enciende, y pasa el brazo tras el asiento para dar marcha atrás porque el espejo está roto. Marc se pone el cinturón, aunque como conduzca como hace un momento de poco le va a servir.

—¿Quieres? —pregunta Bé, zarandeando una cerveza abierta que tenía en la puerta. Él niega con reparo, y ella se encoge de hombros antes de beber.

Conduce con una mano en el volante y otra en la cerveza dando sorbos todo el tiempo. Su asiento está ajustado muy arriba, solo la punta de sus pies llega a los pedales.

Esto no debe ser ni seguro ni legal; cuestiona el azabache.

—Me han contado lo que ha pasado, vaya lío. —Marc se limita a asentir con una mano en la guantera. Es increíble que alguien conduzca peor que Ayo. Es como si se hubiesen sacado el carnet en el mismo manicomio. Ah, claro, es que no tendrá carnet—. Ahora mismo soy como tu niñera. —Sonríe divertida—. Me han pedido que te enseñe y te vigile y eso. ¿Estás nervioso?

—Sí. —Hinca el codo en la ventana. Se levanta los mechones y clava la vista en el paisaje de establecimientos y farolas que dejan atrás con rapidez. Intenta relajarse, pero así es complicado.

Ella se ríe.

—No te preocupes, es divertido —dice.

Marc la mira interrogante. A lo mejor es que se ha enterado mal de lo que tiene que hacer hoy. ¿No se supone que va a matar a alguien? ¿Cómo que «divertido»?

—Al principio se hace un poco raro... —prosigue—, pero luego ya te acostumbras y es como pulsar un botón. ¡Bueno, es literalmente pulsar un botón! —Sus carcajadas son aterciopeladas, pero resuenan por todo el coche.

—¿Qué... Qué tengo que hacer? —pregunta confundido. Igual no están hablando de lo mismo...

—Pues vas, matas, y pa' tu casa. Es muy sencillo.

Ah, sí, sí que están hablando de lo mismo.

Ella no lo ve, pero si Anthony estuviese de jurado le daría el premio a “conseguir que Marc abra los malditos ojos” en este momento concreto y por goleada.

—¿Eso es lo que haces tú? —Su preocupación es palpable en el denso ambiente. Bé asiente, y cuando ve su expresión disminuye el tamaño de su sonrisa, pero solo un poco.

Le sigue dando escalofríos. Para Berna es como si estuvieran rumbo a Disneylandia.

—Sí, pero cobrando —obvia tirando una mano al aire—. ¿Te preocupa? —No hace falta que conteste, es evidente. En su expresión descompuesta, en su cuerpo rígido, en la conciencia de toda persona normal—. Tú piensa que va a morir de todos modos, pero si lo haces tú eres quien se lleva el dinero.

—No puedes estar hablando en serio —musita.

—¡Oh, venga ya! No me digas que te has vuelto uno de esos moralistas de «isti isti bin», «isti isti mil»... —Su nariz arrugada, su mano bailotea en el aire.

—Pero tú antes no eras... —Una asesina, una demente, una sádica —...Así.

—Oye mira, si te sientes mal solo piensa que estás matando gente mala. —Apoya el codo en la ventana, su vista clavada en la carretera. ¿Cómo puede estar tan relajada con la velocidad a la que van? Suerte que por este polígono no hay muchos semáforos, ni tráfico a estas horas.

Marc sigue sin saber a dónde están yendo, pero el camino se le está haciendo muy largo.

—Todos somos unos pedazos de mierda —musita Bé de pronto, su tono alegre se ha desintegrado. Por un instante Marc ha creído que había una tercera persona aquí dentro, pero eso es imposible porque esto es enano, se habría dado cuenta antes—. Aquí todos merecemos la muerte —exhala en un suspiro.

Marc no dice nada más, Bé tampoco. Ella prende la radio, pero el resto del viaje se hace insoportable.

Cierra el coche de un portazo y coge un par de cosas de una bolsa que tiene atrás. Han aparcado frente a un largo edificio de pisos de bajo presupuesto.

Al menos, las botellas de vidrio rotas en el suelo y los desconchones de la carretera no suelen verse en los barrios pijos.

—¿Qué tengo que hacer...? —pregunta en voz baja.

Toma la pistola que ella le tiende. Tiene un silenciador puesto, aparte de eso, se parece mucho a la que sostuvo en el hospital.

—Escóndela. Tiene el seguro puesto. —Coge otra para ella y lanza la bolsa a la camioneta.

Marc observa el metal en su mano. Por cómo habla y se mueve con tanto desgarbo, tiene pinta de que Berna ha hecho esto otras muchas veces... ¿Pero no debería tener más cuidado? El coche, las pistolas en mitad de la calle...

Bé ya ha empezado a andar, tiene que darse prisa y seguirla.

Para lo cortas que son sus piernas camina muy rápido, tiene que dar un pequeño sprint para alcanzarla.

—No vamos a tardar mucho —le dice Bé. Manipula un móvil entre los dedos, le está escribiendo a alguien—. Solo tengo que grabarte haciéndolo. No te preocupes. —Guiña un ojo—. Solo quieren tener algo de ti, no te van a hacer nada.

—Grabarme haciéndolo... —repite camino a la puerta

Ella lo hace ver muy fácil, tan básico como un trabajo cualquiera. Le hace sentir que nada de esto es para tanto; aunque el último resquicio sano de su cerebro le sigue repitiendo que lo que va a hacer está mal, muy mal. «Matar personas está mal». Se lo está repitiendo su cerebro todo el rato. Pero ocupado con los reproches tampoco se molesta en buscarle otra alternativa.

—Tienes suerte, sabes —comenta Bé—. Sería mucho más fácil matarte a ti. Si no lo hacen es solo porque ahora tienes familia y habría gente haciendo preguntas. Este no tiene familia ni nada. —Pulsa el botón del ascensor, y evoca un tenue suspiro de impaciencia al segundo siguiente. Cruza los brazos y su pie rebota en el suelo. Marc se fija en las roturas de la pared—. Desde que White está al mando de los trabajos muere mucha menos gente... Será budista o algo. —Se encoge de hombros, vuelve a pulsar el botón aunque ya está coloreado—. Que lleva literal un día, pero se está flipando un poco. El que estaba antes se ha jubilado, o suicidado, o muerto; no me acuerdo de qué

me han dicho.

Ni por dinero pisaría un ascensor en un edificio que se cae a pedazos como este, pero con la cabeza en lo que está a punto de hacer, ni se le pasa por la cabeza.

—Es un fastidio porque menos trabajos significa menos dinero, sabes.

—Rueda los ojos cuando entra. El azabache la sigue—. Aunque me alegro de que no vayas a morir y eso —añade al recordarlo.

El *ding* del ascensor emerge humilde, y el corazón de Marc se le refugia en la garganta.

—Buenas noches —dice una señora mayor.

—Buenas —repite la chica con su voz angelical. Entre eso y su gesto adorable lo último que pensaría esta señora es que lleva una pistola por dentro de la camiseta.

Marc traga saliva, tratando de disimular también.

—Buenas noches... —musita dejándole un hueco, porque el cubículo no es muy grande.

Al segundo *ding* sigue concentrado en que el corazón no se le salga del pecho. Es Bé quien, con un toque en el pecho, le indica que están en la planta correcta.

Es evidente que han intentado darle a este sitio un toque de lujo y estilo, porque la moqueta es de un color vino que hace juego con el rojo y dorado de la pared; pero estando todo lleno de desconchones, manchas y... ¿Lo que hay en esa puerta son cucarachas comiéndose una rata muerta...?

...Es un poco complicado que se ganen las cinco estrellas.

—Berna... —Ella le manda callar con un chistido.

—En estas cosas tienes que llamarme Bé —le reprocha en un tono silencioso—. Yo lo voy a hacer todo, tú quédate en la puerta y cuando te diga entras, ¿okey?

Marc no responde, está demasiado aturdido hasta para mover la cabeza. Solo se queda muy quieto, en silencio.

La chica sonrío. Le hace un gesto para que se aleje.

Se echa para abajo el escote de la camiseta y pega dos suaves toques en la puerta. No tiene mucho pecho, pero se los aprieta bajo los brazos cruzados.

Marc le observa justo desde donde ella le ha mandado estar, pegado a la pared a resguardo de la mirilla.

—¿Quién es? —Una voz grave al otro lado.

—¿Señorita de compañía? —responde Bé.

Marc no sabe qué acento está tratando de imitar. Más bien parece una combinación de muchos distintos. Argentino, ruso, ¿alemán? La conversación es absurda.

—No he pedido ninguna puta.

—¿No ser señor Smith?

—No. Largo.

—Oh... Pero yo venir hasta aquí desde muy lejos.

—Que aquí no es.

—¿Y usted ser señor con veinte euros?

El hombre deja de hablar. Cinco segundos más tarde, la puerta se abre, muy despacio. Tiene la cadena echada y solo la separa un par de dedos.

—¿Solo veinte? —repite. Le ha cambiado el tono, como si hubiese rejuvenecido veinte años de golpe. Ahora parece un pajillero de instituto.

Bé asiente, y él cierra la puerta. Cuando se abre otra vez ya no lleva puesta la cadena.

Marc no puede creer que haya sido tan rápido. Entiende que Bernadett es rubia, de ojos azules, y tal; ¿pero de ahí a que sea tan fácil...? Y tampoco es por criticar, pero se imaginaba todo esto de las mafias y la extorsión con menos... Con más... ¿Más elegante, más de película?

Menea la cabeza para despertarse. Ni siquiera sabe en qué está pensando. Todo esto es tan surrealista que es como caminar dentro de una burbuja externo a lo demás.

La puerta se cierra con ella dentro, y el azabache se queda fuera sin saber qué tiene que hacer ahora. Escucha un sonoro golpe, y un quejido. La puerta vuelve a abrirse.

—Ven ya —avisa ella desde dentro.

El que estaba hablando era un chico, un chaval que tendrá más o menos su edad. Se está retorciendo en el suelo, tiene el hueso de la muñeca en un sitio en el que no debería estar y con la otra mano se aprieta la entrepierna

mientras mantiene los ojos apretados y gruñe penosamente.

—Cierra y ven —le espabila Bé—. Va a estar así un rato.

—¡M-me dijeron que no pasaba nada, que ya estaba todo bien...! —jadea revolviéndose en el suelo.

Bé saca su pistola, tiene otro silenciador puesto. Su expresión tierna se ha desvanecido, sus ojos le atraviesan la carne.

—Cállate —escupe. El chico agacha la cabeza.

Con su otra mano saca el móvil. Alterna mirar la pistola y la pantalla. Está escribiendo solo con el pulgar, pero a una velocidad vertiginosa.

Marc se ha quedado en la entrada. Está viéndolo todo a través de un cristal, porque no es posible que él esté aquí, no es posible que esté pasando esto. Esto, todo este mundo, es como si hubiese estado haciendo equilibrio en la punta de un iceberg. ¿Cómo no ha visto nada de esto antes? ¿Y por qué tiene que verlo ahora? ¿Por qué precisamente ahora que...?

—Ya está grabando. —Bé le corta el pensamiento. Sin dejar de apuntarle, se mete en la cocina americana. Se pone a picotear lo que hace cinco minutos debía ser la cena del chico.

—¡Dijeron que no pasaba nada! —grita él armando mucho escándalo. Bé pone los ojos en blanco—. ¡Por favor, por favor, haré lo que sea!

—Qué pesado. ¿Tengo que doblarte el otro brazo?

—¡No me dijeron esto! —Intenta avanzar por la moqueta, y ella le tira el plato de cerámica. No le acierta en la cabeza pero hace que deje de moverse.

—He pensado... —Bé mira a Marc—, ¿quieres ir luego a por unas copas? Hace un montón que no hablamos, me puedes contar qué es de tu vida. O sea, aparte de esto. —Se ríe en voz alta.

—Por favor, por favor...

Marc, pistola en mano, no sabe dónde centrar la vista. Si en Berna, arrasando tranquilamente con las patatas fritas del pobre chico, o en él, que le suplica tirado en el suelo.

Su expresión descolocada elige a la chica y ella lo interpreta como un reproche.

—Perdón, perdón, me espero a que termines. —Rueda los ojos con

aburrimiento. Apoya la mano en el moflete y sigue comiendo.

Con la mano temblorosa, Marc alza el pedazo de metal. La situación es un pelín tensa, pero no puede controlar el sonoro suspiro que le sale desde el fondo de los pulmones... Otra vez sujetando un arma. Dos veces en menos de veinticuatro horas.

—Oye, oye, espera... Déjame hablar con ellos, ¿vale? Seguro que podemos hablar, seguro que puedo hacer algo... —Habla muy rápido, se incorpora de rodillas. Está mirando fijamente a Marc porque es quien porta la pistola que apunta a su cabeza, no sabe que él tampoco tiene ni idea de qué está haciendo.

—Llorica —se burla ella, y saca la lengua.

—Bé... —la nombra el azabache. Ella se cierra la boca con una cremallera imaginaria. Y se la abre al segundo siguiente—. Voy a la otra habitación a ver qué encuentro —dice, bajándose de la banqueta de un salto. Señala el teléfono apoyado sobre la encimera, y Marc asiente.

El chico se ha callado, sigue con la mirada a Berna. No entiende qué pasa, por qué todavía está vivo si de verdad van a matarle.

—Oye, oye, tú pareces más cuerdo, no vas a matarme, ¿verdad? —Hace ademán de avanzar de rodillas hacia él, pero Marc ajusta la pistola, recoloca la trayectoria a modo de aviso y el chico se detiene—. Vamos, solo ha sido un error, solo uno, no es justo, ¿no crees? Por favor...

—Cállate —gruñe. No le deja pensar.

Aunque está muerto de miedo como él, sus cejas negras y sus ojos azul grisáceo le ayudan bastante a no aparentarlo. De hecho, toda su imponente figura aterroriza de por sí, no necesita la pistola. Aunque la chica es quien ha entrado en primer lugar a romperle el brazo, con la camisa blanca y el pantalón oscuro imitando un traje parece que es él quien dirige la situación.

—Haré lo que quieras, lo que quieras, ¿sí? De verdad... —Marc bufó, y el chico baja la cabeza.

Pero ni él mismo sabe si va a disparar o no. Por más que Bé diga que solo es pulsar un botón, no es tan sencillo.

¿O sí lo es? Pulsar un botón..., un suave toque, y listo, fuera problemas, nadie tendría que morir. Aparte de este chico, claro.

Aprieta aún más el entrecejo. No sabe quién es este chaval, no le importa en lo absoluto, puede matarle y arreglarlo todo. No le ha visto bien la cara, podrá olvidarle sin tener pesadillas.

—Dadme otro encargo, lo haré bien, ¡lo haré bien! —Su voz empieza a entrecortarse, le salen mocos de la nariz y lágrimas de los ojos. Es incómodo de ver.

—No hagas eso —le ordena, o le pide, o simplemente lo piensa pero lo dice en voz alta.

—Lo siento, lo siento mucho... Lo siento...

Inclina el rostro a la moqueta, y deja de suplicar. Sus hombros se ven temblorosos y ha dejado los brazos lacios sobre las piernas.

Marc se aclara la garganta.

—Oye —lo llama en un chistido, en voz baja para que Bé no le oiga desde la otra habitación—. ¿Cuántos... Cuántos años tienes?

El chico levanta la cabeza de inmediato y Marc hace una mueca incómoda. Ahora sí que está jodido, le ha visto la cara perfectamente. Se la está viendo ahora mismo: tiene el pelo castaño oscuro, los ojos de un marrón muy claro, una peca debajo del ojo... ¡Mierda! ¡Quiere dejar de mirarlo, pero no puede!

—D-dieciocho —contesta entre sollozos.

Marc aprieta la culata, nervioso, pero el cañón no se mueve de su sitio. Tiene que hacerlo, y punto; no tendría que haber preguntado nada.

Lo piensa, y está a punto; lo está dos veces, y tres, cuarenta, y llega a la misma conclusión. Baja el arma.

Su expresión seria no cambia, pero retrocede un paso.

No es un asesino, no puede matar a nadie. No sabe qué ha hecho este chico pero en dieciocho años no puede haber hecho nada que merezca la pena de muerte. E incluso si lo ha hecho, ¿no está a tiempo de reinsertarse? ¿No está a tiempo de cambiar?

Desde luego él no es quién para tirar la piedra, porque él sí es un asesino.

No ha dicho nada, pero los ojos del chico se expanden con ilusión, entendiéndose perdonado. Se lanza a sus pies, y Marc se asusta y va a retroceder, pero la espalda le choca con la pared de atrás. No lo ve, pero lo oye, y lo siente con extrema repulsión; el chico le está besando los zapatos.

—¡Gracias, gracias! —exclama, las lágrimas le chorrean por las mejillas ahora con mayor intensidad—. ¡Muchas gracias!

—Aparta... —Intenta liberarse, pero el chico está aferrado a sus piernas.

—¡Este solo ha sido el primero, prometo que los próximos encargos los haré bien!

—Sí, vale...

La puerta se abre, Bé asoma la cabeza al escuchar los júbilos. Va a llamarle, pero cae en la cuenta de que no ha inventado un mote para él. Se queda con la cabeza asomada en el resquicio, pensando uno.

—¡Puedes decirle a Jota que no volverá a pasar, lo juro!

Marc deja de intentar liberarse.

—¿A Jota? —murmura.

—¡Sí, a Jota, a todos! ¡Gracias, gracias!

Su corazón se acelera, sus pulmones se vacían en un instante.

—Eres... —Se aclara la voz—. ¿Eres Alejandro? —pregunta, pero no le hace falta obtener respuesta.

Este chico, esta persona que le llora y le suplica, es quien ha mandado al hospital a Ellen, y solo porque no ha conseguido mandarla a la tumba.

Por culpa de este individuo Anthony está triste, por culpa de este miserable, él está aquí.

Sus dedos aprietan el arma con fuerza, su mano se vuelve temblorosa y el metal tintinea al contacto con el plástico de la empuñadura ligeramente despegada.

Pero sacude el rostro, y su cuerpo se relaja. Abandona la idea de la venganza.

—Es que no quiso el dinero, no hizo caso de las amenazas, iba a ir a la policía y yo no sabía que más podía hacer... —Aunque ya no le hace falta, sigue lloriqueando.

No importa. Ellen no ha muerto. Anthony está triste, pero dejará de estarlo cuando se recupere, y él no tiene por qué matar a nadie, todavía está a tiempo.

Levanta la barbilla solo para ver a la chica encaramada a la puerta en silencio, muy concentrada en lo que sea que esté pensando. Luego observa el

móvil grabando desde la encimera de la cocina, y lo recuerda.

Es verdad, no es tan sencillo.

En primer lugar, esta decisión no es suya, él no tiene nada que decidir. Sobrevivió al día de ayer, pero no sobrevivirá al de mañana si no hace esto... Inclinando las facciones hasta el tembloroso chico a sus pies, lo comprende.

Este podría ser él.

Este es el Marc que no ha sido adoptado por los Summer. O el Marc que no es bueno preparando cócteles en el Trébol. O el que es menos agraciado como para engatusar chicas en la barra que se dejen los billetes. O el que...

No lo sabe. Es que ni siquiera lo sabe. Simplemente ha tenido suerte de no decidir una cosa distinta en el pasado que hubiese descontentado a La Familia. Pero todavía puede ser él.

Será él si no cumple con el encargo.

Así que, con el chico cabizbajo encaramado a su pierna, levanta el arma una vez más. Sus dedos se aferran con magna fuerza al elemento, tratando de mantener la trayectoria estable. Desde tan cerca no queda posibilidad de merma.

Por eso, cuando pulsó el botón, la habitación se tiñó de sangre.

Como no pestañeó en todo el acto, lo vio perfectamente, y solo una cosa le rondó las sienes: el asombroso parecido que tiene una sandía veraniega con una cabeza humana al explotar. No, pero no tanto como un bote de ketchup reventado por la rueda de un vehículo... ¡Sí, exacto! Tal y como una sandía rellena de ketchup siendo arrollada por un camión.

El cuerpo cae a sus pies inerte, el líquido le embarrana la camisa, las gotas le salpican el cuello y la mejilla. Ha usado silenciador, pero le pitan los oídos. Su mano entera ha quedado bañada del espeso líquido, le está goteando por los dedos, y se desliza por el cañón de la pistola hasta el suelo.

Lo contempla todo sin emitir una sola mueca o expresión.

Después de tantas súplicas y agradecimientos, el silencio absoluto ha devorado la habitación y un olor metalizado lo impregna todo; un filtro rojo se ha superpuesto sobre la alfombra y los muebles cercanos. Ha llegado un poco hasta el ventilador del techo, que gira muy lentamente sobre sus... Sobre su cabeza.

Estaba, y luego ya no.

Y aquí, ante la macabra escena que hasta entonces solo ha creído propia de películas de ficción; su corazón, mordaz, se atreve a relajarse, porque ya está

hecho.

Ya no tiene que pensar más, ya no tiene que decidir entre un infierno u otro; solo resta la culpabilidad. La serenidad de solo tener que lidiar con un sentimiento.

—Qué fuerte —dice Bé, saliendo del cuarto—. ¿Cómo lo has hecho? Yo eso lo intento, pero tiene que ser en un punto muy concreto, como por aquí, y no sale siempre. —Gira el dedo en un punto de su cabeza, pero Marc no la está mirando—. Depende del ángulo, y no sé qué cosas.

Lo primero que hace la chica es coger la cámara, pausar el vídeo y volver a ver la escena.

—Has sido súper cruel haciéndole suplicar —se jacta con falsa pena. Reproduce en la cinta su parte favorita, y sus ojos se expanden sincronizados con el momento—. ¡Boom! —imita, y estalla a carcajadas—. Mira que lo he visto veces, pero siempre me parece curiosísimo —reflexiona con una curiosidad científica.

—¿Hemos terminado ya? —pregunta Marc. Su voz suena robótica, su gesto serio y distante. Tiene la vista anclada a la pared, pero no está mirando nada.

—Sí, no tiene familia ni nada —comenta. Da una vuelta por el piso a ver si hay algo que le interese—. Además por aquí muere gente todo el tiempo. Lo que tengo que hacer es sacarle muchas fotos. White quiere que este chaval sea como un “aviso”. Yo creo que lo han escogido a él porqu... ¿Eh, Marc?

No sabe cuándo, pero el azabache ha salido del cuarto. Corre a asomarse al pasillo y lo llama en un chistido. Él la ignora. Camina a paso calmado, sus dedos todavía están aferrados a la pistola.

¡Está cubierto en sangre! ¿A dónde va? ¡Está loco!

Bé cierra la puerta del piso y corre tras él. Despliega una manta que acaba de robarle al muerto y se la echa sobre los hombros para taponarle la camisa manchada. El azabache no repara en la acción, no disminuye un paso ni mira a su compañera cuando le quita la pistola.

Se limita a caminar hasta el ascensor, y encara su propio reflejo al toparse con el espejo del cubículo, esperando pacientemente el *ding* de aviso. Se aparta un par de gotas de sangre del cuello con el antebrazo porque su mano

también está manchada. Las lágrimas se le quedan en los ojos.

—¡Pues ya está! —exclama ella, aparcando el coche frente al club. Los dos bajan, pero el chico no cruza la carretera. Se queda mirando a un lado de la calle. Ha estado todo el camino callado—. ¿No vienes? —le pregunta, volviendo atrás un par de pasos—. ¡Marc! —grita fuerte para que le oiga. Está empanado.

—Berna —la nombra mirando el asfalto—. ¿Tienes una moneda?

—¿Ah? Sí, toma. —Del bolsillo trasero saca un monedero abultado. Es de pelo rosa y tiene una cabeza de elefante de peluche colgando. No parecía posible que le cupiesen cosas en esos diminutos bolsillos—. ¿Para qué?

—Voy a hacer una llamada.

—¿No tienes móvil? —cuestiona, curiosa, pero no hace falta que conteste—. *Okey*, te espero. —Cruza la carretera de camino a la entrada, pero se queda fuera. Se prende un cigarrillo.

La cabina telefónica está destrozada, así que no está seguro de que funcione, pero aun así lo intenta.

Mete la moneda y descuelga el teléfono sin mucho afán, y se lo pega a la oreja, pero su índice no llega a marcar ninguna cifra. Lo cuelga enseguida. Menudo estúpido. Si no se sabe su número de teléfono no lo puede llamar. Pulsa el botón de devolución y la impecable moneda vuelve a él.

La aprieta en la mano sentándose en el bordillo. Necesita pensar. Necesita pensar algo distinto, cualquier cosa, imagen, idea, estupidez; cualquier cosa que le borre la imagen de la cabeza...

Porque lo ha hecho.

Lo ha hecho, de verdad. Y ha sido tan rápido y tan surrealista que sigue esperando a despertarse en casa, en su cama al lado de Anthony, pero no lo hace. La sangre seca de su mano le recuerda que ha sido muy real, su camisa roja antes era de un blanco impecable, aunque ahora parezca un moderno estampado a la moda.

Esto no ha sido como la primera vez, no ha sido sin querer, no hay posibilidad de abstraerse de la culpa. Él, y solo él, ha pulsado el botón. Podría

no haberlo hecho, incluso si eso conllevarse determinadas consecuencias; podría no haberlo matado, pero lo ha hecho.

Es un asesino. Ahora sí, ahora no es mejor que ellos. Ha estado muy cerca de ser un adolescente normal, y ahora está muy lejos.

No quería hacerlo, no lo ha hecho en todo el trayecto y creía que estaba aguantando bien, pero ya no puede más. Las lágrimas le saturan las cuencas.

Es basura, es escoria, él también merece la muerte. Ese chico podría haber sido él y debería de haber sido él, así ni Ellen ni Anthony ni Annie tendrían que sufrir su presencia. Ojalá Ellen no le hubiese adoptado, ojalá nunca hubiese entrado en La Familia, ojalá... Ojalá hubiese tenido cualquier otra vida antes de llegar hasta este punto.

¿Y qué hay después de esto, qué va a hacer? No puede simplemente volver a casa, abrazar a Anthony, coger en brazos a Annie..., no puede hacer ya esas cosas. Sus manos están manchadas, su corazón ennegrecido, su cabeza da vueltas. Se ha quedado atrapado en la minúscula habitación del motel bañada en sangre.

Era horrible. Estaba por todas partes. ¿Cómo puede salpicar tanto...? Ha sido increíble, toda esa sangre, el ventilador goteando, los trozos esparcidos por la alfombra como un vómito teñido de rojo; ha sido...

Traga saliva, apartándose las lágrimas.

Sabe que no se lo merece, que es egoísta solo desearlo, pero lo único que quiere ahora, es verle. Quiere que Anthony le abrace..., no, no solo lo quiere; lo necesita. No hay una sola cosa o persona que necesite con tanto ímpetu en este preciso momento. Necesita sus brazos, sus manos, su pequeño cuerpo encaramándose al suyo, su fina sonrisa extremadamente brillante... No le merece. No le merecía antes y con mayor fuerza lo desmerece ahora.

Vuelve a mirar la cabina, pero por más que lo desee con todas sus fuerzas si no se sabe el número lo único que puede hacer es quedarse llorando en el bordillo o caminar hasta el hospital.

Sus nerviosos dígitos apartan el largo flequillo azabache, lo apresan y alborotan entre los espacios. No va a poder mirarle a la cara, solo mantenerle la mirada a esos profundos ojos verdes sería como mentir, incluso si de sus labios no saliese una sola palabra. Mentiría con solo mirarle, le ensuciaría con solo rozarle. Y aún con esos pensamientos, quiere hacerlo, quiere verle, quiere tocarle, por lo menos... Por lo menos quiere escuchar su voz.

Bajo el estante de la cabina hay un maltratado libro, exageradamente

grueso. Se levanta para cogerlo, lo ojea en pie. Es uno de esos libros con muchos números, una guía telefónica. Las recuerda porque de pequeño su padre las utilizaba para calzar las sillas y las mesas cuando se partía alguna pata. Tenían muchas porque las daban gratis todos los años.

Le da la vuelta al grueso libro. Esta es de 2007, es muy vieja. Pasa las páginas y se queda pensativo. Es obvio que el móvil de Anthony no va a estar, y en casa no hay nadie así que es una pérdida de tiempo que se ponga a buscarlo...

Pasa las páginas con rapidez hasta la sección de edificios públicos. Su dígito se desliza raudo por la larga hilera de cifras hasta topar con el teléfono del hospital.

Mete la moneda y marca con agilidad.

Le atiende una mujer que supone es la recepcionista. Con solo dar el apellido es suficiente, la mujer le pone a la espera mientras va a buscar al chico.

Tarda un rato. Demasiado extenso en realidad. No se ha fijado en cuanto cuesta cada minuto pero solo ha metido una moneda de un euro que le ha dado Berna.

—¿Sí, dígame? —Es la voz de Anthony. Suena ligeramente distinta por teléfono, pero la reconocería en cualquier parte.

—Hola, Anthony, soy yo.

—¿Marc? ¿Te has comprado un teléfono?

—No, estoy llamando desde... Uno de esos teléfonos públicos.

—Ah... ¿Qué pasa...? ¿¡Ha pasado algo malo!?! —pregunta muy preocupado. Marc no puede evitar sonreír un poco imaginando su expresión. Se agobia por cualquier cosa.

—No, es que estoy aquí... —Mira a su alrededor. En realidad no tiene nada que decir, solo quería... Escucharle, escuchar su voz—. Trabajando. ¿Cómo está Ellen? ¿Cómo estás tú...?

—Bien, mamá está durmiendo. Ha estado durmiendo todo el rato desde que te has ido. La doctora dice que mañana le harán más pruebas. Creo que tampoco voy a ir al colegio.

—Ah, bueno...

—No sé si traer a Annie mañana para que vea a mamá, o se traumará o algo... Cuando pasó el primer accidente a mí no me dejaron venir... ¿Debería decirle que mamá está bien y ya está?

—No sé. Como tú veas, Anthony. —Sonríe sin saber por qué.

Se hace tan raro. Si cierra los ojos puede salir de aquí, y si se esfuerza puede imaginar que no hay un cable de por medio, que están hablando en la misma habitación. Con su voz en el oído, es como esas noches que pasan juntos en la cama, abrazados el uno al otro tan pegados que no necesitan las mantas para protegerse del frío.

Se da cuenta de que lleva unos segundos sin hablar. Se apresura en pensar algo más que decir para que no cuelgue. Cualquier cosa, lo primero que se le pasa por la cabeza. Lo único que no deja de pasársele por la cabeza:

—Te echo de me...

Su voz es sepultada por la del menor, que no alcanza a oírle.

—Ha venido Kyle hace un rato —dice—. Le mandé un mensaje cuando te fuiste.

—¿A-ah...? ¿Kyle...?

—Sí... —Continúa en un tono más bajo—. Le dije lo del hospital, y él insistió mucho en venir... Le he dicho que tú estás en casa con Annie, para no hablarle de tu trabajo y eso... ¿He hecho bien?

—Ah, sí, vale...

—Va a pasar la noche aquí, y sus padres van a venir mañana por la mañana. Su madre es muy amiga de mamá.

—...Qué bien.

—¿Cuándo vendrás?

—En... En un rato.

—Vale..., Marc. —Su voz se vuelve seria cuando le reprocha—. Ten cuidado, ¡mira por donde pisas!

Marc no puede evitar soltar una brizna de aire por la nariz. Le dijo a Anthony que el resurgimiento de su herida del labio se debió a un tropezón en el pasillo camino al baño. Se lo creyó al momento, ni dudó ni preguntó dos veces.

—Sí —afirma.

—Hasta luego, Marc—susurra, su tono cargado de cariño.

Marc se queda en pie un rato más, sujetándose el teléfono contra la oreja aunque solo escucha un repetitivo pitido que indica que ya no hay nadie al otro lado.

Al menos Anthony no está solo. Está con Kyle... Su mejor amigo. Que en realidad podría ser mucho más. Que en realidad, *debería* ser mucho más.

Anthony estaría mucho mejor con alguien normal, que esté con él cuando haga falta y que no le mienta. Kyle es un completo imbécil, pero no puede negar que se preocupa por él. Incluso habiendo desistido de tener una relación sigue haciendo su papel de buen amigo. Él no podría hacer lo mismo en su lugar.

Esa es una de las pequeñas cosas que le definen como la mierda de persona que es. Por que él no es puro, ni simpático, ni su bondad se aproxima en lo más mínimo a la de Anthony. Acaba de matar a una persona por protegerse a sí mismo y a lo que a él le importa. No por ellos, por él. Porque no soportaría perderlos.

Anthony es lo mejor que le ha pasado en la vida y él es lo peor que le ha pasado en la suya.

—¡Marc! —vocifera Bé desde lejos. Ya se ha terminado su segundo cigarrillo—. ¿Vienes?

Desde el otro lado, la mira. No se lo piensa demasiado, está cansado de pensar.

Asiente de forma escueta, cuelga el teléfono y cruza la calle.

- 17 -

Son sus favoritas

retrasado

hace una semana

3:12pm Verdad? Jajaja

gugüel.com/m3114m0N1n0

5:22pm Tú lo ves amarillo o azul?

si jaja 10:49pm

hoy

Kyle

9:45pm Hola...

Estoy en el hospital

9:47pm Mamá ha tenido un accidente

Voy 9:47pm

9:47pm Perdona si te molesto... Pero podrías venir...?

Le escucha antes de verle. Unos pasos acelerados; un pequeño chirrido de la goma de unos zapatos sobre el mármol del suelo. Kyle dobla la esquina a paso veloz. Mira a un lado, mira al otro, y en cuanto le ve al fondo del pasillo, se detiene por un momento muy breve.

En pocas zancadas recorre el resto. En cuanto lo alcanza le sumerge en un cálido abrazo. Anthony no se lo espera, pero enseguida cae en la cuenta de que no había otra cosa que Kyle fuese a hacer.

Le corresponde el abrazo con fuerza.

—¿Cómo está?

—Bien... Se despertó antes, le han hecho unas pruebas. Mañana le van a hacer más, pero parece que por ahora no ven nada raro... —Exhala un

pequeño suspiro—. Perdona por preocuparte. No sabía si decírtelo, porque ya han dicho que está estable, pero estaba yo solo, y... No sé...

Kyle mira a ambos lados. El pasillo está muy vacío.

—¿Y Marc? ¿No está aquí?

La pregunta le pincha un poco el pecho a Anthony.

—Está... Está cuidando de Annie, en casa —miente.

—Ah. —Le aprieta frotándole los hombros. Luego le separa para verle.

Anthony se fija en sus cejas curvadas en exceso—. ¿Y que estabas, tú aquí solo?

—No, mamá está ahí, durmiendo...

—Eso no puede ser —replica enfadado, apretujándolo de nuevo; le corta lo que estaba diciendo—. Ahora estoy yo aquí.

Anthony nota lo bien que huele Kyle. No es un olor a nada, de hecho, se nota que ha venido corriendo porque aprecia un toque a sudor y su corazón parece estar regresando todavía a la normalidad después de la carrera.

Cierra los ojos. Se ancla entre sus brazos.

—Me voy a quedar aquí contigo —dicta Kyle.

El castaño se sorbe la nariz. Y esboza, después de una de las noches más horribles de su vida; una fina sonrisa.

—Gracias —musita. Hunde la nariz en su cuello, de puntillas.

Su cuerpo está muy caliente, es como una estufa.

—He tardado un poco porque he ido a por una cosa —aclara Kyle, separando solo un brazo.

A Anthony le sale un interrogante en la cabeza. ¿Que ha tardado? No se ha fijado en los minutos, pero no habrán pasado más de quince; ha llegado rapidísimo.

Cuando Kyle se saca las barritas del bolsillo el rostro de Anthony se ilumina.

—*KittyCat* —lee en el envoltorio. Aunque no necesita leerlo, porque reconocería el paquete por los colores, o por su olor; a un kilómetro de distancia. Es su marca favorita.

Del otro bolsillo trasero, Kyle se saca tres más. Se las tiende, y cuando al

menor ya no le caben más en la mano, le va a guardar las que sobran en el bolsillo, pero se fija en que Anthony lleva puesto un pantalón de pijama.

Las devuelve al suyo, preocupado, porque puede imaginarse a la perfección la escena: la llamada de teléfono, los verdes con la pupila contraída, la carrera hasta el hospital sin hueco en la cabeza para reparar siquiera en lo que lleva puesto...

—He venido corriendo —dice Kyle—, así que espero que el chocolate no esté... Bueno, ya sabes.

—¿Derretido por tu culo? —suelta una pequeña carcajada.

Kyle sonrío, se lleva con el pulgar la humedad de los ojos verdes.

—Eso.

Sorbiéndose la nariz, Anthony abre un paquete que parte por la mitad. Se come un trozo muy despacio mientras Kyle se zampa el suyo en dos bocados.

—¿Qué estabas haciendo antes de que llegase? —pregunta Kyle con el moflete lleno, echando un vistazo. Todos los hospitales son deprimentes, pero que usen un color blanco manicomio para las paredes tampoco le suma alegría a la huerta.

Anthony se encoge de hombros.

—Estar sentado en el sofá de la habitación. He salido a dar una vuelta porque es muy pequeña y tiene unos aparatos que no dejan de hacer pitidos y agobian..., pero tampoco quiero alejarme mucho, por si mamá despierta.

Kyle asiente. Sin darse cuenta, están caminando. Muy despacio y a ninguna parte.

—¿Tienen terraza? —indaga Kyle, retóricamente; está viendo la puerta de cristal ahora mismo.

—Sí, pero hace frío fuera.

Kyle gruñe disgustado.

—Quería traerte una sudadera pero no he pasado por... —Carraspea antes de corregirse—, no he pensado en eso. Se me ha olvidado.

—Me siento mal por haberte sacado de la cama a estas horas.

—No digas tonterías, Anthz. No puedo quedarme tranquilo sabiendo que tú estás aquí. Y más aún solo. ¿Se lo has dicho a los demás?

Anthony niega de forma queda.

—No. —Menea la cabeza—. No quiero que se preocupen.

Surge un pequeño silencio. Kyle desvía la vista a la pared. Anthony le ha avisado solo a él. No sabe cómo sentirse al respecto. Porque si se alegra en una situación como esta, estaría siendo egoísta, ¿no?

Anthony también la desvía, hacia el lado contrario. No ha pensado en que su relación ya no es igual que antes cuando sus dedos se han movido solos para mandarle los mensajes.

Mira al mayor de reajo.

Le extraña que haya venido tan rápido, porque últimamente siempre está ocupado con Noah. Supone que las pequeñas marcas irregulares que le asoman por el cuello de la camisa se las ha hecho él. Sus hombros se bajan solos y su ceño se frunce, recordando que, que Kyle haya venido corriendo, solo es una excepción.

Enseguida vuelve a elevarlos y destensa la frente. Su madre está a unos pocos metros tumbada en una camilla de hospital, no es momento para estar triste por unos estúpidos problemas de adolescente.

—Kyle.

—¿Hm?

Anthony se mira las manos.

—¿Te acuerdas cuando te disparé con una ballesta?

Kyle gruñe.

—¿...que cuando me la regalaste mamá se alarmó muchísimo...

—prosigue el menor—, hasta que vio que era de plástico y me pidió perdón y me la dio..., y luego se me disparó y tuvieron que darte puntos en la pierna?

—Sí, sí. Me acuerdo. —No entiende a qué viene la pregunta, pero lo rememora sin querer. Vaya si escocía. El perno le rozó y se le llevó un trozo de carne donde ahora no le crece pelo. Poco después retiraron el “juguete” del mercado—. En tu onceavo cumpleaños. —Asiente.

—No... —dubita Anthony—. Creo que cumplía trece.

—Cumplías once. Cuando cumpliste trece te regalé la sudadera de *Spiderman*.

—Ah, es verdad... —Se ríe—. Que fue cuando empezamos a leer cómics, y yo por el tuyo te había regalado la de *DeadPool*.

Kyle le lanza una mirada cargada de malicia, pero sus labios están curvados conteniéndose la risa.

No hace falta que diga lo que está pensando.

—¡Que te la voy a devolver! —salta Anthony enseguida.

—Bueno, bueno. —Sonríe mirando al suelo—. ¿Y por qué te has acordado de eso ahora?

—Porque te disparé, pero el que se puso a llorar fui yo. —Suelta una risita que oscila entre la maldad y la disculpa—. No sé cómo no me odiaste por eso. Siempre... Tú siempre eres bueno conmigo. Haces un montón de cosas. Has venido hasta aquí, por la noche... —Mira a un lado y parpadea varias veces. De pronto le pica la nariz y se le dobla la voz—. Eres muy bueno conmigo.

—Oye, ey. —Anthony esconde el rostro, pero él se lo levanta y le aparta las lágrimas con los pulgares—. No estaba haciendo nada, no te preocupes por eso.

—Perdona, no sé porqué... —Se sorbe la nariz, rueda los ojos asqueado—. No sé porqué estoy llorando.

Kyle sonríe abiertamente.

—Porque siempre has sido un llorica. —Anthony bufra sobándose los ojos—. Te crees que es el fin del mundo cada día, eres un exagerado.

—¿Exagerado yo? —Jadea con una sonrisa—. ¿Y tú qué?

—¿Yo?

—Tú. —Eleva sin querer el tono, pero lo baja enseguida—. La última vez que entré en un hospital creo que no pisé el suelo.

—Ves, estás exagerando —se defiende con una sonrisa. Anthony niega y levanta una mano.

—Solo me torcí el tobillo, no tenías que entrar llevándome en brazos como si estuviese moribundo. Todos los que estaban allí se giraron para ver

qué pasaba. Me morí de vergüenza.

—No, no te moriste —desmiente de pasada. Luego le mira de soslayo y habla rápido—. No te moriste porque yo te llevé a cuestras.

Anthony sacude la cabeza, pero sonrío.

Se quedan en pie en mitad del pasillo. Kyle baja la barbilla y Anthony la eleva un poco. Con sus ojos apuntando al contrario, el menor esboza una mínima sonrisa.

Coge aire para hablar, pero no llega a pronunciarse. Le precede el ruido del ascensor. Es una mujer con uniforme.

—¿Anthony Summer? —Les mira de forma intermitente. El aludido, como un preescolar al que cree que van a castigar, levanta la mano despacio—. Tienes una llamada abajo en recepción.

Kyle y Anthony se miran.

Siguen a la mujer hasta la planta principal, y desconfiado, Anthony toma el teléfono. Kyle le observa hablar, apoyado en la pared de al lado con las manos en los bolsillos.

Espera a que cuelgue para aproximarse.

—¿Era Marc?

—Sí. Quería saber cómo está mamá —dice, volviendo al ascensor. Odia los ascensores, pero hoy parece que tiene que coger muchos—. Puede que venga luego...

—¿Pero no está cuidando de Annie?

—Sí —responde de inmediato—. Sí, pero...

Vale, tiene que pensar rápido una excusa. O decir la verdad, que es lo que tendría más sentido.

—La puede dejar en casa de los Miller —responde sin más.

—Ah, pues sí.

Se sientan en los sofás del rellano. No pasa mucho hasta que Anthony pega un amplio bostezo que no alcanza a cubrir del todo con la mano.

—¿Tienes sueño?

—No sé. —Se encoge, dando otro más pequeño.

—Puedes dormir si quieres. —Se palmea el regazo.

Anthony se lo piensa..., y cede muy rápido.

—Bueno, un rato solo... —musita.

Apoya la cabeza en sus piernas. Recoge las propias sobre los asientos, y cierra los ojos.

Esta noche ha sido espantosa y está agotado, y se le juntan las preocupaciones: que mamá se recupere, que Marc deje ese dichoso trabajo, que Annie no se sienta desplazada... Pero no ahora. Ahora mismo ha decidido tomarse unos minutos de descanso.

Y descansar es extremadamente sencillo cuando Kyle le está acariciando el pelo.

Tú + yo ≠ nosotros

—Muchas gracias por traerme. —Se despide, cerrando la puerta del coche.

—¡Caendíé...! ¡Me va dá la graciah por ehta chuminá! —farfulla el hombre aspeando una mano.

—Si necesitas cualquier cosa puedes llamarnos, siéntete libre de pasarte por casa —añade la mujer.

El chico asiente agradecido.

—Adiós, Anthz —le despide también Kyle, apoyado en la ventanilla bajada. Sus comisuras dibujan una pequeña sonrisa de ánimo.

—Adiós Kyle, adiós señor Segers, adiós señ... Martha —Sonríe.

El coche arranca y desaparece al doblar la esquina. Él suspira profundamente. Sus hombros caen y su sonrisa cortés se difumina en la brisa de la mañana.

Está muy cansado. Dormir en el hospital es horrible, le duele un montón el cuello y la espalda.

Evoca un enorme bostezo elevando las facciones al Sol radiante que le calienta las mejillas. Han dicho que mamá va a seguir todo el día durmiendo con los calmantes, si se hubiese quedado allí no habría hecho otra cosa que esperar. Además, no hace falta que nadie se lo diga, necesita una ducha. Urgentemente.

Se da la vuelta y arrastra los pies hasta la entrada. Marc no volvió anoche al hospital, y como no tiene móvil no puede avisarle de que ya no está allí, pero le ha dejado una nota en el sofá de la habitación. Suspira. Debería comprarse un móvil ya mismo. Si no se lo compra Marc, se lo comprará él. Quedan unos meses para su cumpleaños, podría aprovechar y dárselo como regalo.

Se para un momento antes de cruzar el muro, mirando el buzón de los

Miller. En cuanto se duche irá a ver a Annie. No sabe qué va a decirle... La verdad, supone. A él le hubiese gustado que le dijese qué pasaba cuando sus padres tuvieron el accidente...

Sí. Se ducha, duerme un ratito graaande, y cuando vaya a recoger a Annie de la escuela almuerzan juntos y se lo explica todo. Quizás aún es pronto para llevarla al hospital, porque de todas formas mamá duerme todo el rato, así que eso igual mañana, o ya el fin de semana. Esta semana es mejor que duerma en casa de los Miller. Al menos las noches que él pase en el hospital y Marc tenga que trabajar. La señora Miller es muy buena, y a Annie le gusta estar con ella, así que...

Pensando en sus cosas, tarda un rato en reparar en la figura del patio delantero. Pestañea lentamente un par de veces, sobándose los ojos para distinguir la realidad de la ilusión.

—¿Marc?

Solo obtiene un gruñido por respuesta.

Avanza despacio. Está muy cansado como para reaccionar a cualquier cosa con rapidez, así que prefiere no acercarse mucho. Entre los setos, a unos pocos metros de la puerta y justo debajo de la ventana, el azabache está tirado en el suelo.

—¿Marc? —Se apresura a agacharse a su lado ahora que le ha visto bien —. ¿Qué haces así? —Le zarandea el hombro, y el mayor se gira.

Los rayos del Sol le golpean sin piedad, tiene que usar su antebrazo para no quedar ciego.

—Anthony... —Estira la mano a él vagamente.

—¿Qué haces aquí tirado? —habla en voz baja, apurado. Marc lleva puesta una camiseta promocional de un bar de carretera, los pantalones y los zapatos manchados de barro y tiene trozos de plantas en el pelo.

—¡Anthony! —exclama de pronto, pegándole un susto de muerte. Se le tira encima en un abrazo.

—Apesta a alcohol —dice en voz baja—. Espero que no te hayan visto los vecinos...

Con dificultad, ambos se ponen en pie, y con Anthony guiando caminan hasta la puerta. Marc señala el seto. Su índice se mueve en horizontal y sus

palabras suenan confusas.

—Aquí falta una escalerita —protesta. El olor del alcohol coloniza el ambiente.

—Marc...

Le duele todo el cuerpo, por eso no sabe cómo lo consigue: entran en casa, suben las escaleras y deja caer al mayor en la cama. Entonces abre bien los pulmones, tomando una amplia bocanada de aire. Ahora sí que necesita dormir.

—Anthony. —Canturrea en voz baja todo el tiempo. Cambia las sílabas de orden y el tono, pero es siempre la misma palabra.

—Marc... ¿Qué te pasa? —musita. El azabache sigue a lo suyo mientras él recoge parte de la manta que está en el suelo.

—Aaanthony. —Tose, y se revuelve en la cama, restregando el rostro por la suavidad de la mullida almohada. Con la nariz escondida en los pliegues, solo ve al menor por uno de sus ojos. Le observa mientras baja la persiana y recoge un par de ropa que todavía hay por el suelo. Sonríe ampliamente. Solo su boca resurge para pronunciarse—. Anthony, te he compuesto una canción. —Se le ve muy orgulloso.

—¿Se llama «Anthony»? —suspira el chico, sus brazos en jarra.

Marc le mira muy sorprendido. ¿Cómo lo ha sabido?

El menor arruga el entrecejo.

—¿Te ha pasado algo en el trabajo? —pregunta preocupado, y Marc se calla. Su expresión atontada de borracho no cambia, pero le da la espalda y el colchón bota un poco. No le importa llevar todavía la ropa de la calle salpicada en alcohol, cierra los ojos buscando dormirse—. Marc, ¿te ha pasado algo?

—No.

Anthony le observa en silencio. La única vez que le ha visto borracho ni de lejos estaba tan confuso y atontado como ahora. De hecho, parecía aguantar bastante bien el alcohol.

Entiende que después de trabajar toda la noche en el Trébol quiera beber algo con sus amigos, pero... ¿Cuánto ha tomado esta vez? ¿Y por qué?

—¿Estás triste por mamá? —indaga retraído, pero no obtiene respuesta. No parece que Marc esté por la labor de cambiarse esa ropa sucia ni él tiene energía siquiera para recordárselo. Echa un vistazo a la habitación, pensando. Se mira las manos—. ¿Quieres hablar?

Posa la palma en su hombro, buscándole.

—Marc... —le requiere en un susurro. Esta vez él se gira. Pero no le dice nada, solo se le queda mirando.

Cargado de parsimonia, el mayor se incorpora, se sienta en la cama. Le incomoda un poco. Sus ojos están enlazados y ninguno de los dos parece próximo a apartarse. A Anthony le es muy difícil mantenerle la mirada con esa expresión. No sabe si es Marc o que él está muy cansado, pero los azules parecen más penetrantes esta mañana, y luce muy serio ahora. Su canturreo y expresión serena se han marchado muy rápido.

—¿Estás bien? —musita.

Tampoco responde esta vez. En lugar de eso, Marc lleva sus dedos al fino rostro. Le repasa las facciones con fijación y cuidado. Anthony deja que lo haga, y exhala una pequeña brizna de aire. Marc tiene los mofletes rojos por el calor del alcohol, y no necesita abrir la boca para reproducir con fidelidad el olor de una botella recién abierta de whisky.

—Eres perfecto —suelta Marc. Suena muy ronco, el líquido le ha quemado la garganta y sus palabras son un carraspeo.

Anthony le aparta la mano entre las suyas.

—Creo que deberías dormir.

Marc niega suavemente.

—No quiero dormir. —Su tono es serio y sus palabras pausadas, pero es evidente que está tan borracho como hace cinco minutos, se está balanceando—. Quiero besarte —susurra.

Y aún con todo el cansancio que le entumece el cuerpo, aún con la incomprensión de toda la situación, el corazón de Anthony palpita sonoramente al oírlo.

—¿Puedo besarte? —pide Marc, con su rostro ya aproximándose. Anthony se mantiene en el mismo punto, interrogante.

—¿Por qué me lo preguntas? —musita sin comprender. Ni se aparta ni lo

rechaza, es Marc quien se detiene. Niega con la cabeza muy despacio antes de alejarse.

—No, no puedo. —Se responde a sí mismo en un murmullo, y se recuesta. Otra vez le da la espalda.

Anthony no entiende nada. Se tumba en el trozo de cama libre, se pega a su espalda. El mayor no rechaza el gesto, tampoco comenta cuando le oye quitarse los zapatos y estira la sábana cubriéndolos a ambos. Anthony se queda muy pegado a él, dando a entender que no va a marcharse.

Marc cierra los ojos, porque uno de esos finos brazos le rodea el costado y se le deposita con delicadeza sobre el pecho. Le hace contener el aliento. Las rodillas de Anthony se encajan en la parte trasera de las suyas y su pecho le da a descansar contra la espalda.

Está calentito. Es una sensación muy agradable. Puede sentir sus latidos en la espalda y son regulares, muy tranquilos; lo cual es raro porque Anthony siempre está nervioso o preocupado por algo.

Cierra los ojos para concentrarse en oírlos mejor, y su corazón también se relaja. Parece buscar acompasarse.

—¿Te molesta si me quedo aquí? —pide Anthony en voz baja. No tendría por qué molestarle, es lo que se han acostumbrado a hacer todas las noches, pero Marc está actuando tan raro que prefiere preguntar.

—No —desmiente enseguida.

Anthony sonríe. Le deposita un lento y pequeño beso en la mejilla desde atrás. Los orbes azules se expanden con intensidad, y confuso, se da la vuelta. Contempla sin pestañear los finos labios y los ojos más hermosos que ha podido apreciar en toda su vida. Su corazón se pierde en la boca que se abre para él.

Le está sonriendo. A él. Al maldito y miserable Marc Stone, que ni siquiera debería haber nacido.

A Anthony no le da tiempo a ver la secuencia completa, cuando los verdes pestañean, Marc ya se ha abalanzado contra sus labios. Le aprietan con fuerza contra él, buscan ensamblar sus cuerpos.

Le cuesta responder el beso, pero cierra los ojos, y con las mejillas sonrosadas y la cabeza entumecida por el cansancio, gime adorablemente, tratando de regular la respiración.

—Anthony... —jadea, aferrándose más a él.

Las grandes manos le recorren el cuerpo. Están muy calientes y contrastan con su piel que está fría. Marc le acaricia toda la espalda, le agarra un poco más fuerte en las caderas mientras su boca hace presión contra la suya.

Anthony se deja llevar, porque él también quiere dejar de pensar por un momento.

Aquí dentro, en esta pequeña habitación apretujados en la minúscula cama con sus cuerpos consumiendo el espacio y el oxígeno, todo lo demás deja de existir. Solo por un momento, solo un poco de cariño antes de volver al hospital; una breve pausa antes de afrontar la complicada realidad.

—Marc... —gime entrecortadamente, con la lengua recorriéndole el cuello, y sus afilados dientes arrastrándose sobre la piel considerando dónde dejar una mordida.

Él también aprieta ambos cuerpos.



El pausado repiqueteo de las agujas al girar llena sus oídos de forma intermitente.

Despega los párpados con dificultad. Lo primero que ve es el immaculado techo blanco. Su cuerpo está entumecido y su boca sabe a suela de zapato. Los objetos crean sombras de trazos irregulares que cambian de sitio constantemente. En el exterior sopla fuerte el viento meciendo las ramas de los árboles, y la luz de una farola se cuele por el cristal de la ventana posándose sin pedir permiso sobre su brazo, que descansa laxo fuera del colchón.

Se humedece la boca, se repasa los labios que no podrían estar más secos, y recoge su brazo en un escueto movimiento para apartarse el flequillo de la cara. No puede sentir su otro brazo, está sepultado sobre un peso inmóvil. El hormigueo le escala desde la punta de los dedos hasta el hombro, e intenta sacarlo por debajo sin despertar al chico que duerme apaciblemente, evocando un regular silbido de nariz cada vez que su pecho se eleva y se contrae.

Ya libre se sienta en la cama, se estira la piel de las mejillas y las cuencas buscando despertarse de la anestesia que reina en su cuerpo.

No recuerda qué ha pasado.

Está en su habitación, ya es de noche de nuevo. ¿Ha estado durmiendo todo el día? ¿Y cómo ha llegado a casa? Tumbado junto a él está Anthony, de espaldas.

Mira las sábanas y observa su propio pecho descubierto. Enarca una ceja al percatarse de que el navajazo que se llevó hace meses en el Trébol ya está curado por completo. No estaba siguiendo la evolución de la herida, pero ya solo queda la cicatriz que va a tener toda la vida. ¿Y por qué está Anthony en su cama? Levanta sutilmente las sábanas, luego las deja caer.

Anthony no lleva los pantalones puestos, ni la ropa interior. Él directamente no lleva una prenda encima. ¿Lo han hecho?

Se aprieta las sienes que le repiquetean dolorosamente. No se acuerda, ¿ha tenido sexo con Anthony y no se acuerda? No puede ser posible.

Sale rápido de la cama, se aleja de él. Se ha levantado de una forma muy brusca pero el chico sigue durmiendo como si nada.

¿Cómo puede haberlo hecho con Anthony y no recordarlo? Recoge sus prendas esparcidas por el cuarto en silencio, pero no llega a ponérselas. Su nariz se arruga y su ceño se frunce al olerlas.

Apesta a alcohol muy fuerte, es asqueroso. Las tira al suelo sin cuidado.

Anoche estuvo bebiendo en El Podio. Al principio solo iban a ser unas copas para relajarse, intentar olvidarse de... *Eso*. Y al final, con la excusa de no tener que volver al hospital o a casa, ha estado pidiendo una tras otra hasta desorientarse. Berna le acercó en coche, cree recordar y supone usando la lógica, porque no hay forma humana de que llegase andando hasta aquí, hubiese muerto por el camino en este estado.

¿En qué condiciones habrá llegado esta mañana? Joder, y ya ha pasado el día entero... Se ha tirado todo el día en la cama. Y además, aun así, con estas... estas pintas, este apestoso olor a puro y whisky... ¿Anthony ha querido tener sexo con él?

Se viste a prisa en total oscuridad. Le cuesta mantener el equilibrio porque la confusión del alcohol ha sido sustituida por un sopor extremo que le entumece la capacidad de pensar y controlar su cuerpo.

Qué asco. Es asqueroso, él es asqueroso.

¿Qué hace este chico con él? ¿Por qué deja que le bese, que le abrace, por qué está con él? ¿Por qué demonios querría alguien como Anthony tener sexo con alguien como él?

Este no es su sitio, estas paredes no están hechas para él, ni esta vida, ni este calor. Él no se las merece. Le ha mentido a Anthony y es imposible que le cuente todo lo que ha pasado entre ayer y hoy, ya va a tener que mentirle toda la vida.

Cada vez que esos ojos verdes estén puestos en él con tanta inocencia y ternura los estará mancillando solo por interponerse delante. ¿Por qué Anthony no ve la escoria que es? ¿¡Acaso es ciego, acaso es tonto!>? ¡Si es evidente desde el principio!

Ni siquiera hay una diferencia reseñable entre el Marc de este momento y el que era hace un par de días. Siempre ha sido el Marc dispuesto a matar, siempre ha sido el Marc dispuesto a poner sus intereses por encima de los demás; la única diferencia es que ahora ha dejado de ser abstracto y puede señalarse con el dedo lo que ha hecho.

Sonríe con amargura.

Probablemente por esto sus familias de acogida le devolvían todo el rato, se dieron cuenta de esto mucho antes que él.

Se pone los zapatos y sale del cuarto. Este no es su sitio. Nunca ha pintado nada aquí, simplemente acaba de darse cuenta.

Cierra la puerta de casa y echa a andar.

See you never, alligator

Cuando cruzan el portón luminoso de la entrada, Noah despega los labios muchas veces, y Kyle entiende que es verdad eso de que nunca había pisado una feria.

La luz de los carricoches colorea el ambiente de un rojo intenso, y el cielo sin una sola estrella queda relevado a tan solo una inmensa cartulina azul oscura. Hay farolillos ámbar atados entre los puestecillos de comida, y se escuchan gritos cerca de las atracciones movidas. Al fondo, sorteando la marabunta de personas, resalta una inmensa noria junto a una gigantesca montaña rusa.

—Oye, ¿no vas a estar incómodo con eso? —cuestiona Kyle.

El vestido que se ha puesto Noah hoy parece muy fresco para esta hora de la noche, y esos zapatos no tienen pinta de ser cómodos... Aunque no puede pasar por alto lo adorable que está.

—¿Qué es eso de ahí? —pregunta Noah sin contestarle.

El ambiente se mezcla en aromas dulces y salados que le llaman poderosamente, aunque ha cenado en casa. Esto está hasta arriba de gente.

—Manzanas de caramelo —le responde echando un vistazo por encima del hombro. Brillan cubiertas de una buena capa de azúcar y muerte—. ¿Te apetece una?

—¿Y eso qué es? —Señala otra cosa enseguida.

—Eso es para atar a los caballos —le aclara, y sonrío cuando le apunta a otra parte. No se está quieto, parece un guardia dirigiendo el tráfico—. Eso solo es el baño.

—¿Y eso?

En un larguísimo escaparate a modo de escalera, resaltan un puñado de cosas. Ventiladores, drones, una bicicleta... Un hombre de pelo blanco

vocifera justo en medio, bajo una pantalla llena de números.

—Eso es el Bingo —contesta, pero él ya ha salido corriendo. Ha volado al puesto luminoso como una polilla curiosa.

El suelo está lleno de cartones de colorines y pequeños circulitos con números. Cuando alcanza a Noah, le pasa una mano por el hombro y lo acerca, para que no se vaya corriendo a la siguiente cosa que le llame la atención.

—Tienes que sacar los números de los huecos —le explica comprándole unos cartones a la mujer—. Si los sacas todos te llevas un premio.

—¿Me llevo lo que quiera sin pagar? —pregunta un poco sorprendido.

—Bueno, sin pagar... —La cartera le palpita en el pantalón. Escucha sirenas de alarma que lo iluminan todo desde su bolsillo trasero.

Desde que está con Noah, sus ahorros se están convirtiendo en polvo. Le gusta invitarle a cosas, pero es muy difícil seguirle el ritmo cuando le lleva a sitios caros. Una tarde se ofreció a invitarle a una magdalena en un Moonbucks sin saber que valía cuatro pavazos. «Muffin» habían puesto los cabrones en la factura; pero vaya, que eso era una magdalena de toda la vida.

Veinte minutos y cuarenta y tantos cartones después, Noah patalea el suelo furioso mientras ve cómo un crío que ha llegado hace dos minutos se lleva un monopatín. Le ha faltado solamente un número para ganar. Tres veces le ha pasado exactamente lo mismo.

—¡Esto está amañado! —protesta haciendo añicos los cartones que ya no le sirven.

Pero sigue comprando.

Kyle se ríe. Le observa apuñalar los nuevos con el dedo para sacar los números. Sujeta muchos al a vez, por eso no deja de revisarlos a la velocidad de la luz, apenas le da tiempo cuando el hombre enuncia uno nuevo.

—¿Qué premio es el que quieres?

Noah gasta solo medio milisegundo en señalarle un oso de peluche gigantesco casi arriba del todo.

—Creo que te saldría más barato comprarlo directamen...

—¿¡Qué dices!?! —le corta muy escandalizado—. ¡Así no tiene gracia! ¡Tengo que ganarlo! —grita, ojeando al crío de la familia de al lado. Solo le

faltan dos números a ese mocoso—. Que todos estos estúpidos vean cómo les gano —farfulla asqueado.

—Pero esto no depende de ti, es la suerte —sonríe Kyle.

—¡Bingo! —grita alguien de atrás.

Noah lo fulmina con la mirada. Tira todos los cartones al viento y se va para el hombre con una expresión no muy amigable, pero Kyle le rodea la cadera. Le redirige suavemente a un lado para salir del puesto.

—Hay muchas cosas más, no tenemos que estar toda la noche aquí. —Sonríe mientras se lo lleva—. ¿Quieres una mazorca de maíz? —comenta. Está viendo a una familia entera comiéndose unas.

—¡Yo quiero ese oso! —gruñe solapándole.

Kyle le coge de la mano. Lo lleva a un puesto más pequeño, de encestar una pelota en un aro. Hay premios colgados por todas partes, aunque no son tan grandes como el oso de antes... Es complicado encontrar uno que tenga los dos ojos mirando para el mismo punto. Al fondo hay un par que parecen decentes, pero hay que conseguir la máxima puntuación para ganarlos.

—¿Qué es esto? —farfulla Noah cruzándose de brazos. ¿Por qué le ha traído a este vertedero de maderas que apenas se sostiene?

Mira cómo Kyle habla con el hombre. El tipo le tiende un balón de baloncesto. Noah chasquea la lengua, aparta la cara y observa de lejos el Bingo. Seguro que justo iba a ganar y ahora se queda sin nada por culpa suya.

Cuando el mayor cita su nombre, Noah le mira enfurruñado. Se le destensa el ceño en cuanto tiene que descruzar los brazos para coger el peluche que le está tendiendo.

—Es más pequeño, pero es un oso —dice Kyle, sonriendo con algo de reparo—. Así compenso el haberme ido corriendo aquel día, cuando estábamos en el barco... —Se va apagando lentamente, recordando cómo le metió prisa para dar la vuelta. Hasta se dejó la mochila del instituto en el coche—. ¿Quieres ahora una mazorca?

Pestañea varias veces, y mira el peluche preguntándose qué ha pasado. ¿Ha metido las tres? Este es uno de los premios grandes. Con dificultad, porque el oso es enorme, separa un brazo y señala una jirafa en una esquina.

—Ahora quiero ese —dice.

Él se ríe. Saca una moneda para dársela al tendero, pero se la rechaza.

—Un premio por persona —se inventa, porque no hay ningún cartel que lo avise por ningún lado.

Noah afina los ojos, y el señor se hace el loco y se gira para arreglar una montaña de peluches que en realidad no están desordenados.

—Pues vamos a la noria —decreta, y echa a andar.

Pero Kyle no le sigue. Se pasa una mano por la cabeza y se entretiene en los pelos de su nuca.

—¿No prefieres ir a la montaña rusa? No me gustan las norias —dice con algo de apuro. El chico vuelve atrás, le agarra la mano y tira de él—. Es que... Me dan miedo —añade sin moverse del sitio. Se ahorra explicar el por qué está intentando no levantar el cuello hacia la rueda de colores desde que han entrado.

Noah cede a regañadientes. Se suben a un montón de otras cosas. Corren tan deprisa entre atracciones que ni siquiera les da tiempo a aprenderse el nombre de cada una, y montan tantas veces en otras que les regalan algún viaje gratis.

Al parecer, Noah nunca había subido a un barco vikingo, pero le encanta. Hace a Kyle subirse cuatro veces seguidas, y le regaña cuando tiene que esperar un buen rato parado en un poyete a que el mayor recuerde dónde estaba arriba y dónde abajo como un viejo.

Después de meterse tres mazorcas de maíz entre ese pequeño pecho y esa fina espalda, pelearse con un niño por robarle el premio que él quería de la Pesca de Patitos y, básicamente, después de lo que calculando así a bote pronto una eternidad, Noah le suelta la mano y deja de andar.

—¡Me duelen los pies! —vocifera al viento.

Kyle se mira el reloj y levanta las cejas. El tiempo se ha pasado volando. Menos mal que se ha dado cuenta. Consiguió que su madre le dejase salir tan tarde porque mañana no hay clase, pero tiene que estar en casa antes de las una o le va a montar un pollo como hace por todo.

Se le aproxima con lentitud. Él también está cansado.

—¿Quieres que nos vayamos ya? —pregunta frotándole el hombro. Le ha

dejado antes su camisa, pero tampoco abriga mucho.

—¡No! —chilla Noah, ofuscado—. ¡Quiero algodón de azúcar!

—¿Otro? —Se ríe a carcajadas.

Echa un vistazo alrededor. Más atrás había un puestecillo, pero aquí lo que está viendo es una caseta de gofres.

—¿No prefieres un gofr...?

—¡Algodón de azúcar! —grita una barbaridad con los ojos cerrados—. ¡Ahora!

¡Estos zapatos duelen, tiene frío, los decorados del vestido le rozan los pezones y quiere irse a casa!

Saca el móvil y se pone a chequear *InstaFlash*. Kyle curva las cejas preocupado. Desde que se compró el móvil usa mucho esa aplicación. Ha visto algunas de sus fotos, y no sabe si él es consciente... Pero está seguro de que más de la mitad de sus treinta mil seguidores están en la cuarentena y, espera, pronto también en la cárcel.

—Bueno, siéntate en ese banco —propone, pero no es un banco, es una piedra decorativa plantada en un pedazo de césped pegado a una caseta—, y yo te lo traigo.

Consigue que Noah le mire a los ojos.

—¿Quieres? —insiste esbozando una sonrisa.

—Vale. —Acepta sin interés. Se va y se sienta en la piedra, que es rematadamente incómoda—. Lo quiero de arcoíris —ordena, cruzándose de piernas.

Kyle se cambia de brazo el enorme oso de peluche. Está envuelto en un plástico, así que lo apoya en el suelo al lado del chico, que usa la cabeza de pelo para apoyarse.

—Ahora vengo —sonríe. Le da un pico en los labios.

—Vale —musita con la barbilla pegada al oso.

Hay mucho ruido en este sitio, luces de todos los colores brillan a descompás entre atracciones, y las horribles canciones se repiten hasta la saciedad y se superponen las unas a las otras. Era divertido al principio, pero ahora está harto. Y Pit no puede venir a recogerles aquí mismo porque los

coches solo pueden entrar hasta la estúpida entrada, que está lejísimos.

Gruñe, cansado de esperar aunque todavía lo está viendo alejarse por el camino de luces. Cuando Kyle se pierde entre la muchedumbre, deja de mirar.

Arruga y estira el plástico por aburrimiento, y ni siquiera puede oír ese sonido.

—No aguanto más, ¡me hago pis! —solloza una chica que pasa por al lado, desesperada al ver la cola kilométrica del baño. El chico que va con ella, que supone es su novio, se quita la gorra y le recoge el pelo antes de ponérsela.

—Ve al de chicos —dice, terminando de esconderle los mechones.

—¿Qué dices? —se sorprende ella—. No puedo hacer eso...

—Claro que sí. —La coge de la mano—. Yo voy contigo.

A la chica no se la ve muy segura, pero medio minuto después, sale del baño con una cara de felicidad absoluta, casi levitando por el césped.

Noah se les ha quedado mirando, y cuando se da cuenta regresa la vista al oso envasado.

Kyle se está portando muy bien con él hoy. Como todos los días, en realidad. De verdad parecen una pareja. Unos meses atrás, o puede que tan solo unos días, no se habría imaginado esto ni en sueños. Se habría reído en la cara de quien lo hubiese insinuado como posibilidad para él. Estar en una relación, toda seria, acostándose todo el rato con la misma persona... Se le hace un poco raro, pero la verdad es que no le disgusta.

Es... Kyle es una persona extraña. Primero porque no tiene que decirle que haga cosas como cargar el peluche, es él quien se ofrece; y segundo porque las hace a cambio de nada. Es una cosa que todavía no se explica, como ahora, que se ha ido a la porra a por un dulce que no es para él.

Además, no le ha dado el dinero, tendrá que pagarlo de su bolsillo. Y es tan bobo que seguro que no se lo pide después.

—¿Noah? —le nombran desde lejos. No es la voz de Kyle, así que pasa. Será a otro Noah, o lo habrá escuchado mal—. ¿Noah Lovelace? —repiten bien alto y claro, por encima del barullo.

Se gira vagamente para ver quién está pegando esos berridos y...

Ah. Mierda.

—¿Qué haces aquí? —El chaval se carcajea mientras se le acerca—. ¿Y qué coño llevas puesto...?

Noah le aparta la cara. Finge que no le conoce, y menea la pierna esperando a que Kyle vuelva. El chico se le pone delante.

—¿De qué vas disfrazado? —le pregunta, esta vez justo delante suya.

—Esfúmate, Bradley —gruñe, poniendo los ojos en blanco.

—¿Por qué vas vestido de chica? —insiste. Se acerca y le coge el bajo de la falda.

Noah le aparta de un manotazo a tiempo.

—¡Quita! —le grita. Le asesina con los ojos un largo rato, luego, le aparta la cara nuevamente—. Vete por donde has venido.

El mayor vuelve a reírse. Retrocede dos pasos y saca un móvil. Noah se levanta de un salto y el osito se tumba de boca en el césped.

—Esto va a ser muy divertido —se jacta el mayor. La mano de Noah se estira en su dirección, pero él retrocede en un pequeño trote. Se burla sacando también la lengua.

—¡Baja eso, ahora!

—No sé yo... —fanfarronea de broma. Delinea una sonrisa altiva—. ¿Qué ganaría yo con eso?

—¡He dicho que lo bajas! —chilla más alto.

Bradley se queda quieto, pero estira el móvil a la noche sin estrellas y no puede alcanzarlo.

—Tendrías que haberte puesto también tacones —se burla con desinterés.

Noah le pega un pisotón en el pie. No lleva tacón, pero sus zapatos tienen un pequeño nivel de madera que no le deja precisamente una caricia. Aprovecha que se inclina de dolor para pegar un salto. Golpea el móvil, pero no lo despega de la mano que lo tiene aferrado con fuerza; no consigue nada.

Entonces Bradley le pega un empujón, y con unos pocos metros de distancia, se pone a hacer fotos.

Jadea, y se cubre con los antebrazos para protegerse del flash. No ve nada, pero avanza un brazo, buscándole.

—¡Para! —grita.

—Me pregunto qué podría impedir que publicase estas fotos en *CaraLibro*. —Sonríe. El flash salta cada poco tiempo.

—¡Para! ¡Estate quieto!

—No tenías muy buena fama, pero esto... —Se ríe—. ¿Qué crees que pensará el director del instituto...?

—¿Por qué le estás sacando fotos a mi novio? —Una voz grave a su espalda hace botar al chico.

Cuando se da la vuelta, Bradley le examina de pies a cabeza.

¿Quién es este tío?

¿Este es...? Ha dicho que Noah es su novio. Pero... No es un viejo chocho. Ni parece uno de esos pijos flacuchos que le consiente por sexo. De hecho... Espera, ¿esas zapatillas que lleva son del rastro? ¿Y esa camiseta de Primork...?

¿Qué demonios hace Noah saliendo con un pobre?

—Eh —vocifera Kyle, y se le aproxima—. Te he preguntado que qué coño haces sacándole fotos a mi novio —repite muy despacio.

Bradley retrocede un paso, luego otro.

Este tío... Tiene un algodón con la gama del arcoíris al completo en la mano. Y eso solo hace que su expresión furiosa y su altura de más repelús en contraste.

—¿Estás saliendo con Noah? —consigue articular. A unos metros de distancia, recupera la postura—. ¿Por qué sales con él? —Sonríe con malicia sin dejar de mirarle—. ¿No sabes que es una puta?

Kyle no le sigue, anda hasta Noah. Le tiende la chuchería. Él la coge sin saber qué decir, o qué expresión poner, pero tiene los ojos bien abiertos.

—¡Se ha tirado a tres profesores y a medio curso! —grita Bradley.

Noah coge aire de forma entrecortada.

Esto no tenía que pasar.

Este imbécil no tenía que estar aquí. La feria viene a la ciudad toda una semana completa, lo ponía en Internet. ¿Cómo es posible que hayan coincidido? ¿Que probabilidades había? Mira a todos lados, pero no ve a más chicos de la escuela. Habrá venido con alguien, seguro, pero no está por aquí.

Se habrá separado para venir al baño y le ha visto.

Kyle no le quita los marrones de encima. Y a él una sensación horrible le picotea la boca del estómago. ¿Qué es este sentimiento tan desagradable? Le debe haber sentado mal una de esas estúpidas mazorcas embadurnadas en mantequilla.

—¡Lo ha hecho con todo el equipo de béisbol! —sigue el chico, a una distancia prudente, y bien alto para que pueda enterarse perfectamente—. ¡Y con el de cricket también! ¡Y conmigo, muchas veces!

Noah acaba por bajar el rostro.

Así no es como tenía que ser esta noche.

Sus labios se vuelven temblorosos, las gotas le salpican poco a poco la punta de los zapatos y el suelo a su alrededor. Lo que ven los transeúntes al curiosear mientras caminan es a una niña, definitivamente menor con ese vestido corto y ese poco pecho; llorando. Y un tipo recitando una lista interminable de personas mientras la señala.

—Él... —musita en un suspiro—...Me forzó —dice.

Los ojos de Kyle se abren al máximo.

—¿¡Qué!?! —exclama Bradley. No estaba seguro de haberlo escuchado bien, pero cuando el tipo pobre se le acerca con las cejas flechadas, lo confirma al ciento por ciento—. Oye, yo no he hecho eso —niega muy rápido.

Da un paso con las palmas abiertas para explicarse, y pestañea, por eso no lo ve venir. Kyle le sujeta del cuello de la camisa, le empuja contra el muro de la caseta. Le golpea la espalda y casi la cabeza.

Noah se sorprende, pero contiene un respingo.

—¡Que no, tío! —exclama angustiado—. ¡Qué se lo está inventado; si se me acercaba siempre él!

No ha aprendido que no tiene que pestañear, porque se encuentra a sí mismo hundido en un arbusto que ha adoptado su forma al caer. Y le duele la mejilla.

—¡Que está mintiendo, míralo! —Le acusa con la mano entera. Quiere retroceder, pero se araña la espalda con las pequeñas ramas que se han partido y se queda en el mismo sitio. Jadea angustiado—. ¡Es un

manipulador!

Kyle mira a Noah. El chico rubio está en mitad del césped. Con la cara cubierta por las palmas y los hombros temblorosos; se le oye jadear desde aquí aun con todo el ruido del ambiente. El algodón que le ha comprado hace un momento se le ha caído.

Bradley ahoga un jadeo cuando ve el cuadro, porque su aspecto de niño inocente le roba toda la credibilidad, le deja sin saber cómo reaccionar... Rápidamente se gira al mayor.

—¡Tío, que te lo juro, que yo no le he forzado a nada! —se apresura a aclarar cuando ve que se acerca de nuevo. No le sirve.

—La gente como tú no debería existir —escupe Kyle.

Noah separa tímidamente dos dedos sin descubrirse la cara. Ve a Kyle agarrar de nuevo a Bradley. Ve a Kyle lanzarlo a la pared de un puñetazo que le corta las súplicas y le deja tan desorientado como a él sorprendido. Le ve ir a por él de nuevo.

En esta parte ligeramente alejada del camino, son pocas las personas que se fijan en ellos; otras muchas aligeran el paso cuchicheando el asco que dan los chavales que se emborrachan hasta estos puntos, y otros lo reducen para ver detenidamente la pelea.

El recinto es grande, pero ha visto varios policías paseando antes para evitar cosas como estas. Kyle también los ha visto. ¿Por qué está haciendo esto? Puede tener muchos problemas.

—¡Es un manipulador! —jadea antes de caer redondo al suelo. Su móvil recorre un trecho.

Noah, completamente quieto con los pies juntos y las cejas levantadas; sonrío, porque no puede evitarlo, y porque su novio está ocupado arreglándole la estupidez a uno de sus examantes.

Hasta le da un poquitín de pena. No se esperaba esa reacción tan protectora de Kyle. Pero es Bradley quien no le ha dejado otra opción. Además... Sonríe más ampliamente detrás de las palmas.

Esto es muy divertido.

—¡...Noah! —Le mira suplicante, y tose un extenso hilo de saliva después del último golpe. Luego, desesperado, mira al chico que le zarandea. Le cuesta hablar porque le duele mucho el labio, cree que se lo ha partido—.

¡Ha destrozado más parejas... de las que tú vas a tener nunca...!

—¡Cierra la boca! —Kyle patea el móvil tan fuerte que sale disparado hasta la piedra y el plástico se quiebra por un lateral. La pantalla empieza a parpadear como un intermitente.

Entre los setos, se le sienta en el estómago y le agarra de la camisa. Se lo aproxima, solo un poco, para que le escuche bien cuando le amenaza.

—No vuelvas a acercarte a él.

Después de una exhalación cansada que le regula mínimamente el temperamento, Kyle lo deja ir. Se aleja un par de pasos.

Él retrocede a rastras, y se levanta lo más rápido que puede.

—Eres... ¡Eres un animal! —grita en cuanto se considera a una distancia a salvo, pero su cuerpo sigue tenso preparado para correr—. ¡Cani, barriobajero! ¡Estáis mal de la cabeza, los dos!

Con el brazo lacio, Kyle menea la mano abierta. Le duelen los nudillos, se los ha vuelto a abrir. Ve al chaval correr a lo lejos, y suspira, consciente de lo que acaba de pasar. No puede ir por ahí pegándole a todo el mundo. Pero no se arrepiente en absoluto.

—¿Estás bien, Noah? —Le sumerge con lentitud en un abrazo, y le da un casto beso en su pelo rubio. Noah asiente de forma queda—. Bien... ¿Podemos irnos antes de que venga la seguridad? —Le dedica una sonrisa de ruego.

Noah vuelve a asentir.



Lanza al peluche en la cama y él va detrás, en plancha. Restriega la nariz en la suavidad de la seda.

Teclea un «Ya llegué a casa» que no ve necesario, pero que Kyle le ha pedido. De paso le manda también los selfies que se han hecho esta noche. La del filtro de conejito, la del perro, una con un marco de estrellas...

Va deslizando el dedo y se para en una concreta. En esta están sujetando un algodón cada uno, y Kyle ha puesto una cara muy rara a propósito. Tiene la boca muy abierta pretendiendo que va a meterse toda la comida de golpe,

pero eso es imposible. Se ve realmente estúpido.

Suelta una risita y pasa a la siguiente. En esta Kyle también está haciendo el tonto. Está sacando la lengua fingiendo que le va a chupar la mejilla porque se le quedó un trozo de azúcar pegado. En la siguiente, le está abrazando desde atrás; y en la siguiente sujeta el móvil. Se nota porque el ángulo es muy picado.

Sus pies se zarandean en el aire con la palma abierta en su mejilla.

Bradley no dirá nada de lo que ha pasado si no quiere que todos sepan que le han dado una paliza. Sobre todo porque siempre se hace el gallito en el instituto. Seguro que llega el próximo día contando que se peleó con cuatro o cinco tipos para defender a no sé qué criatura o niño indefenso.

Suspira profundamente. Y menos mal que con suerte se quedará solo en eso. Kyle podría haber tenido muchos problemas... Es que es bobo, sencillamente.

Es muuuy bobo. Y alto. Y guapo. Y fuerte... Y utiliza esos superpoderes para proteger a los demás, no para aprovecharse y sacar sexo, o dinero, o alimento para su ego. Chista al aire, y sonrío. Vaya, igualito a los imbéciles con los que ha estado, que se creían superiores por “engatusar” a un menor de edad y luego cuando era él quien les pegaba la patada no comprendían qué hicieron mal.

Se da cuenta de que lleva mirando al Kyle de la foto un montón de tiempo, y aun así lo sigue mirando... De pronto, en un reflejo esporádico, bloquea el móvil y lo lanza a un lado como si hubiese visto un bicho encima.

Se queda observándolo un buen rato, pensativo y sin moverse.

No tenía que ser él quien se quedase atontado mirando fotos, el plan era justo al revés. ¿En qué momento se le ha desviado?

Tímidamente, estira una mano para traerlo de vuelta. Con la otra, atrapa al peluche y lo abraza. Sigue pasando las fotos, e hinca la barbilla en el oso. Como le ha sacado el envoltorio en el coche y Kyle lo ha llevado cerca se le ha pegado un poco su olor.

Siempre que queda con Kyle se le queda su olor en algún lado: en la ropa, en el pelo; pero no es la colonia. Es su olor normal mezclado con el artificial lo que crea uno nuevo que es difícil de imitar...

Frota la mejilla y enreda también las piernas en el peluche.

La camiseta que llevaba Kyle hoy era muy cutre y muy normal, pero le quedaba bien. El disimulado pico del escote le hacía sobresalir unos pelitos

de su pecho de hombre, tan trabajado y con tanto vello... De verdad parece todo un adulto.

Con parsimonia, a la exacta velocidad de un caracol furioso, sus finos dedos se deslizan por su vientre y se cuelan bajo los pliegues del vestido. Se encuentran con un pequeño bulto que no debería estar ahí. La carne está caliente y húmeda bajo la tela.

Ojalá Kyle se hubiese quedado a dormir.

Lo rodea primero solo con los dígitos, pero no le lleva mucha ceremonia hasta que posa la palma entera. Cierra los ojos despacio y se acaricia los labios con la lengua.

Le gustó mucho el otro día cuando lo hicieron. Aquí, en esta misma cama, sentados en la orilla. Le encanta cómo le desenvuelve el cuerpo siempre, con excesiva paciencia y demora. Siempre; aunque sea evidente que los dos se están muriendo de ganas.

Es divertido cuando le pega el trasero a su abdomen, porque Kyle jadea un poco, como si todavía le diese vergüenza. Pero no hay nada de tímido ni de inocente en cómo su miembro le presiona las nalgas suplicando por meterse ya dentro.

Noah expira silenciosa y largamente. Cuando se aferra a su carne y comienza los suaves vaivenes, entierra la cara en el peluche, y respira con lentitud. Calmado, y todo entre pausas.

Su nariz queda bañada en su aroma y sus pulmones se hinchan presionando su pecho contra el mullido oso.

Ojalá quiera quedar también mañana.

No soy un Santo

—¡Eeey, Maaarc! —chilla con su voz aguda. Su compañero se ha quedado frito, pero ella y su amabilidad lo despiertan de un puñetazo en el hombro. Ladea la cabeza adormilado.

—¿Qué pasa?

—Ya estamos en tu casa —le informa Bé, y se ríe. No se podría decir cuál de los dos está en peor estado de embriaguez, pero que la chica haya conducido desde el club hasta aquí es sorprendente.

—Ah... —Hace ademán de desabrocharse el cinturón, pero no lo llevaba puesto. Chasquea la lengua regañándose a sí mismo, pero tampoco mucho.

Baja del coche dando un sonoro portazo para cerrar bien. La camioneta entera tiembla, pero también temblaría con un simple suspiro del viento; es un milagro que no se rompa en pedazos apenas arranca.

—Adiositooo —Mueve los dedos por fuera de la ventanilla. Él levanta la mano con vagancia. La deja caer de golpe cuando Berna desaparece de su visión.

Camina hasta la casa, que... No es esta. Recorre el jardín principal de esta familia en un círculo y sale a la calle. Se apoya en los muros que delimitan las casas. Lo va palpando con el hombro mirando a las estrellas, sorteando los setos. La siguiente casa es la de los Miller. ¿...Cómo? Da un par de pasos, se pone en mitad de la carretera para verlo con perspectiva. Ah, no. La otra sí que era su casa.

Resopla, y su flequillo vuela al aire mientras deshace el camino. Cruza el muro y busca su ventana y la tubería.

Suelta un jadeo seco al contemplarla, y cuando termina de deshincharse tiene la frente pegada a la pared. Son solo tres o cuatro metros que ha bajado muchas veces, pero menudo coñazo es escalarlo siempre.

Como Ellen sigue en el hospital y Annie en casa de los vecinos, puede salir

por la puerta, pero como no tiene llaves y Anthony está a estas horas durmiendo, al volver tiene que trepar como un mono. Todas las noches igual, tooodas las noches.

Gruñe, ayudándose de las manos para separarse de la pared, y contempla el grueso pedazo de metal pegado a la casa un rato largo, perezoso.

Luego levanta un pie. Lo apoya en los grandes anclajes de la tubería. Luego levanta el otro. Se impulsa con las manos para avanzar un trecho y coloca el pie en otro peldaño. El siguiente paso le sale un poco mal, solo llega a colocar la punta del zapato. Se le resbala y se golpea la rodilla con la pared; el dolor le hace soltarse. Caee de solo unos dos metros de altura y su espalda impacta entre los setos, pero igualmente resulta doloroso. Pequeñas ramas le arañan el cuello y los brazos que lleva al descubierto.

La luz del cuarto se enciende, la ventana se desliza silenciosamente y un chico se asoma. ¿Se ha equivocado también de ventana...? No, es Anthony el que está en su cuarto.

—¿Marc? —le llama en un susurro que nadie responde. Curva las cejas y cierra la ventana.

Un instante después, aparece por la puerta. Lleva unas pantuflas muy cutres con pelo que suenan al ser arrastradas por el suelo, su pantalón de *Spiderman* y una sudadera de *DeadPool* que le queda enorme. Tiene los ojos rojos. ¿Ha estado llorando?

Anthony se agacha para ayudarlo.

—No sé qué ha pasado que se ha movido el suelo —aclara el azabache. Su tono arrastrado y su vocalización escasa.

—Ya... Vamos dentro. —Le lleva del brazo, prefiere cerciorarse de que no vuelva a golpearse.

Otra noche más para la lista con Marc apareciendo en el seto tirado como un regalo de navidad. Cierra la puerta con llave y enciende la luz de la entrada.

El mayor se cubre los ojos con los brazos.

—Annie está en casa de los vecinos —le informa. Marc no sabe qué se supone que haga con esa información, pero asiente.

Va a subir la escalera, pero Anthony se apresura en retenerle. Le agarra el antebrazo, lo mira desde abajo.

—Llevas... Llevas estas últimas semanas volviendo muy tarde.

Marc baja el par de escalones que le había dado tiempo a subir.

—¿Hay algo que no me estás contando...? —prosigue con apuro. Es evidente que lo hay. Lo sabe él, lo sabe Marc; a estas alturas lo deben saber todos los vecinos en tres manzanas a la redonda.

—No, ¿por? —Se encoge de hombros. Con la cuestión zanjada, hace ademán de subir la escalera, pero sigue enganchado a unos dedos que no se le despegan.

—Estás... Bebiendo mucho últimamente... —musita—. ¿Seguro que estás bien...?

Él resopla. Se va a quedar sin aire en los pulmones.

—Que sí —habla pacientemente. Está cansado de tener esta conversación noche tras noche, siempre es lo mismo.

—Es que... Llevas un tiempo sin pasar por el hospital. Le he dicho a mamá que quieres aprovechar las vacaciones que tenemos la semana que viene, para estudiar; como tú tienes más exámenes y eso...

—Vale.

—Mañana tengo la excursión con el grupo, todavía puedes apuntarte si quieres, ¿lo sabes, no? —Él asiente despacio—. Me gustaría mucho que vinieras conmigo... Sé que tienes que... Trabajar —dice con amargura, porque incluso si es cierto que está haciendo de camarero en el Trébol, es evidente que luego pasa un buen rato de ocio entre copas—. Pero solo va a ser un día. ¿Crees que podrías...?

—No lo sé —le interrumpe—. No lo creo.

Anthony no sabe qué contestar a esa actitud tan rígida.

Es como si hubiesen vuelto al principio, a ser dos desconocidos. Desde hace dos semanas no han tenido sexo, y no han dormido en la misma cama por más de dos horas porque Marc llega muy tarde y ya se ha ido cuando despierta. Apenas han hablado siquiera. En el colegio ha estado diciendo que está enfermo, por cinco días. Normalmente ya habrían llamado a casa para investigar. Pero claro, ¿a quién van a llamar?

—¿Prefieres que hagamos tú y yo algo? —propone—. Las vacaciones

son largas, podemos ir algún día a...

—No puedo —zanja. Su mirada fría e impenetrable, sus cejas inclinadas. Sus ojeras forman una espeluznante equis que le cruza el rostro y lleva una barba de siete días que le rodea la barbilla.

Anthony no sabe qué más decir, por eso un incómodo silencio le cala los huesos, pero Marc tampoco puede dar la conversación por finalizada y largarse escaleras arriba, porque los finos dígitos siguen aferrados a él.

—Marc... —Su voz se escucha tan tenue, tan débil, que apenas perturba el silencio de la noche. Parece a punto de llorar—. No sé qué te ha pasado o qué te está pasando, pero sea lo que sea, a mí puedes contármelo.

El azabache aprieta los dientes, cansado de oír la misma frase repetitiva todo el maldito tiempo.

—Estás muy raro, sé que algo te preocupa... Incluso si me dices que no, yo sé que sí...

—He dicho —repite, con voz pausada—, que no me pasa nada.

Anthony traga saliva, los ojos azules están puestos en él. Esos orbes, amenazantes, y vacíos..., le apuntan directamente.

—Marc, por favor... Si crees que voy a decírselo a alguien, o que voy a...

—He dicho —Su torso regio, sus puños apretados. Se le están inclinando las cejas—, que estoy bien.

Se libera del agarre con un fuerte tirón que descoloca al menor. No lo soporta. Cada palabra, cada súplica, cada vez que intenta saber; le hace recordarlo todo. La sangre, el motel, el rostro del chico... Es insoportable, le está poniendo enfermo.

Le da náuseas.

—¡Marc, por favor! —Grita cuando le ve subir. Está desesperado, no sabe por qué no quiere hablar con él, por qué se comporta de esta forma tan distante. ¿Acaso ha hecho algo mal para ser castigado con su indiferencia? —. ¡Puedes contármelo, sea lo que sea! ¡Te juro que no voy a juzgarte, si quieres ni siquiera diré nada, pero por fav...!

—¡Cállate de una puta vez, joder! —grita con todas sus fuerzas sin siquiera mirarle.

Anthony enmudece al instante.

La voz retumba en la casa, en el barrio, en sus sienes. Como un eco que se afloja pero que no se apaga.

Deja de intentar seguirle o hablarle. Se le queda mirando desde abajo.

Marc se da la vuelta. Se pasa una mano por el pelo y se quita de en medio el flequillo, pero sigue muy despeinado. Los ojos verdes le juzgan desde la entrada... No, no le están juzgando.

Le tienen miedo. Le temen.

—Anthony, yo no... —busca disculparse, pero él no se para a escucharle. Huye a la cocina, solo porque el mayor está en mitad de la escalera y no puede correr hasta su cuarto.

Baja despacio, se asoma por el marco de la puerta. Anthony está de espaldas, en la encimera. Tiene las manos sobre la piedra y sus hombros se ven temblorosos. Es evidente que está tratando de no llorar.

—Anthony. —Su tono acallado, sus palabras surgen con cuidado, las escoge una a una—. Lo siento, no quería decir eso.

—Vale. —Asiente sin girarse.

Un fuerte respingo de nariz avisa de que ya está llorando.

Marc se le acerca despacio, sin llegar a alcanzarle del todo.

—Lo siento —repite, buscándole el rostro. Él lo aparta inmediatamente, y una nube de calor se instaura en el estómago de Marc. Más bien, el calor de una radial girando en sus entrañas. Pinchándole como miles de pequeñas cuchillas desde dentro.

El licor le borbotea en el estómago, las imágenes en la cabeza, y esto no ayuda.

—Últimamente estás todo el día fuera. —Anthony se sorbe la nariz para sonar lo más estable posible, que no es mucho—. Annie pregunta que por qué no vas a verla. Mamá está mejor, pero sigue sin recordar nada de ese día, y a veces se queda mirando un punto fijo sin decir nada. Y en el colegio me preguntan por ti. —Se ríe amargamente—. Pero yo no sé que decirles, porque yo tampoco sé cómo estás, ni qué haces.

Marc no contesta, tampoco despega la vista del tembloroso chico. No puede contárselo. Y por más que Anthony repita que puede hablar con él de

lo que sea, ¿seguiría dirigiéndole la palabra ahora mismo si le dijese que es un asesino...?

No. Claro que no.

—Ahora mismo... —gimotea—, todo es una mierda. Necesito que estés conmigo Marc, necesito que me apoyes. —Y aun así, el azabache no evoca palabra. Se queda ahí, parado, mirándole como un robot sin sentimiento. Anthony jadea entrecortadamente, incrédulo—. ¿Todavía no confías en nosotros como para dejar ese estúpido trabajo? ¿Todavía crees que vamos a devolvarte? —le reprocha, su voz tenue más feroz. Ya no está solo triste, también está enfadado.

—Yo no... —Un gigantesco nudo le oprime la garganta, no entiende cómo es posible que pueda contestarle. Lo hace muy bajito, en apenas un susurro; su voz plana y sin sentimiento igual que su expresión—. No puedo.

Anthony se ríe por la nariz y eleva las facciones con aire escéptico. Las lágrimas le han saturado las mejillas.

—Vale —deja de insistir, cansado.

Sin mirarle, se da la vuelta. Camina deprisa para salir de aquí, pero esta vez es Marc quien le impide irse. Le ha agarrado el brazo.

—Suéltame, por favor —Su voz está muy seria ahora, toda pizca de súplica o bondad ha desaparecido.

Quiere irse a la cama. Solo.

—Anthony. —Se oye decir Marc. Aunque no quiere decirle nada.

Anthony es tan extraño. Es tan... Tonto. ¿Cómo puede preocuparse tanto por alguien como él? ¿Por qué, para qué? Le aprieta el brazo con excesiva fuerza sin pretenderlo, aproximándolo.

Siente pena por Anthony, tan desesperado tratando de salvarlo cuando en realidad ya no hay nada que salvar. Nunca lo ha habido. Chista, sumido en sus pensamientos, su cerebro embadurnado por el alcohol no agarra bien el raciocinio, se le resbala la cordura y los pensamientos.

—¿Es que no te das cuenta? —Se le escapa en voz alta.

El menor le mira con incompreensión, su barbilla incluso se tuerce brevemente.

—¿De qué...? —musita, interrogante.

Con la escasa luz que viene de la entrada, Marc solo puede verle borroso, bajo un filtro azul. A Anthony también le han crecido las ojeras, probablemente por su culpa.

Niega con la cabeza, cansado, y no le responde. A saber cuántas noches habrá pasado este chico en vela esperando en su cama a que él llegase. Menudo tonto, qué inconsciente.

¿Es que no se da cuenta de que se está poniendo en peligro al pretenderle a su lado?

Siente pena por él, y siente odio porque trate tan fervientemente de mantenerle en su luz cuando él reventó la propia de una pedrada hace tiempo; le odia por ser tan inocente, por confiar tan ciegamente en una persona como él, con esta actitud tan positiva e infantil, tan pura y armoniosa... ¿Es que no se da cuenta de que pueden hacerle daño?

Le agarra también el rostro, y sumido en sus pensamientos no controla la presión; sus dedos se hincan en demasía en los alrededores de su mandíbula.

—Marc, me haces daño... —se queja, ladeando el rostro.

El azabache observa con minucia sus facciones. Anthony es tan casto, tan brillante. Alguien tiene que cuidarlo para que no se apague, porque todo en él le llama poderosamente a la luz. Él mismo es atraído como una polilla a la más brillante de las bombillas.

Le hace alzar la barbilla en su dirección, encuentra sus labios en un apretado toque.

Anthony aprieta la nariz, el olor del alcohol le satura las fosas nasales, es demasiado fuerte. Está mezclado con un notable olor a puro y cigarrillos que lo hace insoportable. Aprieta los párpados y el ceño, usando ambas manos para presionarle el pecho, tratando de liberarse. Las grandes manos se le aferran aún más al cuerpo.

Le gustaría disculparse con Anthony por ser tan idiota.

Le gustaría decirle que le ha conocido en un momento extraño de su vida y que ahora mismo es complicado. Pero, ¿cuándo no es la vida extraña, cuándo hubiese sido un mejor momento? Quizás no ha habido nada erróneo, quizás le ha conocido precisamente ahora porque es lo que necesitaba exactamente... Todo este polo tan contrario al suyo, todo este inmenso abismo entre sus personalidades... Porque aun con su infancia traumática, Anthony es un ser

fascinante.

Cada uno de ellos es la superación de un trauma, dos direcciones distintas después de sufrir la miseria: mientras él se revuelca en el abismo, este chico brilla como una perla en mitad del océano. Es imprevisible, incomprensible definitivamente, porque con todo ello, posee también la capacidad de cederle un poco de esa luz que satura sus brillantes verdes.

Podría observarlo durante horas sin necesitar un pestañeo. Quiere comprender cómo esto es posible.

Desviando con fuerza el rostro, el menor consigue liberarse.

—Ahora no tengo ganas... —dice, intentando apartarle también el cuerpo. Las manos de Marc le liberan del agarre, pero solo para centrarse en su cintura. Le atraen poderosamente contra la propia.

—Anthony... —Carraspea con la mirada perdida, sus azules voraces como un par de bestias. Le roban el aliento y, solo por media fracción, Anthony deja de apretarle para separarle y Marc le acerca más a su torso.

Y es que Anthony es tan deslumbrante. Necesita tocarlo. Necesita liberarse de la desesperación que le oprime el pecho, porque no hay otra cosa que inunde en su cabeza más que este pequeño. Necesita ensamblarse a este cuerpo, seguir recibiendo estos cálidos haces de luz que parece ser solo él es capaz de irradiar... ¿Cómo demonios es posible que brille tanto?

Lo necesita a su lado, aunque Anthony todavía no lo haya escuchado de sus labios. Eso debe hacer. Decirle cuánto le necesita, y preguntarle si él también le necesita de esta forma tan dolorosa. Porque le tiene pensándole día y noche como un tonto, sacudiendo su corazón de una forma muy rara todas y cada una de las veces que le regresa la mirada.

¿Cómo podría pensar en otra cosa? ¿Qué otra cosa buena hay en este maltrecho mundo que tenga el valor de compararse con estos ojos verdes?

Afianza la presión en la fina cadera, lo levanta en el aire hurtándole un jadeo de sorpresa. Limpia la encimera de un manotazo que manda a volar el servilletero de metal y el florero, que explota escandalosamente cuando cae al suelo. Le golpea la espalda contra el mármol y va tras él enseguida.

El pequeño cuerpo queda sepultado entre una piedra fría y otra más caliente.

—¡Marc! —exclama confundido, hace un pestañeo tenía los pies en el suelo.

El mayor se aparta, le saca los pantalones con extrema rapidez, apenas le da tiempo para tratar de levantarse con el impacto resonando en su espalda todavía. Se queda en un intento frustrado, porque Marc vuelve a él.

Lo está escudriñando con sus azules.

Marc jadea. Es impresionante, fascinante, mágico, hipnotizante... Le está volviendo loco. Él antes no era así, él antes no necesitaba a nadie. Pero ahora todo es diferente. Ya no quiere abandonarlo nunca, ya no quiere alejarse de este maravilloso punto de calor que le satura el pecho y le cobija desde dentro.

Pero necesita más, porque todavía están muy lejos, todavía no es suficiente. Seguro que puede sentirlo más, acercarse más para que Anthony también pueda escuchar los desbocados latidos que le repercuten el pecho en su dirección.

—¡Marc, para! —Se revuelve. El frío de la encimera le cala las nalgas y parte de las piernas. El suelo queda muy lejos, sus pies ni se acercan a la madera, y en el intento golpea una de las banquetas, que se precipita contra el suelo en un estruendo que resuena en mitad de la noche.

Tiene miedo, está muy asustado, no comprende qué pasa; y es inútil que lo intente: el azabache le supera en altura, complexión y músculo, es como tratar de desplazar un edificio entero. Marc se cierne sobre él, le aprisiona contra la piedra.

Desesperado, las lágrimas le desbordan las cuencas.

—¡Marc, no tiene gracia! —Es lo único que se le ocurre decir, aunque es bastante evidente que si esto es una broma el chiste no es gracioso en esta galaxia.

Le saca la sudadera de un rápido desliz. La tela cae al suelo dejando al descubierto el fino torso. Marc lo contempla extasiado. Es tan hermoso, tan delicado. Cada centímetro de este menudo cuerpo es devoto de ser expuesto y admirado en un museo. Sus tiernos pezones erguidos por el frío, sus costillas que se le marcan ligeramente en la fina piel, y los huesos de sus caderas que son visibles bajo una ropa interior que ahora estorba... Marc se deshace de ella con mayor facilidad que el pantalón, deja expuesto un pedazo de carne contraído y reblandecido, rosado en la punta.

Es tan curioso. Cómo en un instante estaba ahí, en pie y vestido. Y ahora está aquí, bajo su cuerpo y totalmente desnudo y expuesto. Así debería ser

siempre. No necesitan estas telas, ni esta casa pija y gigantesca; solo se necesitan el uno al otro.

Solo quiere entrar en casa.

—¡Marc! —grita lo que puede, no le importa que alguien pueda oírles, en este punto, lo prefiere. Porque esta persona definitivamente no es su hermano. Esta persona de aquí no tiene nada dentro, se está moviendo sin alma. Sus manos son ásperas y calientes, pero sus caricias no podrían dejarle un reguero más helado en el cuerpo.

No sabe quién es este hombre, pero definitivamente no es Marc. ¿Y entonces quién es, y qué quiere de él? ¿Y dónde está Marc para venir a ayudarlo!?

¿Dónde está el chico callado que llegó a casa hace unos meses? ¿Dónde está el hermano sarcástico, sonriente e idiota que le acaricia por las noches? ¿Quién es este tipo borracho que ha venido a sustituirle estas últimas semanas?

Esos ojos azules están puestos en su cuerpo, pero no están mirando a ninguna parte, están perdidos en la nada. Es imposible que este sea Marc. La forma de tocar de este individuo no podría diferir más con la suya. Mientras los toques de Marc son pausados, reconfortantes y extremadamente cálidos, esta persona se aferra a la piel con fiereza. No le importa magullarle, arañarle, exponerle al frío de la noche sobre esta congelada piedra que le quema el trasero y la espalda.

Anthony lo consigue con un simple movimiento: una sonora bofetada que le gira el rostro.

Confundido, el azabache se soba la mejilla y eso le da un valioso espacio para apartarse. Anthony rueda hasta el suelo parándose con las manos para no golpearse contra el suelo, y son sus muñecas las que sufren el impacto. Recoge su ropa esparcida y la vuelve una pelota que se aprieta contra el pecho.

Con la mano en el moflete, Marc le mira confundido desde arriba. Los orbes verdes se afinan cubiertas en lágrimas, pero desafiantes.

—No sé quien eres —sisea, dolido. Le pincha muchísimo el pecho, le cuesta mucho pronunciarse sin ser interrumpido por el llanto—, pero tú no eres Marc —jadea.

Y corre, vuela por la cocina y sube las escaleras en un parpadeo. Con un sonoro portazo se encierra en su habitación.

El azabache se queda solo en mitad de la cocina, aturdido por la bofetada. Le quemó la piel, le ha dado increíblemente fuerte.

¿Por qué?

¿No le estaba gustando?

¿No era esto lo que le gustaba de él? ¿No era este chico el único capaz de ver en él algo bueno, y por eso se le acercaba, y le besaba, y le abrazaba...? Pero parece que ahora también le causa repulsión a Anthony...

Ah. Él también debe haberse dado cuenta de que no vale nada. Lo raro es que no lo haya hecho antes.

Decide irse a la cama, haciendo primero una parada en el baño. Se ha metido muchos litros de alcohol en el cuerpo. Le cuesta desprenderse de ellos con la erección, pero acaba por bajar y puede tirar de la cadena.

Camino a la salida, se mira en el espejo. Solo por error, de reojo; y se detiene de inmediato. Incluso enciende la luz para contemplarlo mejor.

¿...Qué leches le ha pasado?

Está acostumbrado a verse despeinado y con ojeras, esa es su cara normal; pero esto es otro nivel. El amoratado bajo sus cuencas es directamente un surco donde puede patinar el dedo, su pelo está demasiado largo, le cubre las orejas y le llega hasta ambas mejillas. Y la barba..., por Dios, necesita afeitarse urgentemente, le hace parecer mucho más mayor y demacrado.

Ah, no, no es solo la barba. Es que en realidad está pálido, abatido, un poco así como atropellado por un tren varias veces.

Se aferra a ambos lados del lavamanos al sentirlo, y lo que no ha salido por abajo le abandona el cuerpo por arriba; debe quedarse sin un mililitro de alcohol dentro, porque vomita todo lo que ha ingerido desde la mañana, que solo es líquido.

Tose, y jadea, y trata de respirar con dificultad porque el aire no quiere llenarle los pulmones. No puede seguir mirándose pero tampoco puede apartar la vista del espejo. Esa cara, y esa expresión, y todo este conjunto horrible y despreciable... Es él.

Es su padre. Es exactamente su padre.

Solo tiene que darle un par de semanas más al pelo de su cara y varios kilos más de grasa al cuerpo. Dientes le sobran, pero el color del pelo es el mismo, y la estatura, y las facciones. Solo hay una cosa que descoordina con

el resto: los ojos de su madre.

Observa su reflejo, pero no son sus ojos los que le devuelven la mirada, son los de ella. Le están juzgando. Saben lo que ha hecho, saben lo que está haciendo. Traga saliva incapaz de desviarles la mirada, y ellos le reprochan, le estudian el alma; y él sabe que tienen razón.

Le ha decepcionado porque él tampoco ha llegado a ser nada. Ha llegado hasta aquí. Fin.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¿Acaso no ha estado siempre destinado a esto, a destrozarse las vidas de los que le rodean hasta morir en la miseria? Desde antes de nacer, desde que le hundió la vida a su madre.

Junto al de ella, otro rostro toma el espejo. No lo reconoce de primeras, pero entiende quién es al poco tiempo. Es el chico al que mató. Al que esparció por las paredes y el suelo en esa habitación de motel. Alejandro. Se le ve con mejor pinta aquí.

También está Bé. No entiende por qué, pero se está riendo, como siempre. Ojalá él también pudiese estar siempre feliz como ella. Ojalá pudiera terminar de volverse loco como ella y poder sonreír para siempre.

Al cuarto rostro es incapaz de mirar. Sabe que está ahí porque nota su presencia, porque tiene sus ojos verdes incrustados en la cabeza; pero no puede mirarlos.

—Lo siento... —musita.

Su corazón se queda a punto de explotar cuando obtiene respuesta. Se golpea la espalda con la pared al retroceder.

Son todos ellos, a través del cristal. Se están riendo de él, le están juzgando, le reprochan autocompadecerse tan penosamente, porque él no es la víctima; es el verdugo.

«Vamos a ser muy felices»

«¡Gracias, gracias!»

«¡Boom! ¡Ja, ja, ja!»

«No sé quién eres»

Se tapa los oídos, los presiona todo lo que puede buscando acallar las voces, pero no sirve de nada porque están en su cabeza. Se repiten una y otra vez. En el mismo tono de reproche, con las mismas frases que le quemaban el

cerebro, que le borran la cordura.

Desliza la espalda contra los baldosines hasta el suelo. Su cabeza busca esconderse entre sus rodillas.

Entonces todas se ponen de acuerdo, y a partir de ahí, solo gritan la misma cosa. La repiten, y la repiten, todo el tiempo. Le taladran como un martillo que se le mete en las sienes.

—No es verdad... Eso no es verdad... —Su voz se quiebra, lo repite como un mantra—. No es verdad...

«*Monstruo. Eres un monstruo*»

- 21 -
Anthoey 101

—Qué pena que no haya venido Marc. ¿Por qué no puede?

—Tiene que... Estudiar. —Clava la vista en la acera mientras le miente a Noemí—. Tiene que aprobar también las asignaturas de primero, y claro...

—Uf, menudo agobio —dice Oliver, peleándose con la nevera portátil que no quiere entrar en el maletero.

El coche está repleto de cosas. Sombrillas, comida, mochilas, hinchables... No cabe ni una botella de agua más, y aun así, el chico empuja con todas sus fuerzas hasta encajar la neverita en un hueco en el que parecía imposible colar nada más.

Cierra el maletero de un portazo y resopla con las manos en las caderas.

—Solo con que lo hayas dicho me he agobiado hasta yo —añade, contemplando el trabajo bien hecho—. ¿Catorce exámenes tiene entonces, no?

—Bueno, algunos profesores han dejado que presente trabajos. Creo que solo tiene que hacer los ocho de segundo y cuatro o cinco de primero.

—Iba a decir que vaya suerte, pero hacer diez exámenes seguidos... Tu hermano debe estar estresadísimo —dice Noemí, visiblemente preocupada. De imaginarse a sí misma en esa situación le dan ganas de salir corriendo hasta la carretera y tumbarse en medio del asfalto.

Anthony se encoge de hombros.

—¿Queda algo más por meter en el coche? —pregunta Ryota desde la puerta del conductor. Es él quien va a llevar el coche, es el único con carnet.

—Pues espero que no —apunta Oliver. No se cree que haya podido cerrar el maletero, no piensa volver a abrirlo ni de broma.

—¿Y dónde están Kyle y Noah?

—No lo sé, voy a llamarlos —Noemí se aparta un poco para marcar—. Oliver —le chista con el móvil pegado a la oreja—. Ahí voy yo.

Él rueda los ojos, y con un bufido cierra la puerta del copiloto y abre la de atrás.

El coche es grande, caben cuatro personas un poco apretujadas detrás. Si Marc hubiese venido tendrían que haber pensado en coger el metro o pedir un taxi.

—¡Hola! —gritan desde lejos. Kyle y Noah miran a ambos lados de la calle antes de cruzar por mitad de la carretera.

—Buenos díaaas —secunda Noah, sonriente.

Los dos van vestidos muy veraniegos. Y van muy parecidos, la única diferencia es que Kyle va de verde arriba y blanco abajo, y Noah al revés.

Kyle se quita las gafas de sol con una mano y abraza a Noemí con la otra.

—Lo sentimos, es que Noah ha tardado mil en hacer la maleta.

—¡No ha sido solo culpa mía! —protesta enseguida—. Kyle se ha olvidado la mochila en su casa y hemos tenido que volver.

—Hola, Anthz —Sus dientes blancos relucen una barbaridad. Se saludan con un breve choque de puños, y Anthony también sonríe pero más escuetamente—. ¿Cómo está tu madre?

—Mejor, mañana le darán el alta. —Repite la misma frase que le ha ido diciendo a sus amigos uno por uno cuando le han preguntado hoy—. El maletero está lleno —le informa.

—Dame las mochilas, yo me las pongo a los pies —dice Noemí.

Como Noah es algo más pequeño que un adolescente medio, no van tan apretujados como pensaban. Además, a Kyle y a él no les importa ir muy pegados. Prácticamente ocupan un asiento.

Son apenas las ocho de la mañana cuando Ryota pone el coche en marcha. Hace un Sol tan radiante que da la sensación de ser ya verano. Los tonos del cielo varían entre un azul medio y uno muy clarito, y se difuminan hasta juntarse con el azul más oscuro del mar. Entran y salen de la autopista muy pronto, siguen la carretera que bordea la montaña. A lo lejos quedan los edificios de la ciudad que van dejando atrás.

Oliver ha enchufado su móvil al coche, ha puesto una lista de canciones que se descargó ayer, todas de temática veraniega. Las ventanillas de delante están bajadas hasta la mitad y corre una suave brisa dentro del coche.

—Parece que es verano —dice Noemí, recostada en el asiento con la vista perdiéndose en el horizonte.

—Quedan apenas dos meses —asiente Oliver.

Durante largos segundos, nadie dice una palabra. La alegre música suena de fondo mientras cada uno se sumerge en sus pensamientos.

«Verano». El último verano que pasarán todos juntos como compañeros. Anthony se distrae con el continuo romper del aire en la ventanilla.

Este es un viaje para divertirse antes de sumergirse de lleno en el agobio de los exámenes y el futuro. Un pequeño oasis de tranquilidad antes de que llegue el huracán de ser adultos.

—Me gusta esta canción —dice Noah, cargándose el ambiente denso. Su voz aterciopelada baña el coche cuando tararea el estribillo que se acaba de aprender—. ¿Cómo se llama?

—Es una versión nightcore de otra canción, no me sé el nombre. Puedo pasarte el mix completo a la vuelta —se ofrece Oliver.

—¡Guay! Gracias.

—¿Cuánto se tarda en llegar, Ryota? —pregunta Kyle, asomándose en el asiento. Aún hay carretera por delante, el horizonte es solo una línea gris de la que aparecen y desaparecen los coches.

—Una hora y media, más o menos.

—Yo quiero llegar ya... —resopla Oliver—. En cuanto lleguemos voy a meterme en la playa. Con ropa y todo.

—Tenemos que guardar toda la comida primero —le dice Noemí—. A ver si tenemos suerte y los helados llegan enteros, no pensé que hoy iba a hacer tanto calor.

—No te preocupes, he llenado hasta arriba de hielo la nevera.

—De todas formas hay un supermercado a unos veinte minutos en coche desde allí —dice Ryota.

Anthony se extraña. Veinte minutos son muchos minutos. ¿A dónde están yendo que el súper más cercano queda tan lejos?

El tiempo pasa rápido, Oliver y Noemí cantan las canciones que se van reproduciendo, y luego se les une Noah. Los tres desentonan horriblemente en las notas altas.

—Ya hemos llegado —anuncia Ryota cuando aún están en medio de la nada.

Gira a la derecha y abre una verja con un mando a distancia. Después de un largo terreno sin asfalto, aparece una casa de madera. Ryota y Noemí se bajan tranquilamente mientras los chicos de atrás salen corriendo para estirarse.

—Vaya —exclama Oliver, alejándose para mirar a su alrededor.

Todo está verde, lleno de césped y piedras blancas. No ve la largura de la casa, está encajada entre árboles, pero desde frente parece bastante grande. Al otro lado, supone, queda el mar.

—Tengo que conectar la electricidad —dice Ryota, desapareciendo un momento por el lateral de la casa.

—Es increíble —murmura Anthony—. No sabía que Ryota era rico.

—¿Por qué no hemos venido antes? —Se ríe Oliver, abriendo el maletero. Nada más levanta la puerta las cosas a presión explotan sobre él. Las aguanta como puede con el cuerpo. Sus amigos están andando por ahí y no se han dado cuenta—. ¿Una ayuditaaa? —les llama angustiado.

Cada uno coge varias cosas y las llevan hasta la entrada.

Ryota reaparece por el otro lado de la casa peleándose con la rama de una palmera. Es el primero en entrar, se adelanta para abrir las ventanas y enchufar los electrodomésticos.

Todo es de madera. Es como una de esas casitas de revistas de viajes, de islas paradisíacas perdidas por el atlántico adonde se escapan las parejas un fin de semana.

Ryota ha subido las persianas y hay mucha luz. Sobre la chimenea hay un plasma donde verán las películas que han traído, y la cocina es americana. Es todo muy amplio para ser solo una casa de veraneo.

—Ya está enchufada, podéis guardar las cosas en la nevera.

—Increíble... —musita Oliver, acercándose a la cristalera. Hay una

terraza con sillas y una mesa, y a un lado una larguísima escalera que baja directamente hasta la playa.

Abre la puerta de la terraza y sale fuera.

—¡Oliver! —le regaña Noemí—. ¡Ayúdanos a guardar las cosas!

Kyle se ríe por la nariz, y se pone a guardarlo todo antes de que se derrita.

—¿Dónde dejo las mochilas? —pregunta Anthony, que lleva cuatro encima. Así tiene que dar menos viajes.

—Las habitaciones están en el piso de arriba.

—¿Piso de arriba? —se escucha de fondo. Como una bala, Oliver vuelve y busca la escalera de subida. Ryota se la señala, y al chico le brillan los ojos antes de cruzarlas en un vuelo.

—Hay seis habitaciones, coged la que queráis.

—Noah y yo compartimos la misma —aclara Kyle.

—¡Yo pensaba que íbamos a dormir todos juntos! —se queja Noemí, que ya se había dibujado una fiesta de pijamas.

—Si quieres lo intentamos, pero en cuanto Oliver empiece a roncar lo echamos —bromea Anthony subiendo los escalones.

El pasillo no es muy largo, hay tres puertas a cada lado y al fondo un baño. Va a la que está abierta y encuentra a Oliver revolcándose en una de las camas.

—Es como flotar sobre una nube —dice, restregando el moflete sobre el colchón.

Anthony deja las mochilas en el suelo.

—Noemí dice de dormir todos juntos —comenta.

—Guay, como una fiesta de pijamas.

—Pero Kyle y Noah van a dormir juntos —añade.

Oliver asiente. Se hunde en la cama con un largo gemido de satisfacción. No quería levantarse. Y menos si eso significa tener que ayudar a guardar las cajas de comida, e inflar los hinchables.

Qué pereza.

Los ojos verdes van rodando por el cuarto. Es pequeño. Si quieren dormir juntos tendrán que sacar el escritorio para meter dos colchones más, pero

cuatro no caben.

—Ojalá tener novia para habérmela traído —exhala Oliver. Anthony pone la vista en él—. Qué suerte tiene Kyle... ¿Crees que ya habrán tenido sexo?

—Pues... No sé...

—Seguro que sí —afirma. Rueda con pereza y coge su mochila del suelo. Abre un bolsillo y saca unas patatas fritas—. Se les ve muy felices juntos, ¿verdad?

—Sí, la verdad que sí...

—Me alegro por Kyle —dice, metiendo la mano en la bolsa. Saca un puñado enorme que se mete de golpe en la boca.

—¡Oliver! ¡Anthony! —se escucha a Noemí gritar desde el salón—. ¡Ya podéis dejar de esconderos, ya hemos terminado de guardar las cosas, muchas gracias!

—Vamos —insta Oliver con una sonrisa—. ¡Vamos a la playa!

Se pierde por el pasillo corriendo.

Anthony se queda atrás.

No lo había pensado. Eso de... *Alegrarse*, por Kyle. Ni tampoco se lo ha dicho a él. En realidad no ha hablado con Kyle sobre ello. En realidad... Hay muchas cosas que ya no hacen juntos.

Mordisquea su labio inferior. La diferencia es de un abismo muy profundo. Es muy consciente porque lo echa de menos todos los días. Sobre todo los sábados, su día de pasarlo entero jugando a la *Pley* y comiendo porquerías...

Hace meses que Kyle no viene a casa. Ha querido dejarle espacio, porque entiende que quiera pasar tiempo con Noah... Pero lo echa mucho de menos.

Le gustaría que volviesen a ser los de antes.

—Anthony, ¿bajas o qué? —le reclama Noemí desde el salón.

—¡Voy!



El Sol brilla tanto que duele a la vista, por eso se ha puesto sus gafas de

sol. Resguardado del calor bajo la sombrilla, se hunde en el cómodo cojín de la tumbona.

—Mira, la foto ya tiene 30 likes y no lleva ni cinco minutos subida.

—Noemí gira el móvil para enseñársela.

Anthony se baja las gafas para ver mejor la pantalla. Recortada en un cuadrado, se ve la playa que tienen delante y sus pies en una esquina. Noah y Kyle salen en el fondo pasándose la pelota, como siguen haciendo ahora mismo.

—Está chula —dice, recolocándose bien las gafas.

—Tengo 2637 seguidores —presume.

—¿Para qué quieres tantos?

No entiende las redes sociales. Ve una pérdida de tiempo subir las fotos y luego tener que responder a los comentarios.

—No sé, pero está guay tenerlos. —Se encoge de hombros.

—¿Dónde hemos puesto los aperitivos? —pregunta Ryota desde otra tumbona. Lleva un sombrero de paja que queda muy ridículo puesto en él.

—Al lado de la nevera —le señala Noemí.

Ryota coge uno, y en cuanto lo ha abierto Oliver aparece a su lado como si acabase de frotar una lámpara.

Mete el puño en la bolsa y se lleva por delante la mitad.

—¿No os bañáis? —pregunta, antes de metérselas en la boca.

—El agua está muy fría —rechaza Noemí, que ya lo ha comprobado hace un rato cuando han bajado. Se habían metido todos de golpe y corriendo, y ni cinco segundos ha aguantado antes de salirse chillando. Se nota que aún están en primavera porque la temperatura del agua sigue siendo algo baja.

—¿Qué dices? Está perfecta —La coge del brazo—. ¡Venga, vamos!

—¡Que no quiero! —protesta, pero él tira, y cuando le ha separado la espalda del asiento le agarra de la cintura y se la echa a la espalda—. ¡Que está fría! ¡Déjame! —grita.

Oliver saca la lengua y Anthony sonrío.

Echa a correr como un loco con Noemí al hombro, y cuando ha metido las

piernas, salta al agua de golpe.

La chica es la primera en salir a la superficie, gritando toda clase de insultos y zarandeando los brazos con el frío calándole la barriga. Cuando Oliver emerge, Noemí le empieza a tirar agua y le grita más cosas, pero los dos se están riendo.

—Son como niños pequeños —sonríe Anthony.

—Sí —contesta Ryota, comiéndose una a una las pocas patatas que han quedado en la bolsa.

Si Marc hubiese venido estaría tumbado junto a él en otra tumbona. Anthony se pregunta qué estará haciendo ahora mismo, y su mirada queda apagada, y su ceño se frunce: puede que a estas horas ya esté borracho.

Eso es lo único que puede decir de él, que probablemente esté consumiendo alcohol. ¿Pero por qué? ¿Por qué se comporta así de repente? ¿Acaso todavía no confía en él como para contarle qué le pasa? Y después de... De lo que pasó anoche...

—¡No la tires tan alto! —se queja Noah a lo lejos.

—¡Perdona! —Kyle junta las manos en una disculpa. Las primeras veces no lo ha hecho a propósito, pero Noah es tan bajito y tan adorable saltando por intentar cogerla que no puede evitar meterse un poco con él.

Anthony coge una lata de la nevera. Está fresquita y es perfecta, porque hace un calor de muerte. Si Marc hubiese venido se pondrían a jugar con la pelota como ellos, o a salpicarse en el agua como Noemí y Oliver... Suspira.

Nota su ausencia. La del Marc divertido y sonriente que se le encaramaba al cuerpo. Pero de una buena forma, que dista escandalosamente de anoche...

—¡Que no la tires tan alto! ¡A la próxima vas tú! —vuelve a quejarse Noah, su voz aguda suena por todas partes aunque les separan unos cuantos metros.

Kyle y Noah se ven adorables juntos.

Desvía la vista hasta el aluminio del refresco. Sería bonito poder comportarse así en público con Marc. Darse besos, abrazos, hacerse bromas tontas de pareja... Pero eso son cosas que, como hermanos, ellos nunca van a poder tener, ¿no? Porque mamá nunca puede enterarse, ni Annie.

—¡Eres tonto! ¡Pues ya no juego más! —protesta Noah por última vez, interrumpiéndole el pensamiento.

El chico se acerca a la orilla. Se pone a revolver la arena húmeda con los pies, mosqueado.

Kyle se ríe a carcajadas, y corriendo, va tras él. Se acuclilla a su espalda y lo abraza desde atrás. Anthony no lo oye desde aquí, pero hablan, y luego Kyle le da un beso en los labios.

—Es verdad que hacen buena pareja —afirma Anthony.

Ryota se ajusta las gafas y asiente de forma queda.

—Sabes, yo... —titubea Anthony—. Nunca había imaginado que a Kyle le gustasen los chicos —confiesa con una endeble sonrisa.

Ryota le mira.

—N-no quiero decir... No digo que crea que sea nada malo ni nada de eso... —Se apresura en aclarar, zarandeando las manos con nerviosismo—. Es solo que... ¿Kyle? —Se encoge de hombros, y suelta un par de carcajadas que le quedan muy forzadas—. No sé, se me hace raro.

—Nunca conoces a nadie por completo.

—Sí, supongo...

No quería decir nada de esto, no sabe por qué lo ha dicho en voz alta. Menos mal que ha sido a Ryota, porque si por ejemplo Oliver estuviese delante, seguro que habría bromeado con que está celoso.

Anthony chista solo de imaginarlo.

Celoso, él, ¿de Noah? ¿Por qué iba a estarlo?

Se termina el refresco pero coge otro de la nevera. En vez de abrirlo se lo pega a la frente, se lo alterna en los mofletes para bajarse la temperatura.

No tiene ningún motivo para estar “celoso” de Noah, porque eso implicaría un interés romántico y él ahora está muy feliz con Marc. Simplemente echa de menos pasar tiempo con su amigo. Porque, es decir, si Noah no estuviese aquí ahora mismo, sería él quien estaría jugando con Kyle a la pelota.

Estarían haciendo castillos de arena, la croqueta para rodar hasta la orilla, concursos de velocidad en el agua... Eso es lo que hacían juntos antes. Las cosas que está haciendo ahora con Noah, las hacía antes con él.

...Si tan solo Noah no estuviera.

Kyle se levanta, y se dirige a la pequeña mochila que ha traído consigo, tirada en mitad de la arena. Saca una botella de agua. Empina el codo y le

pega un largo trago; cuando está satisfecho se derrama el resto encima.

La respiración de Anthony se detiene un segundo.

El agua forma riachuelos sobre sus pectorales. Las gotas que no han salido disparadas al salpicar se pasean sobre la bronceada piel hasta quedarse en su abdomen.

Entonces se lleva una mano a la nuca, y menea un poco la cabeza salpicando finas gotas en todas direcciones.

Anthony se muerde el labio. Las largas horas de entrenamiento de Kyle se hacen evidentes en su marcado abdomen, y tiene un grueso reguero de vello que desciende desde su pecho hasta esconderse en el bañador.

Kyle tiene muy buen cuerpo. Seguro que él y Noah no paran de tener sexo, supone. Porque con esos bíceps marcados, esas venas en relieve que sobresalen ligeramente desde sus manos hasta su antebrazo, esos hombros firmes y extendidos, esas piernas de haber practicado atletismo, fútbol y baloncesto todos estos años...

Algo le pincha en el pecho, recordando la expresión que Kyle puso en el cine, cuando con las luces apagadas Noah posó su mano en su entrepierna.

Sí, decididamente ya habrán tenido sexo.

¿Y pondrá Kyle siempre esa cara? ¿Cómo de fuertes sonarán sus jadeos cuando no tenga que controlarse? Seguro que esa noche al despedirse fueron corriendo a hacerlo, ¿de qué si no se habrían ido tan pronto? Porque Noah también es muy guapo, con ese pelo rubio salido de revista y esos ojos verdes, inocentes y más brillantes que los suyos.

Hacen muy buena pareja porque los dos parecen modelos.

No como él, que es pálido y flacucho.

Una pelota hinchable aparece en la escena, golpea a Kyle en la cabeza. Es Noah, que le llama desde lejos; y él sonríe. Sus dientes blancos brillan entre sus labios ligeramente torcidos, y uno de sus colmillos no está bien alineado, pero ni siquiera eso rompe la perfección de las líneas que se dibujan en los lados de su boca cuando sus mofletes se elevan, y suelta una carcajada.

—Anthony —le nombra Ryota. Como está abstraído, le toca el hombro—. ¿Me pasas esa botella?

Anthony le acerca la botella, y traga saliva centrando la vista en otra parte.

¿En qué estaba pensando? ¡Kyle está con Noah! Y lo más importante: ¡él está con Marc!

Ladea la cabeza furiosamente a ambos lados ganándose una mirada interrogante de Ryota.



—¿Karaoke? —repite Anthony.

—¡Sí! ¿Has visto? Pienso en todo, eh —presume Oliver, sacando una consola y varios micrófonos de su mochila. Los tira en la alfombra del salón junto a la tele.

El cielo ya está ennegrecido y la suave brisa de la noche se cuela por la puerta abierta de la terraza. Acaban de ver una película de miedo que al final ha resultado en un festival de risas, y de repente todos han decidido que se mueren de hambre. Por eso Kyle y Noah preparan bocadillos y los apilan, y Anthony vacía las bolsas de patatas en boles de papel para hacer mezclas.

—¿Lo has comprado nuevo? —pregunta Kyle desde la barra.

—De segunda mano. Cinco euritos me ha costado todo.

—¿Canciones de Janna Morgana? ¿En serio? —dice Noemí viendo una de las carátulas.

—Lo vendía todo junto. También hay muchos de Rock.

—Chicos... ¿Qué es esto? —pregunta Anthony, que acaba de abrir la nevera para encontrarse con un arsenal de latas y latas de cerveza.

—Estaban en las cajas que ha traído Oliver —dice Ryota conectando los cables a la tele.

—¿Pero no tenéis dieciocho? —cuestiona Noah, subido en una de las banquetas. Oliver y Noemí se miran entre sí.

Qué adorable.

—Bueeeno, los veintiuno están ahí al lado. Además, en cada país el límite es una edad distinta, eso es una tontería.

—¿Tú nunca has probado el alcohol, Noah? —le pregunta Kyle, preocupado. Si aún no se ha metido en el mundo de las fiestas y el alcohol tampoco quiere ser él quien le meta.

—Ah. Sí, claro. —Disimula con una sonrisa—. Lo decía por vosotros

—bromea.

—No tienes por qué tomar, no eres más “guay” por eso —le aconseja Kyle, sus cejas están curvadas con preocupación.

—La cerveza ni siquiera puede considerarse bebida alcohólica —debate Oliver metiendo uno de los discos.

—Díselo a Anthz —apunta Kyle, y se ríe en suaves carcajadas. Anthony se sonroja.

—No sé de que me estás hablando...

—¡Es verdad! —se acuerda Noemí, señalándole al instante. Coge una lata, porque ya que hay tantas habrá que empezar a bebérselas—. ¿Cuántas tomaste esa noche? ¡Estabas fatal!

—No sé, no me acuerdo —Trata de terminar el tema. Tampoco ve un éxito aguantar como lo hacían ellos, pero agradecería a su cuerpo si al menos fuese capaz de mantener dentro lo poco que ingiriese en vez de vomitarle encima a su amigo.

—Que yo sepa, dos —dice Kyle.

—¿Solo dos? ¿En serio? —pregunta Oliver, fascinado.

—¡A callar!

—De todas formas, ahora estamos supervisados por un adulto —bromea Noemí, apuntando a Ryota con la mirada. Porque todos tienen ya los dieciocho, pero considerarles a ellos adultos, tengan la edad que tengan, sería un peligro público.

—No voy a ser vuestra niñera. —Su expresión se ensombrece al recordar el cumpleaños de Noemí. Camina hasta la nevera y coge una lata, la abre, y le da un largo trago.

Sus amigos le ven hacerlo con la boca abierta.

—¡Genial! ¡Fiestaaa! —clama Oliver, cogiendo la lata que Ryota le lanza desde la cocina.

Del latín «comprar de nuevo»

El lugar está repleto, nada más poner un pie dentro parece traspasarse una barrera invisible que limita un mundo de otro. El humo de los cigarrillos se vuelve niebla que se conjuga en una fina capa abstracta junto al techo, y un suave filtro de color va cambiando cada poco tiempo al compás del escenario.

Los sonidos, las voces, los choques de cristales entre copas, la música que se encarga de palpar su corazón sin necesidad de esfuerzo... Todo en este lugar atrae poderosamente hacia adentro.

Se mueve entre la multitud con paso decidido, da pequeños saltos al apoyar la punta de cada pie. Su pantalón extremadamente corto deja a la vista mucha pierna, parece tener más altura. También podría usar tacones, pero ni son tan cómodos como sus desgastadas *Sinverse* ni necesita levantarse más palmos del suelo para imponer, su voz y su carácter son más que suficientes.

Se sube al taburete de un salto, palmea la barra de madera, levanta un dedo y el camarero ya se pone a prepararle algo.

Mientras tanto, pilla la copa a su izquierda sin esperar recibir un permiso. Su propietario la mira con desgana, tiene los brazos cruzados sobre la barra y el gesto serio, pero no le reprocha nada.

—¡Puaf! ¡Qué fuerte está esto! —exclama Bé, dejando la copa en su sitio —. ¿Qué es?

—Whisky —responde Marc con la mirada al frente. Los hielos ruedan tintineando contra el cristal cuando bebe.

—Qué asco —chista, dando un sorbito al maravilloso Sex on the Beach con sombrilla que le ponen delante. Siempre se pide lo mismo, Sam el camarero ya la conoce bien.

Le guiña un ojo, que debe ser lo que cuesta el cóctel, porque no le extiende ningún billete ni moneda.

—¿Trabajando? —pregunta Marc.

—Sí —asiente ella. Gira el taburete para mirar el espectáculo.

Las luces llevan atenuadas un rato. Hay una bailarina más o menos conocida haciendo un número con una serpiente muy larga y muy gorda que sujeta con el cuello. Se la pasa por las piernas, por los brazos. Hace malabares con el bicho.

—Un pavo con deudas —añade, aunque quizás no debería dar detalles—. Solo amenazar. Es un rollo que me llamen para esto, no se cobra ni la mitad y es mucho más trabajoso. —Inspira adorablemente. Está furiosa—. White es un capullo. «Ni miteis, isi is li iltimi» —afina los ojos, arruga la nariz.

El azabache asiente escuchando sus quejas. Bé habla mucho y muy rápido, aunque él solo ha preguntado por cortesía.

—¿Y tú? Estás aquí todo el día, eh. —Lo golpea con el codo—. ¿Te ha devuelto esa familia después del lío del accidente?

—No. Sigo con ellos. —Empina el vaso. Cuando lo deja en la barra ya no queda líquido, la gran bola de hielo que ocupa todo el cristal. Está intacta, no se ha derretido porque se lo ha bebido muy rápido.

Levanta la mano, hace un gesto y el camarero le pone otro vaso delante y tira el cubito del vaso vacío. Siempre usa uno nuevo porque es lo que le han dicho, pero a Marc le parece un poco absurdo. Ya ha tirado cinco o seis pedazos de hielo maravillosamente esféricos.

—Oye, mmm... —La chica se zarandea a los lados, da una vuelta completa con el taburete—. Estás horrible —dice.

Él la mira de reajo tomando otro poco del líquido.

Bé pone cara de asco. Está fortísimo eso, no entiende cómo Marc no arruga el entrecejo o afina los ojos con el fuego deslizándole por la garganta.

—Te queda bien la barba, pero eso... —Se ríe, estirando el brazo para quitarle una rama del pelo—. Esto no te pega tanto —se jacta, lanzándola al suelo.

Se entretiene en rebuscarle entre los mechones, le va quitando pequeñas hojas y ramitas que se va encontrando.

—Ey, Bé, qué pasa —saluda alguien. Marc no se molesta en girarse. El

tipo y Bé chocan los puños y hablan de un partido de algo que se ha jugado esta tarde—. ¡Eh, pero si es Marc! —exclama al verle.

No reconoce su voz, y cuando se gira con cara de pocos amigos porque le golpea el hombro, tampoco reconoce su cara.

—Me he visto tu vídeo por lo menos siete veces. ¡Eres un cabrón, cómo le haces suplicar! —Se ríe sonoramente, y procede a imitar la voz del chico en una súplica—: «¡Gracias, gracias...!».

—No te preocupes, no se lo he pasado. Se lo enseñé desde mi móvil —aclara Bé. Y se justifica añadiendo—: Es colega.

Marc hinca el codo en la madera, se soba el puente de la nariz.

—¿Y cómo es, Marc? —pregunta muy ilusionado. Solo le falta pedirle un autógrafo.

Con el semblante más frío que el cubito congelado y los azules más profundos que la estupidez de este individuo, Marc, le mira.

—Como matar a un cerdo —gruñe para que le deje tranquilo.

—¡Coño, da más miedo en directo! —exclama, y se carcajea.

Le palmea el hombro con una excesiva y desagradable confianza antes de seguir su camino.

Bé rueda el taburete hasta Marc, y cuando lo ve su semblante queda un poco menos infantilizado. De hecho, una de sus finas cejas rubias está al revés.

Va a preguntarle algo, pero otro hombre se le acerca a saludar.

Berna parece muy popular.

—Hola, Bé. —Recostado en la barra junto a la rubia, el oficial de policía se apoya en uno de sus codos de una forma que supone intenta ser sensual o imponente, pero que le queda muy ridícula.

—Hola, Derek. —Sonríe brevemente. Este hombre es un pesado del copón, pero es policía. Si a alguien tiene que hacerle la pelota, es a esta clase de gente—. ¿Relox nuevo? —señala.

Derek alza el brazo.

—Qué vista. —Emite una media sonrisa—. Un regalo por mis servicios. ¿Puedo invitarte a una copa?

Marc desconecta de la conversación. Como escuche una palabra más salida de esa boca, con esa voz ridícula que intenta ser grave y esa sobrecarga de soberbia, va a acabar vomitándole encima.

Se termina también esta copa, pero ya no pide más. Esconde el rostro entre sus manos que se enlazan a los mechones de su flequillo.

Si Bé ha llegado ya, debe ser muy tarde. Eso es lo que le sirve para medir las horas porque aquí dentro no hay ni ventanas.

Anthony hoy no está en casa, dijo que volvía por la mañana temprano. Igual se queda aquí hasta entonces, así no tiene que trepar la dichosa tubería.

—Que ahora no quiero. —Su pequeño cuerpo retrocede, le golpea a Marc el hombro. Le hace volver al presente y levantar la cabeza.

—Vamos, una rápida. Tengo el coche ahí mismo. —El hombre también se inclina.

Está tan cerca de Bé, y Bé está tan cerca de él, que Marc puede ver los pelos que le asoman por la nariz al cuarentón.

—Te ha dicho que no —interviene Marc sin moverse.

Su mirada es suficiente para que se aleje un poco. Al menos Bé puede volver a sentarse bien.

—¿Y tú quien eres? —Le mantiene la mirada unos instantes, cargado de fastidio, pero enseguida se olvida de él. Vuelve a invadir el espacio personal de Bé—. Venga. ¿No te acuerdas del favorcito que me debes?

Ella se curva hacia atrás. Cualquier otro hombre o mujer de la sala se hubiese llevado ya veinte mini puñetazos y una patada en la boca por esto, pero la brillante placa que adorna el pecho del oficial le hace pensárselo un poco más, ni siquiera ella es tan inconsciente.

—Ahora mismo no me apetece, lo siento —declina con una amplia sonrisa.

Le cuesta mucho mantenerla cuando le agarra el antebrazo.

—Venga, va. Claro que quieres.

—Que no, muchas gracias. —Tira para soltarse.

—Eh —gruñe Marc. Su voz ronca suena especialmente grave a propósito—. Ha dicho que no.

Igual no es el más adecuado para dar lecciones sobre esto, pero tampoco va

a dejar que Berna se vaya con este tipo si no quiere.

Lo consigue. En parte, al menos, porque la atención del oficial se centra en él.

—¿Tú qué eres, su chulo? —ladra.

Bé aprieta los puños y afina los ojos.

—Un borracho, déjale —dice. Le resta importancia para no iniciar una pelea. Pero el azabache no está ayudando.

—Soy su amigo, capullo —anuncia, encarándole también.

A Bé le pilla desprevenida el sustantivo. No porque ella no lo use constantemente, sino porque nunca antes lo ha escuchado pronunciado por Marc.

—¿Qué pasa, estás celoso? —se jacta el oficial.

—Sí, de que no me hayas pedido a mí que te folle.

—Marc, cállate... —musita Bé. Intenta que el hombre no la escuche, pero los dos están más o menos a la misma distancia.

—¿Me estás llamando marica?

Se acercan peligrosamente.

—Marica y gilipollas, parece ser —sonríe Marc.

Bé se palmea la frente.

Ya está. Ya se ha liado todo.

Efectivamente empieza una pelea; pero dura muy poco: el puño del oficial le golpea en la cara, y él se lo devuelve al instante con otro que lo tira al suelo. Marc se levanta del taburete para moverse mejor, pero el policía saca una taser.

Solo tiene que tocarle la pierna para hacer que caiga al suelo. No importa que lleve el pantalón puesto, se le lleva las fuerzas y el aliento en menos de un segundo.

—¡No quiero peleas en mi bar! —vocifera un hombre con el pelo blanco. No se levanta del sofá, eso ha sido suficiente para que todos se queden callados y se metan en sus asuntos.

El policía levanta las manos a modo de burla, y retrocede. Se va a otra parte de la barra. Marc se queda tirado en el suelo, es Bé quien le espabila.

Le pincha el pecho primero solo con la punta del dedo, muy rápido. No

sabe cómo funciona ese cacharro pero no quiere sentir la electricidad recorriendo su cuerpo. No ha parecido muy divertido cuando Marc lo ha hecho.

Con su ayuda, el azabache se sienta. Bufo, y se le elevan los mechones. Menudo cobarde, usar armas en una pelea...

—Estás loquísimo —dice Bé acuclillada al lado. Sonríe, y habla bajito solo para él—: A los polis no puedes decirle esas cosas.

—Pues que no sea un capullo —masculla, levantándose del suelo. Le pica un poco la mejilla, le escuece.

—Ven —le insta ella, le coge de la mano.

Salen del garito, y no se había dado cuenta de lo alta que estaba la música pero en cuanto cruza la puerta siente un inmenso vacío en las sienes. Sus pensamientos están de repente demasiado altos.

Cruzan la calle hasta la camioneta y Bé se pone a rebuscar algo en la parte de atrás. Tiene un millón de cosas. No le extrañaría que sacase una barra de plutonio o un cuadro de Da Vinci.

Sorprendentemente saca una cosa muy normal, un botiquín. Cuando lo abre es bastante triste. Apenas hay un par de vendas y botes con líquido.

—Espero que le hayas dado bien, porque lo que te ha dejado pinta feo. —Se ríe empapando con descuido un algodón—. ¿Qué se siente? Cuando te toca la cosa... La cosa esa. —Sus dedos imitan el tamaño del aparato—. Lo de los calambres.

Marc, con la vista en una rata atropellada en mitad de la carretera, se encoge de hombros.

Bé le pone una tirita en el moflete. Le ha curado la herida de pena, no tiene conocimientos de primeros auxilios pero lo ha bañado bien en líquido desinfectante, así que supone que vale.

Recoloca las cosas de la caja para inspeccionar qué más tiene dentro. Cuando la robó no se fijó mucho, la tiró al coche y ya, como todo lo que acumula.

—¿Duele? Tiene pinta de que sí. —Se ríe a carcajadas—. Igual tendría que comprarme una. ¿Crees que eso lo venderán en *eGuay*? ¿Cuánto costará? No creo que mucho, es más como un arma de juguete porque con eso no se

puede matar a nadie... ¿O sí?

Habla mucho y muy rápido, entabla prácticamente un monólogo, pero en el breve espacio que deja entre una frase y la siguiente que no llega a pronunciar, escucha algo que la saca de sus pensamientos.

Marc sigue mirando al suelo, pero su cuerpo se ha vuelto todo tembloroso. Sus brazos están laxos pero sus puños apretados, y su nariz se sorbe con disimulo, pero un montón de veces.

—¿Te pica el alcohol? —Se acerca para verle.

El azabache aparta el rostro. La luz de la farola le delata, porque le resalta un punto mojado en la mejilla.

—¿Estás triste? —Se coloca en el otro lado buscándole la cara.

—No, no... —Sacude la cabeza, y un pequeño hipo le hace levantar los hombros—. Es solo que... No sé que ha pasado, no sé qué hago aquí. —Señala el letrero del Podio y luego deja caer la mano. Su voz se quiebra en algunas partes—. Ellos se creen que yo sé algo, pero ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Ahora podría estar con Anthony en esa excursión con sus amigos. Y debería haber estado estas semanas apoyándole mientras Ellen se recuperaba, no estar aquí como un maldito borracho.

En realidad, podrían estar todos juntos en casa cenando o viendo una película, felices, si él no hubiese aparecido en sus vidas para jodérsela. Es un milagro que Ellen siga viva y es solo gracias a Anthony que lo que intentó anoche no llegase a pasar.

—Solo traigo desgracias a la gente —dice—. Debería haber muerto yo.

Bé también aparta la vista.

Hacía muchísimo tiempo que no le veía así. Cuando compartían habitación en el orfanato sabía que era un llorica, por más que tratase de esconderlo. Resultaba hasta adorable cómo intentaba disimularlo como si alguien se tragase la mentira.

—Marc —le cita, arrastrando su nombre—. ¿Te acuerdas cuando nos adoptaban, nos devolvían todo el rato, y los demás niños nos decían que estábamos malditos?

—Sí —asiente, mirándola sin saber a cuento de qué quiere mencionar

eso. Tan absurdo resulta preguntarlo como pretender que vaya a olvidarlo.

—Pues —Suspira profundamente—, era verdad.

Marc se limpia las lágrimas con el antebrazo.

—¿A qué te refieres? —pregunta interrogante.

Ella inhala hondo.

Mira a todas direcciones, lo aparta del coche con un largo empujón que llega hasta la vaya metálica que separa la acera de un descampado.

Estira al máximo los dedos para alcanzarle y le agarra las solapas de la camisa. Sus rostros quedan muy cerca.

—No es tu culpa, Marc, ellos se encargaban de que volviésemos al orfanato —susurra, sus labios están pegados a la mejilla del mayor mientras mira a un lado, vigilando.

—¿La... Familia? —susurra él también. Bé le manda callar con un chistido silencioso.

—Eso es lo que hacen, Marc. Buscan huérfanos, como nosotros. Les hacen creer que nadie les quiere para tenerlos atados. Se creen que son libres y que aquí tienen cariño, pero son esclavos. Les dan trabajos normalitos hasta que los necesitan y entonces...

Hace una pausa. Marc la mira.

—¿Entonces...?

—Venta de órganos, prostitución... —enumera varias cosas con desgana—. Tú has tenido mucha suerte, sabes. Supongo que se te daba bien lo que te pusieron a hacer.

Marc no sabía que Berna hablaba otro idioma. Es muy parecido al suyo. Las palabras y las sílabas se pronuncian igual, pero debe ser otro, porque él no comprende una palabra de lo que está diciendo.

—¿Y tú...? —musita.

Berna se encoge de hombros.

—Yo me enteré sin querer, por eso pude elegir, más o menos.

Marc traga saliva. No sabe si es otra de las bromas pesadas de Bé, pero presta mucha atención, porque pocas veces su rostro está tan sobrio como ahora.

—...Elegiste matar —exhala.

—No. Bueno. Amenazas, sobornos... Es raro llegar al asesinato, prefieren dejar pasar al huérfano antes. O usarlo para otra cosa.

—...Órganos —repite.

—Sí, bueno.

Marc mira el cielo. Es muy de noche, pero la contaminación lumínica no deja ver bien las estrellas ni la Luna desde aquí.

—Entonces... —Marc se aclara la garganta, pestañea un par de veces—. ¿Cada vez que nos devolvían..., no era por...?

Bé se ríe por la nariz.

—No tienes nada malo, Marc —dice, pero enseguida se corrige—. Bueno... Cuando te conocí eras un poco borde de cojones, igual eso ayudó al principio —bromea.

Ella está muy cerca, por eso el único sitio que tienen los ojos azules para evadirse a pensar es su mejilla y sus mechones rubios.

—¿Y...? —Carraspea, y sigue hablando en voz baja—. ¿Y los demás niños que estaban con nosotros? —Intenta recordar los nombres. Le dan bastante igual porque eran unos miserables todos, pero quiere saberlo.

—Algunos están aquí, otros fueron adoptados antes de ser fichados. Si los adopta una familia en el extranjero lo dejan ir, no les compensa tanto, y si es de aquí, normalmente con una amenaza ya los devuelven. Es una cosa muy simple. Sacarles fotos en la intimidad, o a sus hijos, secuestrar a sus mascotas... Ese tipo de cosas. —Su mano revolotea al aire—. Si es necesario se le avisa una segunda vez metiendo dinero, pero los que aceptan no lo hacen por los billetes, lo hacen porque tienen miedo. Es como una segunda amenaza más elegante —resume, y se calla un rato, esperando a que una mujer termine de cruzar la acera.

Marc hace cálculos en su cabeza. De fechas, de pequeñas pistas y momentos que ha vivido... Entonces, todas las veces que ha sido adoptado y devuelto... ¿No era por su culpa? ¿Por su actitud? ¿Por su desagradable persona?

—¿No soy yo? —pregunta, y su voz suena quebrada.

Bé sonrío.

—No, Marc. Ninguna de las... —Revolotea la mano buscando el número.

—Diecisiete —completa él.

—Ninguna de las diecisiete veces que te han devuelto —Se corta de golpe—. Joder, ¿diecisiete? La hostia..., diecisiete... —El mayor asiente. Parece que le ha chocado bastante, ni ella ha tenido tantas devoluciones—. Normalmente con tres o cuatro las familias de acogida ya no se fían del niño porque piensan que tiene alguna tara. —Repasa al azabache en un corto vistazo—. Pero supongo que los retos también llaman la atención.

Marc aprieta el entrecejo. Si de verdad esto es así, ¿cómo es posible que no se haya dado cuenta antes por sí solo? Y lo más importante, ¿cómo es posible que la policía no sepa de esto, cómo es posible que no cierre....?

Ah. Ya.

—Marc. —Bé se aparta un mechón de la cara. Lo mira de soslayo viendo su cara de pensar—. ¿Por qué vienes aquí? Tú no eres como nosotros. Tienes familia, podrías estar en casa con ellos.

Desvía la vista con incomodidad.

—¿Y tú? —pregunta para no responder—. Tampoco tienes por qué estar aquí.

Entonces es ella la que se aleja, riéndose sonoramente en una única carcajada antes de volver a encararle.

—Sí tengo, Marc. ¿Tú crees que eres como nosotros, por eso vienes todas las noches a emborracharte como un triste? ¿Por haber matado a *una* persona y para salvar la vida? —Está muy seria, y sus palabras suenan toscas, como las de una persona normal. Pero no es una persona normal, es Berna—. ¿Sabes a cuántas personas he matado yo? —cuestiona. No hay un poro de culpabilidad o tristeza en su tono, solo firmeza cuando lo dice—: Por que yo no me acuerdo.

Se hace un silencio incómodo. Marc no sabe a dónde mirar, Berna está muy cerca. Le está mirando fijamente.

—¿Y por qué lo haces...? —susurra sin comprender—. ¿Por qué no te

vas?

—No quiero irme —afirma. Pero sus ojos azules reflejan como un cristal. Es tristeza lo que hay al fondo cuando añade—: y ya tengo dieciocho. Ya es tarde.

Marc va a decir algo, pero Berna se reactiva.

—Además, estoy bastante bien aquí. Yo sí soy como ellos —se jacta meneando la cabeza. Suspira, visible y dramáticamente como cada expresión suya, y sonrío—. ¿Quieres un consejo, Marc? Vete a casa con tu familia y no vuelvas nunca más.

—¿Por qué me dices todo esto?

Al oírlo, Bé le evita la mirada. Sus largas pestañas cubren sus ojos de pronto.

Marc no podría decirlo con seguridad, pero con la luz de las farolas incidiendo en su fino rostro, la culpabilidad parece adueñarse de su expresión.

—Porque yo te metí aquí —dice.

El azabache la busca queriendo rebatir eso, pero Berna tuerce el rostro. La frase no admite trámites, no es debatible.

—Y ahora quiero que te largues —añade, con una expresión no muy amigable.

Marc contempla sus ojos decididos, y en ellos todas las posibilidades, que en realidad son solo dos: pudrirse aquí o marcharse para siempre.

En realidad ha tenido la opción de marcharse desde el... *incidente* del motel, ¿verdad? Ha sido él quien ha seguido viniendo al Podio para bañarse en alcohol día a día y sin falta, escondido para no tener que enfrentar esos enormes verdes puros que le apalean el alma en silencio.

—Berna, yo... No puedo simplemente irme. No puedo dejaros aquí sabiendo todo esto. Está Dab, está Ayo, estás tú.

—¡Olvídate de eso! —eleva el tono, furiosa por no ser obedecida de inmediato. Le cuesta volver a relajarse—. Mira, si a esos amigos tuyos se les da bien lo que hacen, estarán bien. Tendrán casa, comida, y trabajo. Eres tú el que quiere irse —zanja, y se separa por fin—. No vuelvas por aquí. Y reza

porque nunca te llamen y tengas que devolverles un favor.

Marc no dice nada, se queda apoyado en la verja viéndola sacar un cigarrillo.

—Vete a tu casa, sácate una carrera y encuentra un trabajo. Con suerte solo te pedirán dinero hasta el resto de tu vida —dice, dándole una calada.

Un coche pasa por detrás, unas personas pasan por delante. El humo gris surge entre los labios carnosos de la chica que está mirándose los zapatos mientras pica el filo de la acera con la punta. Marc simplemente trata de asimilar la información.

Berna sonrío de pronto. Lo mira de reojo, y fanfarronea llevándose con la punta del pie un trozo despegado de cemento.

—Oye —le chista en voz baja, como si no le conociera—. Me han dicho que tienen un vídeo tuyo, sabes... Muy feo, además... —Su voz queda tan infantil que Marc solo puede jactarse de lo irreal de la situación. Bé lanza el cigarrillo al asfalto aunque apenas está empezado—. Venga, te llevo a casa.

Se sube al coche sin él, cierra la camioneta de un portazo. Marc se despega de la verja muy despacio.

¿Es esto de verdad opcional? ¿Puede hacer como que no ha pasado nada? Supone que es solo el egoísmo lo que le mueve a subir al coche para salir de aquí.

No quiere seguir sintiéndose culpable. Aunque lo sea, aunque eso sea lo que merezca. Lo que quiere es estar con él.

—¿No te ha dicho nada tu familia de llegar borracho perdido a casa? —Bé se ríe a carcajadas, vuelve a parecer la de siempre.

—Pues... —Aprieta los dientes al recordarlo.

La irrisoria cantidad de seguridad que le ha tendido Berna se desmorona en un instante.

Es verdad, puede que Anthony le odie y ya no haya ningún sitio al que ir. Puede que ya no quiera saber nada más de él.

Es lo que tendría más sentido.

Sus latidos disminuyen en velocidad, su aliento se vuelve frío. ¿No pueden tan solo olvidar estas semanas? Volver a ser los mismos adolescentes que se ríen y se acarician bajo las sábanas...

Tiene que demostrarle a Anthony que todavía pueden serlo, que puede confiar en él. Tiene que saber que lo daría todo por él.

Viviría solo para protegerle de este mundo tan frío si todavía se lo permite.

—¿Podemos pasar antes por un sitio? —pide, con los azules clavados en el salpicadero y la voz acartonada.

—Sí, claro. ¿A dónde quieres ir? —Lleva el volante con una mano, con la otra sujeta un cigarrillo y un mechero.

Asombrosamente lo prende sin ayuda.



El coche se detiene frente en la entrada. Marc baja con una bolsa en la mano, cierra la puerta con la otra y se agacha para mirar por el hueco. Separa los labios para hablar, pero como no sabe qué decir, su discurso se reduce a una sola palabra:

—Gracias.

Bé sonrío. Su índice y corazón se lanzan desde su frente en gesto servicial.

—Buena suerte, Marc.

Él asiente en silencio. Así es como se despiden para siempre.

Se retira del coche, permanece estático viéndolo marchar por la calle recta. Hace años Berna también desapareció, sin avisar, y había sido extraño; pero ahora es distinto. Ahora es él quien se va.

No volverá a pisar El Podio, y el próximo día irá al Trébol para despedirse de Dab y Ayo, pero no podrá contarles por qué. Cuanta menos gente sepa lo que ha hecho más fácil será olvidarlo.

Aprieta los ojos con fuerza.

¿De verdad puede olvidar todo esto? Porque Alejandro va a estar muerto siempre.

Se queda un rato parado en mitad de la carretera. Puede oír el grillar de los insectos escondidos en los arbustos de las casas; cantan agazapados entre las hojas. Decoran la noche de un agradable ambiente que anuncia que el verano ya queda muy cerca.

Ríe por la nariz, saboreando la dulce ironía ahora que ha dejado de ser amarga. Un día estás feliz, al siguiente tienes una pistola cuestionándote

apuntártela a la cabeza, y al siguiente eres tú quien la dispara.

Se muerde el labio inferior, hincándose sin querer los colmillos. Ahora está aquí, en pie en mitad de la calle.

Frente a *casa*.

Afianza el asa al sentir la opresión de la bolsa. Cruza la carretera y el muro hasta su ventana, observando a su archienemiga la tubería del agua. Deja la bolsa en el felpudo y la trepa.

Una vez dentro, da toda la vuelta hasta la puerta y recupera la bolsa antes de cerrar y echar los pestillos.

La casa está en absoluto silencio. No escucha más que su respiración. No ha encendido la luz, pero tampoco le hace falta; las farolas de la calle iluminan lo suficiente para divisar el suelo y distinguir las formas de los objetos.

Anthony está con sus amigos en la playa, y Annie sigue de “fiesta de pijamas” en casa de la vecina. Anthony le mencionó algo de que a Ellen le daban el alta esta semana, y le parece que es mañana. No lo recuerda bien.

En realidad no recuerda bien nada de estas dos últimas semanas, el alcohol se ha comido algunas partes. Antes de subir el primer escalón, sus azules se desvían a un pedazo de la cocina.

Siguen ahí desde anoche. El servilletero de metal, el jarrón hecho pedazos y la flor mustia en medio de la pequeña explosión en un charco de agua.

Se apresura a recogerlo, lo hace muy deprisa. Tira los pedazos a la basura, seca el líquido con un puñado de servilletas arrugadas y coloca la pieza de metal donde estaba. Luego se queda mirando ese punto del suelo.

...Aunque intente borrarlo, olvidarlo, o arreglarlo... Ha pasado.

Baja el rostro y los párpados. Recupera la expresión fría que portaba el primer día que entró en esta casa.

La puerta de su habitación chirría largamente al abrirse. Deja la bolsa en el escritorio y cierra la ventana. Recoge las sábanas y las ropas tiradas por el suelo, las concentra en una bola. Mañana pondrá una lavadora. Le preguntará a Ellen cómo hacerlo, pero antes tiene que disculparse por no haber ido a verla. Anthony le dijo que estaba ocupado estudiando para los finales, puede decirle que efectivamente ha sido por eso...

Suspira, cansado de mentiras.

Observa la oscuridad del cielo que se asoma por su ventana. Los árboles del patio mecen las hojas al compás de las briznas del viento.

Debería largarse de aquí.

Cruza el pasillo con extrema parsimonia; sus botas llenas de barro seco le guían hasta la habitación contigua.

Abre la puerta de Anthony. Sus ojos se van desplazando por la habitación tan despacio como su cuello. Las ropas tiradas por el suelo, la cama deshecha, la mesa llena de libretas y papeles...

Qué desordenado es.

Hay muchas cosas pinchadas con chinchetas en el tablón sobre su escritorio. La mayoría son papeles recortados de libreta con círculos, cuadrados, triángulos... Parecen trucos de videojuegos. También hay fotos. Anthony con unas gafas feas y enormes, Anthony con Noemí y Oliver en la playa, Anthony con Ryota en una mesa... En todas se le ve muy feliz.

Despega una chincheta para coger una foto, y la sostiene entre las manos contra la ventana para verla mejor.

Se ve especialmente feliz en esta. Está tirado en el suelo y está más joven que ahora, unos tres o cuatro años, quizás. Lleva una camiseta de *Spiderman* y sujeta una figura de acción en la mano. Su sonrisa es tan grande que el color blanco resalta entre los tonos cálidos del resto de la foto, y sus ojos verdes...

Sus ojos verdes son igual de hipnotizantes que siempre, eso no le ha cambiado en absoluto.

Levanta el pulgar para ver el resto de la foto, porque su hermano no está solo. Tirando en el suelo, está Kyle. Con la misma camiseta y el mismo muñeco en la mano. Debe ser uno de esos que regalan con los menús en los restaurantes de comida rápida. Parecen muy felices.

Si se va, Anthony se pondrá triste; pero tampoco será para tanto porque Kyle estará aquí para él. Kyle sabrá hacerle feliz. Mejor que él seguro.

Clava la vista en el techo para que las lágrimas dejen de gotear. Parpadea un par de veces y deja la foto donde estaba.

La cama está totalmente deshecha, las sábanas están salidas por las cuatro esquinas y se han hecho un gurrño en el medio. No se molesta en arreglarlas cuando se tumba entre los pliegues. Tampoco recuerda que debería quitarse los zapatos, pero quedan por fuera del colchón porque se ha tumbado muy abajo.

Huele a Anthony.

Todo en esta habitación huele a él una barbaridad. No es colonia, ni olor a

envases vacíos de comida o refresco; eso está únicamente concentrado en una esquina. Es simple olor a Anthony, y es extremadamente suave, cálido, dulce, puro. Es exactamente como todo él.

Sus hombros flaquean, y ya no puede retenerlo más. Las lágrimas le cubren las mejillas.

Un gruñido de frustración brota de su garganta y sus manos esconden con desesperación su rostro.

Esta ha sido la primera familia en la que se ha sentido bien y no un incordio. Llegó siendo un borde de mierda y aun así solo recibió cariño. Le han tratado como a un hijo y como a un hermano, le han dado una habitación, comida, unas paredes a las que puede llamar hogar...

Sus dedos se hincan en la piel de su cara como puñales, sus palmas se separan y despegan excesivamente dificultándole el respirar en cada bocanada, pero no las aparta. Trata de detener el llanto y las lágrimas, y las palabras retumban con tanta fuerza en su cabeza que acaban por ser pronunciadas.

—Estoy cansado —solloza.

Porque es cierto. Está agotado, derrotado, reventado; atropellado por la vida. ¿Es este su destino? ¿Es esto para lo que él ha nacido, para sufrir todo el tiempo y hacer sufrir a los demás?

Sabe que puede aguantar cualquier cosa después de lo que ha vivido, pero el problema ya no es ese. Ya no consiste en poder o no poder, es que, él ya...

—No quiero más... —llora.

La culpa es de esta familia. Le han destrozado la vida.

Estaba soportando bastante bien toda la miseria que era su vida hasta que han llegado ellos, enseñándole que hay un mundo más allá, de que es posible no estar triste todo el tiempo, de que, de hecho; es posible hasta sonreír y ser feliz.

Maldita sea esta familia.

¿Qué permiso creen tener para hacer lo que les plazca?

Y aún sabiendo que solo por pronunciarlo estaría siendo egoísta, lo hace:

—...No quiero irme —musita.

- 23 -
“Babyblue”

Han apagado las luces principales, es la televisión la que ilumina el sofá donde están sentados. Todos menos Oliver y Noemí; que berrean tratando de seguir el ritmo de la música y la letra que se va coloreando en la pantalla. Se les ha olvidado por dónde va la canción y llevan un rato descompasados.

Nadie les ha dicho nada porque, ¿quién puede hacerlo?

Ryota está recostado en un sofá con la cerveza mal sujetada, Anthony está tirado en el suelo con la espalda en el sofá grande, Noah tumbado con la cabeza en las piernas de Kyle tarareando la canción que no se sabe, y Kyle, que parece que es el que está mejor, está ocupado en igualar al resto, porque empina la cerveza hasta que se la termina y coge otra.

—Pásame una —le pide Anthony estirando el brazo. Tiene las mejillas coloreadas.

—¿Seguro, Anthz? —Sonríe. Él asiente con mucha efusividad.

La canción termina y todavía siguen cantando un par de líneas porque se habían quedado atrás.

—¡Eres la p-puta ama, Noemí! —balbucea Noah elevando los brazos al aire. No ha bebido casi nada pero es el que peor está—. Ahora quiero cantar y-yo. Vamos Kyle.

Tira penosamente de Kyle sin moverle un centímetro. Él sonríe, y se levanta por sí solo para coger los micrófonos.

—¿Cuál quieres?

—E-esa —dice, y empieza a cantar sin la música.

—Esperate que la ponga. —Se carcajea.

—¡Venga, lento!

—¿“Babyblue”, de Badfinger? —lee Noemí.

—¡Sí, esa! ¡Dale! ¡Daleeee! —grita. Está hiperactivo. Parece que el alcohol acentúa su personalidad.

Los dos empiezan a cantar al mismo tiempo.

Noah se zarandea, da varios pasos por la habitación al lado de la tele, y gira sobre sí mismo. Le está poniendo todo su empeño, porque él siente que lo está cantando en un escenario gigante, delante de un montón de personas.

Anthony se tapa los oídos. A Kyle no se le oye porque Noah está berreando. Su voz es muy aguda y muy molesta. Noemí y Oliver están tan pero tan borrachos que deben escucharlo angelical y maravilloso, porque están aplaudiendo.

Kyle sigue la letra entre risas. Observa a Noah moverse de un lado para el otro, saltar, girar, menearse. Hasta que decide que se ha cansado.

—¿Todavía no termina? Uff —protesta soltando el micro. Se tira en el sofá y Anthony tiene que esquivar sus pies.

Kyle sonrío. Noah es igual para todo, lo mismo quiere algo que al segundo siguiente decide que se ha cansado. Menos en el sexo.

Sigue cantando solo, ahora se le escucha con claridad. Su voz un poco ronca y grave, pero suave. Está acostumbrado a cantar mientras toca la guitarra así que la tiene algo entrenada.

Cada vez que llega el estribillo se eleva ligeramente y pronuncia la letra con tanto sentimiento que los demás se quedan muy atentos en vez de hacer el tonto.

♪ *What can I do, what can I say?*
Except that I want you by my side ♪

Desde abajo Anthony le observa sin pestañear.

La luz colorea medio rostro de Kyle de amarillo, y la otra mitad está azul oscuro por la pantalla. Está despeinado y porta una media sonrisa que desaparece y reaparece al mover los labios.

Su cuerpo entero se balancea al ritmo y su pie golpea con la punta el suelo al compás de la batería.

Anthony da un sorbo a la lata sin dejar de mirar. Kyle luce increíble. Su expresión de músico profesional, la posición decidida de sus hombros que se balancean, su sonrisa resplandeciente, su personalidad altruista... La forma en

que lo apretujaba en un saludo, cómo le dejaba ganar cuando ya llevaba perdidas muchas veces seguidas en un videojuego. Cómo le apartaba el pelo del flequillo cuando estaba borracho. Cómo le pinchaba desde atrás en clase solo para fastidiar. Cómo cuando no había sitio él le hacía uno sobre sus piernas. Cómo le defendía cada vez que se metían con él.

Cómo le besó cuando solo tenían diez años.

No se da cuenta del par de lágrimas que le huyen de las cuencas para chorreale por la mejilla.

Tiene suerte de que ese de ahí, sea Kyle, su mejor amigo. Pase lo que pase, Kyle siempre será su mejor amigo.

¿Verdad?

Agacha el rostro entre las piernas.

Si a alguien van dedicadas esas frases tan profundas, es a Noah, por eso Kyle puede cantar con tanto sentimiento.

Le quiere. Debe quererle muchísimo.

*♪ How can I show you? Show me a way
Don't you know the times I've tried? ♪*

La canción termina y la sala se queda en silencio.

—Increíble —musita Noemí, justo antes de aplaudir como loca.

—¡Podrías dedicarte a esto, Kyle! —secunda Oliver.

Kyle lo agradece, pero con lo borrachos que están podría haber golpeado una manzana con un bolígrafo diciendo cosas sin sentido que aplaudirían igual.

—Kyle... —murmura Noah—. No me encuentro bien...

Con la mano en el estómago intenta incorporarse. Kyle acude de inmediato, le ayuda a sentarse en el sofá.

—¿Cuántas te has bebido? —Le toca la frente con el reverso de la mano.

—No sé... Me duele...

—¿Tienes ganas de vomitar? —pregunta Noemí.

—No... No sé...

Con el ceño fruncido, Kyle le pasa un brazo bajo las rodillas y otro bajo los

hombros.

—Ponle una toalla fría en la nuca —apunta Oliver.

Kyle sube la escalera con el menor en los brazos, y desaparece al girar la pared del segundo piso. Deja a Noah en el suelo del baño y moja una toalla como le ha dicho su amigo.

—No habías bebido antes, ¿verdad? —le regaña.

Noah niega con timidez.

—No quería ser el único... —se excusa en un hilo.

Kyle se acuclilla junto a él. Noah se acerca a la taza creyendo que va a vomitar, pero se queda en una arcada.

—Tonto —le sermonea con cariño, le aparta el pelo. Tiene la cara caliente—. ¿Qué más da eso?

—Parecía divertido...

—Es divertido porque estamos juntos, no porque haya alcohol.

Aunque él no es el más indicado para decir esto, porque también está mareado y las luces se le difuminan a todos lados.

—Lo siento...

Kyle suspira enfadado consigo mismo. Es él quien no ha tenido el cuidado de ver que Noah se estaba poniendo mal... Esto es culpa suya.

—No te preocupes, solo intenta relajarte.

—Kyle... —murmura, antes de echarlo todo. Es naranja porque ha comido muchos gusanitos.

Quince minutos después, ya no le queda nada dentro. Se ha quedado adormilado en la taza con el moflete apoyado en el plástico y Kyle acariciándole el pelo.

Cuando lo coge en brazos Noah se queja en un gruñido sin fuerzas. Lo lleva hasta una de las habitaciones y lo acuesta en la cama. Le acomoda la almohada y le tapa con la sábana.

Noah se quita enseguida, se la arremolina en los pies.

—¿Quieres que durmamos? —pregunta Kyle.

—No. Vuelve abajo, estoy bien —habla muy bajito—. No quiero que dejes de estar con tus amigos por mi culpa. —Le empuja con el pie para

echarlo.

—No digas tonterías.

—Te hacía mucha ilusión esto. No quiero que sea culpa mía que te lo pierdas. —Inclina las cejas con la energía que le queda.

Kyle le quita los zapatos y le tapa otra vez.

—Te lo digo en serio, me voy a enfadar —bufa Noah. Antes de conocerle le hubiese liado un buen pollo como se atreviese a separarse de él dos metros. Pero con Kyle es diferente. Es tan bueno..., con todo el mundo... ¿Quién se levanta corriendo de la cama para volar al hospital por un amigo?

Noah esboza una fina sonrisa. Es tan bobo.

—¿Te vas a enfadar conmigo por no dejarte solo? —Sonríe.

—Sí —afirma muy decidido, y con un tono más hilado, a punto de dormirse, musita—: Me enfado.

Kyle le observa.

El pecho de Noah sube y baja calmado, tiene los ojos cerrados. Ha dejado en el baño las pocas cervezas que ha ingerido.

Claro que le gustaría bajar. Hace mucho que no queda con... Con sus amigos. Con todos. Tiene ganas de verlos y estar con ellos.

—Voy... Voy a bajar cinco minutos y ahora subo.

—Voy a dormir. —Noah se da la vuelta y le da la espalda. Le da igual, solo quiere dormir. Ni se va a enterar de si vuelve en cinco minutos o en veinte.

—Vale —susurra.

Se levanta y se lleva por delante la mochila que está tirada en el suelo. Farfulla en un susurro y apaga la luz, y cierra la puerta, para que no le moleste el ruido de la fiesta.

Cuando baja las escaleras ya no están en el salón. El karaoke está reproduciendo la letra en modo automático pero no se oye nada, está en *mute*.

—¡Qué dices, eso es imposible! —escucha de lejos.

—Te lo juro por lo que más quiero.

Sale a la terraza. Sus amigos están sentados rodeando la mesa, que está

llena de vasos y envoltorios de picoteos.

—¿Y eso que es? ¿Tu mano derecha? Pues ya ves tú.

Hace un poco de frío, Noemí tiene una manta. Anthony le hace un hueco a los pies de su tumbona.

—¿Cómo está Nooah? —Ya está estirando las «o».

—Ha vomitado y ahora está durmiendo. —Coge una cerveza.

—Es increíble que haya alguien que aguante el alcohol peor que Anthony —comenta Noemí. El castaño gruñe.

—¿Era su primera vez?

—Eso creo. —Se apoya con una palma en la butaca, eleva la barbilla a la brisa que le acaricia las facciones—. Tendría que haberlo sabido.

—Iba a probar el alcohol en cualquier momento, mejor que lo haga con nosotros que le cuidamos.

—La próxima vez haremos limonada para Anthony y Noah.

—Joolines, que solo ha sido una vez... —se lamenta. Se lo van a estar recordando hasta el día de su muerte.

—Chicos, ¿vosotros sabéis ya lo que vais a estudiar?

—Económicas, como mi madre.

—Derecho —sigue Ryota.

—Educación Primaria —ese es Oliver.

Kyle se encoge de hombros.

—Yo haré Psicología... —dice Noemí. Se ajusta la manta para cubrirse la punta de los pies—. Chicos... Aunque estemos en carreras distintas, quiero que sigamos estando juntos...

Se hace un pequeño silencio.

—Yo también —murmura Oliver.

—No nos vamos al otro lado del mundo. —Kyle esboza una fina sonrisa—. Podemos seguir viéndonos.

—Peroo ya no tendremos tanto tiempo —dice Anthony—. Tendremos

cosas que hacer, otros amigos, pareja... —Se va apagando.

—Mis padres quieren que vaya a Rockwell —suelta Oliver. No quería decirlo para no poner triste a nadie, pero ya lo están así que da igual—. La nota de corte es más baja, así que...

—Yo iré a Hardwark —anuncia también Ryota.

La expresión de tristeza es visible en todo el grupo cuando se confirman sus sospechas. Con Oliver y Ryota juntos ya está fuera las dos quintas partes del grupo.

—¿Y qué con eso? —se apresura Kyle—. Vendréis de vez en cuando, ¿no? Quedaremos entonces. Yo no quiero dejar de veros, siempre voy a tener tiempo para vosotros.

Nadie lo dice, pero todos están pensando lo mismo: que precisamente él diga eso no tiene sentido. Desde que está con Noah son contados los días que va a las quedadas de los sábados, y ya casi ni habla por el chat, ni va a la cafetería después del colegio.

—Vendremos aquí los veranos. —Ryota corta el silencio—. Un fin de semana.

—Eso... Me parece bien. —Sonríe Noemí.

—Yo ofrezco quedar en mi futura mansión —dice Oliver.

—¿Mansión, con el sueldo de profesor? —se jacta la chica.

—Ya me tocará la lotería, o inventaré algo que a la gente le haga falta... Le pegaré un palo a algo y me haré millonario, como el tipo del caramelo de chupar o la escoba.

—Ya noo quedan más cosas a las que ponerles paloo, todo está inventado.

—Siempre hay algo a lo que pegarle un palo... ¡Ya sé! Inventaré un dispositivo para pegarle palos a las cosas.

—¿Pegamento, quieres decir? —se burla Kyle.

—Vaya. Es más difícil de lo que creía... —Pega la espalda al asiento y toma su cerveza.

Noemí se tapa un poco más con la manta.

—Hace frío aquí ya —dice—. ¿Vamos dentro?

—La verdad es que yo tengo un poco de sueño —sopasa Oliver.

—¿Qué hora es?

Ryota se mira el reloj de la muñeca.

—Casi las cuatro de la mañana.

—¿Qué? Se me ha pasado volando —exclama, y ella también bosteza—. ¿Vamos ya al cuarto entonces?

Apilan las latas y los restos de comida más o menos, pero los dejan ahí. Se levantan perezosos y se estirazan. Ya lo recogerán mañana.

—Ahora a juntar los colchones. ¡Qué pereza! —se queja Oliver arrastrando los pies hasta el interior de la casa.

—Yoo me quedo —dice Anthony. Coge la manta que estaba usando Noemí y se acuesta en la tumbona—. Noo tengo sueño.

—Okey. —Su amiga se despide con la mano.

Kyle la está siguiendo, pero se para al llegar a la puerta.

—Yo también me quedo un rato —avisa, antes de cerrar.

—¿Noo sueño? —Anthony le deja un hueco en la tumbona para compartir manta. Kyle llega arrastrando los pies, se deja caer. Esa última cerveza podría habérsela ahorrado.

—No mucho. —La tumbona es lo suficiente ancha para que quepan estirados, pero tienen que apretarse—. Es verdad que hace frío —dice, acurrucándose. Apoya la cabeza en el hombro de Anthony, y lo que hace unos meses le hubiese parecido un gesto normal, hoy al castaño le pone tenso—. Se me ha pasado rapidísimo el día —comenta.

—Sí, a mí también... —Mira de hito en hito las latas vacías por todas partes—. Hace un momento Noemí y Ooliver estaban berreando en el coche, y hace otro momentoo estaban berreando en el karaoke... Y ahoora míranos —dice, con una sonrisa en los labios.

Kyle se ríe sosegado. Frota los calcetines sobre el cojín que cubre la tumbona.

—Hoy estás aguantando mejor el alcohol. Al menos no te has puesto a bailar como en los 80s. Aunque hablas raro.

—¿Esoo hice la ootra vez? —Anthony lo mira preocupado, pero ha sonado tan inocente que le ha quedado tierno—. Madre mía...

Aun así, sigue bebiendo.

—Estabas muy gracioso. Casi te comiste el suelo, pero... —Se ríe al recordarlo—. Te cogí a tiempo.

—Ni siquiera recuerdo esoo.

Kyle se ríe algo más alto. Su gutural risa en mitad de la noche llena la escena. Está apoyado en su hombro y suena cerca, y luego se va difuminando apaciblemente, hasta que de nuevo solo queda el sonido de los grillos.

Se quedan un rato en silencio, recostados en la tumbona siguiendo las breas que dibuja la madera del techo de la terraza. El ambiente es tan tranquilo que no ven la necesidad de interrumpir el silencio con sus voces.

¿Se habrán quedado los demás dormidos ya?

—¿Estás estudiando? —pregunta entonces Kyle, probando suerte a ver si su amigo dice que no y se siente más tranquilo, porque él tampoco ha tocado los libros todavía.

Anthony se sorprende con dramatismo.

—¿Por quién me has tomado? Si todavía queda por lo menos... —Intenta hacer cálculos con las manos. Kyle se da cuenta de que está muy borracho, porque supone que quiere juntar el pulgar y el resto de dedos para contar, pero no atina—. Noo sé, mucho tiempoo —dice al final. Se frota las manos para espantar al frío.

Deberían entrar ya, pero es que la noche se le ha hecho muy corta y no tiene ninguna gana de terminarla tan pronto.

—Ven, trae. —Sonríe Kyle. Atrapa las manos pálidas entre las suyas más grandes. Las mete juntas bajo la manta, las calienta al frotarlas con suavidad.

Kyle no le está mirando la cara, pero si lo hiciese apartaría las manos al instante, porque Anthony ha apretado las cejas con incomprensión y a ladeado el rostro en un espasmo muy exagerado.

—¿No vas coon Noah...? —cuestiona con algo de reparo.

—Está durmiendo arriba. Ahora subo.

Anthony se queda un rato callado, mirando el bulto que crean sus manos al

estar unidas bajo la manta. Kyle deja de frotar sus manos cuando se da cuenta de que no está cómodo.

No creía que estuviese haciendo algo malo... No es como si le estuviese siendo infiel a Noah o algo por el estilo, porque esta clase de cosas son las que hacían ellos antes todo el tiempo: beber de la misma lata, apoyarse en el otro, calentarse cuando hacía frío...

Retira sus manos de las más pequeñas, avergonzado. Puede que ahora que Anthony está con Marc no quiera seguir haciendo estas cosas con alguien que no sea él. El día que quedaron en el centro comercial, por ejemplo, Anthony estaba muy extraño. Ni siquiera chocaron los puños como saludo.

—Anthz, tú... ¿Estás incómodo conmigo? —Suená triste. Se aparta para dejarle espacio.

—¿Yoo? No, eres tú el que está raro —dice él. A la lata todavía le queda la mitad, pero con el trago que le da parece que tiene prisa por terminarla.

—¿Qué? ¿Por qué iba a estarlo? —Esboza una sonrisa de incomprensión.

—Es que... No sé... —Su mirada se vuelve huidiza.

Como no sabe qué decir, se disculpa buscando las manos de Kyle. Se esconde entre ellas para protegerse del frío, y Kyle las sujeta bien para calentarlas. Los dos trazan unas sonrisas muy finas.

—Me gustaba cuando hacíamos esta clase de cosas... —musita.

—¿Por qué hablas en pasado?

—Es que... Ahora todo es distinto. —Los ojos verdes se van cerrando. Se deja caer por completo sobre el respaldo.

—¿Qué dices? Estamos aquí, los dos. —Kyle le sigue, se recuesta a su lado.

—Pero me gustaba cuando solo lo hacías conmigo —exhala.

Kyle se sorprende, y algo le pincha en el estómago poniéndole en guardia. Eso ha sonado como si Anthony estuviera...

—¿Estás celoso? —le pica con una sonrisa.

Anthony ladea la cabeza sobre el cojín sin abrir los ojos.

—Eso creo —susurra sin fuerzas.

Sin comprender qué ha querido decir o cómo de borracho está, Kyle intenta

quitarle la cerveza.

—Dame la lata —decreta con una sonrisa.

Es patético porque él también está muy mareado, y va a quitársela pero falla. Dos veces. Al final se la saca, y la empina toda él. En su cabeza hace una buena acción porque así no es Anthony quien se la bebe.

—Contéstame —exige Anthony. Cae a cámara lenta sobre él intentando alcanzar la lata, aunque ya está vacía.

—¿El qué? No me has preguntado nada.

—¿Ah, no...?

Kyle se ríe fuerte, y Anthony intenta incorporarse. Pega la espalda al asiento, exhausto como si acabase de correr un maratón.

—Tienes que hacer deporte —apunta Kyle cogiendo la última cerveza de la caja.

—Calla —refunfuña recuperando el aliento.

Se tira así minutos enteros, con Anthony jadeando, cerrando los ojos a ratos por el sueño y luego abriéndolos lentamente mientras él bebe tranquilo a su lado.

—Kyle —musita con voz tenue.

Kyle espera a que le diga lo que quiere decir, pero Anthony no sigue hablando. Gira el rostro hacia él, y ve que los alcoholizados y confusos ojos verdes le están buscando.

—¿Qué pasa? —pregunta, dando otro sorbo. A ver si esta vez el castaño consigue sacar las palabras de su cabeza, porque todavía no sabe leer mentes. Sonríe imaginándose.

Anthony no pronuncia palabras. Lenta y torpemente, se inclina hacia él. Sus finos labios pegados le rozan la mejilla, depositan un pequeño beso que apenas genera ruido. La piel de su cara está muy fría, pero los labios de Anthony están muy calientes.

Kyle se queda en shock por un momento..., y mira a su amigo. Anthony tiene las mejillas completamente rojas, los párpados entrecerrados y la mirada perdida, pero clavada en sus ojos marrones. Exactamente igual que aquella noche.

Entonces Anthony saca la lengua para relamerse el labio superior, y a Kyle

se le sale la cerveza por la nariz.

Empieza a toser como un loco y tiene que sentarse para no ahogarse. Se da golpes en el pecho como si le fuese la vida en ello y deja la lata en el suelo. Anthony también se sienta, de rodillas sobre la butaca.

—Esto... —Kyle dubita incapaz de encontrar palabras.

Ninguno de los dos habla. Anthony no se justifica, y Kyle no pregunta. Quedan mirándose el uno al otro, en silencio.

—...Estás borracho —asegura Kyle, buscando encontrarle un sentido.

Anthony asiente de forma queda, y se muerde el labio. Lo atrapa entre los dientes y juega a humedecerlo.

Kyle está mareado. Todo le da vueltas, y por la forma en que Anthony se tambalea incapaz de mantenerse en el mismo punto, sabe que él está igual.

Anthony vuelve a hacerlo. Se inclina, tan despacio que podría haberse apartado catorce veces y le habría sobrado tiempo, pero no lo hace. Lo ve todo con los ojos bien abiertos.

Es en la mejilla, de nuevo. Una mísera fricción. La suave caricia de unos labios que se imprentan en su moflete. Nada más.

—Anthz —musita. Está tan borracho y nervioso que le entra hipo; su corazón se mantiene latiendo muy despacio, en silencio hasta comprender qué pasa.

La bombilla solo ilumina media cara de Anthony. Una sutil brizna de vaho sale de entre sus labios en cada respirar.

—Kyle, ¿tú te acuerdas...? —murmura, tan bajito que es complicado escucharlo—. Porque yo me acuerdo...

Los marrones se abren hasta el máximo. No entiende a qué se refiere, pero definitivamente no puede referirse a lo que él está pensando.

Con dificultad, Kyle es capaz de recuperarse para responderle. Pretende pronunciar palabras interrogantes..., pero se equivoca.

Sucede sin pensar. Sabe que sus labios se han juntado cuando nota la delicada piel del castaño contra la suya, ni siquiera sabe quién ha sido.

Apenas se mueven. Es tan solo un roce entre pieles de distinto dueño, unos pobres choques casi inaudibles. Sin darse cuenta, su cuerpo entero se está doblando hacia él. Hasta que la cabeza de Anthony da a descansar en la butaca.

Anthony gime, y él jadea.

Sus labios se humedecen más en cada beso, la boca de Kyle presiona en cada encuentro un poco más, y la de Anthony se abre concediéndole permiso. Kyle lo hace de golpe: mete su lengua; y enseguida le recibe su compañera.

Los dedos de Anthony trepan por su espalda, le levantan sin querer parte de la camisa y crean pliegues cuando se cierran en un puño desesperado. Tira de ella. Hacia arriba, hacia sí, como si fuese un plástico que pudiese romper.

Quiere tocarle. Quiere sentirle.

—Kyle —gime contra sus labios.

No se lo piensa dos veces. Kyle se arrodilla y se desprende de la molesta tela de un tirón, se pelea con las mangas para liberarse las muñecas. La prenda cae al suelo y sus manos pueden volver a imantarse al menor; le rodea y le aprieta las caderas.

La espalda de Anthony se curva en su dirección..., y su pierna le presiona con falsa inocencia la entrepierna.

Kyle jadea sonoramente cortando el beso.

—Anthz... —musita, le coge el rostro entre las manos.

Esto no está bien. Se suponía que lo estaba superando. Se supone que ahora es feliz con Noah porque Anthz es feliz con Marc.

Sus ojos marrones le piden ayuda antes de perder la cabeza, pero los verdes no hacen más que devolverle la mirada en silencio, tan confusos como los suyos.

Kyle clama su nombre suplicando una explicación, comprender por favor qué está pasando. Pero es que él tampoco lo sabe.

—Solo bésame... —musita, atrayéndolo de la nuca.

—...vale.

Es un pequeño beso, y luego otro más arduo. Se olvida de que había reclamado explicaciones, porque Anthony le busca la boca, y como él no le detiene, sigue, y mete también su lengua, empapándole los labios en la más maravillosa de las redenciones. Los finos dígitos le trepan por la espalda desnuda hasta atrincherarse en su pelo, para que no se le ocurra separarse. Y cierra los ojos.

Puede sentir los latidos de su corazón y los de Kyle latir a un mismo ritmo desenfrenado. Su pecho está en llamas. Le arde el estómago, y la punta de las

orejas; tanto que comienza a temer perderlas. Pero no las pierde. Solo se queda así, a punto de entrar en combustión.

No están haciendo nada malo.

No pueden estar haciendo nada malo, porque esto es lo que su cuerpo le está implorando que haga. Que se encarama al otro. Que se aferre a él porque la vida le va en ello.

Que nunca más tenga que temer perderlo.

Una misma imagen corretea por su sangre, se proyecta una y otra vez. La imagen que se suponía que el tiempo se encargaría de borrar, pero que ni siquiera ha llegado a esclarecerse. Aquel día hace tantos años que solo sonaría patético recordarlo ahora, o mencionar que significó algo importante para él... Aquel efímero beso que no duró más que un instante, pero que ha atesorado como el oro en sus recuerdos.

Y las preguntas que creía haber dejado de necesitar responder vuelven a golpearle, se ríen de él por creerse capaz de esconderlas. Porque ese beso no volvió a repetirse. No hubo una segunda vez con los labios de Kyle posándose en los suyos.

¿Por qué le dio esperanzas para luego arrebatárselas?

Con el rostro de Kyle en las manos, le separa para observarlo. Él también está sonrojado, y aturdido, le tiemblan las pupilas.

Si tan asqueroso le resultó pegar la boca a la suya que no volvió a hacerlo... ¿Por qué ahora deja que lo haga?

Había aceptado que no tenía ninguna posibilidad con Kyle por compartir el mismo sexo, y luego todo se derrumbó. Porque Noah apareció para gritarle a la cara que el problema no es lo que tiene entre las piernas o lo que le falta en el pecho; es él.

Odia a Noah.

Y a Kyle.

Y a sí mismo por estar haciendo esto.

Por eso se promete que solo va a hacerlo una vez más. Solo un segundo más. Ni siquiera lo rozará esta vez. Solo quiere escuchar más de cerca su respiración, solo quiere sincronizar sus latidos con los de Kyle...

Eso no tiene nada de malo. Es algo completamente inocente. Probar lo que podría haber sido, lo que ha querido desde que puede hacer memoria, solo para pasar página. Porque él es feliz con Marc. Y Kyle es feliz con Noah. Y Noah es feliz con Kyle.

Todos son extremadamente felices ahora mismo.

Le atrapa con los dientes el labio inferior, y tira de él con cariño. Kyle le responde, le coge de las caderas con una inmensa dulzura y delicadeza.

Los labios carnosos de Kyle son tan agradables... La sensación que recorre su cuerpo es tan pacífica... Que una vez unido a él desecha la idea de separarse.

No quiere parar.

¿Por qué tendría que hacerlo? Está cansado de pensar, está cansado de probarle solo a cucharadas en la imaginación cuando le tiene delante o en sueños cuando está dormido. Quiere probar al Kyle real. Al Kyle de carne y hueso.

Le desabrocha el pantalón torpemente con la punta de los dedos. Se abre paso con la mano como puede hasta llegar a las costuras de sus bóxers.

Kyle jadea ruidosamente en el beso, su cuerpo tiembla amenazando con derrumbarse; y él sigue su camino. Le rodea el bulto entre las piernas, cierra la palma en él. Lo mueve con sosiego.

—Anthz... —gime, perdido. Apoya su frente en el hombro del menor, visualiza la escena con los párpados entrecerrados.

Anthony se pelea con la cremallera y consigue liberarlo. El endurecido miembro sale clamando aire a punto de asfixiarse... Cuando se da cuenta de lo que acaba de hacer, un sonoro latido le golpea el pecho. Se queda mirándolo entre sus dedos.

Kyle es muy ancho. El vello moreno asoma entre las solapas de su pantalón abierto. Lo tiene él, descansando justo en la palma de su mano. Está duro, húmedo, manso; esperando a que haga lo que quiera con él.

Así que su mano se mueve hacia arriba, y hacia abajo. De forma muy pausada, porque a Kyle se le está complicando el respirar. Tiene los ojos apretados y se está agarrando a su camiseta. Es tan tierno de ver, tan vulnerable... Está muy nervioso, está excitado, y se rinde a Anthony porque él tampoco quiere seguir pensando.

Anthony también se deja llevar, con el corazón acelerado, la boca seca y la respiración entrecortada.

Desliza la mano tímidamente cada vez más abajo. Nota su propia entrepierna cada vez más caliente, abandonada mientras su compañera se lleva todo el cariño; pero la ignora, se concentra en Kyle. Queda hipnotizado

por los gemidos que brotan de su boca cada vez que repite un vaivén. Está muy pegajoso.

Kyle aprieta los dientes para acallarse pero no lo consigue, y Anthony contempla fascinado los cambios en su expresión. Es exactamente la gesticulación que adoptaron sus facciones en la sala de cine, cuando Noah le estaba acariciando...

Es verdad, Noah. Que está solo a unos metros en el piso de arriba... Podría bajar de un momento a otro y encontrarlos unidos. No habría ninguna excusa para esto... Y también está Marc...

Ha cruzado la línea hace rato.

La ha pisoteado y ha vuelto para escupir en ella, la ha saltado jugando a burlarse y la ha frotado con el pie para borrarla. Ya no hay ninguna línea, la ha hecho desaparecer.

¿Qué demonios está haciendo?

No lo sabe. Ya no sabe nada de ninguna cosa. Kyle jadea, a él un calor se le instaura en el pecho, y esta urgente necesidad de satisfacción no se va.

Estrecha su mano en el grueso sexo, y lo hace más rápido. Los gemidos de Kyle se vuelven discontinuos y más impacientes.

¿Estará Kyle también pensando que es horrible lo que están haciendo? ¿Que si siguen con esto se convertirán en dos personas despreciables? O que de hecho, ya lo son.

—Anthz... —gime una última vez mientras el líquido sale. Rebosa la mano de Anthony, mancha las ropas y llega hasta el suelo.

Sigue el movimiento unos segundos más pausadamente, con delicadeza, mientras recupera su estado natural hasta quedar blando y mojado entre sus dedos.

Kyle abre los ojos despacio para encontrarse de bruces con los brillantes ojos verdes. Anthony ha quedado fascinado. La boca de Kyle está entreabierta, tiene un pequeño hilo de saliva en uno de los laterales y jadea ruidosamente. Tiene las mejillas rojas.

—Anthz... ¿Qué me estás haciendo...? —susurra, y traga saliva.

No le contesta, pero igualmente le hubiera sido imposible responder. Sus bocas se buscan despacio, sus labios se juntan para bailar sobre el otro.

—Me estás volviendo loco... —musita Kyle, desorientado.

Anthony estira los dedos en su dirección, ignorando eso. Primero recorre

los músculos del marcado abdomen con la punta, después, siguen las palmas enteras de sus manos; con parsimonia palpan cada pliegue. Está duro y cálido, y le calienta las manos en mitad del frío de la noche.

Se posa en medio de su pecho. Siente los latidos retumbar contra su mano. Kyle está increíblemente nervioso, se está esforzando mucho por no aparentarlo. Y él está tan asustado como Kyle. Pero no quiere parar. Quiere tocarle, quiere besarle, quiere culpar al alcohol..., como en el cumpleaños de Oliver.

Traga un poco de saliva, porque sabe que la única diferencia entre esa noche y esta es que Kyle está borracho hoy. Se está aprovechando de él, porque de ningún modo Kyle es el tipo de persona que es infiel con cualquiera teniendo ya una pareja.

Ah. Pero es que él no es un cualquiera. Él es Anthony, su mejor amigo. ¿No le da eso derecho? Él lo tenía antes. Kyle era suyo mucho antes de que llegase Noah. Sus cejas se inclinan con molestia, el egoísmo abandona las celdas de su moral para salir a golpes y orgulloso; ¡Kyle está mejor con él!

—Eres idiota —es lo primero que dice en mucho rato. Se gana una mirada confundida de los ojos marrones.

Y esta vez, de verdad cree que lo es.

No le explica por qué, ni le aclara que no está tan borracho, ni que tampoco lo estaba la noche que le pidió que se llevase su virginidad; porque esa fue una de las decisiones más racionales que ha tomado en la vida: quería darle su primera vez a Kyle.

Pero él no la quiso, porque le gustaban las mujeres.

Se suponía, que le gustaban las mujeres.

—Anthz... —susurra Kyle, porque lleva un tiempo quieto.

Sabe que él no es como Noah. No es guapo, ni dulce, ni su voz se acerca en lo más mínimo a ese tono aterciopelado. Él solo es Anthony. ¿Qué podría tener un Anthony que le guste a un Kyle?

Absolutamente nada. Por eso la única forma que tiene de acercarse a él es interceptarlo borracho y con Noah fuera de juego.

Kyle se aproxima reclamando unir sus bocas de nuevo, pero Anthony lo esquiva. El beso se queda en su moflete.

—Perdona... —murmura, antes de apartarle y escaparse. Huye hasta la puerta.

A duras penas Kyle le sigue, se levanta todo lo deprisa que puede. Semidesnudo y con el pantalón desabrochado tiene un traspiés con una lata en el proceso. Consigue cerrarle la puerta al apoyarse en el marco, a Anthony no le da tiempo a salir.

—¿Qué pasa...? —inquire Kyle, confundido—. ¿He hecho algo mal...?

Anthony baja el rostro.

Kyle deja las manos en la madera para que no se vaya, y le llama, en un suspiro. Le besa en la mejilla con cariño, le implora que alce el rostro para poder ver sus facciones.

Como no le responde, deposita otro pequeño beso en su moflete, y luego otro, y después otro más fuerte; los reparte por todas partes buscando esos ojos verdes que se han callado de repente.

Anthony no se inmuta, ignora la tierna voz que cita su nombre. Cabizbajo, se percata de la dureza que ha vuelto a erguirse en la entrepierna del mayor. Con la base apretada por los bóxers mal bajados, la punta se zarandea un poco en el aire cada vez que se inclina a darle un beso nuevo.

—Te quiero, Anthz —confiesa en un gimoteo, con la voz rota.

Anthony levanta el rostro de inmediato.

—Te quiero —repite en cada beso, cubre su moflete derecho entero, y se va al otro para hacer lo mismo. No le da un solo segundo para esquivarle, ni él lo intenta—. Te quiero.

Anthony sonrío amargamente cuando lo entiende... Está dormido. Kyle jamás diría eso en la vida real.

Tímidamente es capaz de unir sus miradas.

—Yo puedo darte lo que quieras, Anthz —musita Kyle—. Pídemelo a mí...

Anthony le rodea los hombros con sus finos brazos.

—Idiota... —susurra en sus labios.

Le calla con un beso.

Sus manos se buscan con ternura, utilizan sus dedos para atarse el uno al otro. Por un momento Anthony puede sentir cómo son uno solo, cómo su alma y la de Kyle se funden en una sola.

Deseando que esta sensación no acabe jamás, se aferra a Kyle con todas sus fuerzas, y él le contesta enterrando sus dedos entre los mechones

castaños. Sus labios se fusionan y se separan con cada vez más impaciencia, en una tormenta de besos y caricias que se les hace difícil de controlar.

Se les olvida que tienen que respirar, pero el mayor se acuerda a tiempo, se separan un instante. Saboreando el gusto de Kyle en sus labios, abre sus párpados lentamente. Se encuentra los ojos marrones puestos en él.

Quiere tocarlo más, sentirle más, más cerca, más profundo, más de este calor... Quiere que Kyle..., *necesita* que Kyle...

Entonces no le da tiempo a pensar nada más, porque pasa muy deprisa. Las manos de Kyle se aferran a su pantalón, lo deslizan junto a su ropa interior leyéndole el pensamiento. Le deja únicamente protegido del frío por una camiseta, y por su torso desnudo, que enseguida se ciernen sobre él.

—¡Kyle! —gime sonoramente cuando lo levanta en el aire; su espalda golpea el cristal transparente. Se aferra a sus hombros, y sus bocas jadean juntas, se acallan el uno al otro cuando se unen en un fiero beso. Las manos del castaño pasean nerviosas por sus músculos.

Él no llega a quitarse los pantalones. Es suficiente con echarlos algo más abajo. Entonces le mira, pidiéndole permiso.

Anthony asiente, despacio.

Y Kyle empuja con vehemencia, su semen hace de lubricante. Se mantienen la mirada en todo el proceso: la boca de Anthony forma una circunferencia perfecta, los dientes de Kyle se aprietan tratando de controlarse para no hundirse más rápido. Ambos jadean, confusos, entumecidos, sin apartarse la vista ni por un pestañeo.

Ninguno está satisfecho hasta que ya no queda más espacio. Kyle se ha quedado apretujado en su interior, y Anthony gime vaciando sus pulmones, lleno, y satisfecho.

Por fin... Por fin está todo lo cerca que quería estar de Kyle...

Kyle gruñe extasiado al contemplarle las facciones. Anthony es perfecto. Anthony es hermoso cuando tiene su pene descansando entre sus carnes. Si de verdad existe un cielo, está convencido de que así son los ángeles.

Le sujeta bien de las caderas, pega el menudo cuerpo al suyo buscando fusionar sus pieles, y Anthony también deja caer su peso mientras le busca con las manos temblorosas.

Noah deja de existir, también Marc. Y el tiempo, y el espacio.

En este momento solo caben ellos. Y sus besos, sus caricias, sus gemidos

insatisfechos suplicándole por más al otro. No les importa los ruidos obscenos que brotan de sus gargantas, no se controlan al gritar el nombre del otro entre las acometidas.

—Di mi nombre, Anthz... —suplica, en una exhalación acelerada. Las embestidas le cortan las sílabas—. Por favor...

Este momento es suyo.

No importa nada, ni nadie más, si ellos están juntos.

—Kyle... —gime, antes de recibir los labios que corren a los suyos.

Chocolate amargo

Se despierta aturdido. Apenas separa las pestañas y los rayos del Sol que se cuelan por la ventana ya le taladran el cerebro. Hace un esfuerzo increíble por despegar la espalda.

Va consiguiendo distinguir mejor los colores y las formas poco a poco. Coge su móvil y mira la hora, y luego bufa y lo tira encima del colchón que está a ras del suelo.

Se viste como puede, y sin mirarse al espejo ni peinarse la pelambreira que lleva, arrastra los pies por el pasillo.

—Hombre, ¡mira quién ha despertado del coma por fin!

Todos están ya en el salón, vestidos y con mejor aspecto que él. Desayunan en la barra de la cocina. La casa está súper desordenada.

—No grites... —Se sube en una de las banquetas con dificultad. Oliver le pasa la leche y un vaso, pero cuando ve el tembleque que lleva encima prefiere servirle él mismo.

—Bebiste mogollón anoche.

—Sí, bueno... —No quiere hablar del tema. De hecho, no quiere hablar, no quiere que nadie le hable. Ni entre sí tampoco. Les revoca el derecho.

Jolines... Es como si le estuviesen taladrando la cabeza con cada palabra, no distingue ni quién pronuncia cuál. Solo quiere comer algo y seguir durmiendo.

—La verdad, yo no me acuerdo de mucho después de sacar la cerveza de la nevera.

—Yo me acuerdo de vuestros berridos en el karaoke.

—Yo no vuelvo a beber más —musita Anthony en un hilo, pero habla para sí. Toda su concentración está puesta en dejar de oír ese molesto pitido al fondo de su cerebro.

—Yo quiero pedirlos perdón por preocuparos anoche —dice Noah—. Bebí más de la cuenta...

—No te rayes, a todos nos ha pasado.

Con los codos hincados en la mesa y la vista en el vaso de leche, Anthony se masajea la sien y los mechones le tapan la cara.

Le duele una barbaridad. La cabeza, la barriga, la geometría entera de arriba abajo. ¿Tanto bebió anoche? No recuerda bien ni lo que pasó.

Tiene flashes de estar viendo una película y de estar cantando en el karaoke. Luego cree, pero no está muy seguro, que salieron a hablar fuera, y ya su mente se vuelve indescifrable. Noemí regañando a Oliver por algo..., Ryota aclarándoles un dato sobre una cosa que ahora no recuerda..., Kyle sentado al lado suya...

Sus ojos se abren enormemente, pero no levanta el rostro.

Las imágenes le vienen desordenadas, mal iluminadas y muy borrosas.

Entre sus mechones despeinados observa de reojo a Kyle. Está sentado justo enfrente y tiene a Noah en su regazo. No escucha lo que dicen, pero Kyle está moviendo la boca, y hace gestos para acompañar sus explicaciones tranquilamente.

El único que está sumido en la miseria ahora mismo es él.

Los ojos marrones se topan con los suyos, y Anthony esconde aún más el rostro.

—Anthz, ¿quieres una pastilla para la cabeza? —le ofrece, viendo sus pintas de drogadicto.

—No... —musita, ronco completamente.

Aun así, Kyle se gira para coger una y se la deja delante. También le llena un vaso de agua, se lo pone todo junto. Él lo agradece en absoluto silencio y se la toma. Luego Kyle vuelve a meterse en la conversación con los demás.

Anthony ladea un poco la cabeza, desconcertado. Kyle está muy normal, no tiene ni resaca ni le trata de forma distinta.

Se incorpora sobre la mesa clavándose el puño en el moflete. Si esos recuerdos fuesen reales es obvio que Kyle no estaría ahí sentado tan cariñoso con Noah.

Trata de arrejuntar un poco más los recuerdos para comprender exactamente qué ha pasado. Es cierto que salieron a la terraza para hablar, de

eso está seguro. Además desde la cristalera puede ver que todavía hay latas tiradas por el suelo que ahora van a tener que recoger. Bien. ¿Y qué pasó luego?

Aprieta los ojos y las cejas como si eso fuese a ayudarlo a recordar, pero solo consigue que le duela más la cabeza. Recuerda que estuvieron hablando un rato, y luego Noemí dijo de entrar, porque hacía mucho frío. Recuerda beber un par de latas más antes de arrastrarse hasta la habitación, y luego estar tumbado sobre el colchón...

Suspira, aliviado. Así que eso ha sido todo, menos mal. ¿Pero entonces de dónde vienen esas imágenes?

Su rostro se colorea de arriba abajo en un instante.

¿Lo ha soñado todo...? ¿Pero por qué tendría esa clase de sueños...? De verdad bebió muchísimo anoche. Agacha el rostro entre los brazos. No es capaz de mirar a Kyle a la cara, ni mucho menos a Noah.

Incluso si ha sido un sueño se ha sentido tan real que cree que su corazón va a explotar de vergüenza de un momento a otro.

Alguien tiene que contarle a su subconsciente que imaginarse esa clase de cosas con su amigo está mal, muy mal. Por Dios bendito, que Kyle es solo su amigo, que ya no siente nada más que amistad por él, ya no...

¡Y además, Kyle está con Noah! ¡Y él está con Marc...!

Menuda locura. Que sueño más absurdo.



Se despide de sus amigos con la mano y ellos le corresponden vociferando desde el vehículo. Le cuesta creer que tengan tanta energía, él se siente devastado, le duele todo el cuerpo y le pican los labios que tiene hinchados probablemente por el Sol, o por la sal del mar, o por el picante de los snacks que se ha zampado.

Se estira con pereza elevando las manos al inmenso azul del cielo. Hoy también hace mucho calor. Puede que no fuese solo ayer, sino que este año el verano ha llegado antes.

Saca las llaves, y aunque el manajo es poco voluminoso el tintineo de los metales se le antoja escandaloso.

—Ya estoy en casa... —anuncia por costumbre.

Luego recuerda que Annie está en la casa contigua, y que a mamá no le dan el alta hasta esta tarde, y que Marc... No sabe dónde estará Marc.

Camina zombificado hasta la cocina, tan lento y tan lánguido que no ve la figura que se asoma en la cima de la escalera.

Abre la nevera para buscar algo fresquito, pero se queda un rato más de la cuenta atrapado en la suave caricia del refrigerador. La brisa fresca le repasa las facciones y le dibuja una sonrisa con los ojos cerrados.

Podría quedarse aquí toda la mañana si el dichoso aparato de última generación no pitase para avisar de que la puerta lleva ya mucho rato abierta.

—Hola... —Aunque la voz es suave y parsimoniosa, su instante de relax se acaba de golpe. No esperaba que Marc estuviese aquí.

—...Hola —le corresponde. Toma un zumo de melocotón de la puerta antes de cerrarla.

Habría pensado que un extraño se ha colado en casa si no le hubiese visto también la cara, porque la imagen que recordaba de él antes de irse a la playa difiere mucho de la persona que le observa desde el marco de la puerta.

Marc se ha afeitado. Casi había olvidado el contorno de su barbilla. También se ha cortado el pelo, bastante.

Y su ropa está limpia. Si su camisa no es del mismo color que sus ojos tiene un tono muy similar. Se la habrá comprado mamá, igual que esos pantalones negros. ¿Pero por qué va vestido tan elegante...? Lleva la camisa remetida por el pantalón y los zapatos regios del colegio, y el resto de su pelo peinado hacia atrás.

¿Tienen una comunión, boda o bautizo y no se acuerda?

Despacio y sin dejar de mirarle, Anthony rodea la encimera para coger un vaso. Marc se habrá vestido así porque va a salir ahora, pero no quiere preguntar por qué ni a dónde.

La casa sin Annie ni mamá está muy callada. El ambiente debería ser relajado entonces, pero el molesto tic-tac del reloj son dos tambores que densan todavía más el aura.

Marc se aproxima, sus pies se detienen al otro lado de la barra. La espalda de Anthony se tensa.

—¿Qué tal la playa? —pregunta, en un tono animado y tranquilo. Su garganta carraspea un poco, todavía no ha recuperado su voz ronca de siempre.

Anthony no lo comenta, pero entiende que esta noche también ha estado bebiendo. Probablemente siga borracho, por eso se ha vestido con esas pintas... Hoy le habrá dado por ir elegante igual que le podía haber dado por engancharse en el seto a dormir.

—Bien —declara escueto. Da un trago que vacía el zumo a la mitad. Le deja un sabor dulce en la boca que no sabía que le hacía tanta falta.

—¿Qué habéis hecho? —pregunta Marc. Por cortesía, supone Anthony.

—Bañarnos, karaoke, hablar... —Se encoge de hombros—. Esas cosas... —De otro sorbo el zumo desaparece, pero lo recarga.

—Ah... —Marc desvía la vista por un momento. No se le dan muy bien este tipo de cosas. Es Anthony el que habla todo el tiempo. Se limita a sonreír, pero está tan nervioso y arrepentido que se le olvida un poco cómo se hace.

Anthony se agacha a tirar el envase vacío. No sabe qué significa esa expresión rara que acaba de hacer Marc... Debe seguir borracho...

Cuando vuelve a erguirse, el azabache le sigue mirando. Lleva las manos detrás de la espalda y no está haciendo nada. Simplemente está ahí. Parado.

—¿A... A qué huele? —pregunta Anthony, echando un vistazo a su alrededor. Es un olor dulce, nada desagradable. Lo ha estado apreciando desde hace un rato.

—A caramelo —contesta agachando la barbilla. Le observa furtivamente a través de sus mechones oscuros—. ¿Te... gusta?

—¿Es colonia? —se extraña, y aún más cuando Marc responde con un asentimiento de cabeza. No entiende su drástico cambio de comportamiento en menos de veinticuatro horas. Espera que lo único que haya ingerido sea alcohol y todo esto no se deba a otras sustancias... Enarca las cejas preocupado, y se aleja un sutil paso.

—Te he comprado una cosa —dice Marc. Saca las manos de su espalda. Lleva una pequeña caja de cartón—. No es por nada, es solo que... Sé que te gusta, y... —No llega a terminar la frase, solo sonríe.

Vacila, pero Anthony se despegas de la encimera, se acerca a ver lo que hay dentro. No es una caja muy grande, pero está llena hasta arriba. Barritas,

bolsas, cajitas más pequeñas...; hay un montón de chocolate aquí dentro, de muchas marcas distintas.

—No sabía cuál te gustaba, así que...

—¿Por qué? —le corta Anthony.

Sus cejas se van inclinando, sus verdes le observan cada vez más demandantes. Lejos de un perdón, parece que ha conseguido despertarle enfado.

—¿Qué es esto? —inquieta con desdén.

¿Un poco de chocolate y aquí no ha pasado nada?

No tenía ganas de hablar de lo que pasó la otra noche. No quería siquiera pensar en eso porque no ha llegado a asimilar todavía qué pasó. Y ahora, con esto, tampoco tiene ganas de verle. Esa horrible sensación de incertidumbre le regresa al pecho.

Se refleja en sus ojos que relucen exigiendo un porqué.

—Lo siento —murmura Marc. Es incapaz de mantenerle la mirada. Sus azules se quedan en los coloridos envases—. No sé qué me pasó, yo no... No quería hacer eso, no quería asustarte...

—Yo sí sé lo que pasó —Anthony frunce el ceño. Marc no sabe a dónde mirar. En un singular esfuerzo, consigue sujetarle la mirada. Es lo mínimo que puede hacer—. Estabas borracho —le acusa con voz temblorosa. Se le ve muy cansado. ¿Habrá tenido pesadillas esta noche...? Debería haber ido a esa excursión con él, debería haberle abrazado toda la noche para que no las tuviera—. Llevas toda la semana bebiendo.

—Lo siento... —repite. Avanza un paso, buscando disculparse, pero los verdes centellean furiosos.

Se queda donde está.

Quiere pedirle perdón de nuevo, quiere decirle que ya ha dejado el trabajo; pero Anthony no le deja tiempo.

—¿Qué sientes, Marc? —le encara, pero le tiembla el labio—. ¿Llegar apestando a alcohol todas las noches, ignorar a Annie, no ir a visitar a mamá o intentar forzarme la otra noche?

El corazón del mayor se apretuja dolorosamente. Sabe muy bien todo lo que ha hecho, sabe que todo en él está mal, y con esos ojos atravesándole el

pecho, solo se atreve a musitar.

—Lo siento... —dice. Porque no hay otra cosa que pueda decir.

Anthony se relaja. Es incapaz de mantener el gesto regio con Marc haciendo esa expresión tan triste justo enfrente.

Este no es su estilo, no es así su personalidad. Es evidente porque le cuesta muchísimo mantener el ceño fruncido más de diez segundos seguidos; pero a él también le duele esta situación.

Secretos, mentiras. Se suponía que eran hermanos, y se suponía que llevaban meses saliendo forjando un mínimo de confianza. Y ahora, cuando más le necesita, desaparece sin explicación para regresar en menudas condiciones.

Anthony también clava la vista en el chocolate.

—¿Qué haces por las noches? —le pregunta.

Marc contiene la respiración. La incomodidad es densa, sabe que no puede decir cualquier cosa.

Pero tampoco puede decirle la verdad.

—Lo he dejado —dice—. El trabajo —concreta, y lo repite todo junto, como buscando recalcarlo, o hacer tiempo para que a Anthony se le olvide lo que ha preguntado—. He dejado el trabajo.

El menor asiente de forma queda. Le ha sorprendido, pero está demasiado dolido como para expresarlo. Tampoco es eso lo que había preguntado.

—¿Qué has estado haciendo estas noches? —repite.

Los azules se abren, y se cierran mucho rato. Se vuelven al pasado, a la sucesión infinita de imágenes que le pululan el cerebro y se lo marean, y le hacen querer vomitar.

No puede contárselo. No solo porque sea tan surrealista que le tomaría por loco o creería que aún sigue ebrio, sino porque le echará la culpa de que Ellen esté en el hospital, de casi haber provocado la muerte de su madre.

Le culpará porque, de hecho, todo es culpa suya.

Luego le contará que ha matado a un chico inocente. De su misma edad, y de la forma más cruel y sádica que podría haberse imaginado un becario de Hollywood.

Y con eso le odiará para siempre, con razón; y le perderá.

Así que se queda callado, incapaz de responder esa pregunta.

Anthony, entendiendo que no va a decir nada, niega con la cabeza, agotado. Le bordea para salir de la cocina.

—Anthony —se apresura a llamarle. Le sigue, pero el menor no se detiene—. Espera, por favor —le implora, y como el chico camina muy deprisa, le toma del antebrazo tratando de frenarle.

Lo consigue, porque se gira, pero no de la forma en que hubiese deseado.

Anthony se libera del agarre de un brusco movimiento, recupera su brazo y queda refugiado junto al otro, concentrados sobre su pecho. De pronto le está mirando con furia, con asco... Con miedo.

Exactamente como la noche anterior.

Marc se separa de inmediato, le deja espacio. Los verdes le están apuñalando en silencio, y él se queda estático, soportándolo, porque tienen razones para hacerlo.

—Perdona... —musita.

Quiere abalanzarse sobre él, no va a negarlo.

Le gustaría con toda su alma correr y darle un beso contra la puerta, y decirle que le echa de menos, que le ha echado muchísimo de menos todos estos días que se le han hecho infinitos, y disculparse un millón de veces porque solo ha sido culpa suya. Quiere pedirle por favor que le deje hacerle el amor, que lo siente muchísimo, que echa de menos abrazarle por las noches, por los días, a cada momento sin haberlo planeado siquiera; que estos días sin él han sido un infierno, que ya no contempla la felicidad sin tenerle cerca, que ya no se acuerda de quién era antes de conocerle y que tampoco quiere volver a serlo.

No lo hace. No le dice absolutamente nada. Porque Anthony le tiene asco. Le están temblando los dedos sobre el pecho, y sus cejas castañas oscilan entre el miedo y el enfado.

Es evidente que le causa repulsión solo verle. Y lo entiende, porque él también se la tendría.

—Estoy cansado... —habla el menor, sin mirarle a la cara y con una voz inestable intentando aparentarse regia—. Luego voy a ir con Annie a recoger a mamá del hospital. No tienes que venir si no quieres.

—Sí que quiero —aclara enseguida, con la desesperación aflorando en escasas palabras. Se aclara la voz y trata de recuperar la compostura cuando

se reafirma—. Iré.

Anthony asiente, y considerándolo todo ya dicho, sube los escalones y cierra la puerta de su habitación.

Marc se queda en mitad de la entrada, solo.

Ha pasado solo toda la noche y toda la mañana, pero el silencio no era tan doloroso antes como lo es ahora. Mira el altísimo techo, inspira hondo, y baja los párpados.

Lo suponía. Anthony no es estúpido. Se ha dado cuenta de quién es y ya no quiere saber nada más de él. Es lo que hubiese hecho cualquier persona cuerda.

Sube también las escaleras. Se queda frente a la puerta del castaño. No la golpea, no la abre; habla desde fuera.

—Anthony... Lo siento. Por lo de la otra noche, por estas semanas... No volveré a beber, lo siento mucho —promete con los ojos cerrados. Está cansado de sí mismo por disculparse todo el rato.

El silencio le apalea la poca esperanza que le queda. Pero sabe que sería estúpido esperar otra reacción a esta pobre disculpa.

Traga saliva, y esta desciende con extrema dificultad. Se cuela por el breve espacio que el nudo apretado en su garganta le cede.

—No voy a... —Tiene la mirada puesta en la puerta cerrada. Consigue mantener el tono neutro al coger aire, pero le es extremadamente difícil pronunciarlo—. No voy a volver a tocarle.

Aguarda frente a la puerta, en pie sin siquiera pensar en nada. Solo transcurren un par de minutos, pero parecen estirarse hasta el infinito. Tampoco obtiene respuesta.

Cruza el pasillo hasta su habitación, y suspira a trompicones al ver la escena. Con paciencia y el corazón en la garganta, apaga todas las velas y recoge los pétalos esparcidos por el colchón.

Todo va a parar a la basura.

Que se caigan las estrellas

*[*Oscar Lang – Million little reasons](#)*

—*There is a million little reasons, for why-y I like your smile...**

Acaricia las cuerdas solo con la punta de los dígitos. Con suma delicadeza, decora la oscuridad de la habitación con una tranquila melodía, a la que, a veces, se suma su voz grave.

El Sol ya se está marchando, la poca luz que queda choca con su espalda pero ya no calienta.

—*If I tried... to write, them down... I'd run out, of ink.*

Lenta, y armoniosa, estira las sílabas al exacto tempo de la canción que suena en su cabeza y emula su guitarra.

Con los párpados cerrados y a orillas de la cama, zarandea su pie al compás. Lentamente, como la música. Como su hombro que titubea al crear cada acorde.

—*There is a million little reasons, for why I want you near...*

Cuando sus dedos se detienen sin aviso previo, solo queda el silencio.

Se repasa el puente de la nariz con dos dedos, y suspira.

Agarra la guitarra por el mástil, pero en lugar de apoyarla junto al armario como hace siempre, saca la funda y la guarda.

El reloj de la mesita le dice que ya es la hora. Estira el cuello a un lado, luego al otro, y revisa sus bolsillos: cartera, llaves..., y la bolsa con el pijama.

Sale del cuarto, pero la puerta se abre antes de cerrarse por completo. Se echa un par de litros de la sexta colonia que le ha regalado su novio y se echa a la espalda la mochila. Baja la escalera deslizando la mano por toda la barandilla.

—Mamá, papá —habla bien alto, para que le escuchen donde quiera que estén—. Me voy a casa de Noah, duermo allí.

Ya les había avisado antes, así que no se espera a que le contesten. Cuando

la gruesa puerta de madera se cierra, su madre aparece por el marco del salón con un libro en la mano.

—Otra vez se va a dormir a casa del novio —suspira. Cruza los brazos y chasquea la lengua con un gesto preocupado—. Es muy chico todavía para hacer esas cosas...

—Déjalo, *mujé* —se escucha desde el sofá con tono desganado. El hombre gruñe aparatosamente buscando acomodarse—. Si ya tiene *loh huevo' negroh* —dice.

Camina deprisa por el camino de farolas ya encendidas, y se pasa una mano por el pelo. Todavía lo tiene mojado, pero ha preferido tocar un rato a perder tiempo con el secador.

Le manda un mensaje cuando está llegando, y Noah le recibe en calcetines.

—¡Has tardado mil! —le apunta enseguida. Corresponde al pequeño beso cuando Kyle se inclina, pero luego sigue regañándole.

—Perdona. —Afina una sonrisa cuando entra.

—Hoy vamos a ver “Call me by *my name*: si no, no me entero”. La añadieron ayer a *Verflix*. Y he pedido comida china. —Revolotea a su alrededor cogiéndole la mochila. La deja en un escalón, ya la subirán luego—. ¿La comida china te gustaba, no? Nunca me acuerdo si es la china o la tailandesa la que no te gusta, pero yo ni siquiera noto la diferencia. —Coge dos tenedores de la cocina mientras Kyle se va al sofá.

Ya ha atenuado las luces y preparado la película, está puesta en pausa en la pantalla. Coge una de las cajitas del Palacio Oriental.

—Es la tailandesa —aclara, aunque no sabe si desde allí le escucha.

—¿Quieres la cosa esta? —Noah levanta un bote de plástico. Es una salsa muy líquida y de un naranja radiactivo. Nunca ha sabido qué es.

—No, gracias.

Noah se sienta al lado de un salto, el sofá bota un poco y se cae un cojín por el lado. En cuanto agarra su cajita se acurruca muy cerca de Kyle, y pasa el brazo bajo el suyo aunque así es más difícil comer.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunta Noah justo antes de sorber los

tallarines. Le ha dado al *play*, pero habla mientras. Siempre que ven algo hace varias cosas a la vez, como coger el móvil.

—Ir al colegio, ducharme, tocar la guitarra... —enumera.

—Yo he mandado a la porra a la gente con la que me juntaba —suelta muy feliz. Kyle le mira de soslayo mientras remueve su comida—. Pensé mucho en lo que me dijiste...

Kyle inclina la barbilla. No recuerda qué le dijo.

—Lo de que no me merecía estar con gente que dice cosas feas de mí —aclara. El mayor asiente. Fue hace tiempo, por eso le ha costado recordarlo... El día de la feria, le parece que fue. Se ve muy lejos ahora. Qué rápido pasan los días cuando no los vigilas—. Y lo de que yo no era el problema —añade. Aunque es consciente de que podría haberse ahorrado hacer algunas cosillas él también... Pero es que antes estaba convencido de que no existían las personas buenas. De reojo, mira a Kyle.

Ahora las cosas son distintas.

Sonríe enrollando los tallarines. Quiere empezar de cero una vez más, pero esta vez bien. Además, no es desde *cero cero*. Se pega más a Kyle, apoya la cabeza en su hombro mientras mastica.

—¿Y qué has tocado?

Kyle gruñe a modo de interrogante. No le ha oído, estaba mirando a los señores de la cinta.

—Con la guitarra, ¿qué has tocado? —insiste, pero no le da tiempo a contestarle; sonríe y se incorpora ilusionado—. ¿Cuándo vas a tocarme algo a mí?

Los ojos marrones le miran mientras mastica. Cuando traga, se toma su tiempo para estirar el brazo a la mesita, beber agua, y volver a soltarlo. Noah le espera con impaciencia.

—¿Quieres que te toque algo? —repite con voz neutra.

—¡Sí!

—¿El qué?

—Pues... —Busca en su cabeza alguna que haya escuchado recientemente

y le guste, pero enseguida frunce las cejas. ¿Eso no tendría que pensarlo él? Que le toque algo romántico, o una canción compuesta solo para él, como hacen en el cine y los libros—. Algo que te recuerde a mí —decide al final.

Kyle asiente, y asintiendo, vuelve a mirar la televisión y sigue comiendo. Se le quedan unos fideos en el aire cuando Noah le quita la caja de la mano.

—Oye —inquire. Kyle no comprende por qué motivo será esta vez, pero Noah parece enfadado—. Estás raro, desde hace unos días —le echa en cara.

—¿Raro? —repite, inexpresivo, como si no comprendiese el adjetivo. Luego suelta una carcajada—. ¿Raro por qué?

—Estás empanado. O sea, más de lo normal. —Le pone la mano en la frente—. ¿Sigues estando malo todavía? Porque hoy sí que quiero sexo.

—Supongo que estoy estresado por los exámenes —dubita. ¿Está raro? Solo estaba viendo la película y cenando tranquilamente, pero Noah dice que está raro. La última vez insistió tanto con el adjetivo que se excusó diciendo que estaba malo.

Su novio gruñe disgustado, pero le devuelve la comida.

—Pero todavía te quedan dos meses para los finales, ¿no? Por lo menos los míos son en dos meses. Y tengo uno de Matemáticas la semana que viene que es una mierda. —Bufa y se le levanta el flequillo.

Kyle sonrío, y Noah se centra en la película, porque empiezan a pasar cosas interesantes: hacen coito. Pero la escena dura muy poco y no se ve nada. Luego siguen hablando y enfocando animales y paisajes verdes que... Meh. Todas las escenas son largas y tienen mucho diálogo. Tenía muy buena valoración, por eso la ha puesto, pero tampoco es para tanto.

Esperando un poco de acción, a él se le ocurren otras cosas más divertidas que hacer.

Se ha ido encaramando a Kyle poco a poco, y ahora descansan tumbados a lo largo del sofá, con la mesita llena de cartones vacíos y los cuerpos muy juntos. Tiene la espalda pegada al mayor y su brazo le descansa en el costado.

Noah le baila los dedos en los vellos de su mano.

—Kyle —le llama, en un susurro por encima del hombro. El mayor tiene

los ojos cerrados, pero los abre para mirarle. Noah se da la vuelta y sus narices quedan muy pegadas—. Kyle... —ronronea estirando la sílaba.

Se esconde bajo su cuello, le acaricia la piel caliente con los labios cerrados.

—¿No te gusta la película? —pregunta Kyle, espabilándose un poco. Se estaba quedando dormido.

Noah gruñe desinteresado con la cinta. Se concentra en depositar un millón de pequeños toques en la cálida piel bronceada. Le atrapa un trocito y juega a mordisquear sin hacer presión.

—Puede venir tu padre —dice Kyle. Noah se aleja al momento, y chista sonoramente.

—No va a venir —zanja rodando los ojos. Nunca viene. Ni siquiera se ha enterado de que Kyle ha estado durmiendo aquí algunas noches.

Vuelve a concentrarse en dejarle algunas marcas en la piel. Le recorre el torso en una caricia descendente, y cuando regresa, le arremolina la camisa sobre el abdomen. Con la otra, le tira del bordillo del vaquero y echa un vistazo, aunque ya sabe lo que hay. El vello que desciende por su ombligo y desaparece por las costuras lo cubre todo de negro y le imposibilita ver algo.

Baja la cremallera y lo busca él mismo. Kyle le agarra la muñeca, no llega a traspasarle el bóxer.

—¿Qué pasa? —inquire molesto. ¿Por qué le corta la diversión?

Cuando pone sus verdes en él buscando una respuesta, los labios de Kyle se separan. Pero solo toman una amplia y entrecortada bocanada de aire.

—¿Hoy tampoco? —refunfuña el menor con impaciencia—. ¿Otra vez voy a tener que esperarme dos meses? ¿Qué te pasa?

—Nada —se defiende, aunque su voz queda por debajo de las quejas del menor—. Es que puede venir tu padre en cualquier momento —le recuerda. ¿No es ese suficiente motivo, que están a cinco metros de la puerta y no hay ningún sitio adonde correr en esta casa sin paredes?

—Bueno. —El menor se repasa el labio con los dientes; de pronto se levanta de un brinco. Si ese es el problema es fácil de arreglar—. Pues vamos arriba —dice, apagando la tele.

El salón se queda a oscuras hasta que enciende la luz de la escalera. La recorre en pocas zancadas, con la mochila a cuestas. Le apresura desde el piso de arriba.

Kyle lo hace todo mucho más lento. Cuando abre la puerta Noah ya está tendido bajo el edredón. Su ropa está por el suelo, y él da palmaditas invitándole al lado suya.

Cierra y se desviste. Deja el pijama que ha traído en la mesita.

—Vengaaa —¡Va exageradamente despacio! A este paso se va a quedar frito, él tumbado y Kyle de pie—. Vengavengavenga.

Se sienta en el borde, y los brazos del menor no tardan en enredarse en su espalda desnuda. Le frota la mejilla, y luego le da un beso. Le llaman para que se meta de una vez en la cama, le redirigen hasta que ha pegado la espalda al colchón.

A horcajadas sobre él, Noah sonrío. Ondea el edredón sobre ellos y cae lentamente mientras se tumba en plancha. Cubre hasta los hombros de Kyle. Él resurge después con la barbilla en su pecho.

—Bú.

Kyle sonrío.

—Hola —contesta con voz soñolienta. Le rodea la cadera con los dos brazos.

—Adiós —le devuelve Noah.

Curva las cejas, pero enseguida entiende a qué viene eso; cuando el menor se sumerge en la colcha. Bucea hasta abajo, le saca los bóxers de un tirón hasta el muslo, y de otro más, del todo. Emerge un brazo y los deja caer al suelo.

Noah se sorprende, porque aunque sigue siendo grande, está desinflada. La coge en la mano y la punta se le desborda flácida sobre el índice.

—Estoy cansado... —se excusa Kyle.

Da igual, se la mete en la boca. Envuelve la carne con la lengua y la saborea despacio en la punta. Va avanzando un poco más en cada movimiento de cuello. Se va hinchando en su garganta.

—Noah... —jadea. Se cubre los ojos con un antebrazo, y usa los dientes para mantener sus labios pegados mientras le recorre entero.

Lo hace muy bien, por eso su cuerpo se tensa. Kyle le busca con la otra mano, encuentra su hombro en la oscuridad y lo estrecha buscando dónde sujetarse.

El chico se separa para coger aire, y se toma un momento para observar lo poco que puede ver. Satisfecho, con el pene completamente erecto formando una pequeña tienda de campaña, suelta una risita. Ha crecido muy rápido.

Le deposita un casto beso en el glande antes de metérsela otra vez.

—Noah, para... —le pide en voz baja.

Luego intenta decir otra cosa, pero se pierde, y a sus pensamientos los sustituye un gemido áspero. Se aturde en la delicia de esos labios suaves, y en sus movimientos fluidos que se reparten por todo pedazo de la carne.

Como es muy grande Noah puede frotar su mano desde la base hasta su boca sin sacársela, y después hacia abajo estirando la piel. La punta está enrojecida, toda la sangre se le concentra aquí arriba y en las venas que se le marcan tanto.

Le parecen muy curiosas, porque si las presiona un poco se hunden hacia dentro, pero enseguida recuperan el espacio. Todo su miembro es extremadamente suavito, aunque a veces le pinche un poco en la barbilla la selva que tiene más abajo.

No tiene mal sabor, y huele dulce a avellanas.

Sin avisar, lo refugia entero. Kyle descubre asombrado la capacidad de la pequeña boca, porque no resta un miserable trozo en el exterior. El vello oscuro se le aprieta en la nariz.

—Apart... Ah... Apártate... —gruñe.

Pero él, o no le escucha, o no le hace caso.

Jadea sonoramente cuando la electricidad lo recorre. Hince las manos en la sábana, aprieta todavía más los ojos, y sus labios se abren para dejar escapar todo el aire. Son largas tiras, su miembro se sacude un montón de veces como castigo por dejar pasar los días sin prestarle atención.

Acaba por hundir la cabeza en la almohada.

Noah se separa con los mofletes hinchados. Como es mucho tiene que tragar varias veces, y aun así un grueso hilo se ha quedado enganchado desde su comisura hasta el agujerito saturado. Le repasa el glande de un largo y extenso lametón en la punta, y le sigue otro, y otro más. Le limpia los restos de semen a conciencia; arreglando el desastre que él mismo ha liado.

Lo deja todo más resbaladizo que antes.

Se lleva la colcha a la espalda cuando se arrodilla, y nota enseguida el frío de la noche y la falta de aire que ha estado soportando ahí metido.

—Qué espeso. —Se relame el interior de la boca, y traga una vez más. Kyle lo ve descender por su garganta. Su disimulada nuez se aparta a su paso —. Eso significa que hay muchos bebés —se ríe.

—Lo siento mucho... —musita avergonzado—. Como llevamos unos días sin hacerlo...

—No pasa nada —le disculpa.

Qué bobo, no es culpa suya que acabe tan rápido. Es que él es un perfecto experto en este arte. Sonríe acurrucándose, dejándose envolver en el cálido abrazo de Kyle; que se sonroja más y se siente peor cuando ve una traza blanca en su mejilla. Estira el brazo para coger su camiseta enrollada y se la limpia con ella.

—Lo siento...

A Noah parece que le da igual. Se acomoda más sobre su pecho mientras Kyle le limpia.

—¿Tú no quieres terminar?

Le contesta con la cabeza y dos gruñidos negativos. Se está muy agustito así, y muy calentito; no tiene ganas de moverse. Esta noche ha vuelto esporádicamente el frío, pero no pasa nada porque el cuerpo caliente de Kyle le cobija bajo la colcha.

—Buenas noches —susurra con una sonrisa. Ya ha cerrado los ojos.

Kyle se extraña, bastante, pero no insiste porque él también está cansado y tiene sueño. Se pone la camiseta y alcanza el interruptor de la luz. Luego regresa su brazo a la cintura del menor, que se aprieta contra su torso.

Observa sus pacíficas facciones en busca del sueño, y con delicadeza y precisión, le aparta unos mechones rubios que le quedan muy cerca del ojo. Se le han coloreado las mejillas. ¿Le costaba respirar ahí abajo?

Le acaricia la espalda bajo el pijama. Y sonríe, y suelta una brizna de aire por la nariz contemplándole. A Noah se le queda una expresión muy mona cuando está así, tranquilo y agazapado a él. No parece el terremoto que es cuando está despierto.

—Buenas noches, Noah —susurra él también.
Le regala un beso en la frente antes de cerrar los ojos.

Dos meses después



L' illusion des sosies

Anthony le coge el vaso a su hermano sin preguntar. En el suyo ya no queda bebida, y aunque es gratis no tiene ganas de levantarse a rellenarlo.

—Son buenísimas, Marc —dice su madre, sosteniendo el papel entre las manos. Las notas salieron hace semanas, pero ella les ha hecho una fotocopia y las pasea por ahí en el bolso—. Todo sobresalientes y un solo notable, y eso que tuviste que hacer las asignaturas de primero y las de segundo. Es impresionante.

El castaño rueda los ojos mientras sorbe de la pajita exageradamente. Su madre no ha parado de alabar a Marc en todo el día, ni en toda la semana.

—Dieciséis asignaturas en menos de seis meses. Deberíamos ir a que te hagan pruebas, puede que seas superdotado. Si te dan el certificado puedes hacer dos carreras al mismo tiempo. —El rostro de Ellen está iluminado, está orgullosa de su hijo adoptivo. Marc solo está comiendo tan tranquilo. Ya le ha repetido varias veces que las asignaturas eran fáciles y no es para tanto, pero a la mujer no hay quien le quite la ilusión.

Anthony prefiere no abrir la boca, porque su nota más alta solo llega al ocho y por los pelos...

—¿Hermanito es superdotado? —pregunta Annie, trasteando el juguete que venía de regalo con su menú. Es un pulpo extraño que mueve los tentáculos en todas direcciones cuando lo pasea por la mesa.

—Seguramente, cariño.

—No lo soy —insiste Marc, comiéndose las patatas de Annie porque ella ya no se las va a comer.

—Te mereces una recompensa, ¿qué quieres que te compre? —dice Ellen. Marc niega mirando a ambos lados y luego encoge los hombros—. ¿Algún videojuego nuevo que haya salido, algún disco de música?

—Yo sí quiero un videojuego —se mete Anthony.

—Contigo ya hablaré, esas notas son muy bajas si quieres estudiar Económicas, Anthony.

Anthony rueda los ojos y sigue comiendo. No sabe para qué abre la boca. Decide llenarla de comida y no volver a decir una palabra. Pero no es justo, sus notas no son malas, es Marc el que ha puesto el listón demasiado alto.

—¿Qué videojuego? —le pregunta Marc.

Anthony concentra la pelota de carne y pan en un solo moflete. Se tapa la boca mientras sigue masticando.

—Lghstt of huuff.

Marc no entiende nada en absoluto, pero se gira hacia Ellen.

—Quiero ese —dice. Ella se ríe y balancea el rostro.

—Está bien —acepta sonriente.

Observando a sus hijos terminar de comer, un calor invade su pecho. Marc es ya uno más. Y muy distinto al chico con la mirada vacía y las facciones rígidas con el que se topó en el orfanato.

Se agradece a sí misma haber visto ese *algo* aquel día que se cruzó con él en los pasillos desconchados de la institución. Apoya su moflete en la palma de la mano y disfruta la escena.

Anthony se ha pedido tres hamburguesas para él solo y ahora está empezándose la última. Marc ya se ha terminado de comer las patatas y mira a su hermana pasear el muñeco de plástico por todas partes.

Annie chorrea al pulpo sobre la mesa, sobre el respaldo de la silla, sobre su propio moflete, sobre el brazo de su hermano encima de la mesa. Marc estira también el otro brazo, y entonces la chica salta de un lado al otro con el pulpo como si fuese un coche sobre una pista de carreras.

Definitivamente, si alguien los ve desde fuera, pensará que parecen una familia. Sonríe, y la alegría la invade de tal forma que cuando se da cuenta tiene que pestañear para no derramar un par de lágrimas.

Pues claro que parecen una familia. *Son* una familia.

Observa a Anthony devorar el último trozo de la hamburguesa. Con cada bocado que da el chico pone una expresión de absoluta felicidad de spot publicitario. Cuando termina, hace una bola de papel con el envoltorio y lo mete todo en la caja del menú de Annie para concentrar en un solo sitio la

basura.

—¿Y el postre? —Se sorprende al no encontrarlo. Ellen sonríe.

—Te lo has comido antes. ¿Quieres otro?

El chico se lo piensa un poco, tratando de recordar si eso es verdad o le están timando... Cuando se acuerda, su expresión cambia totalmente. Es verdad, se lo comió al principio, para que no se derritiera.

—No, estoy lleno ya —declina, recostándose en la silla con las manos sobre la barriga; satisfecho.

—Por fin —bufa Annie.

—¿Vamos a buscar la ropa para vuestra graduación? —propone su madre. Al fin y al cabo, por eso han venido al centro comercial.

Anthony es el primero que se levanta, pero de mala gana. Odia llevar camisa, muchísimo más si tiene que ser un traje completo. Ha intentado hablarlo varias veces con su madre, pero Ellen insiste en que estas cosas pasan una sola vez en la vida y es un evento que recordaría para siempre, y blablabá.

En realidad la graduación le hace más ilusión a ella que a los dos juntos.

—¿Y si llevo una de esas blusas blancas? Esas con las mangas anchas. Parecen cómodas —propone Anthony.

—¿¡Como los piratas!?! —chilla escandalizada—. ¡Ni hablar! Te pondrás un traje. Seguro que estás muy guapo, no sé por qué no te gusta.

El castaño bufaba.

—Está bien... ¡Pero no pienso llevar corbata!

—Claro que sí. —Ellen ni se gira. No es una pregunta ni algo a debatir.

—¡Pues me pondré mis deportivas! —Trata de rebelarse aunque sea en eso.

—Claro que no.

—Pero mamá... —Suena muy infantil cuando estira la palabra.

—Cuando trabajes en una empresa tendrás que llevar traje siempre. En algún momento tendrás que acostumbrarte.

—¿Y por qué tiene que ser así? ¡A mí me da igual cómo vistan los demás,

que hagan lo que quieran! —protesta. Su madre dirige el pequeño grupo hasta una tienda.

—Cuando seas el director de una empresa podrás ir en pijama, cariño. Hasta entonces, dime cuál de estas dos corbatas te gusta más —dice, sujetando una en cada mano. Ni dos segundos han pasado desde que han pisado la entrada y ya está cogiendo cosas. Esto va a ser eterno, por eso odia ir de compras.

—Ninguna —bufa. Se separa para ver ropa por su cuenta.

Annie y Marc se quedan con ella, y Marc se convierte en su nuevo conejillo de indias.

Anthony se aleja hasta encontrar algo que le llame la atención. Colgadas en la barra metálica las camisas están perfectamente alineadas, ordenadas por colores. Desde el azul más oscuro que intenta llegar a negro, hasta acabar en la punta con blancos pálido.

Bufa echando un vistazo rápido a cada camisa antes de desecharla a la izquierda. Las va cogiendo de un lado para amontonarlas en el otro. Son muy típicas, demasiado serias para su gusto.

Va a graduarse del bachillerato. Lo cual significa empezar a ser adulto. Al menos, eso es lo que dicen todos. ¡Pero la fiesta de graduación es más como un baile de disfraces! Todos jugando a ser maduros de repente..., como si se transformasen en el momento en que sostienen entre las manos el certificado de estudios.

Resopla cuando termina la fila entera de camisas sin éxito, y mira por encima para ver cómo va Marc. Su madre está sujetando una camisa azul con su percha sobre su torso, comprobando su talla. Es una camisa muy simple, ni siquiera tiene un solo detalle destacable. El azabache la agarra y se la echa al brazo mientras su madre coge otra, y otra más.

Lleva ya una pila considerable. Tiene pinta de pesar.

Anthony sonrío viendo de la que se ha librado. Menos mal que Marc está aquí.

Frunce las cejas meneando prendas de un lado a otro. Marc está muy raro últimamente. Y con raro quiere decir extremadamente normal, que es lo inhabitual en él. En estos dos últimos meses, desde el hospital, todo es... Diferente.

Marc juega mucho con Annie, a él le ha ayudado con los exámenes finales, habla muchísimo más durante el desayuno y la cena... Y el tiempo que pasan juntos se ha reducido drásticamente. Empezando por despedirse con un «Buenas noches» después de ver alguna película o programa que echen por la tele, y punto.

No han vuelto a tener sexo. Tampoco ha vuelto a beber o desaparecer por las noches. Y eso es lo que más raro se le hace, poder dejar de preocuparse de cuándo vuelve a casa.

Se acerca a otra estantería para seguir buscando. Es de dos pisos y está repleta de camisas colgadas. A simple vista parece que van a ser igual de sosas que todas las de antes, pero no puede irse sin comprar hoy la ropa. Mientras camina a la siguiente estantería decide que va a escoger una de ahí sí o sí.

Si por él fuese, iría con zapatillas y un pantalón cómodo y se dejaba de complicaciones.

Va deslizando las perchas con desgana, no lleva ni la mitad vistas y ya se está deprimiendo otra vez. No le gustan las camisas, ¿por qué tiene que llevar una? Está empezando a odiarlas.

—¡Anthony! —Le reclama su madre.

En los brazos de Marc ya no hay sitio para más prendas, aunque ha tardado bastante en darse cuenta, porque aun con lo alto que es el azabache, Anthony no puede verle la cara detrás del montón de ropa... Lo que significa que él es la siguiente víctima.

Rápidamente abre un hueco en la fila de ropa, como Moisés las aguas; se agacha para colarse por abajo y una vez en el otro lado vuelve a juntarlas como una cortina.

Suspira aliviado, y sonrío un poco, orgulloso de su velocidad de reacción.

—¿Anthony?

Recreándose en su huida, cuando escucha una voz llamándole da un respingo. Hay alguien que le ha visto el ridículo..., y peor aún, que le conoce.

Se gira con la mueca estándar de simpatía mezclada con un poco de para nada estoy socialmente incómodo. Pero su gesto cambia en una fracción de segundo cuando ve de frente a la otra persona.

Se sorprende de sí mismo por haberle reconocido, porque si hubiesen estado un par de metros más alejados ni hubiese desviado el rostro para

fijarse. Kyle está totalmente distinto.

Su flequillo ha desaparecido. En lugar de eso, todo su pelo está perfectamente peinado hacia un lado y al otro, con la raya bien marcada en el centro. Lleva un polo con el estampado de la marca en un pequeño dibujo sobre el pecho.

Y los pantalones... Los pantalones no son ni chándal ni vaqueros, parecen de una tela cara. Bueno, al menos sus zapatos son las *Sinverse* de siempre. Sobresalen solo un pedazo por debajo de su pantalón, escondidas entre las sombras como si huyesen de la vergüenza de no ser elegantes... Pero cuando se fija mejor, ve la marca impresa en el lado interno de la zapatilla.

¿Son oficiales? Las oficiales valen seis veces más que las del supermercado... Lleva camisas de la tienda echadas al hombro.

Se siente un zarrapastroso al lado suya.

—Kyle —lo nombra, pero lejos de ser un saludo, es la forma que tiene su cerebro de recordarle lo que está viendo, porque él no termina de creérselo.

¿Cuánto tiempo ha sido?

Sus ojos marrones le observan, él también parece sorprendido.

Anthony se rasca la cabeza. No está preparado para conversar ahora mismo, tampoco sabe qué debería decir más allá del saludo estándar. En cuanto pronuncie la palabra no va a tener nada más que decir, así que lo retrasa todo lo que puede antes de que la situación se vuelva incómoda.

—Hola, Anthz —Cuelga la percha que tenía en la mano para girarse. Lleva una pequeña sonrisa en los labios.

—Hola —contesta él.

Y aquí está. El incomodísimo silencio de después del saludo por cortesía. Su mente trata de encontrar un tema lo más rápido posible.

—¿De compras? —pregunta.

—Sí —afirma Kyle. Y añade otro detalle igual de obvio—. Para la graduación.

—Yo también. —Sonríe brevemente.

Evitándose la mirada, los dos pares de orbes se clavan en puntos que esquivan la figura contigua.

¿En qué momento ha pasado? ¿Cómo han llegado a esto? Sentirse incómodo con Kyle... Venga ya...

—¿No ves nada que te guste? —le pregunta Kyle.

Ha levantado un dedo, le señala las manos vacías.

Anthony desvía el rostro hacia las distintas pilas de ropa que hay alrededor.

—No, son todas muy sosas. —Ocupa sus manos para coger una de las perchas, enseña una camisa del montón para justificarse—. Mi madre ha querido venir aquí, a mí me da igual... —añade, rotando el pie en el suelo.

Kyle sonrío. En los últimos recreos antes de los exámenes apenas hablaban entre sí. Y llevaba sin verlo como un mes, desde que terminaron las clases; pero parece que Anthony sigue siendo el mismo. Con las mismas manías y la misma opinión de las cosas.

Los ojos marrones se entrecierran ligeramente.

—Esa te quedaría bien, ese... Ese color —dice Anthony, haciéndole levantar el rostro. Está señalando una de las camisas que lleva en el hombro. Se zarandea hacia los lados manteniendo el equilibrio en los talones.

Sí, Anthony está igual que siempre.

—¿Llevarás tus zapatillas?

—Mamá ya me ha comprado unos elegantes. —Anthony se encoge de hombros—. Mi opinión no importaba mucho.

Kyle sonrío visiblemente.

El castaño le devuelve la sonrisa, dando un par de pasos para echar un vistazo por encima a las camisas del otro lado.

No sabe qué más puede decir. Hay tantísimas cosas que quiere preguntarle que sonaría estúpido y desesperado hacerlo aquí, en un casual encuentro en una tienda cualquiera.

Además Kyle tendrá cosas que hacer. Seguramente no habrá venido solo. ¿Podría preguntarle por eso, por Noah? Menea la cabeza simulando estudiar las prendas que va pasando. No..., no le apetece en absoluto preguntarle sobre él. También sería violento preguntar sobre su vida, porque haría más evidente lo mucho que se han distanciado. Sus ojos se apagan un poco.

Cuando terminen la escuela, ¿qué pasará? ¿Seguirán quedando todos juntos, o al menos por separado? Y... ¿Hasta cuándo? Sus labios se tuercen en un gesto amargo.

Incluso si invitase a Kyle a jugar a casa como solían hacer hace unos

meses y él tuviese un hueco en lo que se ha convertido su apretada agenda; ¿sería igual de violento de lo que lo está siendo este momento?

Tampoco puede hallar una solución. Se han vuelto tan distantes, tan rápido y sin justificación, que no es como si hubiese un problema que debiesen solucionar hablando.

Cierra los ojos en un parpadeo que dura demasiado. Su relación con Noah debe estar yendo muy bien si el chico se ofrece a comprarle ropa. De él habrá sacado ese polo de marca, ese peinado repegado tan ridículo...

¡Jolines, si es que Noah le ha cambiado hasta el olor...!

Kyle le está mirando. Llevan unos segundos en silencio, pero mientras Anthony pretende estar ocupado con la vista en las ropas, él se ha quedado mirándole todo el rato.

—Deberíamos mandar todo esto a la mierda —suelta Kyle.

—¿Cómo dices? —pregunta torpemente. Estaba pensando y no cree haber oído bien. Su expresión vacía ha cambiado un poco, porque eso ha sonado más como algo que diría su amigo Kyle.

—Vayamos a la graduación en chándal, que le den a todo esto.

Anthony esboza una sonrisa que deja a la vista sus dientes.

—Todos llevarán traje —objeta, y Kyle arruga el entrecejo y ladea el rostro, restándole importancia a eso.

—Entonces seremos los más guays de la fiesta.

Anthony sonríe.

—Chándal... —repite, como si realmente estuviese considerando la propuesta.

Kyle asiente, pero él sacude la cabeza.

—Hay que ir de noche, lo ponía en el papel que nos hicieron firmar —dice.

—Pues llevaré una corbata.

Anthony levanta una ceja.

—¿Debajo del chándal?

Kyle se encoge de hombros.

—O encima —dice, pero sus cejas se levantan cuando se le ocurre otra

cosa. Parece que lo está diciendo totalmente en serio—. Me compraré una de esas camisetas que tienen un estampado de corbata y chaleco. —Expone una palma—. Eso es como un traje.

—No creo que fueses capaz... —le pincha Anthony. Se cruza los brazos sobre el pecho y levanta una ceja.

—¿Quieres apostar? —le sigue el juego. Él también se cruza de brazos.

—¿Qué podría tener alguien como yo que no tenga ya usted, señor...? —Anthony se burla de su imagen de pijo. Su voz se torna aguda y su mano se posa dramáticamente sobre su pecho—. Yo solo tengo unos peniques y esta sonrisa...

—¡Pues dame esa sonrisa! —exige con crueldad, con la voz seria y grave. Su mano se ha estirado en su dirección, reclamando.

Los dos se ríen. Sus voces se unen unos segundos, con sus risas destacando en el silencio de la tienda. La ironía de la situación es demasiado para ambos. Kyle tampoco hubiese imaginado que llegaría a comprar ropa de marca en la vida, todavía lo considera una pérdida de dinero.

Su risa se va apagando. En realidad, todo es cosa de Noah. Primero fue un «esta camiseta te quedaría bien», y ni siquiera se acuerda del momento en que pasó de estar en pie, negando la proposición, a estar sujetando bolsas y bolsas de tiendas distintas. A Noah le hace mucha ilusión verle así vestido.

Él se siente como estar disfrazado.

—¿Tocarás en la fiesta? —pregunta Anthony.

Kyle abre la boca para hablar, y después de cerrarla sin saber que decir, esboza una media sonrisa que oscila entre la pereza y el arrepentimiento.

—No lo sé. Llevo meses sin tocar —confiesa.

—¿Qué? —se sorprende una barbaridad—. ¡Si te encanta, siempre estás molestando con eso...! —Se va apagando al conjugar el verbo en un presente que, recuerda, ya no existe.

Aun así no rectifica. Kyle desvía el rostro a un lateral.

—Anthony, ¿dónde estabas? —Ellen le encuentra nada más pasar la estantería. Mira a su hijo con reproche. Sabe que si no le ha encontrado antes

es porque se estaba escondiendo. Enseguida se da cuenta de que hay alguien más, y no se esfuerza ni un poco en disimular su sorpresa—. ¿Kyle, eres tú? ¡Cielo santo, si no me fijo no me doy cuenta!

—Hola, señora Summer... —saluda él también, un poco avergonzado. ¿Tan raro se le ve?

Ellen se le acerca, y le levanta una de las solapas del cuello para colocársela bien. Luego le da un par de toques y se aleja para verle con más perspectiva.

—Estás guapísimo, pareces todo un hombre —le dice, girándose hacia su hijo—. ¿Verdad que sí?

Anthony asiente, y sonrío a Kyle. El chico es muy alto, así que impone un poco, pero sigue siendo el de siempre: tiene que bajar el rostro porque le da apuro. No sabe cómo responder a los cumplidos.

—Gracias...

—Claro, es que ya tenéis dieciocho —comenta Ellen, como si acabara de acordarse—. Qué rápido pasa el tiempo, si parece que fue hace dos días cuando Anthony me pedía que mirase debajo de la cama antes de apagar la luz.

—Mamá... —musita él.

—Crecéis tan deprisa... —Se queda un rato pensando en sus cosas—. ¿Sabes ya lo que vas a estudiar?

—La verdad es que no sé si me darán la beca deportiva, así que no sé...

Anthony tuerce las cejas, se queda pensando. Si sus padres no tienen dinero para pagarle la carrera, ¿no puede hacerlo Noah, que ya le ha atiborrado de cosas de lujo? Ha visto lo que cuesta ese polo que lleva puesto. Diez más como ese es lo que vale la matrícula de la universidad.

—Ah, pues mira, el hijo de un compañero está estudiando eso y dice que está muy bien —comenta Ellen—. Además tiene muchas salidas.

—Sí —sonríe—. Y si no me diesen la beca, la universidad de Rockwell es más barata y tiene notas más bajas.

Anthony regresa a la conversación en el momento justo, su corazón se salta un latido.

—¿Irás a Rockwell? —repite asustado.

—No lo sé... Solo si aquí no me llega la nota.

—Es una buena universidad también —apunta Ellen—. El hijo del compañero que te digo, está yendo allí precisamente.

El castaño vuelve a desconectarse.

No, no puede ser.

Kyle no puede ir a Rockwell. Kyle no puede irse de la ciudad.

Rockwell está a más de tres horas en autobús, si tiene que irse se verán aún menos, nunca tendrán tiempo para quedar.

Abre los ojos por completo al percatarse. ¿Verse aún menos? ¿Cómo puede volverse algo inferior a nada? Si estos meses atrás han tenido todo el tiempo que hubiesen querido para verse y no lo han hecho, ¿qué le hace pensar que con esos kilómetros añadidos van a esforzarse más?

Se muerde el interior de la boca. Kyle está sonriendo. Está moviendo los brazos de forma queda para explicarle algo a su madre. Está aquí, ahí delante; si diese dos pasos se chocaría de frente con él. Pero el problema no es ni sería el espacio que se interponga entre ellos.

Kyle, con su pelo moreno perfectamente repeinado y esa ropa con todas las costuras en su sitio..., este *extraterrestre* que ha venido a la tierra a sustituir a su amigo, este Kyle... No es su Kyle. Ha dejado de serlo hace mucho tiempo.

Y de repente, recuerda aquella mañana jugando a la *Pley* en su habitación con el pie vendado..., y todas las conversaciones insustanciales por móvil..., y todas las visitas a la máquina de refresco juntos... Las recuerda todas, como si hubiesen sucedido ayer. Pero hay un problema, que ya no van a suceder más.

Solo hay que mirarles. Medio año atrás se hubiesen saludado con un abrazo al encontrarse. Dos meses atrás con un choque de puños. Ahora, nada. Ahora esa posibilidad se ve inalcanzable. Porque sería muy raro si lo hiciese, ¿no?

Pero él echa de menos esos gestos, esos abrazos que se daban antes. Echa de menos hablar con Kyle, de todo, de nada, de lo que sea.

Su corazón retumba ignorando a su cerebro, le exige que lo haga. ¿Y qué le retiene? ¡Si Kyle está tan cerca, si está ahí delante! ¡Está ahí mismo...!

Horrorizado, se pregunta cuándo se ha acostumbrado a dejar de hablarle, a ya no estar juntos. ¿Y por qué? ¿Porque él estaba con Marc, porque Kyle está con Noah...? Con el corazón pulsándole el pecho y un nudo arremolinándose en su garganta, decide que no quiere acostumbrarse a eso.

—¡Mamá! —grita una voz aguda. La niña pasa de largo corriendo. Aparece por el otro lado después de bordear una isla de ropa—. ¡Mamá! Marc dice que necesita una talla más. ¡Hola, Kyle!

—¿Otra? —Su madre la coge de la mano—. Madre mía, no sé qué coméis hoy día que salís tan altos. Dale un beso de mi parte a Martha —se despide Ellen.

Vuelven a quedarse a solas. En un largo, e incómodo silencio.

Kyle se saca el móvil del bolsillo, y después de consultar la hora se lo guarda. Anthony simplemente le mira. En el funeral de su padre, Kyle le prometió que siempre estaría con él. «Pase lo que pase y para siempre», eso fue lo que dijo.

¿Dónde ha quedado esa promesa?

—Bueno... Noah lleva un buen rato esperándome en el probador... —dice, levantando las camisas que lleva en la mano—. Nos vemos en la graduación. —Kyle alza la mano y se despide.

Antes de que haya movido los pies, Anthony aprieta los puños, y su pecho le empuja hacia adelante. Son tres pasos largos los que da exactamente, antes de abalanzarse contra él en un abrazo.

Le echa un poco atrás con el impacto, pero los dedos de Anthony, enredados en su espalda, lo retienen contra él.

Con los brazos atrapados en posición vertical, Kyle no puede moverlos, y el agarre de Anthony es tan fuerte que tampoco lo intenta. Se queda en esa posición, quieto como una estatua, con los ojos muy abiertos y tan sorprendido que su corazón se ha quedado también estático tratando de no hacer un solo ruido antes de entender qué está pasando.

Anthony tiene la cabeza apoyada en su pecho. Está mirando hacia abajo, como un elefante tonto empujando un árbol que no quiere moverse. Aunque para Kyle el tiempo parece detenerse, en realidad la escena no dura más de tres segundos. El castaño no tarda en separarse.

Tiene las mejillas rosadas, sus orbes miran hacia un lado con desinterés y su ceño está fruncido con vergüenza. Sus ojos verdes le dedican un efímero vistazo antes de girarse.

—Sí, nos vemos... —responde después de una eternidad—. Hasta la

graduación. —Se despide de espaldas, andando muy deprisa hasta alcanzar a su madre.

Ni reacciona a tiempo para despedirse de vuelta ni Anthony le ha dejado tiempo para hacerlo. Kyle se queda solo, parado en mitad de la tienda con las pestañas algo más levantadas de la cuenta y la boca apenas entreabierta.

Deja de verle cuando Anthony se va a otra punta de la tienda, gira una esquina y se pierde por los probadores del fondo.

—¡Kyle! —le nombran en un alargado y agudo grito. Noah, con cara de pocos amigos, camina hasta él—. ¿La has encontrado?

Kyle se despierta, ladea el rostro y se gira.

—No tienen esa talla —responde en un tono más bien bajo.

—¡Qué asco! —se queja el menor, mirando con desgana otras prendas de alrededor. Da una vuelta formando un pequeño círculo sobre su talón, y luego chasquea la lengua—. Estoy cansado. Vamos a por un helado.

Nada más decirlo echa a andar a la puerta. Kyle deja toda la ropa en una balda. Da unos pasos como un autómatas buscando alcanzarle, pero se detiene poco a poco hasta pausarse.

Mira hacia atrás, y hacia adelante; y a sus pies.

Se apresura para seguir al chico rubio.

Y lo llama.

Ahora que somos mayores

—¡Más juntos, más juntos! —Zarandea la mano en horizontal—. ¡Ponte recto, cielo, que se te arruga la camisa!

Anthony resopla. Se acerca a Marc, y se despeina los mechones con gesto cansado, justo antes de enderezarse y esbozar una radiante sonrisa. El flash le vuelve a quemar las retinas.

—¡Ya está, mamá!

No podía haber nacido unos años antes, con esas cámaras con carrete de veinte tiros. Llevan media hora para salir desde la puerta hasta el coche, van a llegar los últimos a la fiesta de graduación. Ya hasta han encendido las farolas.

Ellen le pone el flequillo para atrás otra vez.

—Conduce con cuidadito, ¿vale?

Marc asiente, y coge las llaves del coche. En cuanto pasan el puente, Anthony se enzarza con la corbata y se la saca por la cabeza. Marc sonríe.

—¿No irás a decirle nada a mamá?

Él menea la cabeza.

—No, tranquilo.

Anthony gruñe, y tira la corbata a los asientos de atrás. No es justo, es absurdo todo esto. Tanta etiqueta, tanto repelido. ¡Pues Marc parece un sicario, todo de negro! Pero eso a mamá le da igual, claro, porque lo importante es que lleva corbata y gomina.

Conduciendo hasta la escuela, el Sol termina de esconderse.

—¿No te llevas la chaqueta? —pregunta Marc cuando lo ve bajar.

—No, ¿para qué? Vamos a estar todo el rato dentro.

El mayor se encoge de hombros, y le cierra la puerta. El aparcamiento está lleno de coches y de adolescentes, con sus impecables trajes comprados solo

para la ocasión.

—¡Holi, holi!!! —chilla Noemí acercándose a la velocidad del rayo. Casi tira a Anthony de un abrazo, y cuando se separa no le suelta, le echa un vistazo—. Qué fuerte. Estás rarísimo así vestido.

—Yo sí que me siento raro —se queja Oliver. Con él viene Ryota—. Esta corbata, y estos zapatos, y la camisa... —Se remueve en un escalofrío—. ¡Me siento viejo!

Anthony sonrío. Noemí les pasa los brazos por los hombros a los dos.

—Él último día —exhala, echando un vistazo al enorme edificio con las luces apagadas. Los únicos puntos de luz vienen de la fiesta montada en el polideportivo.

—Ahora voy —avisa Marc cuando echan a andar. Anthony asiente, pero disgustado, porque mientras Noemí le empuja le ve sacarse el mechero del bolsillo.

El azabache se recuesta en la brillante carrocería plateada. Observa con calma a los alumnos que van entrando al recinto mientras se saca un cigarrillo de la camisa. Se lo pone en el labio, y lo prende. Cuando lo aparta el humo emerge pacífico entre sus labios.

El ambiente en la escuela se ve diferente.

Las puertas se abren y se cierran con cada pequeño grupo que entra. Por momentos la música se vuelve plenamente audible y tonos cálidos de todos los colores dibujan trazas rectas en varias direcciones. Luego desaparece la luz y el ruido. Pasa lo mismo todo el rato.

Da una fuerte calada que le llena los pulmones y los hace arder. Aunque están a finales de junio, esta noche es fría, y está incluso nublado. Igual le lleva la chaqueta a Anthony.

A unos pocos metros, un coche algo destartado cruza el recinto y se planta justo en mitad del aparcamiento. Del copiloto baja un chico con traje y unas *Sinverse*.

—No, papá.

Saca la guitarra del asiento trasero y cierra la puerta. Cuando se la echa a la espalda se le sale el móvil del bolsillo, y cuando se agacha a recogerlo se le cae una tira de condones que sale de la funda de la guitarra.

—Joder, papá... —Los tira dentro por la ventanilla con gesto cansado—. Vete ya, anda, que estás en medio...

No se queda tranquilo hasta que por fin se va, y menea la mano al aire para alejar la arena que se levanta. Justo enfrente, a unos cuantos metros, ve que el azabache le está mirando.

Marc le saluda con la cabeza. Kyle levanta la mano, y entra al edificio.

Vaya. Han traído muchas mesas y sillas. Tiras decorativas, globos por las paredes, confeti por el suelo... Da la sensación de ser un espacio distinto. A la canasta le han metido una maceta dentro, ahora es un bonito rosal de papel maché.

Hay muchísima gente, pero son difíciles de reconocer si no se fija; todos llevan trajes de adultos o peinados perfectos de peluquería. Se separa el nudo de la corbata que le ha hecho su madre, porque con tanta gente aquí metida hace calor; y se mete tras el escenario.

En la mesa de bebidas, Noemí se cruza de brazos.

—¿Vas a envenenar el ponche? Qué poco original.

—¿Envenenar? —repite Oliver, sacudiendo las últimas gotas de la petaca—. No lo estoy envenenando, esto va así. ¿No has visto películas? Le estoy añadiendo el último ingrediente.

Noemí sacude la cabeza, pero sonrío.

—Paso dos puntos de la nota que hacía falta el año pasado, pero dicen que este va a subir —le cuenta Anthony a Ryota—. Hasta la semana que viene no sabré si he entrado en la carrera...

Se cogen para ellos la mitad de una de las mesas.

—¿Alguien ha visto a Kyle?

Noemí se sienta y se revisa el peinado en el florero de metal.

—Yo he hablado con él por chat, va a estar tocando hoy.

—¿Kyle va a tocar? —pregunta Anthony algo sorprendido.

Noemí no le escucha, porque se pone a hacer aspavientos.

—¿¡Juno Thessla está saliendo con Scott Hardson!? —exclama. Todos se giran a ver, aunque solo los conocen de vista—. Qué fuerte, si hace nada Juno estaba con Nigan. ¿Qué habrá pasado? —cotillea la chica.

—Yo he oído que le puso los cuernos —comenta Oliver.

Noemí resopla recostándose en la silla.

—Qué cabrón. Sabía que Nigan no era trigo limpio. Siempre haciéndose el chulito, siempre...

—No, no —le aclara—. Juno se los puso a él.

—Oh. Vaya... Y ahora están saliendo juntos —entiende. Él niega con la cabeza.

—Se los puso con Ryan, de primer curso.

—Qué.

La música se corta de golpe y un molesto chirrido obliga a todo el mundo a taparse los oídos para no perderlos.

—¡Perdón, perdón! —dice el chico que ha conectado el micrófono. Carraspea, y vuelve a disculparse hasta que el murmullo de quejas va cesando—. Hoy tenemos con nosotros a muchos artistas —dice. Extiende un papel al frente, y procede a leerlo—: “Don Simon & Garfunkel”, “Jazztabien”, “Feos pero majos”, “Lo blanco del jamón”, “Seguro dental”, “Lisa necesita un aparato”...

Alguien se mea de risa detrás de la cortina.

—¡Pero dilo bien! —se escucha de fondo.

El chico hace una pausa para inspirar. Sabía que pedirle a los grupos que escogieran un nombre cinco minutos antes de empezar era una mala idea.

Se lo dijo al profesor, pero claro, él no tiene que salir a leerlos.

—Bueno... —Se aclara la voz, y sonrío—. ¡Y muchos más! ¡Un aplauso, por favor!

Él se baja por un lado y los chicos entran por el otro. Anthony no los conoce, y tocan tres canciones de las que tampoco tiene ni idea, pero que son bastante movidas. Los alumnos se animan enseguida y la zona del escenario se llena. A medida que avanza la noche, las corbatas y los tacones empiezan a desaparecer, las chicas se vuelven más bajitas y los chicos más desaliñados.

Después de unos cuantos grupos y cotilleos, Ryota levanta un dedo y apunta al escenario.

—Allí está Kyle —avisa. Son cuatro y sale el último, lleva la guitarra

colgada. Desde la mesa no se les ve bien la cara.

—¡Vamos a animarle! —brinca Noemí enseguida. Se lleva a Anthony del brazo y hostiga al resto, pero solo le sigue Oliver.

Cuando empieza la música, la batería y las guitarras bañan el ambiente. Los altavoces golpean con fuerza los pechos de los alumnos, y los líquidos de los vasos cobran vida siguiendo el ritmo. El público les sumerge en un mar de aplausos y silbidos.

Les cuesta abrirse paso hasta el escenario porque todos se concentran aquí para bailar, no consiguen alcanzar la primera fila.

—Es “You Are All I Want”, de Duck Fizz.

—¡Increíble, qué vozarrón tiene Norman!

Noemí tiene razón, la voz del cantante es impresionante. Pero los ojos verdes enfocan la misma imagen durante cada una de las canciones: el guitarrista al lado de la batería, a la izquierda. En vez de una chaqueta de traje como manda la etiqueta, lleva una muy simple y muy vieja. Descompagina con los demás y con la corbata que lleva puesta. Anthony la reconoce enseguida. Es su “chaqueta de conciertos”. Solo se la puso para tocar en una función de Secundaria, pero desde entonces siempre la ha llamado así.

Sus manos grandes se mueven despacio y cortos centímetros, pero sus dedos veloces crean muchas notas en pocos segundos.

Cuando pasan el segundo estribillo la canción baja el ritmo, el cantante guarda silencio, y él adelanta un pie. No está mirando al público, lleva todo el rato intercalando sus marrones entre las cuerdas y la nada, y ahora, cierra los ojos.

Su mano derecha abandona el cuerpo de la guitarra, porque entonces todos sus dedos se posan en el mástil. Las cuerdas de acero vibran muy deprisa en un solo que se lleva todos los ojos.

La música resuena en toda la estancia, algunos alumnos que están en las mesas se giran para ver.

Anthony se queda absorto. Eso que está haciendo tiene pinta de ser muy difícil, pero él está serio, y luce... Increíble. Su pelo, su gesto decidido, sus manos grandes...

Todo el conjunto hace que le lata deprisa el corazón. *Él* hace que le lata, muy, muy deprisa. Se le va a desencajar.

Se desentumece cuando Noemí le pega un codazo.

—¡Cómo mola! —chilla sobre los vitoreos cuando Kyle acaba su parte.

El cantante regresa al micro, y varias estrofas después, el salón entero estalla a aplausos y silbidos. El grupo recoge sus cosas y desaparece por la cortina saludando al público un buen rato, como los famosos.

Kyle deja la chaqueta y la guitarra apoyada en una esquina. Es una de esas cutres y baratas, comparadas con las que han traído los demás duda mucho de que alguien quiera robársela.

Se pasa una mano por el pelo y se le queda hacia arriba y desordenado. Hacía un calor horrible bajo los focos, y aquí dentro no corre el aire porque no hay ventanas...

No sabe por qué ha venido. No quería venir.

Camina hasta la zona de bebidas intentando desajustarse el cuello de la camisa, y cuanto más se resiste la tela, más sensación de estar cociéndose en el infierno le entra. Maldita corbata, no sale. Ni siquiera tendría que habérsela puesto. Es su madre la que le ha enganchado a traición justo antes de salir de casa.

Blasfema por lo bajo, pero se queda quieto cuando otras manos aparecen de la nada y se ponen en las suyas.

—Hola —le sonrío mientras se la deshace.

—...Hola, Anthz —contesta en el mismo tono bajo.

Los finos dedos se cuelan en el nudo y lo aflojan como pueden, pero es complicado porque él la ha tensado tirando y ahora es más difícil.

—Ha sido muy chulo —dice Anthony—. Estabas muy guay, ahí arriba...

—Gracias...

Kyle se le queda mirando. A Anthony se le fruncen las cejas, se pelea con la corbata que no quiere salir.

Está muy cerca. Su cuerpo, sus ojos verdes... Kyle no lo piensa, le posa la mano en la cadera, solo por ponerla en algún sitio; y le sale tan normal que el castaño ni siquiera se extraña. Los dos miran el nudo que no quiere disolverse.

Aparta la mano cuando, lejos, sentado en una mesa, ve a Marc. Está hablando con Ryota. Los demás estarán por ahí.

—¡Ya está! —exclama Anthony, con el pedazo de tela arrugado. Suelta una risita orgullosa y se la pone en la mano.

La coge algo atontado, la enrolla fatal y se la guarda en el bolsillo trasero.

—No he visto a Noah... —comenta Anthony—. ¿No ha venido?

Kyle coge un poco de aire.

—No —dice. Menea la cabeza, despacio—. No, él no...

—¡Ay, tío! —chilla Noemí, llegando como un terremoto—. ¡Ha sido increíble, cómo ha molado! ¡Me ha gustado sobre todo la primera, pero, Dios, el puntilleo de la última ha sido...! —grita como una loca. Luego se suma Oliver y ya son dos histéricos.

Kyle sonríe. No se ve con estas luces, pero hasta se sonroja.

De pronto Noemí se calla, y abre mucho los ojos, y la boca.

—Me encanta esta canción —musita, como si no acabase de creerse que la hayan puesto—. ¡Me encanta esta canción! —repite, agarrando de la muñeca a Oliver para arrastrarlo a la pista.

Anthony se ríe viéndolos correr con tanto entusiasmo.

—Si hubiese alcohol aquí juraría que han bebido de más —bromea Kyle con una sonrisa.

Noemí vuelve atrás. Se ha dejado a Oliver en algún punto del camino, porque tiene las dos manos libres para engancharles; los arrastra también.

—¡Venga, que es la última noche en el instituto! ¡Fiestaaa!

Los abandona en mitad de la muchedumbre, y justo al lado coge a Oliver y se ponen a hacer varios pasos de baile raros que dan bastante vergüenza ajena. Los chicos de alrededor les miran raro, pero Oliver tampoco es el único que ha traído una petaca, así que algunos hasta les imitan. La mayoría simplemente está saltando y aclamando al grupo.

—Bueno... —Anthony esboza una pequeña sonrisa. Se nota que está incómodo—. Pues, no sé...

Kyle se rasca la nuca con algo de reparo. No le ve desde aquí con toda la gente, pero por ahí está Marc.

Anthony mira hacia atrás, pensando. Noah no está. Y..., de todas maneras, solo es un baile. No es nada malo, ni raro. ¿No?

Lo hace muy torpe, apenas puede considerarse bailar. Mueve un poco el pie, y el hombro, y la cadera... Kyle le mira sin moverse. No se parece en nada al Anthony borracho del cumpleaños, y está mirando de reojo a sus

amigos. Noemí agarra a Oliver y giran, y patalean con los pies y luego zarandean los brazos espantando a todas las moscas y a todos los alumnos, que les miran raro. Les han dejado un hueco grande para que no les golpeen.

Anthony se ríe cuando los ve saltar y girar juntos en círculos como patos mareados. La chica no deja de hacer *dabs* y el chico mueve los brazos muy rectos y muy rápido por delante y detrás del cuerpo. Debe ser algún meme de Internet, porque le suena.

Entonces Kyle le rodea la cintura, y consigue que Anthony se centre en él. Lo deja desconcertado cuando lo empuja lejos, pero también le ha agarrado la mano, por eso cuando tira le hace volver en un giro.

Anthony se da de bruces con su pecho, porque le ha pillado con la guardia baja y porque es un patoso.

—¡Perdón! —se separa enseguida. Apenas se le oye estando tan cerca de la música. Kyle solo le responde con una fina sonrisa y una negación.

Empieza a imitar las mismas estupideces que están haciendo sus amigos. Una mano por aquí, un meme de Internet por allí. Un puñado de movimientos bruscos... A Anthony le da vergüenza, pero todos están haciendo el tonto.

Acaba haciéndolo él también.

Se mueven un montón, relían los pies con poses raras, se mezclan sin darse cuenta entre los alumnos y pierden de vista el escenario. Cogidos de la mano, se juntan y se distancian para girar.

La canción va llegando a su final y preparan su pose final juntos. Cuando termina de sopetón, se quedan estáticos el uno frente al otro, con las manos pegadas y una sonrisa en cada rostro.

La gente aplaude y silba al grupo.

El primero en enderezarse es Kyle, soltando unas risas. Su pecho sube y baja errático, y consigue regularlo lentamente. Anthony también se está riendo.

Y Kyle le ve reír, y un calor le invade el pecho y le sumerge el cuerpo al completo muy rápido. Ha echado mucho de menos esta imagen; que esos ojos verdes brillen en su dirección... Que esa sonrisa lleve su nombre.

—¿Qué tal lo estáis pasando? —exclama el presentador. Las luces se atenúan. Señala al grupo que está bajando del escenario—. Mientras los compañeros toman un descanso, vamos a poner algo lento, para las parejitas.

Muchos se van de la pista, aprovechando también el descanso para beber y

recuperarse. Las parejas se dan las manos y se pegan a su contrario, y el ambiente de discoteca se transforma en el final de una película para adolescentes.

—Esta mejor no —sonríe Anthony. Suena cansado porque aún está tratando de recuperar el aliento. Se da la vuelta, pero su muñeca se queda enganchada.

—¿Por qué no?

Al girar, los ojos de Kyle están puestos en él. Sus carcajadas y su expresión relajada han desaparecido, su boca dibuja una línea recta.

Anthony no se mueve, por eso es Kyle quien se aproxima. Le agarra también la otra muñeca, con extrema suavidad, y se la lleva al hombro. Los dedos de su otra mano quedan entrelazados y un brazo rodea su cintura y se posa en su espalda.

—Porque se van a pensar que somos... —No llega a terminar esa frase. ¿Qué iba a hacer exactamente? ¿Pretender que Kyle no está saliendo con un chico, o que él no ha tenido sexo con su hermano?—...Pareja —concluye.

Hace alarde de separarse, pero la mano en su espalda le retiene. Kyle le está mirando. Bajo la luz amarillenta de los focos, sus ojos marrones se vuelven dos tazones de miel. Le están pidiendo que se quede.

—Te queda muy bien el traje —le dice Kyle.

Sus pies se mueven despacio, se orientan a los otros. Es el mayor quien, con sus manos y su cuerpo, dirige el baile.

Como no tiene mucha idea imita lo que hacen todos: zarandearse vagamente de un lado a otro, girar lentamente sobre sí mismos...

—Tú también estás muy... mayor —contesta Anthony.

Kyle afina una sonrisa antes de volver a alinear los labios.

—Estos últimos meses han pasado muy rápido —dice.

Superponen un filtro azul oscuro que dificulta ver con claridad, pero en un santiamén lo acompañan con puntos blancos que se reparten desordenados por la pista. Se mueven por ahí, pero tan lento que es casi imperceptible.

—Es la primera vez que no me alegro de terminar el curso —bromea Kyle. Anthony vacila el rostro a los lados.

—Yo no me siento un adulto para nada —confiesa.

—Pues anda que yo... En el ensayo de esta mañana he roto una cuerda de la guitarra. —Casi le saca un ojo, pero no ha pasado, así que puede sonreír al recordarlo—. No tenía ganas de ir a casa y luego volver..., así que le he dado el cambiazo con la de otra guitarra.

Anthony se ríe. Eso no suena a algo que haría un adulto responsable.

—¿De quién era? —pregunta con una sonrisa. Con las manos unidas no dejan de bailar en ningún momento.

—No lo sé, de alguno de la clase del al lado —responde despreocupado. Anthony suelta una suave carcajada.

—Qué malo.

Kyle se encoge de hombros.

—Que les den, son todos unos cabrones. Hace una semana casi me dejan sin tocar.

—¿Por qué ibas a quedarte sin tocar?

Ah, ya ha encontrado a sus amigos. Están en la barra de bebidas. Noemí le saluda con la mano desde allí.

—Cuando pregunté estaban todos los cupos cogidos.

Anthony le mira desde abajo. Kyle está muy despeinado, pero antes de bailar ya estaba así. Y tampoco se ha puesto ninguna de esas colonias tan pijas. En la mejilla tiene una línea morada fina, como de maquillaje, o pintura, o no sabe.

—O sea... —dubita. Inclina un poco las cejas—, que le has quitado el sitio a algún pobre chico.

Parece que acierta de lleno, porque Kyle salta ipso facto:

—¡Yo lo hago mejor!

Anthony vuelve a reírse. Se le forman dos pequeñas bolitas mullidas en los mofletes.

—Eres un abusón —dice.

—Yo solo toqué una canción, los demás decidieron quién se quedaba —se defiende—. Estaban entre yo o un chico que parecía que había aprendido a tocar la guitarra hace un mes. Encima se pensaba que era Slash el

retrasado.

Está mirando el techo mientras habla. Parece ofuscado con el tema, pero también divertido. Anthony observa el escenario vacío. Cuando se encontraron en la tienda de ropa hace poco más de una semana Kyle dijo que no iba a tocar.

—Oye... —lo llama Anthony. Él vuelve a mirarle—. La segunda canción que habéis tocado... Ha sido idea tuya, ¿a que sí?

Su rostro iluminándose es suficiente respuesta.

—¿Te acuerdas? —sonríe Kyle.

—Estabas obsesionado con esa canción en Secundaria, la escuchabas cada día... Era insufrible.

—¿¡Qué dices!?! ¡Si mola un montón! Ni siquiera sé por qué dejé de escucharla... —reflexiona, y empieza a tararearla.

—¡Otra vez no...! —bromea Anthony, y sus palabras van acompañas de una risa suave.

—Estábamos pensando canciones para tocar y yo me acordé de esa.

—Kyle levanta un hombro, y sus labios dibujan una escueta sonrisa—. Me recuerda a esos años, me recuerda a nosotros...

Anthony asiente de forma queda. No sabe muy bien qué contestar a eso, pero no importa, porque Kyle sigue hablando.

—...cuando no teníamos que preocuparnos de sacar notas altas para entrar a una carrera, y solo matábamos el tiempo. —Sonríe.

—Me pagaron bien por los libros porque estaban como nuevos —rememora Anthony, como si estuviese sentado en un porche con un chocolate caliente y una barba muy larga hablando de algo que sucedió siglos atrás—. ¿Te acuerdas de las semanas de exámenes?

—Eran las únicas semanas del curso que llegábamos con tiempo a clase —asiente Kyle—. Ryota estaba harto de nosotros porque siempre le pedíamos que nos explicara las cosas diez minutos antes del examen.

—Recuerdo que yo metía los apuntes en hojas de plástico para pegarlas en la pared del baño... Y así estudiaba mientras me duchaba para no perder

tiempo de jugar a la consola.

Kyle tira una carcajada, su rostro se inclina hacia atrás y sus dientes blancos relucen inmensamente.

—Yo una vez estudié el examen el mismo día, mientras me vestía por la mañana. Saqué un notable.

—¡Qué cara!

Echaba de menos esta sensación.

Su pecho se calienta y se eleva hasta sus mejillas, que se estiran en una fina sonrisa. Siguen entrecruzándose, entre pausas, tratando de seguir el ritmo.

—Eran buenos tiempos —exhala Kyle, y menea la cabeza—. Este año ha sido...

—¿Difícil? ¿Estresante?

—Raro —completa.

Sus manos pegadas se mueven un momento con incomodidad. Anthony se mira los pies.

—Ha pasado muy rápido... —Hincha sus pulmones de aire, y lo suelta muy despacio—. Siento que fue ayer cuando estábamos pegándonos con los demás para coger los asientos de la ventana. Y el otro día caí en que ya no volveremos a usarlos. —Su voz se desvanece un instante. Kyle ve su expresión entristecida—. Esos asientos han tenido nuestro nombre todo el año, pero ya no son nuestros. Ya no nos sentaremos ahí —musita en un hilo—. Nunca más.

Sus cejas están curvadas, y la línea de sus labios tira hacia abajo. Es su cara de antes de llorar.

Kyle le llama la atención en un chistido.

—¿Quieres que robemos las sillas? —propone en voz baja. Tiene una expresión muy rara, parece que lo dice totalmente en serio. Luego levanta una palma, y añade, como si fuese lo más lógico del mundo—: De recuerdo.

Anthony levanta el rostro. Su barbilla se tambalea con incomprensión, pero después sonrío levemente.

—Idiota —es su respuesta.

Por un segundo se ha creído que lo decía en serio. Ya le estaba viendo bajar por las escaleras mirando a todas partes con la silla.

—Se me va a hacer raro no verte todos los días —dice Anthony.

Kyle traga saliva, y pone la vista en el resto de alumnos. Todos están haciendo lo mismo, nadie destaca con un paso de baile acelerado. Se le hace tan pacífica la escena, y tan triste al mismo tiempo... Después de esta noche todo parece confuso y difuso.

¿Por cuánto tiempo mantendrán el grupo completo?

Sus ojos se apagan poco a poco. Anthony querrá pasar el verano haciendo cosas con Marc, claro.

—Te voy a echar de menos, Anthz —confiesa casi en un murmullo. El castaño no se lo esperaba, pero en vez de devolverle la preocupación, le evita la mirada. No es él quien lleva ignorando sus mensajes y las quedadas desde hace meses—. ¿A quién voy a chingar por las mañanas? —añade, y su sonrisa amarga se va borrando, porque siente haber dicho una mentira. Esas mañanas están igual de lejos que sus recuerdos.

Se calla, y se limita a observar las luces girar.

Después de lo que parece una eternidad, y tan bajito que juraría haberlo oído solo en su cabeza, Anthony le nombra. Tiene la vista puesta en sus zapatos.

—Yo también voy a echarte de menos —dice—. Entiendo que ahora que tienes pareja tienes menos tiempo... —Inspira para seguir hablando, y levanta el rostro. Choca con los marrones que le miran fijamente. Tiene que hacer un esfuerzo por no volver a desviarse—. Noah es muy simpático. —Encoge uno de sus hombros.

—Anthz... —le llama con suavidad.

—Te vas a reír de mí, pero... —Suelta una casi carcajada, que es poco más que aire. Desecha la idea de seguir hablando cuando se da cuenta de que no sabe qué quiere decir—. No importa. Perdona.

—¿Qué pasa? —inquire, doblándose para buscar los verdes que le evitan.

—Es que... Es una estupidez..., pero cuando me dijiste que estabas

saliendo con alguien, creo que me puse un poco celoso... —Sus ojos intentan enfocarse en cualquier parte que no sea el rostro de Kyle, por eso no ve cómo ha cambiado su expresión—. ¡No pienses mal! Lo digo por lo de pasar menos tiempo juntos... Y... Bueno, también es gracioso, porque yo no tenía ni idea de que te gustasen los chicos... —Su mano se revuelve con nerviosismo, y balbucea—. Al menos desde, ya sabes, el cumpleaños...

Kyle está apretando el entrecejo. Su boca aguanta entreabierta buscando un espacio para hablar, esperando a que Anthony termine de pronunciar su última palabra.

Pensaba hacer esto en un momento sobre el escenario, sin expectativas y solo por sacarlo de su cabeza; pero de repente ya no puede esperar ni un segundo más. Solo por la pequeña esperanza que ha vuelto a latir en su pecho merece la pena intentarlo ahora mismo. Solo porque cree ver en esos brillantes ojos verdes un aviso de que todavía está a tiempo.

Siempre estará a tiempo de dejarlo todo para ir con él.

Anthony no se calla, y a él el corazón le está retumbando con estrépito. Se lo escucha en los oídos, no hay nada más aquí ahora.

Siempre estará a tiempo.

Siempre lo ha estado.

—Perdona... No sé por qué digo esto —se disculpa Anthony.

—A mí no me gustan los chicos, Anthz. A mí me gustas tú.

Y todo el ruido se vuelve un pitido sordo.

Las palabras han estado tantos años rebotando en su cabeza que ahora que las ha pronunciado tiene miedo de estar simplemente dormido.

Es el sudor de su mano pegada a la de Anthony lo que le hace creer que esto es la realidad. También la forma en que los ojos verdes se van abriendo, despacio, hasta la totalidad. La circunferencia se vuelve perfectamente visible y la poca luz contrae sus pupilas que parecen querer desaparecer.

—¿...Qué? —musita. Supone que ha escuchado mal, que hay alguna palabra que ha confundido con otra.

El agarre entre sus manos se hace más fuerte, los dedos de Kyle hacen presión en su cadera y sus pies se vuelven torpes.

Está nervioso. Kyle está muy nervioso, y él está confuso.

No repite las palabras, por eso Anthony se queda un rato más con el corazón recogido, en silencio, esperando averiguar la incógnita. Definitivamente tiene que haberse equivocado al escuchar.

—Necesito saberlo, Anthz —suplica con la voz doblada, y entonces habla muy deprisa—. Necesito saber si lo que pasó en la playa fue otro de mis sueños o el mejor día de mi vida.

Parecía que no se podía, pero los ojos de Anthony se abren en todavía más.

—¿Qué...? —vuelve a musitar, comprendiendo todavía menos.

¿Qué está diciendo Kyle?

¿¡Por qué dice tantas cosas extrañas!?

Como Anthony no contesta, Kyle entiende que eso solo estuvo en su cabeza. Le cuesta con el nudo que le está creciendo en la garganta, pero sigue hablando.

—No importa... De todas formas, tú te ponías a llorar, y te ibas, y yo... —Coge aire y suspira acelerado antes de negar con la cabeza—. Fue un sueño estúpido —concluye en un murmullo—. Pero, Anthz... —le tiembla la voz, y ha dejado de moverse.

Coge aire a trompicones, y le mira entre sus despeinados mechones marrones.

—Sé que estás saliendo con Marc —dice.

Esta vez no es ni una sílaba, lo que le sale a Anthony es medio suspiro; y con eso se queda sin nada dentro.

—Y sé que eres feliz con él —Habla más despacio—, por eso yo he intentado dejar de hacerlo, he intentado dejar de... —Se muerde los labios. Su voz se vuelve tenue, y se aproxima a su oreja. La escasa distancia compensa el volumen, que va desapareciendo—. Pero Anthz, cuando te vi en el centro comercial... Me di cuenta de que no podía... De que no puedo.

Se aproxima. Se está aproximando. Va muy despacio, pero Anthony está segurísimo: cada vez está más cerca. Le ve entrecerrar los ojos antes de bajar los párpados por completo.

—Anthz... —exhala en un susurro. Su aliento huele a menta.

Y su pelo a coco. Y su piel a avellana. Y él no puede pensar.

Kyle le está apretando la mano y la cintura, y su altura se iguala porque se ha inclinado mucho. Sus labios están muy cerca, su respiración agitada le acaricia la mejilla.

—¿...Kyle? —alcanza a murmurar.

Kyle apoya la cabeza en su hombro.

Iba a hacerlo. Iba a besarle. Porque quiere, porque lo desea.

Estos años ha pasado de estar triste por sentirse incapaz, a furioso por no poder hacerlo. Pero ahora, sencillamente, desiste.

Están en un sitio público, y Marc debe estar por la sala, puede que viéndoles; pero no es por eso. Tiene un miedo horrible de llevarse una bofetada de Anthony..., pero tampoco es por eso.

Desiste, porque, por más que se ha agachado, los labios de Anthony siguen por debajo de los suyos. Sus pies no están de puntillas para buscarle, están pegados y firmes sobre el suelo, y su cuerpo está rígido como una piedra. Sus manos se aferran a él, pero no con suavidad, sino con fuerza.

Coge aire, y en un tono tan leve que no puede estar seguro de si Anthony alcanza a oír, susurra:

—Te quiero, Anthz. No como a un amigo, ni como a un hermano.

—Aprieta los ojos, consciente de lo que está diciendo, de que ya da igual. A punto de llorar, traga saliva para poder seguir hablando, porque un nudo le aprieta la garganta—. Te quiero de la forma más egoísta que existe. Te quiero solo para mí... Para siempre.

Y después de eso, solo queda lo que más había temido durante todos estos años:

El silencio.

La canción sigue unos segundos más, y entonces la situación se torna todavía más violenta, porque termina.

Las luces se aclaran, varían de un azul oscuro a un tono más celeste. Las parejas se separan y otras personas vienen. Ellos se quedan estáticos. Kyle, con la frente apoyada en su hombro. Anthony, sin pestañear. Sus manos siguen unidas, se han quedado pillados en el último paso de baile.

Los segundos se estiran hasta el máximo, y después, ponen otra canción. Sin haber recibido respuesta, es Kyle quien se aleja.

—Lo siento... —se disculpa, y su tono de lamento es apenas audible bajo

el sonido de esta canción que es más movida—. Es que, tenía... Tenía que decírtelo —se excusa, sonriendo amargamente.

Tampoco entonces Anthony pronuncia palabra alguna. Las orbes verdes le miran, muy abiertas. Pero no dice nada.

—Soy muy feliz solo con ser tu amigo —se apresura a añadir—. Así que... Puedes olvidar todo lo que he dicho.

—Ah... —responde Anthony, pero no es una palabra. Es el aire entrando a sus pulmones cuando recupera el conocimiento.

Kyle aparta la vista avergonzado. Tratando de evadir el tema, como solía hacer siempre después de una confesión fallida, reúne todas las fuerzas que le quedan para sonreír pobremente.

Un insoportable aullido quiebra la noche cuando alguien toca un micrófono o desajusta un cable. Todos se giran de inmediato al escenario. Si quería llamar la atención desde luego la táctica ha sido impecable.

—Ahem... Perdón... Otra vez —farfulla eso último muy rápido. Les ha dicho a los de producción que lo arreglen, pero nada—. A continuación, con una *cover* de una canción que todos conocéis porque os encanta, tenemos a un guitarrista... ¡Tocando el piano!

—Oye, voy a tocar ahora, ¿sabes? —dice Kyle, quitándole importancia a lo otro—. Yo solo, el piano.

—¡Kyle, con “Stay”, de Rihanna! —presenta, y encaja el micro en su sujeción. Dos chicos apartan unas guitarras para colocar el piano eléctrico justo en el medio, al lado de una silla sin respaldo.

—¿...Piano? —repite, como si acabase de salir de un coma y no supiera ni dónde ni cuándo está. Quiere hablar, pero las palabras no le salen.

Lo de la playa pasó de verdad... Engañó a Marc. Hizo que Kyle engañase a Noah. ¿O es esto lo que no está pasando? Los puntos de luz se le difuminan en todas direcciones.

Kyle sabe que ha estado teniendo sexo con Marc.

Kyle sabe que le mentía cada vez que lo llamaba «hermano».

Kyle le... ¿Kyle ha dicho que *le quiere*...?

—¡Sí! Ryota me ha enseñado un poco. Oye, después de... —se le va la

voz en un pequeño gallo. Está sonriendo visiblemente, hasta se le ven los dientes, pero parpadea exageradamente rápido. Es evidente que está esforzándose por no llorar—. Después de que hayan echado a otro por meterme a mí no puedo negarme —bromea, encogiéndose de hombros, y luego se pone un poco más serio—. Pero lo que... Lo que oigas... No quiero que pienses que es... Tenía pensada la canción hace mucho y, no... No tiene nada que ver contigo, así que no pienses... Que no...

Sus marrones viajan por toda la sala evitando encontrarse con los otros, no termina ni una frase.

—¿Kyle? ¿Estás por ahí? —le llama el presentador, afinando los ojos en la marabunta.

Kyle comprende que, para seguir chapurreando como un imbécil, es mejor callarse ya. Se despide levantando un poco la mano. Anthony lo imita, con retraso; pero no quiere que se vaya. ¿Por qué se va? Se está yendo, y él no está diciendo nada. No puede. Pero no puede porque no sabe qué palabras usar.

Lo ve colarse entre las personas para subirse al pequeño escenario. Kyle pisa los escalones muy despacio, como haciendo tiempo.

Ya ha tocado antes, así que recibe un aluvión de aplausos y comentarios sobre cosas que puede hacer después en el aparcamiento. Se van calmando cuando Kyle sube la escalera y sigue andando recto, y se mete detrás de la cortina.

Y ya no sale.

Casi pueden verse los interrogantes brotar de las cabezas de las personas. Uno allí, otro aquí. Sale uno de cada cabeza. Cuando pasa un rato, el presentador vuelve con paso indeciso.

—Bueno... Pues parece que no va a poder ser. —Sonríe con apuro. La puta última vez que organiza un evento, ¡cada uno hace lo que le sale del nabo! ¡Así no se puede hacer nada!—. Alexandra, play “Despacito”...

A Anthony se le escapa un jadeo desesperado. Le duele la barriga. Se siente muy mal; de verdad le duele mucho la barriga. Está casi seguro de que va a vomitar.

Kyle se ha ido por allí, y él está aquí, y Marc está por ahí; y necesita aire. Necesita aire y aquí no hay una sola molécula de oxígeno.

Usa sus fuerzas para huir de la habitación, de la música, de esto. Se echa sobre la salida de emergencia como si huyese de verdadero fuego, y la puerta de la terraza se encaja sola a sus espaldas.

Desde la mesa, Marc lo ha visto todo. Desde el primer baile.

- 404 -

Sorry!

(We can't find what you're looking for!)

Cuando abre la puerta Anthony se sobresalta. Está tirado en el suelo, pegado al muro con las piernas recogidas. Se restriega la muñeca por los ojos.

—Marc. —Tiene la nariz congestionada, y cuando se la sorbe tose dos veces. Se levanta ayudándose de la piedra—. ¿Qué pasa, vas a fumar?

Él no contesta. Anthony está temblando.

Los azules le miran entrecerrados. No generan una expresión o pista que pueda chivar qué está pensando, o por qué le mira con tanta insistencia sin decir nada.

Podría jurar estar viéndolo aún más serio que de costumbre, pero debe ser que la única bombilla que hay aquí queda a su espalda y le afina las facciones.

Anthony se cruza los brazos y se encoge de hombros.

—¿Qué pasa? —Le aparta la cara para mirar las estrellas.

—Estabas llorando —obvia el azabache.

Él niega con la cabeza.

El viento les golpea los cuerpos con desdén, se les adentra bajo las finas telas de las camisas y se les pega a la piel. Una canción retumba detrás de la puerta imitando un eco.

—No —desmiente también con palabras, para que deje de mirarle.

—No era una pregunta.

Anthony camina hasta el poyete de la azotea, se echa sobre él.

Marc se le aproxima. Se queda observándole desde al lado. La noche es oscura y no puede verle la cara con claridad, pero las estrellas y la luz lejana de las farolas permiten esbozarle las facciones.

Anthony está controlándose el llanto, pero le sale agua del ojo.

—No me mires —se queja en un gruñido torpe, y se cambia de poyete.

Con paso lento, Marc vuelve a seguirle. No dice una palabra, solo se queda junto a él. En un completo silencio que le eriza el vello de la nuca.

Anthony junta las manos. Se acaricia una de sus palmas con el pulgar y nerviosismo; sintiéndose observado.

—No me pasa nada —solloza levantando la voz—. No te preocupes, no me... —Su voz se traba, desentona en un enorme gallo que le impide seguir mintiendo. Aun así, sigue meneando la cabeza; se aparta las lágrimas furiosamente.

Él le hace girar apresándole la muñeca. Es tan repentino que no le da oportunidad de resistirse, le hace encararlo. Le mira desde un poco más arriba. Los verdes están cubiertos de una fina capa cristalina.

Marc frunce el ceño. No sabía que era posible llorar tanto. Empieza a temer que pueda vaciarse y morir.

—¿Qué? —musita Anthony, inclinando las cejas con coraje, pero es un intento ridículo.

—Le quieres —comprende, muy lejos de ser pregunta. Lo pone en sus ojos llorosos, en su ceño mal fruncido, en sus labios que no dejan de temblar. Lo pone en toda su cara, por todas partes.

Lo deja libre.

Anthony se soba la muñeca, la protege contra su estómago.

—Le quieres —repite. Su semblante está serio, como el de una estatua de piedra fría. Sus ojos imitan la escarcha—. Le has querido siempre —afirma.

Por respuesta el chico solo emite un pobre quejido.

—Y él también te quiere —añade. Entonces inclina la barbilla, interrogante—. ¿Por qué no vas con él?

Anthony se llena los pulmones, pero le queda entrecortado, y ruidoso, y torpe.

—Lo siento —musita sin responderle—. Lo siento mucho... —solloza, y se cubre la cara con las palmas.

Ahora los azules tampoco están en él. Pausados y sin interés, siguen la silueta de un gato que salta sobre un contenedor y se encarama a la terraza de al lado. Hay muchas en línea recta. En la del fondo hay un grupo de chicos

fumando algo.

Marc da un parpadeo muy largo, y cuando los abre, la imagen es la misma: Anthony llorando sin atreverse a mirarle.

—Lo siento mucho, Marc... —musita.

Así que era por esto.

Por esto Anthony no vino a buscarle después de aquel día. Esperaba que, una noche, de pronto la puerta de su cuarto se abriese y fuese él. Diciéndole que le perdonaba y que echaba de menos sus abrazos, o sus besos, o simplemente pasar tiempo juntos; pero él nunca apareció.

Lo comprende ahora que lo tiene delante. Llorando por no quererle.

—Me importas mucho, Marc —enuncia de pronto, con una seguridad que tenía escondida en alguna parte—. Muchísimo —se reafirma. Luego, se le va toda la voz. Evoca un tono tan pobre que prácticamente lo solapa el viento—. Pero... Él...

Vaya.

Marc cierra los ojos. Eso ha sido fuerte. El cómo ha pronunciado ese... *él*. Esas dos letras han llevado muchas palabras dentro.

Ahora Anthony está balbuceando, no termina ninguna sílaba.

—Pero no soy él —le ayuda a completar.

—...Lo siento —musita Anthony, otra vez llorando.

Será tonto.

—¿Qué sientes, Anthony?

Anthony le mira entre los dedos cuando da un par de pasos. Marc se queda muy cerca, pero estando cabizbajo solo alcanza a verle el pico de la corbata entre los pliegues de la chaqueta.

—Oye —le llama con suavidad. Cuando Anthony mira, Marc está esbozando una media sonrisa—. Cuando empezamos a salir no dijimos nada de sentimientos.

La reacción del menor es más o menos la que esperaba: una absoluta confusión. Hasta ha torcido la cabeza. Como ese gesto que hacen los animales cuando no comprenden qué se les está diciendo pero de verdad quieren hacerlo.

Marc eleva una palma al cielo. Las caricias del aire le congelan la punta de

la nariz.

—Lo nuestro fue solo sexo —expone, con la voz ronca y plana—. Y si pensaste que quería algo más, el que tiene que disculparse soy yo —sonríe, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Los ojos verdes le observan entre los mechones, confundidos completamente.

¿...Fue solo sexo? ¿Todas las veces...?

Se queda quieto cuando Marc se acerca más y le rodea los hombros con sus brazos. Tiene las manos frías, lo nota cuando pone una en su pelo; pero su torso está caliente y se lleva los temblores.

Hacía tiempo que no hacían esto, darse simplemente un abrazo. No ha olvidado la postura exacta que le resulta tan cómoda. Su moflete pegado al pecho, sus dedos enredados en la tela de su espalda ancha... Los abrazos de Marc son siempre reconfortantes. Refugiado en el hueco entre sus brazos, siempre le dan ganas de quedarse a dormir...

Pero... No ahora. Ahora no lo merece.

Le suelta la camisa, se aparta despacio.

—Me acosté con Kyle —dice, antes de que Marc siga abrazándole y el nudo en su pecho le termine de abrasar la carne. No se atreve a mirarle—. En la playa —añade.

De lado, el vaho fluye de sus labios pacífico y sigiloso.

Los azules se quedan estáticos. Su corazón ha golpeado con fuerza una sola vez antes de reducir la velocidad. Ahora, se ha vuelto silencioso. Se ha ido a esconder un poco más profundo.

«En la playa...». Eso fue un día antes de prometer que no iba a volver a tocarle...

Qué curioso. Pensaba que él había dejado a Anthony, pero parece que fue al revés.

—¿Lo hiciste porque no me querías a mí o lo hiciste porque le quieres a él? —le pregunta Marc.

Anthony separa los labios, pero no comprende la diferencia.

¿No han sido ambas? ¿No es una opción igual de horrible que la otra?

—No importa —desecha Marc con la expresión tibia. Lo ha preguntado

sin pensar, pero no quiere oír la respuesta—. Yo también hice algo horrible esa semana.

Anthony baja la cabeza. Marc se quita la chaqueta y se la pone sobre los hombros.

—No he vuelto a beber —aclara, ajustándole la prenda para que le cubra el pecho—. Ni siquiera ese ponche de ahí dentro.

El menor se enjuga las lágrimas.

—¿...Qué le pasa al ponche? —pregunta con un hilo de voz.

—Oliver le ha echado medio litro de vodka.

—Ah...

Así que por eso estaban tan animados; estaban borrachos de verdad. Quiere reírse, pero está tan lleno de lágrimas y mocos que le sale una media carcajada silenciosa.

—Vuelve dentro con Kyle —le dice Marc.

Anthony alza la barbilla para mirarle fijamente entre las pestañas mojadas.

—Es por eso que has venido aquí, ¿no? —prosigue—. Porque yo estaba ahí dentro y te sentías culpable, porque lo dejamos de una forma extraña y no estabas seguro de que se hubiera terminado. —Levanta una mano—. Pues ya ves que era una tontería.

Se hace un incómodo silencio, y como él no dice nada, Marc vuelve a hablar.

—Solo fue sexo —repite.

No era una pregunta, por eso es todavía más doloroso cuando Anthony asiente de forma queda dándole una respuesta.

Ahora es él quien necesita la chaqueta. Se le han congelado los dedos de los pies, y de las manos, y todas las partes del cuerpo. Tiene que cerrarlos y abrirlos para asegurarse de que no los ha perdido.

Anthony se tira en él, y le sumerge en un abrazo que le pega el moflete al pecho. Es fascinante, porque no sabía que se podía sentir tanto dolor sin ningún objeto físico clavado en alguna parte.

Es impresionante hasta que pueda seguir hablando. No sabe cómo lo consigue con la lava que le está quemando los pulmones.

—Pues venga, no te preocupes por eso. —Le da una pequeña palmada—. Me gusta mucho ser tu hermano mayor —y esboza una endeble sonrisa que Anthony no ve—. Aunque sea desde... No lo sé, desde “ayer” —completa con descuido.

Anthony le coge la mano.

—Desde ayer y para siempre —afirma rotundamente, como si ese tema no tuviese derecho siquiera a mencionarse.

Marc le mira. Anthony es un manojo de nervios. Lo mismo está llorando un río que flechando las cejas con una confianza absoluta mientras dice cosas como esa.

Con cariño y sin moverse, tira de su mano en dirección a la puerta.

—Venga, ve con él —dice.

Anthony niega, y Marc frunce el entrecejo cuando se le separa para volver al poyete.

No tiene tiempo para esto, necesita que se vaya ya de aquí. No sabe cuánto tiempo más va a aguantar él.

—¿Qué vas a hacer si no?

El menor camina por el espacio reducido, con lentitud y a ninguna parte.

—No tiene ningún sentido que estés aquí. Le quieres. Te quiere. Está ahí dentro. Venga —Se corta cuando Anthony habla muy bajito, porque si no no puede oírle.

—No digas eso, por favor.

—¿El qué? —Aprieta las cejas con una sonrisa de absoluta incompreensión—. ¿Que te quiere?

Anthony asiente.

—¿Crees que no te quiere? —se jacta incrédulo.

Debe ser una puta broma.

Anthony no contesta con palabras, solo solloza.

—Anthony, eso es ridículo. Kyle te quie... —intenta decir.

—Kyle está feliz con Noah —zanja, levantando la voz quebrada, pero solo porque es incapaz de controlar el tono o el timbre.

—¿Qué?

—Noah le hace feliz —dice, y añade, como si fuese testamento irrefutable—: Yo lo he visto.

Marc le aparta las muñecas. Anthony le encara tímidamente, no llega a alzar la barbilla.

—¿Y crees que tú no lo harás?

—Sé lo que me ha dicho —habla muy bajito—, pero se ha equivocado —asegura completamente en serio—. Puede... Puede que antes sí, no lo sé... Pero hace meses que ya no hablamos. Le mando mensajes y me evita, no quiere quedar con nosotros..., y sé que es por mi culpa, porque es desde el día que nos peleamos en la cafetería, no soy tonto. Puede que antes sintiera algo —asiente convencido—, y por eso lo ha dicho, pero ahora no. Ahora... Ahora está feliz con Noah. Sí, tiene que haberse referido a que me quería *antes*, y yo lo he entendido mal... Había mucho ruido dentro, con la música, y con todas esas personas... Y es... Y además es complicado, porque yo no sé si él...

—*Complicado* —repite Marc.

El azabache le observa mientras se monta toda una película. Anthony habla, y habla, cada vez más rápido; no se calla. Él lo hace más despacio:

—Eres tonto —afirma cuando se da cuenta—. Si encuentras a alguien a quien poder querer y te quiere de vuelta —Intenta no decir palabrotas, lo intenta con todas sus fuerzas—, ¿qué *puto* miserable motivo *de mierda* puede haber para no correr a irte con él de una *puta* vez —y añade más alto—: *joder?*

El chico no le ha escuchado. Está musitando una cosa tras otra con cada vez menos sentido, y se repite en muchas partes sin despegar la vista de los pies.

—Anthony, mírame. —Le obliga a hacerlo con el índice. Está incómodo, furioso, triste con esta situación absurda; pero cuando los verdes le encaran con las pupilas temblorosas y en completo silencio, su ceño se destensa solo.

Lo que le sale es una sonrisa. Fina, endeble; pero hasta enseña un poco los

dientes. A Anthony se le ve tan perdido y tan confuso que no había otra reacción posible. Parece un cachorrito al que le han enseñado la chuchería, pero que no termina de fiarse.

De verdad que es tonto.

Marc se lo aclara muy lento, para que se entere bien:

—Kyle solo está con Noah porque tú estabas conmigo —dice, porque hasta un niño de cinco años lo habría visto—. Habéis hecho la misma estupidez... Tú y él sois iguales. —Le frota el hombro para protegerle del frío.

Anthony niega. Parece que solo se ha quedado con la quinta parte de lo que Marc ha dicho: Kyle está con Noah. Así que de todas formas nada de esto tiene sentido. Ni que él lo esté considerando, ni que Kyle le haya confesado que...

—Dios mío —susurra de pronto. Está mirando tan fijamente un punto sobre su hombro que Marc hasta se da la vuelta para ver qué es. Pero no hay nada, solo es un cielo que va tirando a gris. Parece que se está nublando—. Kyle ha dejado a Noah —musita sin parpadear cuando se da cuenta.

El pelo despeinado sin gomina.

La colonia pija que no se ha echado.

¡Llevaba las *Sinverse* sin marca, las del súper!

Y el fino moratón en su mejilla... ¿Es de un dedo?

Le posa la mano en la cara a Marc, que no comprende qué hace pero se queda quieto. Tampoco se mueve cuando Anthony la separa y la mueve, despacio, recreando una bofetada a cámara lenta que en realidad es una caricia.

—¿Qué pasa? —pregunta con las cejas fruncidas.

—Quiero ir a casa —consigue articular. De repente parece que le entra mucha prisa, porque dispara las palabras casi sin espacio—. Por favor, llévame a casa.

—¿No vas a entrar? —Marc señala la puerta con el pulgar. Anthony ya está bajando por la escalera de emergencia.

—¡Tengo que ir a casa, por favor, llévame a casa! —grita desde abajo.

Cuando Marc pisa tierra firme, Anthony ya está al lado del coche cerrado. No despega los pies, pero bota de arriba abajo como un muelle flojo.

El azabache cierra la puerta, arranca. Y parece que a él también le entra prisa.

No supera el límite de seguridad, pero se salta algunos semáforos porque hay pocos coches en la carretera, y porque Anthony está ocupado en musitar cosas que no comprende y no se está dando cuenta, así que no le regaña.

Anthony está muy feliz, y él tiene que ser rápido.

Suerte que la casa no está muy lejos, menos aún en coche. No ha puesto el punto muerto cuando Anthony se baja y corre a la casa.

Marc sube la escalera en silencio, y encuentra al chico escarbando en una montaña de ropa y bolsas de plástico de su cuarto.

—Voy a casa de Kyle —susurra, porque mamá y Annie estarán ya durmiendo. La única luz encendida es esta.

Recostado en el marco de la puerta, Marc le mira.

—¿Quieres que te acerque? —imita su tono.

Anthony se levanta de un salto, se pone a rebuscar ahora en el armario.

—No —niega enseguida. Y se detiene, y le mira—. Puedes volver a la graduación... No quiero que te la pierdas por mi culpa.

Marc asiente, despacio. Observa las prendas que van volando del armario y decoran todavía más el suelo.

—Sí, igual hago eso —dice, metiendo las manos en los bolsillos.

Anthony tiene que darse mucha prisa.

—Jolines, ¿dónde está...? —farfulla el chico, revoloteando por la habitación. Él contempla estático el huracán de basura cambiar de sitio. Lo que estaba en la cama va a la silla, lo que estaba en el escritorio va a la esquina de la ventana.

—¿Qué buscas?

—Una sudadera... —Se señala el cuerpo—, es como roja, y negra, y tiene aquí una cosa...

No muy confiado, porque a saber lo que puede salir de ahí debajo, Marc se agacha y levanta una prenda con un dedo.

—¿Es esta?

Anthony termina de revisar la zona de detrás de la cama como un pollo descabezado antes de mirarle.

Más deprisa.

—¡Sí! —exclama en un susurro. Y con eso y una bolsa, apaga la luz y sale corriendo del cuarto... Antes de volver atrás.

Le impacta en el pecho en un abrazo que Marc no se espera, y su espalda choca con la pared del pasillo en un sonido hueco. Sus azules se abren en la oscuridad con el escaso filtro azul de la Luna.

—Te quiero, Marc —dice. Cuando separa la barbilla y le mira, suelta una risita que es breve, pero que se queda en su rostro en forma de una brillante sonrisa.

Tiene las mejillas levantadas, pero sus ojos todavía están hinchados y rojos de haber llorado. El verde se le ve más claro.

Marc se ríe por la nariz, y le devuelve el abrazo. Le estruja la espalda, muy fuerte, comprimiéndolo contra él, durante un momento que se hace muy breve.

—Y yo a ti, hermanito —dice.

Rápido, por favor.

Anthony se despide con la mano antes de salir corriendo. Baja la escalera de un vuelo y cierra la puerta con mucho cuidado justo antes de echar a correr por la calle.

Bien.

Le ha dado tiempo a terminar con todo esto antes de pararse a pensar.

A paso parsimonioso, Marc se acerca a la ventana. Está chispeando, pero Anthony no ha cogido paraguas ni tiene pinta de que vaya a volver a por uno.

El azabache respira muy despacio, pero el corazón le late muy deprisa.

Le está gritando una barbaridad. Le insulta una cantidad de palabras que seguro que no aparecen en el diccionario. Le dice que se está equivocando, que sus pies no tienen que estar estáticos aquí, que tienen que estar moviéndose y muy deprisa en la dirección a la que apuntan sus ojos.

En lugar de eso, abre la ventana. Se sienta en la madera y le ve correr ya muy lejos, pisando los pequeños charcos sin intentar esquivarlos.

Le da la razón a su pecho, porque se muere de ganas de bajar esa escalera, de abrir esa puerta y de salir a buscarle bajo esta lluvia que moja el césped y repiquetea en el techo del coche.

Pero lo suyo fue un error.

Lo empezó él, una noche que bebió algo de más en el Trébol, y lo continuó Anthony otra distinta. Un error, más otro error. Un error al que se acostumbraron y repitieron todas las noches que se enredaban juntos entre las sábanas, en un mar de caricias...

Coge aire, y con la mano temblorosa se saca un cigarrillo que le cuesta prender. Anthony odia el olor a tabaco, pero da igual. Hoy no va a dormir aquí.

Tiene que presionar el pulsador varias veces, y a la llama le cuesta mantenerse. Se queda pequeña en mitad de la humedad.

Supone que ni sus caricias, ni sus abrazos, ni sus besos, han sido suficientes. Que Anthony no ha sentido esas cosas como las sentía él. Ni el beso en la orilla del río, ni sus mañanas en la ducha, ni sus noches en la cama... ¿Fue todo por pena, por curiosidad simplemente, o de verdad hubo alguna chispa de sentimiento que él no ha sabido alimentar?

Ya no lo va a saber nunca.

—Así que no le quiero —exhala, cansado—, porque al final estoy dejándolo ir —se jacta en una carcajada ronca; pero es mentira, porque sabe que nunca lo ha tenido.

Duele.

Es espantoso.

Le está quemando el pecho y le dificulta el respirar. Ladea la cabeza a ambos lados antes de dar una fuerte calada.

No importa. ¿Qué iban a estar, toda la vida sin pasear cogidos de la mano? ¿Sin hablarle a su familia de su relación? ¿Sin casarse o vivir juntos? Una historia sin álbum de fotos, una mentira tras otra: a Ellen, a Annie, a sus amigos... Un mundo colorido, sin duda; pero tremendamente inestable.

Sus labios se separan liberando una larga llamarada de humo blanco. Anthony no se merece eso.

Y ese payaso de Kyle le quiere bien.

Además, Anthony le quiere a él, así que...

—No es *complicado* —susurra, escondiendo sus azules detrás de las pestañas.

Inclina las facciones a un cielo cubierto de nubes, degustando sin querer el insípido sabor que porta la lluvia. Su flequillo negro se le pega a la frente un

poco más con cada gota, y el contorno de sus ojos se inunda.

—Es de una simplicidad que asusta —musita.

- 29 -
“Loco”

—El lunes vamos al yate. Ya le he dicho a Pit que lo prepare —dice Noah mientras revisa *InstaFlash*. Unos pasos atrás, con una pila de bolsas considerable, camina Kyle—. ¿O prefieres ir al restaurante de la otra vez? Ese del postre que me gustó tanto... ¿Cómo se llamaba?

Se da la vuelta, y el mayor niega de forma queda. Noah bufa.

—Bueno, como se llame. Pues podemos ir a ese, o si no al italiano de la semana pasada.

Kyle, con la vista en sus zapatos, coge aire por decimonovena vez en el día, pero tal y como en el centro comercial, en la heladería, y en todo el camino hasta aquí; tampoco ahora le fluyen las palabras. El cielo está oscureciéndose poco a poco, el Sol ya queda por debajo de la línea de edificios. Están llegando a casa de Noah.

Aprieta los ojos.

—...se lo he dicho un montón de veces, pero siempre se equivoca en lo mismo —sigue hablando mientras busca la llave de casa—. ¿Es tan difícil de entender? Vainilla sí, fresa no. Yo creo que es bastante fácil.

—Esto no funciona —susurra Kyle, tan bajito que no se le escucha. Le solapa la voz de Noah, pero incluso el tintineo del metal lo hubiese hecho.

Noah entra, se quita los zapatos, prende la luz y se pierde por el pasillo. Tarda unos segundos largos en darse cuenta de que está hablando solo.

—¿Kyle? —Le llama desde lejos, y se aproxima. Sujeta la puerta con la palma abierta—. ¿Qué haces? Venga, pasa. Deja las bolsas por aquí.
—Señaliza un círculo en la entrada.

—Esto no funciona —habla Kyle en voz alta.

—¿Qué cosa? —Como parece que su novio está empanado, él mismo le

quita las bolsas y las deja tiradas en el suelo.

Las contempla con los brazos en jarra y bien orgulloso. Ha comprado un montón de ropa, va a tener que hacer sitio en el armario.

—Noah —le nombra Kyle, porque no le está mirando. El chico se pone a rebuscar algo en las bolsas, y él traga saliva. Empieza con buen pie, pero conforme avanza se le oye cada vez más bajo—. He estado pensando en esto muchas noches... —se pronuncia vagamente, con las cejas rectas y una capa de antiojeras que Noah le ha puesto esta mañana para cubrirle el morado de los últimos meses, que le ha estado costando dormir.

No sigue hablando, y precisamente por eso, consigue la atención del chico.

—¿Pensando en qué? —pregunta fastidiado. ¿Por qué siguen aquí de pie? Quiere tumbarse en el sofá a ver algo. Pueden pedir comida. Tailandesa puede ser. A Kyle le gustaba la tailandesa.

—Esto no va a funcionar —repite Kyle, concentrado en sacar de su cabeza las palabras en el orden correcto. Noah tiene que hacer un esfuerzo por entender qué está musitando—. Te agradezco que intentes todo esto, pero no... No ha cambiado nada... Y yo ya no sé qué hacer...

Despacio, Noah da un par de pasos. No cruza la línea de la puerta porque solo lleva los calcetines.

—Todo lo que veo, todo lo que escucho... —prosigue su balbuceo casi ininteligible—. El color verde de los árboles que se parecen al de sus ojos..., cuando escucho una risa infantil de alguien de la calle y se parece a la suya...

Desde la casa, el menor le observa en silencio. Kyle tiene la mirada anclada al suelo. Solo puede intuirle los ojos porque la gomina le mantiene bien sujeto el flequillo.

—Me paso los días pensando en... En lo mucho que me gustaría ser la última persona que viese por la noche, y la primera por el día... Sueño con él, sueño que puedo besarlo sin que me mire raro o me odie... Yo... Pienso en él cada minuto del día...

Kyle coge aire a trompicones, los ojos se le han enrojecido. Noah ladea la barbilla.

—Estoy perdidamente enamorado de él —admite Kyle. Levanta los

hombros, y los deja caer—. Pero es que no quiero dejar de estarlo —añade, con la voz rota y una seguridad pasmosa.

Kyle ya no sigue hablando, por eso el silencio se estira como un chicle.

Los ojos de Noah pasean con desinterés por el trozo de césped. El aspersor debe haberse desactivado hace poco, hay agua en algunos mechones.

En el espacio entre los setos de la entrada, justo detrás del cabizbajo Kyle, ve pasar un coche negro ronroneando. Cuando llega al final de la calle y gira en el cruce, el sonido desaparece. No se escucha nada más.

Frunce las cejas.

—Así que es un chico —es lo único que responde.

Kyle asiente sin articular palabra.

Noah se cambia el peso de pierna, y cruza los brazos sobre el pecho. Él tampoco le está mirando.

—Es ese Anthony —afirma muy rápido. La expresión rota que hace Kyle es suficiente confirmación—. Por eso te fuiste corriendo del barco. No es que seas altruista ni que te preocupes mucho por los demás, es que te preocupas por él —comprende. En cuanto termina de encajar las piezas, tira una carcajada seca que no expresa un solo sentimiento—. Por eso te has puesto de fondo en el móvil esa foto con tus amigos. Porque sales pegado a él.

Kyle sube la cabeza para verle, pero la baja apurado en cuanto roza sus ojos felinos.

Sobre sus antebrazos, el menor aprieta los dedos. Forman arrugas en la tela de su impecable camisa.

—Está con otro —le informa Noah, como si él no lo supiese, y la punta de su pie empieza un repiqueteo casi inaudible sobre la piedra.

Kyle se encoge de hombros sin energía.

—Me da igual —murmura.

Noah coge aire, y sus pataditas se vuelven más rápidas. Todo esto debe ser una maldita broma.

Una broma sin gracia, que le está haciendo perder el tiempo.

—Siento que tener sexo contigo es engañarle —confiesa Kyle. Y después de un larguísimo segundo, no lo ha pensado bien, cuando añade—: Incluso si

ninguno de los dos sentimos nada.

Los ojos verdes se muestran en su totalidad.

Es un paso, y luego otro; y necesita ponerse de puntillas por un momento. Una mano veloz rasga el viento y quiebra el silencio en una sonora bofetada que retumba en todo el vecindario.

Descolocado y con una mano sujetándose la mejilla, los marrones le miran muy abiertos, hasta ha tenido que dar un paso atrás para no irse al suelo.

Noah tiene el ceño fruncido exageradamente. Nunca le había visto enfadado de verdad. Se ha dado cuenta ahora mismo por cómo sus pequeños puños se aprietan con furia y sus párpados expresan desidia.

—Noah —exhala. Le palpita todo el lateral de la cara, y no lo siente. Sabe que sigue ahí porque lo está sujetando con la palma para que no se le caiga—. Lo siento. Yo no... No pensaba que tú...

No termina la frase, no se atreve. Aunque esos ojos centellen furiosos retándole a hacerlo.

—...Me gustaría mucho ser tu amigo —completa, en su lugar.

—¿Amigos? —repite incrédulo. Mira a su alrededor, como buscando a alguien para asegurarse de haber escuchado correctamente. Luego rompe a reír en unas carcajadas, cortas y aceleradas—. ¿Para qué iba a querer hacer eso? ¡Si solo eres un idiota, no tienes nada! Lo único que quiero de ti es tu pene, pero si ya no quieres seguir haciendo esto, solo esfúmate.

Su palma se eleva despreocupada al aire, esperando a que lo haga. El mayor le mira de soslayo.

Como se queda parado como un estúpido, es Noah quien se da la vuelta. Escucha sus pasos por la piedra, pero no la puerta.

Kyle va a decir algo, probablemente otra disculpa torpe y completamente inútil, pero el menor se pronuncia primero.

—Si te vas —le amenaza, cortante y sin un atisbo de enfado o tristeza en las cuerdas—, ya no querré saber nada más de ti —sentencia—. Nunca, nunca más.

Kyle le mira la espalda. Se lleva una mano al hombro sin saber qué contestar. Es evidente que Noah está esperando a que diga algo, por eso se ha quedado a un paso de cruzar la puerta de casa en vez de entrar y cerrarla de

un portazo.

Pero él ya no tiene nada que decidir.

—Lo siento, Noah —dice, y se le acerca.

Noah se aleja más rápido.

—¡No me toques! —chilla de pronto, hace a Kyle dar un respingo—. ¡Ni se te ocurra tocarme!

Kyle retrocede varios metros con las palmas levantadas a la altura de las caderas, en señal de disculpa inmediata.

Otra vez pegado al muro de la calle, se toca la nuca y separa los labios varias veces sin llegar a ejecutar palabras, porque no encuentra una frase que decir. Ni siquiera sabe si realmente hay una, pero Noah no se va. No entra en casa ni tampoco le mira.

—Yo no soy la persona para ti —dice al final—. De verdad espero que seas feliz, pero yo no... Yo no soy para ti.

—Cállate —ordena en voz baja.

Kyle sigue hablando de todas formas.

—Eres una buena persona. Te mereces algo más que esto, pero yo no puedo... quererte.

—Cállate...

—Encontrarás a alguien que te haga feliz. —Encoge un hombro—. Ni siquiera creo que te lleve mucho tiempo, eres...

—¡Cállate! —le encara de lejos—. ¡Cállate! ¡No te atrevas a hablar como si me conocieras! ¡Tú no me conoces, no tienes ni idea de como soy! ¡Y yo no necesito encontrar a nadie!

Está gritando desmesuradamente, tienen que estar escuchándole todos los vecinos.

—¡Lárgate de una vez! ¡Vete a tu casa a llorar a por ese que pasa de ti! ¡Porque no te quiere, ni nunca te va a querer! ¡Está con otro y con razón porque tú eres imbécil!

—Lo siento mucho... —La voz del menor le solapa.

—¡Has sido una pérdida de tiempo, y follas de pena, ¿lo sabías?! ¡Me aburres siempre, porque acabas rápido como un viejo asqueroso! ¡Muérete!

—vocifera.

—Noah...

—¡¡Que te mueras!! —chilla.

La madera retumba en un portazo que mece el arbusto de al lado.

A solas y en mitad del silencio, Kyle se mira los zapatos.

—Lo siento mucho —musita sin voz.



Se repasa el moratón con dos dedos.

Todavía le duele un poco si hace presión, pero ya no está hinchado.

Arrastrando los pies por el asfalto, el ladrido de los perros de las casas por las que va pasando le mantienen despierto. La única luz es la de las farolas y el cielo está gris. La primera gota de lluvia le cae en la mejilla, y rápidamente la acompañan otras cientos.

No está lejos de casa, pero cada vez llueve más fuerte. Se forman charcos en las abolladuras del asfalto.

¿Por qué mierda está lloviendo tanto? Se supone que es verano, tiene que hacer calor.

Se sube la cremallera de la chaqueta, agarra la correa de la funda de la guitarra y camina más deprisa. Pasa el puente, y el bajo del pantalón se le llena de agua cuando pisa un charco.

Suelta una bocanada que le vacía los pulmones. Dobla la última esquina, pero ya, empapado hasta los bóxers, desacelera el paso.

Cierra los ojos. No quiere volver a casa. No tiene ganas de meterse en la cama... O sí, para no salir. No sabe.

Lo que quiere es despertarse mañana y que este día no haya existido.

Cuando los abre, sus ojos se fijan en la figura al final de la calle. Bajo la visera de la puerta de casa, que no puede llegar a considerarse un porche, hay un punto blanco difuminado entre la lluvia.

Camina más lento, confundido. Cuando distingue mejor las formas, lo ralentiza hasta prácticamente el cero.

Anthony sujeta una bolsa con las dos manos, y tiene una sudadera echada sobre los hombros que se quita cuando se levanta del suelo.

¿Qué está haciendo aquí?

Mira a ambos lados de la calle vacía, buscando entenderlo. Dibuja la silueta un poco mejor a cada paso, y su boca se queda en una línea recta mientras sus párpados se levantan. La bolsa blanca está calada por fuera, el material se pega al contenido y puede entrever lo que es: sus videojuegos. Las caratulas rectangulares y coloridas que compró hace meses.

Lo confirma con dos pasos más, cuando diferencia el logo rojo de la tienda en el plástico. Lo que lleva en la otra mano le cuesta más reconocerlo, porque hacía siglos que la había perdido de vista: es su sudadera de *DeadPool*.

Deja de caminar. A tres metros de la puerta, simplemente se queda quieto. Anthony ha venido a devolverle sus cosas.

—¿Kyle? —Suenan difuso entre la lluvia.

¿Por qué hoy? ¿Por qué ahora?

Kyle no siente los dedos de las manos.

No ha tenido frío en todo el camino, pero ahora sí. Ahora dos témpanos de hielo se le han formado entre las costillas.

No puede respirar. Su cerebro está ordenando que lo haga, pero sus pulmones simplemente no quieren hacerlo.

Da un inseguro paso, luego otro del mismo modo. La cinta se le resbala del hombro y se le cae la guitarra cuando hinca las rodillas en los charcos. El plástico duro crea un estruendo y las cuerdas de acero se quedan rebotando en un sonido elástico. Se aferra a las piernas del castaño sin levantar la cabeza.

—¡Por favor, no me dejes! —grita muy alto, por encima del repiqueteo del agua, definitivamente por encima de la tranquilidad de la noche—. ¡Olvida lo que he dicho antes pero por favor no me odies, no me echés de tu vida!

Anthony no puede moverse o hablar, porque Kyle le tiene apresado sin siquiera mirarle y porque grita mucho más alto que el fino hilo de voz que le sale a él.

Los videojuegos hacen un golpe seco cuando se le cae la bolsa.

—¡O sal también conmigo! —exclama Kyle de pronto, cortando lo que él mismo estaba balbuceando antes. Frota la cabeza contra sus piernas—. A mí no me importa que estés con él. Ni siquiera tienes que quererme, solo déjame estar contigo —jadea.

—...Kyle...

Kyle no le deja hablar, tampoco le mira.

—¡Déjame quedarme en tu vida, por favor! ¡Haré todo lo que quieras, te daré todo lo que me pidas! —solloza en voz alta—. ¡Por favor, Anthz...!
—Se le corta la voz, y gime tragando saliva—. Por favor, por favor... Por favor...

Anthony quiere decirle que se calle, que es un idiota y solo está diciendo idioteces, pero no le sale la voz como para elevarla sobre la suya.

Se cubre la cara con el antebrazo, y Kyle jadea cuando le siente temblar. Le escala las piernas y el cuerpo, se pone en pie buscándole los ojos.

—Lo siento, te he hecho llorar, lo siento mucho.

No sabe si tocarle, no sabe si apartarle las muñecas o empeorará todavía más las cosas. Le rodea y le busca los ojos. Anthony retrocede un paso, y su espalda choca con la madera de la puerta.

—No... No llores... Soy un estúpido. Lo siento mucho... —Horrorizado, repara en las manchas de barro que tiene Anthony por toda la ropa, y en el raspón en el lateral de su mano. Parece reciente, como si acabase de tropezar. También tiene las rodillas del pantalón y los hombros mojados.

—¿Cómo te voy a echar de mi vida, idiota...? —gimotea Anthony, y se sobre la nariz. Kyle se calla por fin, de forma súbita para poder oírle. En un estremecimiento que le encoge los pulmones, él consigue hablar—...Si lo que quiero es pasarla contigo.

Se le queda mirando intentando descifrar qué ha querido decir exactamente. La electricidad vuela rápido por su cerebro repitiendo las palabras pero sin asegurar qué pasa. No se atreve a sacar nada en claro. Su corazón no soportaría expandirse con una veta de esperanza y luego tener que desecharla y volver a contraerse.

—No quiero a Marc —jadea. Los ojos marrones no le quitan la vista de encima, ni siquiera pestañean—. Siempre has sido tú. —Se aparta las lágrimas con las muñecas—. ¡Idiota! ¡Retrasado!

Él coge aire en una bocanada entrecortada.

—Anthz —le nombra en un susurro, confuso y con las venas a punto de

explotar entre latidos. Le quema la sangre, puede sentirla fluir bajo la piel—. ¿Entonces... Por qué...?

Anthony inhala hondo, afina las cejas, y consigue encararle con el labio tembloroso y los ojos rojos.

—¿Por qué saliste tú con Noah? —le pregunta firme. No es un reproche, es una cuestión.

Kyle dubita. Le mira con las cejas curvadas y los dientes apretados en el labio cerrado. Tiene el flequillo pegado a la frente, y le cuesta tanto respirar entre las lágrimas, la lluvia y el desconcierto; que cuando suelta el poco aire que le quedaba su pecho entero se desinfla y se deshace.

—Para dejar de quererte.

Anthony desvía la vista, y a Kyle se le aprieta el pecho, porque parece que eso ha hecho que lllore todavía más.

Kyle entiende menos cuando le ve sonreír mirando los setos.

—Se suponía que eras hetero —musita Anthony, en una carcajada que no cuenta ni como suspiro.

Tiene que pestañear varias veces. Muchas veces.

¿...Es posible?

¿Es posible que los dos sean exactamente igual de idiotas?

—Anthz. —Kyle avanza un paso desesperado. No le toca, no llega a pegarse. Sus cuerpos se quedan distanciados por un espacio ridículo en el que casi pueden verse saltar chispas.

Kyle con la barbilla inclinada hacia abajo, Anthony con la barbilla inclinada hacia arriba; el frío le cala los huesos y el agua les ha pegado las prendas al cuerpo como una pegatina.

Están muy cerca.

Anthony separa los labios, y balbucea algo que no significa nada porque se le olvida que tiene que mover la lengua y acaba soltando solo aire.

Kyle le coge el rostro con las manos y las palmas de las finas muñecas se le ponen en el pecho. Su frente se apoya en la otra, y Anthony le enreda los dedos en la camisa, sintiéndose absorbido por la profundidad de los ojos café.

—Cuando estoy contigo todo está bien —musita Anthony. Kyle solo entiende su lamento porque está acostumbrado a que lllore por todo. Le

acaricia las mejillas con los pulgares y le mira mientras él intenta hablar—. Tú me haces muy feliz, Kyle... Y yo quiero hacerte feliz también. Quiero verte todos los días, quiero vivir contigo, y quiero... Quiero besarte —confiesa muy bajito, como si fuese el mayor de los pecados.

Pensaba que iba a ser extremadamente complicado o imposible afrontarle, pero al contrario. Es lo más fácil que ha hecho nunca: cuando los verdes le miran, se queda en ellos.

—Te quiero, Kyle —sonríe entre lágrimas.

Su pecho se eleva y se contrae exageradamente hasta límites que no deben ser sanos, pero lo que le invade no duele en absoluto. Una rápida y certera estocada de un extraño tipo de placer le conquista la integridad en un momento.

Es como si estuviese viendo al universo nacer, y avanzar. Explota justo en su pupila y se expande en todas direcciones, pero muy deprisa. Todo cobra sentido al mismo tiempo.

—Te quiero mucho... —repite el menor, porque no responde.

Kyle esboza una larga sonrisa, porque es absurdo que después de tantos años fantaseando no haya podido ver venir esto. No ha sido capaz de imaginar a Anthony, nervioso, rodando la punta del zapato empapado en el suelo, mirándole detrás de los mechones mientras le dice que le quiere.

Es la visión más celestial que podría tener el privilegio de ver en esta vida y en todas las siguientes.

No puede aguantarlo más. Kyle envuelve la fina cintura desesperadamente, le atrapa en un abrazo que le aprieta contra él buscando ensamblar sus cuerpos; y rompe a llorar.

—¡Anthz...! —solloza en voz alta.

Gime, jadea, y traga saliva para que no se le escape. Esconde la cabeza y la nariz en el cuello de Anthony, y se aferra a él con todas sus fuerzas para no tener que salir nunca de ahí.

—Kyle... —Anthony también está llorando. Los finos dedos se hincan en su espalda buscando el mismo contacto, la misma fusión. Su voz se eleva en la noche como un maullido roto.

—Anthz... Mi Anthz... —Lo acuna entre sus brazos. Le besa la frente,

sepultada por un puñado de mechones mojados; y las mejillas, coloreadas pero frías y empapadas.

Anthony se ríe cuando le regala centenares de besos dulces en la mullida bolita de su moflete, y luego sigue llorando, y se ríe otra vez tornando los polos sin control.

Apenas se entiende qué está balbuceando, apenas se le oye, pero hay una cosa que está diciendo todo el rato:

Su nombre.

La lluvia rodea el minúsculo rectángulo a cubierto y lo oscurece todo. El repiqueteo de las gotas desbordando los charcos ahoga todo lo que queda en el exterior, y el cielo ennegrecido dificulta la visión. Es como si no existiese más realidad que la que pisan sus pies pegados a los otros y sus cuerpos unidos sin un espacio.

Quiere decirle que por favor deje de llorar. Que le gusta más su carita de cuando está feliz, no así toda cubierta de agua. Pero estaría siendo hipócrita porque él tampoco puede parar de hacerlo.

Anthony tiene que ponerse de puntillas para elevarse, pero Kyle también se agacha, y le rodea las caderas para ayudarle a mantenerse sobre las puntas. Se dan cuenta de lo cerca que están el uno del otro cuando el aliento les roza los labios y sus pupilas quedan enlazadas en una diagonal muy corta.

Kyle sonríe, porque el corazón le presiona los pulmones buscando salir y ensamblarse de una bendita vez con el otro, pero no es el único.

Cierra los ojos. Anthony también debe estar escuchándolo latir. Espera que lo esté escuchando, porque le está gritando cosas que él mismo no sabría decir con las palabras.

Es Anthony quien se acerca, o es él, no lo sabe; la escena se vuelve confusa y se difumina en la nimiedad: sus labios se unen, presionan con excesiva calma y sutileza los otros, pidiendo tímidamente un permiso que en realidad nunca hizo falta.

Está besando a Anthony.

Sus pequeños labios le acarician despacio, despliegan una suavidad tan fina que le refresca la piel por fuera y la prende por dentro.

Son aún más dulces de lo que recordaba.

La mano de Anthony se posa en su mejilla, y él se acaricia contra ella.

—Te quiero, Kyle... —susurra, pero no le da tiempo a contestarle: le da

otro pequeño toque, seguido de uno un poco más largo. No puede dejar de besarle. Le había echado tanto de menos... Su olor, su calor, su cuerpo, su sonrisa... A todo él, entero.

Kyle quiere responderle que él también, pero le tiemblan las manos, esta sensación celestial le satura las venas y en sus sienes rebota un susurro con las únicas palabras que necesitaba escuchar: Anthony le quiere. Ha venido corriendo, empapándose y a estas horas de la noche solo para decirle que le ha elegido a él.

Que siempre ha sido él.

Anthony gime, y él le aprieta más fuerte. Es como si su corazón quisiera arrancarse de su pecho para ponérselo en la mano.

Tiene muchas ganas de llorar. Y le duele el pecho; le va a dar un infarto. Pero ya no puede hacer más, ya no puede acercarse más. Ya no se puede ser más feliz.

Por fuerza este tiene que ser el límite.

Se acuerdan muy tarde de que tienen que respirar, y lo hacen por la boca, pero se niegan a separarse y acaban robándose el escaso aliento el uno al otro. Anthony suelta una risita, y él sonrío con los ojos cerrados.

No quiere abrirlos. No soportaría abrirlos y que todo esto resulte ser solo un sueño cruel... Pero cuando Anthony le echa los brazos a los hombros y le regala un aluvión de minibesos furiosos, tiene que abrirlos para no perder el equilibrio.

Se da de bruces con ellos. De cerca esos inmensos ojos verdes solo se vuelven más hermosos todavía. Vuelven el mundo de otro color.

Con los pulgares le perfila el contorno de la barbilla.

—Otra vez... —le pide Anthony, porque Kyle ha tensado la espalda y con su dichosa altura no le alcanza bien ni con los talones despegados del suelo.

Lo hace con una enorme sonrisa: une sus labios en un pequeño beso del que ni sus comisuras quieren desprenderse.

—Otra vez... —musita en cuanto se separa.

Kyle sonrío más ampliamente, y lo hace. Le levanta de la cintura y se enlaza sus piernas en las caderas cuando le sujeta contra la puerta, para que no tenga que estirarse.

Y si Anthony le pidiera que le baje el cielo, también lo haría. Aunque se cayesen las estrellas, aunque se acabase el mundo.

Hubiesen podido caer truenos a su alrededor, que sus labios no se habrían despegado para dejar paso a una sola brizna de aire.

¡Sobredosis de azúcar!

Cuando vuelve del baño, Kyle se levanta de inmediato de la orilla de la cama.

La ropa con barro de Anthony se ha quedado tendida en la bañera, y lleva una toalla sobre el pelo húmedo. Los padres de Kyle se despertarán si enciende el secador.

Cierra despacio, y camina por el cuarto haciendo un gurrño con los puños de la camiseta que le ha dejado Kyle, que le queda enorme.

—No he... —musita Kyle, tan bajo y tan mal que tiene que aclararse la voz y repetirlo. No le mira cuando señala la cama con descuido y se lleva una mano a la nuca—. No he montado la otra porque no sabía si querrías que... Tú y yo... —Está muy nervioso—. No sé, si quieres la monto...

Con las dos manos, Anthony envuelve la suya.

—No la montes —susurra. Le mira a través del flequillo mojado—. Vamos a dormir juntos...

El primero en colarse entre las sábanas es él, porque Kyle parece estar procesando las palabras, o haberse muerto de pie. Cuando le sigue y agarra la colcha para taparles, Anthony ve que le tiembla un poco la mano, pero cuando se enlaza con la suya nota que está muy caliente, así que no es de frío.

La luz que entra por la ventana es escasa. Dibuja una tira en cada rostro y todo lo demás queda difuminado en la nada.

—¿Quieres dormir...? —susurra Kyle. Anthony niega suavemente con la cabeza.

Entre sus cuerpos caben dos almohadas bien mullidas, ninguno se atreve a acercarse más. Sus dedos son los únicos que se están tocando. Bailan sobre los otros en una caricia que se antoja demasiado escasa.

Kyle no sabe qué decir. Anthony le está mirando, y de alguna forma él está consiguiendo mantenerle la mirada, aunque le cuesta respirar cuando está tan

cerca. Pero peor aún es cuando está lejos.

—Kyle... —Habla muy bajito—. ¿Por qué no me lo dijiste antes...?
—pregunta con fatiga. No le está culpando porque él tampoco ha tenido el valor de confesarse, solo le gustaría saberlo...

No comprende por qué, pero Kyle se ha puesto bastante serio de repente. No sabe si será solo la luz amarillenta de la Luna, que le incide de una forma extraña.

Él coge aire, y lo suelta con lentitud meneando la cabeza.

—Pues... —Mira los dibujos de la sábana bajera. Cuando regresa a los verdes los ve centellar esperando una respuesta. Kyle curva el entrecejo..., pero después su tono cambia drásticamente—. Sí que lo hice —afirma.

Su expresión también ha cambiado de pronto, está sonriendo.

—¿Lo hiciste...? —trata de recordar. ¡Pero si Kyle lo hubiese hecho se acordaría perfectamente!

—¡Muchas veces! —se queja con ímpetu—. Me da un poco de vergüenza reconocerlo, pero... —Piensa un ejemplo. No tiene que esforzarse, enseguida le vienen cuatro, y cinco, y seis... ¿...Cuántas veces ha intentado confesarse?—. ¿Te acuerdas de tu cumpleaños del año pasado?

Anthony asiente. No hace mucho de eso.

—¿Te acuerdas de lo que te regalé? Ese álbum con fotos nuestras, pegatinas y esas cosas... Vale. Pues en la funda del final metí una nota, pero eso no lo viste. —Carraspea—. Porque... Cuando terminó el cumple y subimos a tu cuarto, y tú fuiste al baño..., me entró el pánico, y... Me la comí —dice.

Anthony pestañea, y él lo escucha pestañear, porque se hace un silencio sepulcral.

—¿Que qué? —pregunta el menor.

—Que me... Que me la comí, la nota... —aclara con bochorno—, porque no quería que...

—¿Te comiste... Te comiste la nota? —repite.

Anthony, con la manga engurruñada, se tapa media boca.

—Sí, no sé... ¡Me agobié! —se defiende Kyle—. Me imaginé que venías, y la leías y te enfadabas, o pensabas que era broma... La cogí y la arrugué, pero no sabía dónde tirarla porque si la echaba a tu papelera podías verla, y si me la guardaba en el bolsillo igual se me caía... No sé, me imaginaba cosas. —Se excusa encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Te he dicho que soy idiota...

Anthony aparenta seriedad. Se está paseando tranquilamente la mano por la barbilla, pero le tiembla un montón el labio. Es evidente que se está aguantando la risa.

—¡Oye, no te rías de mí! —refunfuña él.

—¡Buajajaja! —estalla.

—Te vas a enterar —farfulla. Se venga lanzándole un ataque de cosquillas directas a la barriga.

—¡No, no! ¡Perdón, perdón! —Se aparta como puede en el minúsculo espacio, atrapado entre la pared. Se disculpa muy rápido y muy bajito en mitad de la noche... No le sirve de nada, esos dedos le secuestran de todas formas.

Anthony se revuelve y se encoge, y Kyle le persigue. Ha conseguido levantarle la camiseta, y no importa que intente protegerse porque cuando se cubre la barriga le ataca por arriba. Toda su piel es de un blanco que brilla y se vuelve rosa en algunas partes: sus hombros, sus mejillas, y sus pequeños pezones.

Cuando terminan de reírse han acertado un buen trecho entre sus cuerpos. Sus rodillas se están rozando, la mano de Anthony descansa sobre su pecho, enlazada con la suya.

—Me encanta tu carita sonrojada... —dice Kyle, en voz alta porque ya no le aguantaba más en la cabeza, pero en apenas un suspiro porque se muere de vergüenza.

Anthony se tapa bruscamente con la sábana.

—T-tonto... —se le escucha quejarse.

Kyle ve el bulto que crean sus pies al removerse nerviosos. Él también se mete en el pequeño búnker.

Aquí dentro se ve todavía menos. Apenas un filtro azul oscuro, por el color

de la colcha. Casi se le caen los dedos de los pies cuando Anthony le acaricia con los suyos. Los tiene congelados como un montón de finos cubitos de hielo.

—Tienes los piecitos fríos —sonríe Kyle, alejando un poco los suyos para no morir de hipotermia.

Anthony los aparta haciéndose una bolita bajo las sábanas, pero su mano grande le junta y le rodea las puntas de los pies para calentarlos.

Se pone a jugar con las mangas de la camiseta.

Ya vuelve Kyle a hacer sus cosas de siempre. Le controla el ritmo de los latidos cada vez que hace algo tonto, innecesario, y extremadamente dulce..., como esto.

—Te he echado de menos —confiesa, acariciándole la mano con el pulgar—. Mucho... —añade en un susurro.

—Y yo a ti, Anthz. No sabes cuánto —sonríe. Le mata que Anthony le esté mirando tan fijamente y desde tan cerca, pero no se esconde porque él tampoco quiere dejar de mirarle—. Tus mensajes tontos a las tantas de la mañana, tu cleptomanía con mis gorros y mis sudaderas, tu adorable risa de villano cuando me ganas jugando... —Suelta aire por la nariz, y aprieta una ceja—. Oye. Eres muy malo conmigo, sabes —bromea, como si acabase de darse cuenta.

Anthony se aproxima, reptando como un gusanito en horizontal. Kyle le presta su brazo para que lo use de almohada.

Se están acostumbrando a la falta de luz, porque ahora pueden dibujarse un poco más.

—Kyle —lo llama en un susurro para no molestar a nadie. Entonces sonríe con los labios, y con los ojos. Acaricia una de las bronceadas mejillas pero solo por encima, inseguro. No acaba de creerse que pueda hacerlo—. Se me hace raro estar así, tan juntos... —Suelta una risita—. Me lo había imaginado muchas veces... Siempre que te quedabas a dormir en casa.

Kyle tira unas carcajadas risueñas.

—Pero qué tontos somos —dice—. Yo me moría de ganas de pasarme una noche a tu cama, y abrazarte desde atrás..., y decírtelo todo... Me he

pasado noches enteras en vela intentando decidirme. Dormía fatal en tu casa —sonríe.

—Yo también quería hacer eso... No lo hice nunca porque pensaba que tú te enfadaría conmigo, o que te daría asco porque no era una chica...

A Kyle se le aprieta el pecho, duele mucho de pronto; imaginándose al pequeño Anthony de no hace tantos meses metido en la cama y triste, angustiado por esa completa estupidez que no tiene sentido ninguno.

—Mi vida, no vuelvas a pensar que yo podría tenerte asco nunca jamás —sentencia con una seguridad que no deja espacio para un alfiler de duda.

Anthony se ha quedado mudo. Entonces Kyle abre mucho los ojos, y la boca. Esconde la nariz en su brazo flexionado y se cubre la cara entera con la palma cuando se da cuenta de cómo le acaba de llamar.

—Lo siento —susurra escondido—. Es que... Así es como te llamo en mi cabeza..., y se me ha escapado... —Se va apagando.

—Me... Me ha gustado mucho... —apenas se le oye, peor aún cuando también se tapa la cara con las manos—. Y yo... A veces también...

Balbucean así, los dos; a escasos centímetros del otro y escondidos como dos críos que han roto un jarrón sin querer.

Terminan de acortar la distancia que los separa de golpe; cuando Kyle le agarra de la cintura y rueda para cambiar de posición. Le observa desde arriba, sonriente, con la barbilla en su pecho y los brazos bajo su cuerpo.

—Ojitos verdes —le llama, y acto seguido hunde la cara en su pecho, porque ya que más da, si ya sabe que es un cursi y un tonto... Y Anthony se derrite.

Ese es exactamente el verbo: se derrite, se desborda; sus trocitos solo se mantienen pegados y con forma para poder abrazarle y acariciarle las mejillas. Eleva los labios hasta los suyos en un casto beso.

Entumecido, Kyle le mira, pero no dice nada. Hay tantas cosas que quiere decirle que no le sale ni una.

No importa, porque Anthony puede leerlo en sus ojos café:

—Yo también —dice, y se le queda una tonta sonrisa.

Kyle se esconde y él se ríe. Le acaricia la cabeza sobre su pecho... Y curva las finas cejas cuando le toca el pelo. Lo tiene todavía mojado de la lluvia, y

tiene las orejas frías, igual que la nariz. Se suponía que iba a darse una ducha caliente detrás de él pero al final se ha metido en la cama y ya está.

No le da tiempo a regañarle. Kyle escala un poco, y la punta de su nariz le acaricia la piel robándole un estremecimiento.

Anthony tiene que sujetarse a sus hombros cuando le besa el cuello, y se lo muerde con suavidad, sin apenas marcarle; lo recorre en un extenso camino de pequeños besos.

Estira un poco la camiseta para mordisquearle una fina clavícula que queda a la vista, y Anthony gime como si no hubiese nadie más en la casa.

Kyle ni siquiera recuerda ese pequeño detalle, porque sus oídos han quedado bañados en oro. No sabe qué cosa buena ha podido hacer en otra vida para tener a Anthony gimiendo entre sus brazos con su cuerpecito tembloroso de placer...

Necesita volver a oírlo...

Anthony jadea cuando le acaricia la cintura, replegándole sin pretenderlo la camiseta hasta el ombligo.

Estira más el cuello de la prenda, no le importa darla de sí; y sigue descendiendo. Dibuja un sendero en su pecho que no conduce a ninguna parte, y luego lo manda todo a la porra, porque le levanta la camiseta y entra por debajo.

Los pezones de Anthony están muy duros. Lo sabe porque acaricia sin querer uno con la mejilla, y él vuelve a gemir. Se le aferra con una fuerza muy pobre, y su pecho sube y baja descontrolado cuando Kyle separa los labios, saca la punta de la lengua mirándole de soslayo, y va a catar uno...

—Kyle... —le nombra en un susurro, y le rodea las mejillas y las orejas.

Vuelve a la realidad cuando ve a Anthony con las pestañas entrecerradas, jadeando con la cabeza hundida en la almohada sin poder despegarla.

—Perdona —se disculpa enseguida.

Se hace a un lado y deja un pequeño espacio entre ambos, pero no ha debido de entender bien qué quería decir Anthony con ese jadeo que arrastraba su nombre, porque se le encarama encima.

—Kyle... —susurra, frotando la nariz en su pecho como un animal pidiendo cariño.

Cada vez que le escucha pronunciar de esa forma su nombre, envuelto en ese suspiro atontado, tan cerca y con tanta dulzura..., se le reblandecen los

músculos y el alma. Cuando sale de sus labios es una palabra totalmente distinta.

Y había echado tanto de menos su carita hermosa... Su vida se queda tan vacía si no está él...

—Kyle... —vuelve a decir, y por fin entiende que no está simplemente repitiendo su nombre. Anthony no para de empezar una frase que no se atreve a terminar.

—Dime, Anthz. —Le mete un mechón detrás de la oreja.

—...playa... —musita muy bajito. Es imposible que lo escuche, no se ha escuchado ni él. Carraspea, y coge aire y lo suelta con los ojos cerrados—. No lo soñaste.... Tú y yo, en la playa, por la noche..., en casa de Ryota..., en la terraza... —Sigue y sigue añadiendo complementos, pero no llega a pronunciar ningún verbo.

Da igual, Kyle lo entiende. Debe entenderlo, porque su cara entera se colorea de un rojo que se nota hasta sobre su piel bronceada.

—¿...Lo hicimos? —exhala. Anthony asiente mínimamente, pero no despega la frente de su pecho—. Vaya...

—...nfda... —farfulla con la tela en la boca.

—¿Qué? —pregunta mientras hila lo que pasó aquella noche. ¿Todo fue real? ¿Todo eso pasó...? ¿El más surrealista de sus sueños fue verdad? Ya no puede fiarse de su memoria. Ahora desconfía hasta de lo que ha desayunado esta mañana.

—Que yo no me acuerdo de casi nada... —repite con apuro.

—Ah...

—Quería que nuestra primera vez fuese especial, pero no me acuerdo...

—Habla cada vez más bajo, y su tono se vuelve endeble, y ondulado—. Lo siento...

—Bueno... —Kyle curva las cejas, y sonrío en señal de disculpa—. Yo tampoco recuerdo demasiado...

Anthony parece triste. Sus pestañas cubren sus ojos mientras ladea la vista a la oscuridad del suelo. Kyle se queda mirando al techo.

A él le hubiese gustado... No, le hubiese *maravillado* perder la virginidad con Anthony. En un hotel bonito, o en una casita entre las montañas, o en alguno de esos muchos sitios se imaginaba cuando dejaba a su mente vagar libre cada vez que planificaba una nueva confesión; pero ahora entiende que tampoco importa tanto.

No le importa no haberle dado su primera vez a Anthony porque puede darle todas las demás. Todas las que quiera, todas las que él le pida. Y además:

—Nosotros no hemos tenido una primera vez —suelta Kyle. Curva los labios cuando capta su atención—. Ninguno de los dos terminó, así que no... No fue nuestra primera vez. Todavía no lo hemos hecho. —Sonríe enseñando los dientes.

—Ah... —Las mejillas de Anthony se incendian de pronto. Sus pupilas ruedan por todo el cuarto varias veces, sin centrarse en nada en realidad. Se humedece los labios antes de hablar—. ¿Y tú... Tú quieres ahora...?

A él le da un cortocircuito.

—P-pues... N-no sé... —Ninguno de los dos se está mirando, pero se aprietan mucho el uno al otro—. Solo... Solo si tú quieres...

—Kyle —maúlla, y se muerde el labio buscando esconderse bajo su cuello. En el proceso trepa un trozo, y su barriga entera acaricia sin querer una extensa cordillera de roca mullidita.

Trata de pegar un poco las rodillas para disimular, pero ya da igual, Anthony la ha sentido entera. Le está presionando ahora mismo con la punta entre las nalgas.

—No le hagas caso... —musita Kyle con reparo. Intenta echarse hacia abajo para no rozarle, pero se distrae cuando Anthony le atrapa los labios.

Le contesta enseguida, y se le queda mirando como un tonto cuando se separan para coger aire, pero no le da tiempo a respirar mucho. Anthony pone las manos en la almohada y empieza a frotarse. Los pulmones se le quedan vacíos.

—Yo sí que quiero... —dice Anthony. Y le hierve el estómago—. Kyle... —ronronea muy bajito. Y se le encoge el corazón; se le está encogiendo un

poco más cada vez que le llama con ese tono aterciopelado que parece una súplica.

—Me vas a matar —suspira como puede.

Menos mal que ha podido confesarse. Porque al paso que iba se lo decía con cincuenta y le mataba de un infarto.

Tiene que separar la espalda y levantar los brazos cuando con algo de torpeza Anthony le saca la camiseta. Se ha sentado en sus piernas, y parece que lo que no ve bien con los ojos lo palpa con las manos.

No puede evitar sonreír, porque esas finas manos no le dejan un tramo sin caricia. Le repasan el contorno de los músculos con la palma entera, y después con el índice dibujando los surcos. Si hubiese sabido que Anthony tenía interés en estas cosas habría hecho cien flexiones más cada día.

Kyle también se sienta, y como no es justo que solo él esté descubierto, eleva los finos brazos. Cuando sus muñecas caen con calma en sus hombros, ya no llevan la tela encima.

Lo admira con devoción. Se le marcan un poco las costillas y las clavículas. Ya las había visto antes, de reajo y a hurtadillas en los vestuarios después de gimnasia y en los días de verano. Lo que no había podido hacer entonces es pegar sus labios al par de botones que sobresalen de sus aureolas rosadas.

—¡A-ah! —Anthony se abraza a Kyle, y se muerde el labio para acallarse cuando decide saborearlos por turnos.

Kyle huele muy bien... Su espalda es suave y sus hombros rígidos, y se raspa un poco con los pelitos de la barba que ya le está volviendo a salir cuando alcanza su mejilla para darle un beso.

Entonces Kyle le empuja, con cariño, hasta quedar sobre él. Le estira las piernas para deslizarle el pantalón y los bóxers, y cuando los saca de sus tobillos, ya no le queda nada más.

Está totalmente desnudo, y Kyle le está mirando.

Quiere cubrirse, pero por otro lado..., también quiere que le vea bien. Que entienda que todo lo que ve es suyo. Que puede hacer con él lo que quiera, porque Kyle nunca le haría nada malo.

Confía en él más que en nadie en este mundo y en todos los siguientes.

Kyle le sigue mirando, con los marrones perdidos en la nada y el aire entrándole por los labios medio abiertos y sin querer, porque parece haberse

olvidado hasta de respirar.

Por eso es Anthony quien lo hace: coge sus dedos grandes, se los lleva a la boca, y los repasa con la lengua. Están ásperos, se le notan mucho los pliegues, y están calentitos. Rodea tres de ellos bien con saliva, y después, con sosiego y las mejillas coloreadas, los acerca tímidamente a ese punto indecente, sin mirarle.

—Me he limpiado ahora, en la ducha... —musita.

—Anthz... —murmura él también, embaucado por lo que le está pidiendo que haga.

Sus dedos en el aire rozan sin querer la pequeña entrada, no llegan a entrar. Ha estado deseando esto tantos años que le cuesta no pellizcarse y comprobar que este no sea solamente el sueño más realista de todos los que ha tenido: Anthony le está observando. Desnudo, y bajo su cuerpo. Le está esperando.

Ha sido tanto tiempo... Tantos, tantísimos años...

Con mimo, presiona de forma queda ese punto. Lentamente dos de sus dígitos se van introduciendo y expandiendo la carne. Ambos contienen el aliento.

Está caliente y apretado aquí abajo. La carne se ciñe a la perfección a su alrededor y puede sentirla latir. Anthony está muy nervioso, lo nota porque todo su cuerpo se ha vuelto un flan entre sus brazos.

...Está *en* Anthony.

Le está acariciando por dentro..., y se le escapa un sonidito adorable cada vez que dobla los dedos. Se inclina sobre él, y sus frentes quedan pegadas cuando le mete hasta los nudillos.

Anthony le acaricia el cuello con sus dedos suaves, y sus caderas se mueven con sutileza buscando mayor profundidad; pero el hueso ha quedado pegado a la carne, ya no puede avanzar más.

Le va a explotar el pene en los pantalones.

La única de sus facetas que le faltaba por descubrir era esta, y no es para nada como había imaginado: se ve adorable con la boquita entreabierta y nombrándole entre susurros sin atreverse a levantar la voz, pero se le mezcla con unos dientes que se muerden un labio enrojecido que le llama a gritos, y con un gimoteo no muy decente que se le escapa al intentar hundirse en sus dedos. Todo su cuerpo le suplica sin palabras que se adentre más.

Los mete y los saca muy despacio. ¿Se estará Anthz imaginando que sus

dedos son su...? Le tiemblan las piernecitas mientras se tapa la boca con la muñeca...

Si sigue haciendo esa expresión, si su cuerpecito desenvuelto sigue moviéndose con tanta desesperación, él va a durar muy poco.

—Kyle... —susurra, con la garganta en ángulo curvo y los mechones desperdigados por las sábanas. Le busca torpemente con los ojos cerrados, y le acerca lo suficiente como para susurrar en su oreja, muy flojito—. Así no... —le regaña con ternura—. Mete tres, *la de Kyle es más grande*...

Kyle jadea audiblemente y a trompicones. No es capaz de controlar su cuerpo, ya no le responde. Le obedece a él cuando le pone la mano encima del pantalón. Le apresa el miembro todavía enjaulado, y ya es demasiado.

Aprieta los labios, pero gruñe de todas formas; la calidez del semen calándole el bóxer le deja la respiración en pausa mientras tiembla.

Le está chorreando por la dureza, que no se va. Puede sentir la espesura bajándole por la piel... Ha empapado la ropa interior, y probablemente haya calado en el pantalón; no se atreve a mirar.

Cuando abre los ojos se da de bruces con los verdes. Están muy abiertos, igual que su boca.

—...Lo siento. —Le saca los dedos cuando se sienta. En un impulso coge la manta y se la engurruña para taparse la cara.

No le dura mucho el refugio, porque todavía con el pulso en las pestañas Anthony la aparta para verle.

Le coge el rostro entre las manos. Le besa los labios, y sin decir nada esboza una pequeña sonrisa extremadamente cálida e inocente; que pronto desvía a sus pantalones.

Estira el elástico primero con un dedo, después desciende la prenda con la ayuda de Kyle, que no quiere mirar.

Ha liado un buen desastre. Ha debido salir mucho, porque aunque la tela ha quedado bien marcada por un círculo de humedad, las hebras siguen unidas al glande formando espesos riachuelos. Sigue dura, es gruesa, y chorrea en la punta.

Se zarandea sutilmente cuando respira. Ninguno de los dos sabía que esto podía endurecerse ni curvarse tanto, pero la de Kyle está apuntando en vertical señalando al ombligo.

Anthony se repasa el labio con la lengua sin pensar, porque brilla, y le hace querer llevársela a la boca; pero no puede desperdiciar el lubricante de esa forma.

Se le sube encima, y Kyle, entumecido y sin saber dónde esconderse, corresponde enseguida el montón de pequeños y dulces besos que le regala.

Anthony se aleja un momento para morderse sus propios labios, como pensativo, o nervioso, o simplemente tratando de asimilar todo esto. Le deja un nuevo beso y se separa muy pobremente. Apenas resta un suspiro de distancia entre pieles.

—Anthz... —Frunce el ceño con reparo, y no sabe lo que le va a responder, pero ya se insulta a sí mismo lo suficiente por ser tan idiota—: No tengo condones... —confiesa.

Se miran un buen rato. Sin decir nada, solo en silencio. Hasta que Anthony suelta una risita y le pega la frente al hombro.

—Puedo ir a comprar... —dice Kyle. La farmacia más cercana está algo lejos, pero él es rápido. Podría hacerlo en cinco minutos si va corriendo. Puede que hasta en cuatro, o tres si se levanta ahora mismísimo.

Anthony sonrío, antes de mirarle.

—Luego nos duchamos juntos y me lo sacas... —propone. Es inmediato, Kyle empieza a balbucear. No se le entiende mucho, y él sigue hablando—. No soy una chica, no puedo quedarme embarazado —se defiende. Quiere dejar claro que no es estúpido, aunque con esa frase tan obvia no le ha salido muy bien el intento—. Y... Yo siempre lo he hecho con... *plastiquito*, así que...

Le evita la mirada. Ha estado informándose en Internet sobre esas cosas feas de enfermedades, y se ha traumatizado... Bastante. Pero no es tonto, sabe lo que está diciendo. Así que...

—Si tú... Si tú también...

—Nunca lo he hecho sin *plastiquito* —se apresura a aclarar.

Anthony le repasa el cuello con los pulgares. Se le ve impaciente; y él se está volviendo loco.

Acariciar piel con piel, eso es lo que le está pidiendo. Que se hunda en él sin nada en medio. Carne contra carne, unidos por completo.

Kyle le tumba. Enlaza sus manos, y Anthony le rodea las caderas con las piernas mientras le besa..., se separan porque al menor se le escapa una risa.

—¿Qué pasa...?

Anthony niega con la cabeza entera.

—Es que has puesto una cara rara cuando has terminado.

Kyle abre la boca ofendido, pero lo que le sale son dos carcajadas ahogadas.

—¿Rara?

—Sí —Sonríe un montón—, de tonto.

—¿Ah, sí? —Kyle levanta las dos cejas, y sonríe—. Yo quiero ver que carita pones tú... —dice, antes de atraparle el moflete con los dientes.

La alinea con indecisión, mirándole solo a través del flequillo pidiéndole permiso, y cuando Anthony asiente, empuja.

Con calma, con cuidado.

Los finos dedos se le clavan en el torso, se le aferran con las yemas al vello de su pecho a medida que entra, y él está intentando controlarse para tardar ahora por lo menos más de lo que dura un trozo de mantequilla en el microondas.

El interior de Anthony es calentito y está apretado, se amolda abrazándole también en esta parte del cuerpo, y su boca forma un ópalo perfecto por el que se escapa el aire a trompicones. Con ambos pares de ojos atrapados intentan sentirlo todo en silencio, pero es muy difícil.

Cuando ha entrado entera, los dos sueltan un silencioso suspiro. Le mira sin terminar de creérselo. Sus ojos gritan un «estoy dentro de ti» incrédulo que Anthony le contesta con otro «estás dentro de mí» todavía más escéptico.

Kyle no la saca. Ni tiene el espíritu para eso ni quiere hacerlo. Se retira muy despacio y apenas despegando sus caderas antes de regresar. Recorre una y otra vez una distancia muy corta, que deshace con lentitud y un autocontrol que no sabía que tenía.

Le gustaría devolvérsela y meterse con Anthony, porque está haciendo una cara bastante extraña ahora mismo, pero prefiere besarle. Prefiere recorrerle los hombros, y el cuello, y el pecho; descubrir el sabor de su cuerpo en pequeñas cinceladas, conectados en ese punto tan privado.

Le acaricia la mejilla. Le aparta una lágrima, y así es como Anthony se da

cuenta de que está llorando.

—Te amo, Kyle —susurra, y se pregunta si a él le pasará igual, pero es como si no estuviesen lo suficiente cerca todavía.

Le busca, desorientado y entumecido; y le besa.

Es como si los límites de sus venas se difuminasen, como si la sangre se expandiese convertida en un grueso riachuelo de lava, y todo se transformase en un solo órgano gigante que late con mucha fuerza. Ha querido esto tanto tiempo. Está tan feliz que no puede dejar de llorar. La única forma que tiene de aliviarse es soltar tres palabras, pero el efecto dura muy poco.

—Te amo, Kyle —musita, y solloza.

—Te amo, Anthz...

Kyle comprende que debería taponarle la boca, porque está jadeando mucho y sus padres podrían despertarse, pero en lugar de eso le besa los alrededores. Quiere oírlo, quiere oír cómo gime su nombre, tan suave, tan dulce...

Anthony usa los talones para apretarle los glúteos. Le acerca exigiéndole que lo haga más fuerte o más profundo, porque necesita sentirlo mejor; y él tiene que sujetarse al cabecero para descargar la energía en alguna parte.

Si se mueve como desea hacerlo teme hacerle daño. Y además, tampoco está muy seguro de que él pueda aguantar mucho más así...

Inhala hondo, y exhala suavemente, recabando toda la fuerza de voluntad que encuentra para dominarse a sí mismo.

En cuanto Anthony le hinca las uñas en la espalda, se le va toda la concentración. Peor aún cuando le mira directamente, porque entiende enseguida que está perdido.

No se lo puede creer..., va a terminar, otra vez. No. Tiene que pensar en otra cosa. En deberes, o en cosas tristes, o en abuelas... ¡Es muy complicado imaginar nada si Anthony no deja de apretarle y gemir su nombre...!

—Kyle... —le nombra él, que se está dando cuenta. Muy pegado a su oído y en un ínfimo susurro, le pide—: *Hazlo dentro...*

Kyle bufa desesperado, y aunque habría querido debatir eso es imposible que le hubiese dado tiempo.

Anthony puede sentirlo perfectamente. Los disparos largos e intermitentes del semen de Kyle llenando por completo la carne. Siente cómo se entierra a la mayor profundidad posible para descargarlo, para que pueda sentirlo bien

si eso es lo que quiere. Está jadeando ronco, y entre pausas; y se le escapa un gemido extremadamente varonil que le hace gemir a él también.

Su miembro pega un par de últimas sacudidas, y al salir el líquido se escapa de golpe; se desborda entre sus nalgas...

También ha salido muchísimo esta vez. Se le ha ido la fuerza de los brazos, jadea recuperando la respiración.

Pero vuelve a meterla. Se sigue moviendo, y bañada en su propia crema se le hace más fácil deslizarse.

Le sujeta las piernas replegadas. Se las lleva a los hombros, las abraza; y se hunde todo lo que le es posible. Quiere hacerle sentir bien, y que entienda que eso es lo único que él quiere. Aunque sea un tonto que no es capaz de aguantar ni un minuto delante de su fino cuerpo expuesto...

Quiere seguir haciéndole el amor.

Mientras, Anthony simplemente intenta no desmayarse. El calor de Kyle le ha saturado las entrañas. Un indecente chapoteo le dibuja una imagen muy poco decente de cómo deben ser las cosas por ahí abajo cada vez que entra despacio.

Kyle es tan mono... Sus ojos marrones están entrecerrados y no cierra la boca porque la usa para coger aire. Está poniendo esa cara de tonto otra vez, y se le ve tan confundido; concentrado en seguir moviéndose como si de pronto hasta respirar fuese muy complicado.

Empieza a sentir un hormiguelo. En su vientre alberga una estrella inmensa, y las ondas eléctricas se crecen desde su ombligo; vuelan por cada nervio hasta sucumbirle por completo. Se asusta porque no comprende esta sensación, y solo tiene fuerzas para aferrarse a los hombros de Kyle.

La quemazón le inunda el pecho. Va escalando hasta hacerse insoportable, pero no duele. Es una especie de cosquilleo que le recorre el interior.

Kyle le está acariciando la mejilla mientras le penetra. Y le besa, y apoya la frente junto a él en el colchón. Su tacto suave le vuelve la piel de seda. Su olor a avellanas es muy fuerte tan de cerca. Deja en ridículo a todas las almohadas que han llevado su sudadera puesta.

Se le contrae el abdomen, mucho y muy deprisa. Le hinca los dedos sin querer, y de repente ya no le hace falta el aire para respirar. La mano de Kyle es áspera, y agradable, y cálida; sujeta la suya con firmeza sobre sus cabezas.

Todo es confuso. Todo es perfecto. Todo gira muy deprisa. La silueta de Kyle se emborrona y se mezcla con la oscuridad.

Entiende que está teniendo un orgasmo porque le tiembla el cuerpo, pero tampoco está seguro. No puede deducir bien qué está pasando..., todo se vuelve impreciso, y distante...

Y entonces, se apaga.

Cuando abre los ojos Kyle le está mirando fijamente.

Parece asustado.

—¿...Kyle? —musita sin fuerzas. No siente los dedos de las manos. Ni los brazos, ni ninguna parte del cuerpo, que se le estremece a ratos en pequeños espasmos.

—Anthz. Dios mío, gracias... —jadea aliviado, y le abraza muy fuerte. Anthony no entiende nada, pero no tiene energías para moverse. Kyle habla muy rápido—. No lo sé, no sé qué ha pasado. Estabas normal, y de repente has empezado a temblar, y..., y te has desmayado, no lo sé —Le aprieta con más fuerza. Le late deprisa el corazón. O es el suyo propio, que se lo escucha en los oídos—, te has quedado lacio en mis brazos, y me he asustado mucho... Dios mío, menos mal... ¿Por qué no me has dicho que no te sentías bien? ¿Por qué no me has dicho que parase...?

—Kyle... —Le cuesta respirar si le estruja así.

—No sabía qué hacer, no sabía que hubiera hecho si tú... Si te hubiese pasado algo por mi culpa... —solloza—. Menos mal que estás bien...

—Kyle —Menea la cabeza, buscando aire. Él se aparta enseguida cuando se da cuenta.

—¿Quieres agua? —No le da tiempo a contestar, se levanta y coge una botella de detrás de la mesita. Se sienta en el borde con ella—. ¿Quieres que vayamos al...?

—¡Kyle! —le llama para que se calle y le escuche. Es tan tonto, se preocupa tanto... Traga saliva y regula la respiración.

A ver cómo le explica esto.

—No me estaba sintiendo mal... —dice—. Me estaba gustando... Demasiado...

Demasiado es la palabra.

Kyle jadea, incrédulo. Se repasa el pelo hacia atrás y se le queda muy despeinado. Luego, con extremo sosiego, se tapa la cara con las dos manos, y le tiemblan los hombros en un par de carcajadas exhaustas.

Cuando regresa a la cama, reorganiza la manta.

—Yo acabo en dos segundos, tú casi te mueres... —comenta en voz baja, cubriéndolos a ambos.

Anthony se ríe, y en cuanto Kyle se ha tumbado se relía en él en un abrazo.

—Somos un desastre. —Se tapa la boca en su pectoral.

Kyle sonrío. Sus cuerpos desnudos se dan calor muy pegados bajo las mantas.

—No vuelvas a darme un susto así, por favor.

—Pero si ha sido culpa tuya —refunfuña, y se le escapa un gigantesco bostezo que le dura un rato. Le deja un par de gotas en el lagrimal.

—¿Tienes sueño?

Anthony se encoge de hombros. Se acurruca con los ojos cerrados. Kyle le acaricia los mechones.

—Eso es porque has llorado un montón —sopesa apenado. Anthony gruñe bajito—. A partir de hoy no quiero que vuelvas a llorar, nunca más.

—¿Me lo vas a prohibir? —Sonríe él.

—Sí.

Anthony chista.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer? —le pincha. No es que esté orgulloso de ello, odia ser tan sensible, pero si Kyle quiere apostar va a salir perdiendo.

—Voy a hacerte feliz el resto de mi vida —afirma.

A Anthony se le va el aliento.

—Kyle... —musita.

Le ha quedado muy bonito, pero no le ha salido del todo como quería, porque acaba de cubrir los verdes de una buena capa de agua en un solo pestañeo.

Se acarician la punta de la nariz. Se rozan los pies, y se abrazan; envueltos en la colcha como un buen burrito deluxe.

—Kyle, he soñado una cosa... —Él le mira el pelo castaño escondido entre sus brazos—. Ahora, hace un momento...

—¿Cuando te has desmayado? —pregunta un poco incrédulo. Sonríe cuando él asiente—. ¿Te ha dado tiempo a soñar algo? Si no habrán sido más que un par de minutos. Aunque vaya dos minutos...

Tampoco sabía que se podía soñar durante un desmayo. Anthony se encoge de hombros, él le acaricia los mechones.

—No lo sé, tampoco lo recuerdo muy bien... Estaba yo, y había un dragón muy grande, y luego venías tú con dos espadas...

Anthony le cuenta una historia llena de puntos suspensivos y pausas, y se sonroja una barbaridad cuando Kyle le pincha resumiéndolo todo con una tonta sonrisa y un «¿Soy tu caballero andante?» que se gana un gruñido, y una penalización sin abrazo que en realidad no dura más de cinco segundos.

Se pasan la noche dándose cuenta de que son todavía más tontos de lo que creían. Suman un punto con cada intento de confesión que expone Kyle, y con cada malentendido que musita Anthony.

En algún momento, el estómago del menor ruge adorablemente. El mayor sonríe.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?

—No, ahora bajamos los dos... ¿Qué hora es?

Kyle se estira para alcanzar su móvil tirado en el suelo. No se quiere levantar, pero con la punta de los dedos no llega.

No se dan cuenta de que el Sol ya está asomando por el resquicio de la persiana bajada hasta que escuchan a su madre vociferar por el pasillo.

—¡Kyle! ¡No te vayas a pasar el día en la cama, que llevas toda la semana igual! —Está diciendo. Se la escucha cada vez más cerca.

Los ojos verdes están muy abiertos mirándole a él, y él le mira también, pero no sabe cómo reaccionar. Toda su ropa está tirada por ahí, y el cuarto es minúsculo..., ¿dónde van a esconderse?

Da igual, tampoco habrían tenido tiempo.

—¡Kyle, cariño, venga levant...!

Anthony se ha escondido debajo de la colcha. Pero muy mal. Es evidente que en la diminuta cama hay dos personas, y además... Se le ve el pelo

castaño por arriba.

—Mamá... —musita Kyle.

La señora tarda un poco en reaccionar.

—¡Ay, perdón, perdón! —dice, y cierra la puerta.

Anthony apenas ha resurgido cuando vuelve a abrirla, se resguarda por los pelos. No sabe si le ha visto la cara, pero desde luego tiene que destacar. Al menos él la siente de un rojo radiactivo.

—¡Mamá! —grita Kyle.

—Perdón, perdón. —Cierra otra vez.

No dicen nada, Kyle se lamenta y se disculpa sinceramente sin necesitar palabras; por eso lo escuchan:

—¡Manu, manu! ¡Te lo dije! —Va chillando por el pasillo. Juraría que lo que derrocha la mujer es ilusión—. ¡Sí, sí! ¡Pues con el Anthony, con quién va a ser!

Kyle se tapa la cara, Anthony se esconde más abajo.

Acaba de decidir que nunca jamás va a salir de esta colcha.

—Kyle... —musita, agazapado entre las sombras—. ¿...Me traes el desayuno...?

Epílogo

Lo ve de lejos, y enseguida sabe lo que va a hacer.

El niño, con los pies que no llegan a tocar la goma del suelo, se balancea en el columpio. Está distraído y de espaldas, por eso no lo ve venir: el hombre se aproxima silencioso.

Se resguarda bajo la sombra que proyecta el inmenso Sol contra los árboles, pasa por encima del colorido cerco de medio metro que limita el parque de juegos...

Cuando el pequeño ve su silueta dibujada en el suelo, ya es demasiado tarde.

No comprende qué pasa cuando le aúpan sujetándole por debajo de los hombros y lo cargan como un barril en horizontal.

Suelta un pequeño jadeo, y se tapa la cara con las dos manitas mientras el secuestrador lo carga hasta la cristalera del restaurante, desde donde dos hombres llevan viéndole hace un rato.

—Disculpad —dice el hombre de negro—. ¿Esto es vuestro?

Se gira para que le vean la cara al niño. Se la está tapando con el puño cerrado, tiene las mejillas coloreadas como dos melocotones y suelta una risita que apenas perturba la mañana.

—Hola, Marc —sonríe Anthony.

Cuando Marc lo deja en el suelo y le revuelve con cariño el pelo, el niño se agarra la parte baja de la camisa.

—Qué hay, Marc —le saluda Kyle.

—Mamá y Annie ya están dentro —le informa Anthony, sumiéndolo en un abrazo que él corresponde.

Es verdad, las ve a través del cristal del local. Están en la mesa de la esquina: una señora mayor y una adolescente. Debaten con mucho énfasis, porque hacen muchos aspavientos. Seguramente estén hablando de la empresa. Como siempre.

—¿...con el Impuesto de Sociedades...?

—...pero el acuerdo de la Cooperativa...

Ellos cogen sitio en la mesa.

—¡Oh! ¡Hola, cariño! —saluda Ellen cuando le ve. Annie lo hace más vistosamente, con la mano y mucha energía.

Todos se piden lo de siempre. Han almorzado ya aquí muchas veces, no necesitan ni mirar la carta. Annie se queja de lo aburridas y sinsentido que son algunas de las asignaturas de la facultad, pero Ellen la cumplimenta porque está sacando muy buenas notas. Kyle comenta que le han puesto un universitario en prácticas allí en el colegio y lleva un mes sin tener que planificar las clases, y que era verdad eso de que los profesores de Educación Física no tienen que hacer gran cosa.

Marc ve que su sobrino, justo enfrente en el otro borde de la mesa, le está mirando mientras Anthony le corta el filete empanado. Le saca la lengua, y entonces el niño sonrío. Deja de mirarle solo porque su padre le pone el tenedor en la mano.

Entonces, los Summer casi al completo, se ponen a hablar de negocios.

—El lunes, pero tiene que ser antes de las doce —responde Ellen a algo que ha dicho Annie, y de repente se acuerda de otra cosa que parece mucho más importante—. ¿Recibimos el informe sobre la legislación de Propiedad Intelectual?

—Sí. Es parecida a la de Holanda —dice Anthony, que menea la cabeza y suspira antes de seguir—. Y yo esto no lo veo, mamá. Va a pasar lo que pasó el año pasado.

—¿Qué pasó? —pregunta Annie.

—Hubo un problema con las cláusulas de permanencia y periodo de prueba, porque en su país, la clasificación de pasivos corrientes no refleja el Índice de...

—Cuando se ponen a hablar de esas cosas me siento idiota —le dice Kyle.

Marc sonrío.

—Están obsesionados con el trabajo —asiente.

El pequeño también se aburre, porque se levanta, indeciso como si no estuviese seguro de tener el permiso de hacerlo; y se va con su padre. Kyle se lo sienta encima.

Se entretiene girándole el anillo dorado del anular.

—Anthz me dijo que te dispararon —comenta Kyle—. Bueno, no me lo dijo. Le escuché regañándote fuerte por el teléfono, con que tuvieras más cuidado y eso.

Marc se ríe suave por la nariz. Anthony siempre es un exagerado, no le gusta para nada su trabajo.

—No me dio —Niega con la cabeza, restándole importancia. Se pone a hacer formas con la servilleta de tela—. Pero ahora me falta un trozo en la oreja —menciona. Como quien se fija en una nube con forma simpática. Deja un bonito cisne en la esquina de la mesa y el chico se queda mirándolo.

Kyle le busca la oreja con curiosidad, y Marc gira la barbilla para que la vea, porque es la otra.

—¡Joder! —se le escapa a Kyle. Es verdad, le falta un pedacito. Es un triángulo diminuto, arriba y casi en la punta; pero si te fijas se nota bien.

—¿Jo... der...? —repite el menor, en voz baja; no comprende qué significa esa palabra.

Kyle hace una mueca de horror.

Agradece al cielo que Anthony siga hablando con su madre y su hermana y no se haya enterado.

—Hijo, no digas eso... —le pide con apuro, y más bajito, se refiere a Marc—. Estamos intentando no decir palabrotas...

Tienen una jarrita muy graciosa en casa, al lado de un montón de libros sobre paternidad y adopciones que Anthony ha comprado en masa por *Amazing*. Básicamente el tarro lo ha llenado él solo cada vez que se sorprende o se tropieza. Y su padre, cuando viene de visita. Por suerte la mayoría de palabras que suelta el abuelo son incomprensibles para el niño, así que bueno.

Kyle lo deja en el suelo. Y lo primero que hace es irse a su otro padre.

—Papi... —musita, agarrándole el pantalón. Su voz es muy fina, como si no quisiera siquiera perturbar el ruido de los cubiertos sobre los platos.

—Dime, cielo.

—¿Qué significa "joder"...?

Anthony abre mucho los ojos. Kyle, al lado, hinca el codo en la mesa y se hace una visera con la mano mientras mira con descuido la pared.

—¿Quién te ha enseñado esa palabra? —pregunta con una sonrisa.

Usa su fino dedo para delatar a su padre, y no hace falta, pero Marc también lo señala.

—Kyle... —arrastra la palabra.

Suena enfadado. Se le ve enfadado.

—Dime, mi vida. —Esboza una radiante sonrisa.

—Ven un momento. *Porfi*.

Extremadamente despacio, Kyle separa la silla de madera. Se levanta sin muchas ganas y le sigue hasta fuera, a la zona de recreo de los pequeños. Se los ve por el cristal.

El niño se acerca a Marc, y él se lo sube en la rodilla.

Anthony está zarandeado una mano. Kyle se está tocando la nuca pero expone las palmas y encoge los hombros. Sin mirar apunta a Marc, y luego a su propia oreja; y vuelve a encogerse.

De fondo se escucha a Ellen.

—...empresa de los Lovelace... un 5% este año... Es importante porque...

—¿...contratos con ellos? Su hijo hereda la empresa...

Esos dos siguen discutiendo: Kyle pega las manos en un gesto de disculpa, y Anthony cruza los brazos sobre el pecho... Pero cuando el mayor le rodea la cintura y le sonrío, a él se le destensa el ceño.

Refunfuña un poco, porque ahora son lo que se supone "unos padres responsables" y tienen una serie de normas, y además, Kyle siempre se sale con la suya porque sabe que no puede enfadarse con él... Se le pasa del todo cuando Kyle le besa la mejilla y le promete que va a tener más cuidado, otra vez.

Entonces Anthony despega los talones del suelo, y esos brazos le trepan la espalda y le envuelven con cariño.

Marc los ve separarse, y volver a unirse en cada beso.

Sus discusiones son pocas, absurdas, y duran segundos. Y siempre están

igual, encaramados al otro. Parecen unos adolescentes.

—Tito... —musita el pequeño acaparando su atención.

Habrán pasado un par de años ya, pero sigue recorriéndole un escalofrío cada vez que le llama así.

«...Tito».

Sonríe sin darse cuenta. Hay cosas a las que todavía no se ha acostumbrado. Ni después de todos estos años cree que vaya a hacerlo: ni a los domingos almorzando juntos en alguna venta, ni a las Navidades rodeados de comida y regalos, ni a las vacaciones en familia, ni a celebrar los cumpleaños...

El adolescente borde que cruzó la puerta de Ellen hace años ha quedado muy atrás. Es curioso, porque entiende que ese era él, pero no le siente como la misma persona. Es como si todo fuese parte de una película que no tiene muchas ganas de recordar. A veces hasta se le olvidan algunos detalles. Por ejemplo, que antes tenía otro apellido. O que pasó años en un orfanato. O que alguna vez ha probado el alcohol.

Su ceja habría atravesado la estratosfera si alguien le hubiese dicho a ese chico que iba a crecer para tener un trabajo estable o un piso propio.

El niño le tira de la camisa tímidamente para que se fije en él.

—Tito... —le reclama, casi en un susurro.

Marc sonríe un poco más, porque ese a quien llama, es él.

Esa de ahí es su madre, y esa su hermana. Fuera están su hermano y su cuñado, y este pequeñín de aquí, es su sobrino.

Ellos, todos juntos, son su familia.

Esta es su **familia**.

¡¡PRÓXIMAMENTE!!

“¡Me llamo Nino!”

Spin-off de “Casi Como Hermanos”

Sigue las novedades en [@fstonewriter](#)



¡Si quieres leer más de mí,
deja tu **review** en [Amazon](#),
por favor, me ayudaría mucho!